DEBATE SOBRE LA HUELGA DE MASAS

PRIMERA PARTE

PARVUS / FRÖLICH
VANDERVELDE / MEHRING
LUXEMBURG / KAUTSKY

2ª edición

CUADERNOS
DE
PASADO Y
PRESENTE

PyP

BIBLIOTECA
José María Aricó

debate sobre la huelga de masas primera parte

parvus
paul frölich
emile vandervelde
franz mehring
rosa luxemburg
karl kautsky

recopilación preparada por
jorge feldman y josé aricó

traducción de
ursula kochmann
roberto fisbaug
manfredo sawad y
carlos bertoldo

62
CUADERNOS
DE
PASADO Y
PRESENTE

BIBLIOTECA
José María Aricó

portada de anhelo hernández

primera edición, 1975
segunda edición, 1978
© ediciones pasado y presente
publicado y distribuido por sigo xxi editores, s. a.
ave. cerro del agua 248 - méxico 20, d. f.
ISBN 968-23-0177-7

derechos reservados conforme a la ley
impreso y hecho en méxico/printed and made in mexico

El debate sobre la huelga como arma económica y política de la clase obrera fue uno de los que concitó mayor interés entre los militantes de la Segunda Internacional, pero fue en el ámbito de la socialdemocracia alemana donde la discusión accedió al mayor nivel teórico. Parvus —uno de cuyos artículos encabeza este volumen— fue el primer publicista que encaró el tema de la huelga política y el golpe de estado en una serie aparecida entre 1895 y 1896. Sin embargo, su prédica no tuvo mayores consecuencias políticas y se mantuvo más o menos solitaria durante varios años.

Los movimientos huelguísticos que abrieron el siglo extendieron el debate, sobre todo la frustrada huelga general belga declarada para la conquista del sufragio universal e igualitario. La discusión sobre esa experiencia de lucha entablada entre Vandervelde, Mehring y Luxemburg, forman la segunda parte del volumen introducida por un trabajo de Paul Frölich, primer biógrafo de Rosa Luxemburg y miembro del ala izquierda socialdemócrata encabezada por la propia Luxemburg.

La más acabada formulación del concepto de huelga de masas llega en 1906, luego de la llamada primera revolución rusa, con *Huelga de masas, partido y sindicatos* de Rosa Luxemburg (véase Cuaderno de Pasado y Presente, nº 13). Fue un año de intensa movilización de masas en toda Europa y por ello el debate adquiría una gran importancia política. En este sentido las intervenciones y resoluciones de los congresos de la socialdemocracia alemana de Jena y Mannheim y el sindical de Colonia, que integran el apéndice documental, son bien ilustrativos de las sorprendentes diferencias políticas que podían convivir en el seno del partido alemán.

La mayor parte del volumen —dividido en dos tomos por meras razones editoriales— lo componen los artículos de Kautsky, el teórico oficial de la socialdemocracia, Rosa Luxemburg y Pannekoek, un holandés residente en Alemania, profesor de la escuela de cuadros del partido. La serie se extiende de 1910 a 1912 y es nueva-

mente Luxemburg quien la abre con un llamado a la agitación por la huelga de masas.

Excepto los textos incluidos en el apéndice, la totalidad de los materiales incluidos en la presente recopilación fueron publicados en *Die Neue Zeit*, principal órgano del Partido Socialdemócrata alemán y también de la Segunda Internacional, del que Kaustky era el redactor jefe. La difusión de las posiciones radicales de la Luxemburg y también su trabajo de agitación entre los trabajadores irritaban a la dirección del partido y fueron muchos los conflictos suscitados entre una y otra. Algunos, producto de los intentos de no publicar los trabajos de Luxemburg, aparecen en el curso del debate, otros, sin duda de mayor trascendencia política, se podrán seguir en los debates de los congresos que cierran el volumen.

PASADO Y PRESENTE

Parvus (Aleksandr Helfand)

Golpe de estado y huelga política de masas *

INTRODUCCIÓN

En la lucha de los partidos alemanes sostenedores del estado contra el "enemigo interno", se ha producido una pausa. Era muy natural una retirada temporaria de la reacción después del lamentable desenlace del proyecto de golpe de estado [1]. Pero a esto se ha agregado la complicación de la *situación política exterior*. La atención de los más poderosos –grandes estadistas y arribistas de todo tipo– ha sido desviada hacia otras direcciones. Se manejan de aquí para allá planes de gran importancia, cuya significación naturalmente nadie tiene en claro. Pero una cosa es segura: tales planes requieren mucho dinero. Y entonces no se desea aumentar aún más el descontento de las masas populares. El gobierno cede ante el estado de ánimo de los círculos que lo rodean y muestra un rostro más amistoso. Y así pudimos ver cómo se daba satisfacción a una huelga desde el despacho ministerial. De todos modos no desaparecieron los arrebatos espontáneos de la furia de clase capitalista.

Este estado de cosas probablemente no dure mucho. Cuando aparezcan los grandes proyectos de la marina, los "sostenedores del estado" volverán a percibir desagradablemente la oposición socialdemócrata, y el viejo odio volverá a descargarse con particular violencia. Y nuevamente la lucha contra el "cambio" será retomada.

Lo que pretenden en última instancia los paladines del golpe ya ha quedado claro en su momento: se trata de *la destrucción de la constitución*. El *golpe de estado* fue proclamado abiertamente. Solamente queremos recordar el folleto del general mayor V. Boguslawski. Este militar en situación de disponibilidad va derecho

* "Staatsstreich und politischer Massenstrike". *Die Neue Zeit*, año XIV, vol. 2, 1895-1896.

al grano. Opina: "Al asaltante callejero que me ataca en un camino solitario o que irrumpe de noche en mi casa, no lo desarmaré dándole una conferencia sobre lo ilegal de su proceder o pretendiendo echarlo de mi casa en base al artículo X del código penal, sino que haré bien *en ponerle un revólver bajo la nariz y matarlo de un tiro al menor movimiento.* Su irrupción demuestra que las puertas y cerraduras de la casa no eran suficientemente seguras para impedirle el paso al ladrón. Pero si se encuentran lugares así en el edificio social actual y el ladrón ya se encuentra en nuestra casa, entonces solamente una acción decidida *llevada hasta sus últimas consecuencias* podrá ahuyentarlo. *Después de ella* podremos pensar en mejorar puertas y cerrojos." "Y teniendo una idea de qué es lo que se puede esperar, ¿no se justifica *empuñar el arma*?"

Del programa de este general tan resuelto destacamos lo siguiente: "Prohibición de los escritos, periódicos y organizaciones socialdemócratas; introducción de la pena de destierro y expatriación de los dirigentes en caso de actividades socialdemócratas, pena que debería ser estudiada más en detalle; introducción de la deportación a criterio del juez, en lugar de la pena de prisión con reclusión, para los delitos de rebelión, conspiración o intentos de ella; *abolición del voto secreto y universal y de la segunda vuelta electoral; constitución de una cámara alta con amplios derechos.*"

¿Pero cómo llevar estas medidas a la práctica? En los partidos, es decir en el Reichstag, este general tan resuelto ya no deposita muchas esperanzas. "Si se considera el caso de que el Reichstag rechace en forma definitiva todas las proposiciones que se le hacen, entonces se justificaría un llamamiento directo del emperador y la corona ... Si suponemos que este medio tampoco llevará a la meta, entonces nos encontraríamos ante un punto crucial, en el que los *medios usuales* estarían fracasando." Y a continuación, nuestro paladín del orden y las buenas costumbres construye decididamente un *derecho del golpe de estado.* El golpe de estado en ciertas situaciones sería una necesidad histórica. "Según la letra de la ley, un golpe de estado está tan poco justificado como una revolución. Pero aquél puede llevar, tanto como ésta, la marca distintiva de una *legitimación interior*; pues si desde un punto de vista ético no se rechaza la revolución que enfrenta a una tiranía realmente insoportable tampoco se podrá, con justicia, condenar un golpe de estado que se dirige contra una dominación demagógica, o que se lleva a cabo con el convencimiento de la necesidad de prevenir una situación de ese tipo." Y su escrito se cierra con las palabras: "No se trata,

como dicen nuestros enemigos, de mezquinas medidas policiales —no hay nada que odiemos más que la arbitrariedad policial— sino de una gran lucha, que será llevada a cabo con medios importantes y de gran poder."

Como es bien sabido el escrito del general V. Boguslawski no tuvo nada de excepcional. Refleja el estado de ánimo general de los sectores sostenedores del estado, en especial de los militares. Estos últimos le dieron una acogida de ilimitado entusiasmo. Por ejemplo, la redacción del muy respetable *Jahrbücher für die deutsche Armee und Marine* [Anuario para el ejército y la marina alemana] dice, en su comentario sobre dicho folleto: "[El escrito] da justo en el blanco y resulta la palabra adecuada en el momento preciso, un llamado de atención severo en la lucha contra la socialdemocracia... Pienso que si todavía hay quienes no tienen en claro hacia dónde nos conduce el lamentable 'valor de la sangre fría' frente a semejante enemigo, ¡pues a esos ya no se los puede ayudar! Un partido cuyos propios dirigentes reconocen que se trata de problemas de poder a resolver en un terreno que no es el parlamentario, pone él mismo *la espada en las manos* de los partidos que apoyan al estado. Quiera Dios que la voz de Boguslawski no se pierda como la del predicador en el desierto."

Creímos que era imprescindible investigar seriamente y en primera instancia la situación real. Hasta dónde podría llegar la reacción, cuáles son las consecuencias que podrían sobrevenir y cuáles los medios que posee la clase trabajadora para rechazarla. En esa tarea pronto pudimos comprobar que la lucha no comprometía solamente a la clase trabajadora. El ataque a las libertades políticas, iniciado por la *reacción*, como una lucha contra la socialdemocracia, llegaría a generar un poderoso movimiento de protesta de toda la población, ante el cual caería derrotada indefectiblemente.

Un gobierno que impide la libre expresión política de las contradicciones de clase en el capitalismo, se convierte con ello en chivo emisario general de la lucha de clases capitalista.

La reacción ya no tiene *ninguna salida* en la lucha política contra la clase trabajadora. La partida está perdida. De acuerdo con la táctica que se elija podrá durar algo más o algo menos. Pero el final, un final rápido, no ofrece ninguna duda: la reacción pierde la partida, el proletariado se afirma como vencedor en el campo de batalla. Por ello lo mejor que podría hacer aquélla es retirarse a tiempo, mientras esté todavía en condiciones de pagar sus deudas cada vez más abultadas.

La socialdemocracia tiene sus cartas sobre la mesa. ¡Que los otros se preocupen de ver cómo se las arreglan!

En este trabajo nombraremos con frecuencia a *Friedrich Engels*. En realidad esto no requiere ninguna explicación especial, sin embargo hay una razón particular para hacerlo: las últimas ideas de Friedrich Engels sobre las prácticas del movimiento obrero, vertidas el año último en su Introducción a la nueva edición de *Las luchas de clases en Francia*, de Karl Marx, en muchos casos han sido *malinterpretadas*.

I. EL NUEVO CURSO

Desde hace algunos años a los gobiernos capitalistas ya nada les sale bien. Éste no es sólo el caso de Alemania. En Francia, en Austria, en Inglaterra, en Italia, en todas partes sucede lo mismo. Los gobiernos se encuentran en conflicto permanente, ya sea con los representantes populares, con la opinión pública, o con los dos al mismo tiempo.

En Alemania, en Austria, en Francia es evidente que es la socialdemocracia la que en primer término le obstaculiza el camino... ¡En Austria el conflicto se presenta porque la clase trabajadora *no posee* el derecho del sufragio universal, y en los otros dos países porque la clase trabajadora sí posee este derecho! Esto debería dejarles múltiples enseñanzas a las clases dominantes si el egoísmo no les impidiera acceder a la sensatez.

Tomemos el caso de Alemania, que nos es el más cercano. Aquí ya sabemos cómo son las cosas. El "nuevo curso" sólo cuenta con unos pocos años de vigencia pero ya tiene en su haber muchas derrotas. Avanza rápidamente: de fracaso en fracaso. Es inconstante, como el humor de los enamorados. Nadie sabe qué es lo que el día que se avecina traerá consigo en el mundo de la política. Hoy, "reino social", mañana, el estado convertido en dominio de los terratenientes. Hoy el estado se plantea ser el soporte de la cultura, el promotor del arte y de la ciencia, y mañana reinan las sotanas y los policías sobre la literatura y el arte. La más mínima situación puede ser agrandada promoviendo una gran intervención del estado. A cada momento, bruscos estallidos: la totalidad del aparato estatal se pone en acción como si se tratara de salvar a la patria, los "patriotas" son convocados de urgencia, pero pronto se descubre que

había mucho ruido pero pocas nueces. La opinión pública es irritada. La ciudadanía mueve la cabeza ante este sube y baja político y se pregunta con preocupación: ¿Qué es todo esto? ¿Qué se busca? ¿Hacia dónde vamos?

Las personas dirigentes cambian como los muñecos en un juego. Apenas se conectan con su tarea, ya tienen que partir. En estas circunstancias los planes a largo plazo son imposibles. Los funcionarios no se mantienen en sus cargos. Tal inestabilidad, ¿no convierte a su política en un juego dominado por la casualidad y los estados de ánimo?

A la charlatanería se le abren de par en par las puertas de la actividad pública. La intriga, las camarillas, las relaciones personales, el arribismo alcanzan la máxima valoración.

Entre la dirección del estado y el pueblo se va abriendo un profundo abismo. El "nuevo curso" ha puesto a todos en su contra y no ha dado satisfacción a nadie. ¿Dónde está el partido sobre el cual puede apoyarse? Todos formulan grandes exigencias pero ninguno quiere comprometerse con él.

La máquina productora de leyes, es decir el Reichstag, está descompuesta. Uno tras otros son rechazados los proyectos gubernamentales. Puede suceder así que algún gobierno que no vea en la voluntad del pueblo la ley suprema considere que todo el ordenamiento parlamentario es algo incómodo, molesto. Baste recordar la atmósfera de encono demostrada abiertamente por los representantes del gobierno durante la última sesión del Reichstag, y no será fácil descartar esta posibilidad.

Y qué decir de manifestaciones como las del ex ministro von Köller: "El gobierno necesita de ustedes solamente en la medida en que tienen que aprobar las leyes que se les presenta y autorizar los impuestos." Esta frase, ¿no podría ser traspuesta de la siguiente forma: "Si no aprueban los proyectos y no autorizan los presupuestos el gobierno no sólo no los necesita, sino que los considera molestos y desagradables"? Esto querrá decir que el Reichstag sólo sería bienvenido si se degrada convirtiéndose en un aparato de decir sí. Que el Reichstag debe analizar los proyectos, que debe presentar proyectos por sí mismo, que es el verdadero cuerpo legislativo con más derecho que el consejo de estado, que el gobierno debe rendirle cuenta, que su existencia no depende en modo alguno del gobierno, que es el representante del pueblo, todo esto es ignorado en las mencionadas expresiones de un ministro del interior.

Pero lo que más problemas les crea a los genios del gobierno en

Alemania frente a la actividad parlamentaria, es la *socialdemocracia.* Desde 1890 toda la oposición política en el Estado Alemán se basa en ella. Si la socialdemocracia no existiera, el proyecto no habría encontrado las grandes dificultades que tuvo que superar y el impuesto al tabaco ya habría sido aprobado desde hace tiempo.

La influencia política que ejerce la socialdemocracia es en parte directa por el número de sus representantes en el Reichstag ante el fraccionamiento de los partidos burgueses, pero fundamentalmente es indirecta por mantener a dichos partidos en un estado de preocupación y temor por la suerte de sus mandatos parlamentarios. Lo que le da su mayor fuerza a la socialdemocracia es su crítica implacable. Con ella ejerce su máxima presión sobre la opinión pública. Los partidos burgueses temen ser desenmascarados por la socialdemocracia ante los votantes, y por ello ésta domina la situación política.

De tal manera el odio contra la socialdemocracia se basa en que ella es la representante más audaz y despiadada de los intereses del pueblo trabajador, que bajo el sufragio universal es factor definitorio en las elecciones. La socialdemocracia recoge su fuerza parlamentaria del derecho de sufragio universal, y es por ello que este derecho molesta a los partidos burgueses, pues les advierte que deben rendir cuentas de sus acciones ante el pueblo.

Debido a la presencia de la socialdemocracia los partidos burgueses son prácticamente obligados a tomar una posición opositora. La socialdemocracia marca el tono. Aunque formalmente no es reconocida como líder, en realidad dirige la totalidad de la oposición parlamentaria.

Esta es la razón por la que los portavoces del "nuevo curso" consideran a la socialdemocracia como su enemigo principal. Para esta gente no se trata de los planes futuros de la socialdemocracia sino de su *peso actual.* A todos aquellos que van de aquí para allá con proyectos de nuevos impuestos al consumo, nuevas tarifas aduaneras, nuevos armamentos militares, nuevas construcciones de fortificaciones, etc., la socialdemocracia se les cruza en el camino a cada paso. Este es el núcleo de la cuestión.

El "nuevo curso" —y con esto no nos referimos a las personalidades que lo sostienen sino a cierta posición política, que por su actuación desconsiderada, provocadora, grandilocuente, ha puesto a la opinión pública en su contra y fortalecido la oposición— llega consecuentemente al punto de lanzarse con todo su poder sobre la socialdemocracia como el fundamento de la oposición. *Se quiere eliminar a la socialdemocracia para luego terminar tanto más fácilmente con la oposición burguesa.*

¿Cómo eliminar a la socialdemocracia del Reichstag? Para todos es claro que para eso hay que abolir ante todo el *sufragio universal.*

Esta es también la tarea en la que arduamente se afanan desde hace tanto tiempo muchos salvadores del estado, con título o sin él.

II. LA ABOLICIÓN DEL SUFRAGIO UNIVERSAL

La primera cuestión que requiere una aclaración es la siguiente: *¿Es posible eliminar el derecho del sufragio universal en el Estado Alemán?*

La dificultad no está en la destrucción, sino en la reconstrucción. La dificultad consiste en saber ¿con qué sistema electoral se va a *sustituir* el derecho del sufragio universal? Y ahí está la cosa: no existe sistema electoral alguno, aparte del sistema del derecho universal, que satisfaga a la totalidad de los agrupamientos económicos y políticos dentro de la sociedad capitalista. Austria nos brinda justamente la mejor de las confirmaciones de esto. Allí ya se han diseñado con todo cuidado un sinnúmero de proyectos electorales, pero ninguno logra ser aceptado: solamente el miedo a la socialdemocracia mantiene alejados a los partidos del sufragio universal. Pero es más sencillo sustituir un mal sistema electoral por uno mejor, es decir el sufragio universal, como podría hacerse en Austria, que hacer lo inverso, como se quiere hacer en Alemania *.

En Austria, es cierto, se agrega además el problema del fraccionamiento nacional; pero en grado menor éste también es el caso de

* Como la importancia política de las dietas de los *Länder*, si se las compara con el *Reichstag*, es muy escasa, los antagonismos entre los partidos burgueses se manifiestan en ellas con menor aspereza. No obstante, en *Sajonia* se cuidaron muy bien de suprimir el sufragio *universal;* en vez de ello se introdujo el sufragio de tres clases a la prusiana,[2] o sea con elección común de diputados. Lo único que se ha alcanzado con ello es que *ni* la clase obrera, *ni* la clase media, *ni* la clase de los capitalistas puedan elegir independientemente sus diputados. Es éste un sistema electoral que se anula a sí mismo: sólo puede funcionar, en general, cuando una clase de electores renuncia voluntariamente a su autonomía o a sus derechos electorales. La burguesía sajona, alentada por las expresiones prusianas, especuló con que la socialdemocracia se infligiría a sí misma esa flagelación. Las próximas elecciones se encargarán ya de disipar la embriaguez de los reaccionarios, y tanto más amargos serán para ellos los efectos posteriores de su ebriedad.

Alemania. Aquí ante todo debe tomarse en cuenta su carácter de estado federado y la diferenciación confesional. En el Estado Alemán existe una línea divisoria de credos religiosos que puede actuar como una divisoria económica, política y casi nacional. Las condiciones económicas y políticas en Prusia Oriental o Pomerania son diferentes de las provincias del Rhin o de Baden, o inclusive Baviera. Pero todo esto encontrará su expresión en el Reichstag en el momento de legislar o de tomar decisiones administrativas. Sólo elecciones proporcionales a la cantidad de población pueden dar la base para una representación tan multiforme de intereses.

Pero en Alemania hay, además, otra dificultad a superar. El medio más eficaz para mantener al proletariado lejos del derecho del voto es un *censo de ingresos* elevado. Pero entonces aparece inmediatamente un obstáculo insuperable, la falta de un *impuesto a los ingresos de nivel nacional*, y en general la ausencia de impuestos directos del estado nacional. ¿Qué es lo que se eligirá entonces como medida de los ingresos o del patrimonio? Los impuestos directos de los diversos estados confederados son muy variables en sus disposiciones y en su ejecución práctica. Si el derecho del voto se basara en ellos, habría en realidad tantas diferencias entre los derechos electorales como el número de los estados confederados y unos se verían favorecidos y otros perjudicados.

¿Qué otra cosa podría elegirse como censo electoral si no son los ingresos? ¿La posesión de tierras, quizás? Pero esto eliminaría evidentemente a toda la población urbana del derecho del voto, con exclusión de los propietarios de casas, lo cual no sólo afectaría al proletariado sino también al capital industrial y crearía las mayores diferencias entre los distintos estados de acuerdo con su desarrollo industrial. El resultado general sería una mayoría clerical-conservadora.

La posición del gobierno frente al parlamento no sería menos difícil que ahora. El gobierno se habría librado en el Reichstag de la socialdemocracia, pero la habría cambiado por un régimen campesino clerical. A ello agregaría haberse enajenado totalmente la opinión pública y haber llevado al pueblo a un estado de extraordinaria agitación. ¡A la lucha de clases se sumaría la lucha religiosa y al proletariado con conciencia de clase, una burguesía descontenta! Justamente los elementos que actualmente proponen en voz más alta la represión de la socialdemocracia, echarían en esas condiciones toda la culpa al gobierno, y trabajarían incansablemente para su derrocamiento, sorprendidos e irritados por la dominación

clerical y asustados por la efervescencia de las masas populares más de lo que lo son ahora por los triunfos electorales de la socialdemocracia.

Por eso, *mientras no se llegue en el Estado Alemán al nivel de incorporar un impuesto nacional a los ingresos, tampoco se puede abolir el sufragio universal.* Y si se introduce un impuesto a los ingresos, entonces con más razón deberá conservarse el sufragio universal, pues ponerle impuestos al pueblo con el fin de quitar su derecho al voto sería una contradicción demasiado abrupta e hiriente. Si esto se llevara a cabo, por más sofisticado que sea el sistema electoral construido, en la primera elección en el Reichstag aparecería la oposición más encarnizada.

Esta imposibilidad práctica de eliminar el sufragio universal permite comprender el hecho de que hasta ahora, a pesar de las numerosas quejas sobre la socialdemocracia, en realidad no haya aparecido ningún proyecto sobre una modificación de fondo del sistema electoral. ¡Grandes son los deseos, pero pocas las posibilidades! Por los mismos motivos surgen todo tipo de medidas intermedias.

Así se ha propuesto aumentar el límite de edad para el derecho del voto. Dejando de lado que esto no gravitaría solamente sobre la socialdemocracia, el efecto de esta medida sería totalmente temporario. Puede ser cierto que en la actualidad es especialmente elevado el porcentaje de los que tienen entre veinticinco y treinta años entre los socialdemócratas. ¿Pero qué pasaría si se eleva el límite de edad hasta los treinta años? Ya en cinco años, es decir para el próximo período electoral normal, los votantes de veinticinco años y el viejo porcentaje se habría reconstituido. Más aún, si se les retira el derecho de votar a los que tienen entre veinticinco y treinta años, se les impulsaría, obviamente, hacia la oposición y las nuevas generaciones parlamentarias serían puestas en su contra.

Más trascendente es la proposición de fijar el derecho del voto a un domicilio estable. Pero tampoco se lograría mucho con ello, si no se da preeminencia a las zonas despobladas en relación a las ciudades, a las zonas industrialmente poco desarrolladas frente a las desarrolladas. Bajo la misma categoría cae la idea de poner límites al derecho del voto de los *solteros*.

Debemos mencionar también las medidas que se vinculan no con el derecho universal, sino con el carácter directo, igualitario y secreto del voto. Sin embargo el derecho del voto *indirecto* sólo tiene sentido, y el voto *preferencial* sólo es posible, si se basan en un *censo*. Pero de este tema ya hablamos y sus conclusiones se aplican

también aquí. Si en cambio lo que se elimina es el carácter *secreto* del acto electoral, esto llevaría a grandes vejámenes de los trabajadores. Pero realmente resulta ridículo que la reacción pretenda terminar con la socialdemocracia de este modo. La socialdemocracia reúne masas de tal envergadura que en la mayor parte de los casos ya no es ningún *secreto* para nadie cómo votan los trabajadores. A los patrones no les queda más remedio que aguantarlo y también en el caso de votaciones públicas, se verían finalmente obligados a dejar a los trabajadores la libertad de poner su voluntad política en acción.

Todas estas medidas parciales tienen en común que producirían lo opuesto de lo que pretenden. Ni mejorarían la posición del gobierno, ni eliminarían a la socialdemocracia, sino que aumentarían el rencor en el pueblo y fortalecerían la oposición. Esto no es una lucha en serio, son meras provocaciones surgidas del cerebro de idiotas enfurecidos y no de la sagacidad de los políticos.

Nada lo demuestra mejor que el gracioso proyecto elaborado muy recientemente y que ha alcanzado rápida fama. Se trataría simplemente de decretar: "¡*Ningún socialdemócrata* puede votar y *ningún socialdemócrata* puede ser elegido!" ¡Se piensa destruir a la socialdemocracia, destruyendo su *nombre*! Puesto que ¿qué otra cosa puede lograrse con esta fórmula mágica? ¡En ese caso no habrá más "socialdemocracia", pero existirá un "partido socialista de los trabajadores", un "partido proletario sin nombre"! ¿Y entonces qué? ¿O lo que se quiere es prohibir la *adhesión* a un *programa* determinado? Bueno, entonces habrá que eliminar los programas escritos; la *táctica*, la *interpretación de los principios* no se modifican con esto, pues esas surgen de las *condiciones* reales.

¿Se cree eliminar de este modo la lucha contra la *explotación* capitalista, contra el *militarismo*, contra los *impuestos al consumo*? ¡Qué infantilismo! Mientras todo esto exista habrá una socialdemocracia de facto, llámese así o de otra manera.

No se piensa para nada en las consecuencias de la eliminación del sufragio universal. La primera consecuencia sería la *desorganización del Estado Alemán*. Si bien en la actualidad las tendencias particularistas han retrocedido muchísimo, justamente ha sido un resultado concreto de la vigencia del *derecho del sufragio universal*. El sufragio universal destruyó las barreras políticas de los estados pequeños, generó una comunidad y una homogeneidad de la actividad política, y con ello desarrolló la *unidad* política de Alemania.

Si se disuelve este medio de unión político, entonces se remplaza

la unidad por la discordia y el fraccionamiento. La contraposición de intereses de los distintos estados constituyentes que actualmente se extinguen en las elecciones generales, sería favorecida y ampliada. Desaparecería el respeto por el Reichstag elegido en base a un censo. La organización misma del estado ya no aparecerá como la expresión de la voluntad del pueblo alemán, sino como una organización impuesta policial o militarmente. Y las tendencias particulares encontrarán una poderosa caja de resonancia en la masa popular exasperada por el despojo de sus derechos políticos. Efervescencia generalizada, insatisfacción, lucha prolongada, desesperada, contra el gobierno, y a éste, una vez iniciado ese camino sólo le quedará una respuesta posible: vejámenes policiales, represalias cada vez más violentas.

La eliminación del derecho del sufragio universal lleva así, necesariamente, a una agudización creciente de la reacción. La abolición de dicho derecho no puede quedar como una medida aislada sino que será seguida inmediatamente por limitaciones a la prensa, al derecho de reunión, a la actividad política en general ¡*Sin derecho del sufragio universal no hay ni libertad política ni constitución burguesa*! Así que también aquí, la lucha no se dirige aisladamente contra la socialdemocracia, sino contra las bases liberales del estado en general y contra la unidad de Alemania.

III. LA GUERRA POLICIAL CONTRA LA SOCIALDEMOCRACIA

Cuanto más difícil resulte cerrarle las puertas del Reichstag a la socialdemocracia, tanto más hay que esperar los intentos de limitar la actividad política de la socialdemocracia en los distintos niveles. ¡Que no haya agitación socialdemócrata! ¡Que no se vote la socialdemocracia aunque exista para ello el derecho! ¡Que no se hable socialdemocráticamente! ¡Que nadie se atreva a tener la apariencia de ser socialdemócrata! En fin, que la socialdemocracia deje de ser socialdemocracia. Y para que ello sea así, hay que vigilarla y perseguirla a cada paso.

Esto representa una guerra de guerrillas, una lucha no organizada de policías y fiscales contra la socialdemocracia que será llevada adelante en cada estado, en cada distrito judicial, en cada sección policial. ¡Una cacería de cada individuo y de cada expresión individual! ¡Y esto frente a un partido de casi dos millones de votantes,

que dispone de más de una docena de diarios y una gran cantidad de otras publicaciones, que se extiende por todo el estado hasta los poblados más pequeños y que anualmente realiza miles de reuniones! ¡Y todo esto a pesar de que el esfuerzo táctico de ese partido no está puesto precisamente en transgredir las leyes, sino por el contrario, en cumplirlas con meticulosidad! ¿Es por lo tanto difícil de pronosticar que una lucha de esta naturaleza, con una masa socialdemócrata en continuo crecimiento, carecerá totalmente de perspectivas para los organismos del estado?

¡Pues bien, investiguemos ahora qué quiere lograr el estado capitalista por este camino con respecto a la socialdemocracia!

Una guerra policial contra la socialdemocracia se orienta en dos sentidos: por un lado contra las organizaciones y las asambleas, por el otro, contra la prensa.

En la destrucción de organizaciones políticas la policía del Estado Alemán ha llegado al límite de lo humanamente posible. Salvo las *ligas electorales* las masas trabajadoras no tienen ya, prácticamente, ninguna organización política. ¿Y cuál ha sido el resultado de esta acción policial?: que el peso de la acción política se ha trasladado de las organizaciones a las *asambleas*. En lugar de desarticularse en pequeños grupos, adquiere desde el vamos un carácter general, un carácter masivo. Se crea un obstáculo para la formación de sectas, que es el mayor de los peligros para el desarrollo unificado de todo movimiento político. Dado que la liga electoral es la única forma de organización política posible, la actividad política está unida indisolublemente a la representación parlamentaria. Y como el Reichstag es una representación de la *totalidad* del estado, se genera de ese modo un partido que cubre toda la extensión del país. En lugar de desorganizar a la socialdemocracia se la reúne así en una formación más unificada.

Con esto no queremos afirmar en modo alguno que la legislación de Sajonia o Prusia sobre organizaciones sea una bendición para la socialdemocracia. Sin duda alguna la educación política del trabajador individual se desarrollaría mucho si los clubes pudieran expandirse libremente. Pero para esto se encuentran sustitutos, ante todo a través de la prensa, y además justamente con aquello que se busca impedir por medio de estas medidas: la formación de un gran partido obrero parlamentario.

La policía tiene muchas más dificultades para acabar con las asambleas que con las organizaciones. Si por alguna razón se disuelve una organización, resulta engorroso fundar otra en su lugar,

pero después de cada asamblea prohibida es relativamente sencillo citar a una nueva. Es imposible impedir las asambleas, aún con una legislación tan eficiente como la prusiana o la sajona. Es así como se realizan innumerables reuniones, y cuanto más dificultades se encuentra para su efectivización, mayor es la concurrencia. Ante esto ya no queda otro remedio que concentrar el ataque sobre las personas aisladas, es decir sobre los agitadores que hablan en las asambleas.

Los oradores son acechados. Las medidas preventivas de la policía efectivamente se han agotado. La agitación está en pleno desarrollo. La policía misma ha contribuido a aumentar el interés de los asambleístas. Pues sólo le queda vigilar si en el torrente oratorio no aparece algo en que enganchar un artículo del código penal. Toda la acción por la salvación del estado se reduce finalmente a que dos suboficiales prusianos logren quizás pescar una palabra que pueda ser interpretada como lesiva para el honor de alguien. ¿Y con ello se quiere destruir un gran movimiento político, enraizado profundamente en intereses económicos fundamentales?

La mayoría de las veces esto tampoco tiene éxito, pero cuando sí lo tiene; ¿qué pasa entonces? Se disuelve la reunión. La irritación de las masas asciende al máximo: el éxito de la agitación está asegurado. El agitador es encerrado. ¡Pero en lugar de uno aparecen inmediatamente diez nuevos!

Apenas la policía trata de hacer algo, ya sea en una o en otra dirección, tiene mil cosas de que ocuparse; no las puede cumplir, irrita por todas partes al pueblo, despierta rencor, excita a las masas contra ella y contra el gobierno, y a esto se lo denomina: ¡la lucha contra la socialdemocracia!

Una cosa es clara a simple vista: mientras exista el sufragio universal no se podrá aniquilar totalmente ni a las organizaciones ni a las asambleas. Y este fue justamente el problema central que debió enfrentar el gobierno y que destruyó las leyes antisocialistas. Por una parte quebró las organizaciones, prohibió las reuniones, obstaculizó la agitación, pero simultáneamente se vio obligado a poner a disposición medios legales para las organizaciones electorales. Y dado que no permitía ninguna otra forma de actividad política, generó violentamente un gran partido político. Tanto más cuanto que en el derecho del sufragio universal estaban los medios para eliminar la ley contra los socialistas [3].

Hay que agregar que donde por una u otra razón fracasan las organizaciones y las asambleas interviene inmediatamente en ayuda

de la situación el tercer miembro de la trinidad política: la *prensa*. De los tres, la prensa es el medio agitativo más poderoso, capaz de sustituir a los otros dos.

Una vez que el diario ha incorporado a su lector, entonces ya no lo abandona más. Se introduce en su hogar día a día. Es su director y consejero en todos los acontecimientos públicos. Lo educa. Le hace contemplar las cosas como él quiere. Domina su pensamiento. Cuando está al servicio de un partido, conforma simultáneamente la unión espiritual entre los adherentes de ese partido. Agita y organiza en igual medida y nunca abandona su lugar, sigue existiendo siempre como medio de unión en sí mismo, siempre renovado en su contenido y sin embargo constante en sus fundamentos.

Al mismo tiempo el periodista se deja pescar mucho menos fácilmente por las redes del código penal que el orador, a quien al calor de su discurso se le puede escapar una palabra imprudente, producto de la agitación. Ni el orador socialdemócrata ni el hombre de prensa socialdemócrata tienen el deseo de cometer ilegalidades. Actualmente esto ya lo saben hasta los chicos. Además, ¿por qué cometerlas si el partido crece tan maravillosamente sobre el terreno legal?

Ni los lazos ni las trampas más sofisticadas de las leyes penales podrán atrapar y frenar al movimiento socialdemócrata. ¡Qué lamentable sería para la literatura alemana, para la riqueza conceptual y de vocabulario de la lengua alemana, si se pudiera desterrar efectivamente por medio de fórmulas jurídicas las ideas brotadas de la vida, que se renueva cotidianamente! Solamente las *palabras* son asibles por los parágrafos legales, los conceptos no. Pues el número de las formas de expresión de los conceptos es infinito. Constantemente se los puede articular en nuevas relaciones y contraposiciones. Tienen la misma capacidad de transformación que la vida, y cuanto más desarrollada es la literatura tanto mayor es esa capacidad de transformación de la forma de expresión de los conceptos.

Hace más de un siglo Klopstock escribió estas altivas palabras:

"¡Que ninguna de las lenguas vivas se atreva a competir temerariamente con la lengua alemana! Ésta, para decirlo brevemente, impregnada de su fuerza, dotada de su múltiple predisposición ancestral, podrá siempre renovarse, enriqueciéndose, pero de un modo alemán."

¿Y después de que se expresaran Klopstock, Lessing, Goethe, Schiller, Fichte, Heine, Lassalle, etcétera, justamente ahora sería posible destruir un grandioso movimiento cultural, desarrollado durante decenios, mediante la condena a la formulación de ciertas palabras y combinaciones de palabras? Pues en el fondo sólo a esto queda reducida una guerra policial como la que describimos.

El éxito de toda agudización de la persecución penal a la socialdemocracia será siempre temporario. Mientras la adaptación a las nuevas normas legales o administrativas, no se haya completado, los fiscales de estado recogerán numerosas víctimas. Pero finalmente se encuentra la forma de expresión legalmente imposible de suprimir, el público aprende a comprender a los agitadores también en su nueva forma de expresión y los golpes policiales caen en el vacío sin encontrar resistencia.

¡Pero hay otras cosas que se obtienen con la persecución: cuanto menos se consigue aprisionar a la agitación socialdemócrata por medio de prescripciones penales, tanto más aparecerá el esfuerzo de interpretar estas leyes hasta lograr ajustarlas al caso en juego! Pero entonces la ley es puesta en un lecho de Procusto: acortada, estirada, pero siempre lesionada por el mismísimo representante de la Justicia. ¡Se partiría del castigo de lo ilegal y se terminaría actuando ilegalmente! Por fin se habría sustituido la ley por la arbitrariedad, el juez por el esbirro de policía.

¿Cuáles serían las consecuencias de esto? Desaparecería el respeto por los jueces y el dictamen judicial. En lugar de ver en ellos la fuerza mediadora y reguladora de las contradicciones sociales la gente se acostumbraría, bajo esas circunstancias, a ver a los jueces como los servidores de una clase determinada, la clase de los ricos, de los capitalistas, de los explotadores. Quedaría desenmascarado el carácter de clase del estado. El pueblo vería en el estado solamente la organización que lo domina. Se volvería desconfiado, disconforme. ¡Y cuando llegue la nueva elección parlamentaria, crecerá el número de los votos socialdemócratas! ¿Sería esto un milagro acaso?

La eliminación del derecho del sufragio universal llevaría a la desorganización del Estado Alemán, pero la guerra policial contra la socialdemocracia, si se la lleva a cabo consecuentemente tendría como resultado la *desorganización del estado* mismo, el socavamiento de la base jurídica de su existencia.

De determinadas causas derivan determinados efectos según leyes de hierro. Los efectos aparecen querámoslo o no. Entonces hay que decidir el dilema fatal ¡hacia adelante o hacia atrás, lucha continua o retroceso!

Si la guerra policial contra la socialdemocracia produce pocos resultados, tanto más encarnizadamente se la prosigue. Cuanto mayor es este encarnizamiento, tanto mayor es la descomposición de las condiciones de legalidad política. A medida que avanza la descomposición de la legalidad política, a medida que va quedando menos de la libertad legalmente garantizada, tanto más necesario se hace producir nuevas limitaciones legales a la libertad política, y por el contrario se hace también cada vez más necesario poner fin a la arbitrariedad policial. La disociación y la contradicción no puede ser llevada hasta el infinito: o se adecúa el procedimiento de la policía a las leyes, o las leyes se adecúan a la práctica policial.

¿Pero cuáles son las consecuencias extremas de la limitación de la prensa, de las ligas y las asambleas?

Para la prensa la consecuencia límite es la censura preventiva. Si existe una medida de limitación de la prensa que sea efectiva, ésta, evidentemente, sólo puede ser la censura previa.

Si la publicación es permitida en principio y la persecución penal sólo se produce con posterioridad, la prensa, como ya lo expusiéramos antes, es incontrolable. Pues queda entonces a cargo del poder ejecutor la demostración de que se ha impreso algo que atenta contra las leyes. Pero para todas las cosas es posible encontrar una forma de expresión que no esté en contradicción con las leyes penales.

Por el contrario, en la censura preventiva el principio fundamental es que toda publicación está prohibida, o para decirlo de otro modo, sólo se puede imprimir *con autorización del censor*. Cuando éste no otorga el permiso queda a cargo del editor el presentar las pruebas de que la interpretación del censor es errónea. Es el editor quien tiene que hacer un proceso contra el poder ejecutor, mientras en el otro caso el problema era el inverso.

Resulta entonces que en el caso de la censura previa sólo se publica lo que es del agrado del poder ejecutor, es decir lo que concuerda con las instrucciones del censor. Esto ya no es una simple limitación sino la abolición de la libertad de prensa.

A la postre tampoco la censura previa es capaz de eliminar la

literatura que no resulta del agrado del gobierno. Esto lo prueba la experiencia. Es realmente vergonzoso que hacia el final de este siglo todavía haya que discutir banalidades semejantes. ¡Tan poco ha avanzado la burguesía!

Por una parte los censores también son humanos, y por lo tanto pueden también ser burlados. Por la otra, la literatura crea en esos casos las formas más extraordinarias de intercambio indirecto con el público, por ejemplo en forma de sátiras, obras de teatro, etc. Finalmente, subsiste la posibilidad de la publicación secreta y del contrabando desde el exterior. El ejemplo más evidente de este último caso es el del *Sozialdemokrat*, de Zurich [4], que a pesar de todos los obstáculos llegaba todas las semanas a Alemania, y era distribuido por decenas de miles de ejemplares.

Queda sobreentendido que la censura preventiva fracasa totalmente en sus efectos si es mantenida la libertad de palabra. La censura previa, por lo tanto, requiere indefectiblemente como complemento la abolición de las libertades de asociación y de reunión.

Abolición y no simplemente limitación. De igual manera que en el caso de la prensa, el punto de partida debería ser la prohibición de organizaciones y asambleas. La autorización de constituir organizaciones y de realizar reuniones tendría que ser totalmente puesta en manos del poder ejecutor, el gobierno. Y evidentemente de este modo la actividad de organizaciones y asambleas puede ser regulada de acuerdo con los deseos del gobierno, si dejamos de lado las organizaciones clandestinas que son de poca importancia. Como ejemplo de ello: Rusia, Turquía y China.

Pero es claro que cuando llegamos a estas consecuencias extremas de la reacción política, la abolición del derecho del sufragio universal resulta una necesidad para el mantenimiento del estado. Pues todo el rencor que las limitaciones políticas habría generado llegaría en las elecciones a una manifestación explosiva, tanto más cuanto que faltaría todo otro medio de expresión. De este modo, una cosa lleva a la otra en un encadenamiento ininterrumpible.

Sin embargo la abolición del sufragio universal en una situación de extrema reacción, que habría hecho blanco en todo lo liberal o democrático, es dudoso que a la larga fuera suficiente para mantener una mayoría en el Reichstag del agrado del gobierno. Pues un orden político de este tipo haría imposible la actividad pública de cualquier oposición fuera del Reichstag, y por consiguiente obligaría al crecimiento de una oposición parlamentaria dado la gran diversidad de los intereses burgueses.

Por otra parte ya hemos demostrado las dificultades prácticamente insalvables que involucra la introducción en el Imperio Alemán de un sistema electoral por censos. Esta es la contradicción: como no se puede expulsar a la oposición del Reichstag se busca impedir su actividad pública a través de la limitación de la libertad política, pero cuanto más se dificulta la actividad política fuera del parlamento, tanto más se fortalece la oposición parlamentaria; y si se obstruye totalmente la libertad política, ¡entonces sí que la oposición aparece dentro de los muros parlamentarios!

¿No hay escapatoria a este dilema fatal? Sí, simplemente basta seguir extrayendo las consecuencias del camino que lleva la reacción. Si uno no puede desembarazarse de la oposición en el Reichstag, entonces evidentemente hay que buscar el modo de reducir su eficacia política dentro del Reichstag. Esta tarea es muy fácil de resolver jurídicamente. Como es sabido, aún en la actualidad la iniciativa legislativa del Reichstag está constreñida en estrechos carriles: ninguna resolución del Reichstag puede convertirse en ley si el Consejo Federal no lo quiere así. Basta completar simplemente esto, de modo de limitar el derecho de veto del Reichstag. Así, por ejemplo, que un proyecto presentado por el gobierno y rechazado tres veces por el Reichstag, pero aceptado por el Consejo Federal, adquiera fuerza de ley. En otras palabras, que el derecho de veto del Reichstag sólo valga tres veces. Si esto se lleva a cabo, entonces el gobierno ya no tiene que temer a la oposición parlamentaria y al mismo tiempo queda solamente él a cargo de la formulación de leyes y el Reichstag deja de ser el cuerpo legislativo del país.

Es decir: abolición de la libertad de prensa, abolición de la libertad de asociación y reunión, abolición del derecho del sufragio universal, abolición del fuero legislativo del Reichstag, todo esto está en estrecha vinculación, cada una de estas instancias lleva como consecuencia inevitable a la siguiente.

En este rosario de la reacción, resulta totalmente indiferente por donde se comienza su recitado. Insensiblemente se avanza, se sigue en la sucesión completa y finalmente no se sabe más dónde está el principio y dónde el final. Comiéncese con la limitación de la competencia del Reichstag. Resulta claro que entonces también habría que abolir en seguida el derecho del sufragio universal, pues en caso contrario se produciría una lucha encarnizada e ininterrumpida entre el Reichstag y el gobierno. Si se comienza introduciendo un derecho calificado de voto, entonces la oposición se lanzaría con mayor ímpetu a la acción periodística y a las asambleas. Se confirma lo que analizamos más arriba: que la abolición del derecho del sufragio universal no es una medida suficiente en sí misma, sino que debe arrastrar detrás suyo la más brutal y generalizada reacción política.

Los reaccionarios no piensan en estas consecuencias. Se lanzan a la acción con pocas previsiones. Pero la realidad no se preocupa por la lógica de los hombres de estado. Ella tiene su propia lógica. Y obliga tanto al más poderoso como al más humilde a seguirla o dar media vuelta a mitad de camino.

Si se la lleva a cabo en la forma descrita, la lucha contra la socialdemocracia se transforma inevitablemente en una lucha entre dos sistemas políticos, entre dos ordenamientos políticos de la sociedad. Esto realmente no es nada milagroso. La socialdemocracia no hace nada más que actuar dentro de los marcos de la constitución política existente. En consecuencia, si se quiere obstaculizar esta actividad, habrá que limitar la constitución. Al luchar contra la organización política de la clase trabajadora, en última instancia se lucha contra el constitucionalismo en sí, que posibilita ampliamente esta organización. Toda la reacción alemana aparece desde este punto de vista propugnando el retorno a los viejos tiempos. Se quiere descender peldaño por peldaño, la escalera que se subió antes. No es para extrañarse entonces que se vuelva al punto desde el cual se partió: el absolutismo.

Por ello, si la persecución política de la socialdemocracia se prosigue de igual manera, necesariamente llegará el momento en que no sólo la socialdemocracia, sino también la burguesía se enfrentará nuevamente con la cuestión: ¿constitucionalismo o absolutismo?

V. EL GOLPE DE ESTADO, EL MILITARISMO, LOS TERRATENIENTES

> "La ironía de la historia universal lo pone todo patas arriba. Nosotros, los «revolucionarios», los «elementos subversivos», prosperamos mucho más con los medios legales que con los ilegales y la subversión. Los partidos del orden, como ellos se llaman, se van a pique con la legalidad creada por ellos mismos... Y si *nosotros* no somos tan locos que nos dejemos arrastrar al combate callejero, para darles gusto, a la postre no tendrán más camino que romper ellos mismos esta legalidad tan fatal para ellos." [5]
>
> FRIEDRICH ENGELS

Cuanto más áspera y agudamente se manifiesta la reacción, tanto más tiene que crecer la oposición parlamentaria. ¿No están dadas ya en estas condiciones las garantías de que la actividad reaccionaria deberá desmoronarse a su debido tiempo? Esto sería así en un estado democrático en el que el gobierno depende del parlamento. Pero es distinto allí donde el gobierno es lo suficientemente independiente como para poder lanzarse a una aventura política. Cuando un gobierno así se lanza en ese camino tampoco se asusta frente a la posibilidad de modificar la constitución de modo ilegal si no puede cambiar las leyes por vía constitucional. Con el sable en la mano impone a la representación del pueblo una nueva constitución. Esto es el *golpe de estado.*

Al gobierno alemán ya se le ha aconsejado muchas veces imponer su voluntad por medio de una bribonada a lo Napoleón III. Todavía más frecuentemente se ha amenazado a la socialdemocracia con una "sangría". Estos afiebrados proyectos brotan del campo del militarismo.

El servicio militar universal y el extraordinario desarrollo de las técnicas de las armas pone en manos del gobierno una aterradora potencia militar. El recientemente fallecido Friedrich Engels demostró hace poco tiempo, clara y convincentemente, que el desarrollo de la técnica y la organización militar junto con los progresos en los medios de comunicación había convertido la revolución de barricadas en algo imposible. Apoyado en esta situación surge la creencia entre los reaccionarios que todo se puede conseguir por medio de los militares, que el ejército regular moderno hace que la posición del gobierno sea inconmovible.

Con la conciencia de esta posición aparentemente inexpugnable, resulta muy fácil que en un gobierno sediento de aventuras aparezca la creencia de que todo lo puede. Se volverá entonces impaciente e intolerante ante cualquier oposición. De este modo, si el desarrollo de los acontecimientos lo pone ante la alternativa de ceder o utilizar la fuerza, no tendrá ningún temor en emplearla.

Por otra parte existen grupos interesados para los que un golpe de mano de un gobierno que actúa sin miramientos estaría en total coincidencia con sus deseos, grupos que, por otra parte, trabajan planificadamente en ese sentido.

En primer instancia tenemos allí a los terratenientes. Estos grandes capitalistas propietarios de tierra obtenían crecientes rentas hasta los años setenta y aún mucho después, bajo la protección aduanera, al mismo tiempo que sus tierras se valorizaban enorme-

mente. Gracias a ello consiguieron hipotecas, establecieron destilerías de licores y fábricas de azúcar, o se dedicaron a otras especulaciones entre las que se destacaron las de la bolsa; o simplemente se gastaron el dinero de los préstamos viviendo dispendiosamente. Pero ahora ha llegado la época de la disminución de los precios de los cereales, y al mismo tiempo se ha producido una sobreproducción de licores y azúcar. Obviamente no pueden pagar sus deudas, el peso de los intereses los abruman y descubren que están arruinados. Pero lo único que les ha sucedido es que les alcanzó el destino final de todos los especuladores. Son bancarrotistas, que en nada se diferencian de cualquier banco que va a la quiebra; pero ellos hacen una virtud de lo que en otros se considera una perversión.

Y ahora el clamor es: "¡estado, ayúdanos!" Pero el estado no puede ayudarlos, dado que ni siquiera los impuestos aduaneros sobre los cereales sirven a largo plazo como garantía. ¡Salvo que el estado se haga cargo de sus deudas (que representan *muchos miles de millones*) y luego tire los pagarés al canasto de los papeles!

Ellos mismos no saben cómo salir del paso. Elucubran los planes más aventureros, uno más disparatado que el otro, y en todos ellos quieren incorporar al estado. Todos sus proyectos se basan en definitiva en la idea de la limosna del estado costeada por el contribuyente. Pero no poseen la mayoría en el parlamento y nunca podrán constituirla por sus propios medios, pues con el desarrollo de la industria se amplía la representación de la burguesía así como la de la clase trabajadora. De ahí que busquen cada vez más acercarse al gobierno. A ello se agregan los tradicionales lazos que vinculan a los junkers con la monarquía prusiana.

En toda ocasión, le ofrecen sus servicios al gobierno, esperando como es natural una retribución. Luchan contra quien haga falta: contra la socialdemocracia, contra los católicos, contra los polacos, contra los franceses. ¡Pero hay que pagarles! Su amor a la patria, su fidelidad al emperador son ofrecidos en el mercado y su regateo sobrepasa de lejos al de un viejo mercader de caballos judío ante un caballo entrado en años. Están dispuestos a entregar atada la libertad alemana a cualquier gobierno, asesinarla con premeditación, a violarla, por una recompensa adecuada. Pero cuando consideran que el gobierno no les ha pagado suficientemente, entonces gritan "¡estafa!", le arrancan a la monarquía sus vestiduras y la amenazan con los puños!

Se presentan como un apoyo del gobierno, pero exigen en pago que el gobierno los apoye. Protegen al gobierno de la oposición

burguesa, pero por el otro lado lo amenazan cuando no responde a sus deseos. Así ponen al gobierno entre dos fuegos que ellos mismos atizan: por un lado azuzan al gobierno contra la oposición burguesa y proletaria, por el otro, soliviantan contra el gobierno a las masas de electores que tienen sometidas.

Cuanto más grande es el vacío que se abre entre el gobierno y la representación política del pueblo, tanto mayor es la satisfacción de los terratenientes. Pues en la medida en que crece la oposición, el gobierno necesita más y más de su apoyo. En esto no hay lugar a equivocaciones: cuando los terratenientes abogan por la limitación del derecho al sufragio universal, lo que los mueve (sabiendo que en sus provincias de la Prusia Oriental la clase trabajadora apenas ha comenzado a moverse), no es tanto el aniquilamiento de la socialdemocracia como el establecimiento de un régimen agrario que no haga concesiones.

Los terratenientes están por la limitación de la libertad política porque en ello ven la garantía de su dominación. Quieren el avasallamiento del pueblo para manipular al estado como herramienta de la explotación fiscal. *Están por el golpe de estado, pues creen poder tomar de ese modo al gobierno en sus manos.*

VI. EL TEMOR ANTE LA REVOLUCIÓN SOCIAL

> "El día en el que el termómetro del derecho del sufragio universal indique a nivel de los trabajadores el punto de ebullición, tanto éstos como los capitalistas sabrán a qué atenerse."
>
> FRIEDRICH ENGELS

> "Es fácil decir que habría que eliminar los males sociales y destruir con ello la base de la socialdemocracia. Está claro que esto hay que intentarlo. Pero ello nunca se logrará en forma *total*. Por lo pronto, ningún partido conoce los medios para ello. Nunca se podrá satisfacer a este partido. *Nunca*."
>
> GENERAL VON BOGUSLAWSKI

Hay otro factor que en ciertas circunstancias puede resultar mucho más peligroso que la maquiavélica política de los terratenientes: el temor de la clase capitalista a la revolución social.

La clase capitalista espera aparentemente día a día el desencadenamiento de una revolución violenta de parte del proletariado.

¿No es precisamente el proletariado el que tendría motivos para temer un golpe de estado de parte de la clase capitalista cuando ésta tenga al gobierno totalmente en su poder?

Está claro y nunca será repetido suficientemente que en lugares como el Imperio Alemán, donde la constitución otorga a la clase obrera la posibilidad de llegar a sus metas por el camino legal, la socialdemocracia no tiene interés en producir la modificación violenta de la constitución por medio de una revolución. Por el contrario, tiene todas las razones para evitar un conflicto de este tipo, en primer lugar porque en las luchas revolucionarias la mayoría de las víctimas estarán como siempre del lado del proletariado, y además porque un intento de esa naturaleza es un hecho de mucho riesgo, que si fracasa puede fortalecer enormemente a la reacción y desencadenar en el movimiento un retroceso de años y años. ¿Por que debería tomar un camino tan peligroso cuando tiene abierta ante sí la vía que la legalidad le asegura en forma total?

Pero en la misma medida en que disminuyen los motivos de la socialdemocracia para modificar la Constitución del estado por medio de la violencia, aumentan los de la clase capitalista, que ya no tiene otro camino. A medida que aumenta el éxito de la socialdemocracia en la utilización del derecho del sufragio universal, tanto más funesto se vuelve éste para la clase capitalista.

Cuanto más avanzada está la lucha de clases, tanto más claro se hace para todos que en ella se juega la existencia misma del capital. El socialismo científico sabía esto desde el comienzo y nunca lo ocultó. Cuando le aconseja al capital flexibilidad, cuando le señala la senda de las reformas sociales, ¿qué otra cosa intenta que conseguir para él una muerte suave? Pero morir, no hay duda que ha de morir.

¿Puede creerse por ventura que el capital se rendirá con tranquilidad a este destino fatal? Eso estaría en contraposición con toda la experiencia histórica y con todo conocimiento político. Nunca hasta ahora una clase social renunció voluntariamente a su existencia.

¡Ahora estamos totalmente inmersos en la lucha de clases proletaria! Ya no se trata de los privilegios políticos que la clase capitalista tendría que perder eventualmente, sino de la base económica de su existencia social. La socialdemocracia busca la expropiación de los expropiadores. ¿Puede suponerse que los fabricantes, los comerciantes y los terratenientes, los capitalistas cuya propiedad privada de los medios de producción deberá ser transformada en social, que

por ello deberán perder toda posición de poder, puede creerse que esos capitalistas se someterán sin ofrecer resistencia? ¡Oh no, lucharán con todos los medios que de un modo u otro puedan agenciarse, sin retroceder ante nada!

Si el proletariado libra el combate decisivo porque no tiene nada que perder y un mundo por ganar, la clase capitalista lo hace porque tiene un mundo que perder y muy poco por ganar.

De ahí que si la victoria completa del proletariado por el camino legal es posible, en el momento decisivo la clase capitalista tratará de cortarle este camino por medio del poder de las armas.

Pero no es necesario ir tan lejos. Ya ahora los sumos sacerdotes del capital quieren dar un baño de sangre al proletariado. Con ello se atemorizaría a la clase trabajadora para mantenerla alejada de la acción política.

¿Cuál es entonces la realidad: es verdaderamente sólo la generosidad del gobierno lo que la retiene a actuar por medio del asesinato y el terror? ¿O quizás la situación no es tan sencilla? ¿El gobierno no tiene también algo que perder en este juego?

¿Está solamente en manos del gobierno determinar si el régimen político del país será uno u otro? ¿Si el gobierno se apoya en las armas, en qué debe apoyarse el pueblo? ¿Si se llegara a la situación de que el gobierno atacara al pueblo con las armas en la mano, cómo se podría defender el pueblo? ¿Si el gobierno quisiera robarle al pueblo los derechos garantizados, cómo podría éste defenderse del robo? ¿No hay nada que se pueda oponer al *golpe de estado*? ¿La protección de la constitución contra la alta traición, cuando ésta se apoya en rifles y cañones listos para tirar, carece totalmente de posibilidades? ¿O existen todavía condiciones en las que dicha salvaguarda puede tener éxito? ¿En qué condiciones? ¿Y cómo habría que llevar el combate? Estas preguntas tienen inmensas implicancias políticas. Trataremos de contestarlas.

VII. LA REVOLUCIÓN DE BARRICADAS

> "El método de lucha de 1848 está hoy anticuado en todos los aspectos."
>
> FRIEDRICH ENGELS

Como ya lo mencionáramos, lo que podría darle confianza para realizar sus designios criminales a un gobierno capaz de alta traición es la suposición de que el pueblo no está en condiciones de ofrecer resistencia. Pero en este caso lo que se imagina como defensa contra el ejército es la *lucha callejera*, la *lucha de barricadas*. En las condiciones estratégicas modernas esto sería evidentemente una locura. El pueblo tiene sin embargo a su disposición otros *medios* para resistir la violación de la constitución, que no tienen el carácter violento de las *luchas de barricada* pero que no por ello son menos eficaces. Pero antes de que nos dediquemos a hacer una revisión de los medios de defensa del pueblo, echemos un vistazo a la revolución de barricadas, para tener una idea de las fuerzas y efectos que se manifiestan en general en un conflicto entre el pueblo y el gobierno.

Como en el caso del golpe de estado, en una revolución política violenta también se trata de una modificación de la constitución por medios violentos. Sólo que en el primer caso es el gobierno el que con la fuerza militar impone la modificación al pueblo, mientras que en el segundo es el pueblo el que por medio de la violencia elimina una violación o un avasallamiento político preexistente.

En un estado *democrático* tanto el golpe de estado como la revolución política violenta están *excluidos* para todas las partes. Pero en ambos casos se requieren ciertas condiciones previas. Para un golpe de estado es necesario que el gobierno aparezca como poder independiente de la representación del pueblo, que posee una jurisdicción sobre las fuerzas armadas suficientemente amplia, mientras que la revolución requiere que una gran clase social no posea suficientes medios constitucionales para hacer valer políticamente sus intereses.

Por ello si las distintas corrientes políticas de la sociedad pueden expresarse libremente ante la opinión pública y en el parlamento, entonces sólo se producirían *conflictos parlamentarios*. Si en estas condiciones un partido no es suficientemente fuerte para ejercer en el parlamento la presión política deseada, tampoco podría hacerlo en plena calle. Pero si dadas estas circunstancias un partido tuviera la mayoría del pueblo, entonces también tendría la mayoría en el parlamento, es decir, el comando de la actividad legislativa.

Pero si se excluyen de la actividad política, en particular del derecho al voto, a masas populares numerosas que tienen importantes intereses políticos que representar entonces se acumula naturalmente una masa de fermentación política que finalmente llevará al estallido violento. Pues la revolución política violenta nunca fue algo casual y repentino, a pesar de producirse sorpresivamente. Se

preparó siempre paulatinamente y de acuerdo con leyes por lo que en ciertas circunstancias necesariamente debía estallar.

La amargura de las masas populares sojuzgadas crecía y se extendía buscando expresarse de cualquier forma posible, hasta que el máximo aumento del descontento popular se abría camino con máxima violencia. Se producían manifestaciones políticas que llevaban en línea creciente desde las restricciones a la "legalidad" hasta el planteo, reverenciado inclusive por la burguesía, del "inmutable" derecho a la revolución, que, según Schiller, "inalienable e inquebrantable, como las estrellas mismas" está fijo en el cielo. El mezquino ataque de los diarios: burlas, sátiras, injurias, aguijonazos, mazazos, críticas, peticiones, declaraciones de protesta, demostraciones, manifestaciones callejeras, murmullos, gritos, impaciencia de las masas populares, "motines" —*¡Revolución!* La escala no necesita ser recorrida paso a paso y con todo detalle. La forma de la exteriorización política dependía más bien de las posibilidades políticas existentes. El proceso reprimido quizás en sus formas más abiertas también podía alimentarse en forma *latente,* hasta que de golpe surgía a la luz en un desorden arrollador.

Todos los hechos señalados arriba tenían como finalidad común influir sobre quienes detentaban el poder político, asustarlos, confundirlos, desenmascararlos, hacer que se los despreciara, que se los odiara. Finalmente voltear o bien modificar al gobierno como expresión más alta del poder de estado. Esta situación podía encontrar innumerables soluciones desde el cambio de gabinete hasta la instauración de un gobierno revolucionario provisorio.

En la descripción de la revolución de barricadas debe mencionarse en primer término que su territorio fue casi exclusivamente la *capital* y que por ello es sólo en ésta donde puede seguirse su ciclo de vida completo.

La *revolución de barricada,* como lo demuestra la historia, se nos presenta ante todo como la conclusión de la serie de hechos políticos que hemos señalado, y al mismo tiempo como su unificación a nivel máximo de potencia y efectividad. Pero fue más que eso. Fue la desorganización de la sociedad. Las fábricas, los talleres, los inquilinatos se vaciaron mientras se llenaban las calles y las plazas. Los negocios fueron cerrados. Se paralizó la actividad productiva, el comercio, la circulación. Los miles y miles de hilos del juego de títeres de la sociedad se aflojaron por un momento. Y con la actividad cotidiana desapareció también el letargo moral que la acompañaba. El gusto por la comodidad se desvaneció, no actuó

más la negligencia, la tradición fue olvidada, se quebró la rutina, las preocupaciones mezquinas de la vida se pospusieron y una sola cosa animaba a la masa, que empujaba, que presionaba, que avanzaba en oleadas como una marea: el interés político. En el excitado caos humano se diluía la voluntad individual y tomaban su lugar las leyes de los movimientos de masa. Grupos humanos haciendo política se formaban en las esquinas. Eran los centros nerviosos de las masas populares fundidas en plena calle en un coloso único, los núcleos sensitivos que en exaltada movilidad transportaban, generaban, amplificaban, mantenían circulando impresiones, noticias, rumores, pensamientos, palabras, estados de ánimo. La inseguridad, lo desacostumbrado, lo insólito de la situación, la tensión nerviosa, la concentración del interés en un solo punto, la proximidad de las concentraciones populares masivas, aumentaban el poder de captación, creaban una inteligencia de las masas aguda, potencializada, revolucionaria, en lugar de la receptividad espiritual usual. De ahí la rapidez con que cundió el levantamiento revolucionario, claro está, si se producía en el momento correcto.

La maquinaria de estado funcionaba mientras el mecanismo social general pudiera actuar sin alteraciones. Mientras los trabajadores estuvieran encerrados en las fábricas durante el día, y en los inquilinatos durante la noche, mientras la calle estuviera todavía en manos de policías, hombres de negocio, mensajeros, señoras a la moda, vehículos de carga durante el día, y de prostitutas, pillos, asaltantes, público de teatros y conciertos, de concurrentes a bailes y ladrones, durante la noche, mientras que cada uno atendiera su profesión burguesa seguía existiendo el "orden sagrado": los trabajadores cumpliendo su servidumbre, los fabricantes dormitando en los blandos sillones de sus despachos, los comerciantes detrás de sus mostradores, los ladrones robando, los jueces juzgando, los nobles cazando; siempre y cuando el proceso de higienización social fuera ordenadamente cumplido por los barrenderos, policías, equipos de demolición, sepultureros. Pero cuando cesa la actividad profesional, cuando el correcto comerciante tanto como el pillo y el estafador se encuentran sin trabajo, cuando amplias masas populares se mueven en las calles, y en las paredes de los edificios aparecen inscripciones que reclaman "Muerte a los ladrones", entonces una temerosa preocupación, una inseguridad apresadumbrada, invade a los órganos del gobierno, desde el agente de policía hasta el rey. Si antes se presentaban como los protectores del pueblo ahora aparecen requiriendo protección. Pues contra ellos se dirige

la ira del pueblo largo tiempo contenida. Las intenciones del gobierno se orientan ante todo en el sentido de rehacer el orden, es decir, obligar al pueblo por medio de la fuerza a retomar las posiciones individuales de la noria social, reintroducirlo violentamente en la rutina acostumbrada. Pero sucedió que la policía desapareció en la marea humana y perdió su poder. De este modo lo único que quedaba eran las fuerzas armadas.

La tarea que les correspondió fue la de echar al pueblo de las calles, desbandarlo completamente destruyendo así el poder mágico del amotinamiento colectivo, en la esperanza de que la multitud dispersada, sin cohesión interna, se desanimara y reducida a sus eslabones débiles aislados, que contaban con sus propias fuerzas, perdiera la entereza moral, cediera y se dejara arrastrar nuevamente a su lugar en el yugo. A esto se resistió el pueblo. Así nacieron las barricadas.

El significado de la barricada debe visualizarse en dos direcciones. En primer lugar era un punto de reunión y un medio organizativo. Al tratarse precisamente de una masa no organizada, como sucedió en todas las revoluciones violentas históricamente conocidas, esa fue una característica muy importante. Las reuniones de masa recibieron así una meta y un medio de unión. Especialmente efectivo resultó esto en el caso de los pequeños comerciantes, los artesanos, los talleres en casas de familia, separados entre sí por su actividad profesional pero con una presencia numérica considerable en el espacio delimitado por la calle, o el barrio. La barricada fue para todos la expresión más acabada, la manifestación y efectivización pública de la revolución, la bandera que estaba enarbolada, para la unificación de las fuerzas revolucionarias. Piénsese cuán numerosa era todavía la pequeña burguesía y el artesanado en 1848, la falta de organización de la clase obrera y se comprenderá la trascendencia de ese momento. Toda revolución presenta en primera instancia una fase de crecimiento. Necesita tiempo para desplegarse. Y mientras esta capacidad de expansión dura, la victoria se mantiene del lado del pueblo. Engels tiene razón en señalar que el triunfo del pueblo en Berlín en 1848 se debió entre otras cosas a la intensa afluencia de nuevas fuerzas combativas durante la noche y la mañana del 19 de marzo.

En segundo lugar la barricada era una construcción de defensa: protección del lado del pueblo y obstáculo del lado del ejército. El poder de esta obstrucción sobre los militares no estaba solamente determinado por su aspecto material sino principalmente por su

efecto *moral*. La marcha de las tropas era demorada, con ello se producía un desorden en sus filas, disminuía la firme tensión de la columna en marcha militar, pasaba el tiempo; los soldados, unificados por la costumbre, la ejercitación militar, atontados por el batir de los tambores, impulsados por la marcha colectiva en columnas, se encontraban con la oportunidad de mirar alrededor, pensar, tomar conciencia de su acción. No se trataba de una lucha en campo abierto contra un enemigo extraño, sino de un ataque en el ámbito restringido de la calle dirigido contra el pueblo con el que los soldados ayer mismo habían estado pacíficamente vinculados y del que ellos mismos provenían. Las tropas resultaron repentinamente apresadas por la debilidad, el desgano, la confusión, fueron "desmoralizadas" y tanto más cuanto mayor era su simpatía inicial por el levantamiento. Es sabido que por ello, en el caso de las luchas revolucionarias se solía sustituir la falta de entusiasmo de los soldados por abundantes raciones de aguardiente. Es decir que la salud del estado reposaba, en última instancia, en los efectos de una borrachera.

Unificación, organización, entusiasmo revolucionario del pueblo, de un lado; desorganización y desmoralización de las tropas del otro, en esto residía la esencia de la barricada: de modo tal que la lucha en sí sola era la resultante de los dos factores en su acción conjunta. Engels, nuestro luchador y teórico revolucionario prematuramente fallecido, dice: "No hay que hacerse ilusiones: una victoria efectiva de la insurrección sobre las tropas en la lucha de calles, una victoria como en el combate entre dos ejércitos, es una de las mayores rarezas. Pero es verdad que también los insurrectos habían contado muy rara vez con esta victoria. Lo único que perseguían era hacer flaquear a las tropas mediante factores morales que en la lucha entre los ejércitos de dos países beligerantes no entran nunca en juego, o entran en un grado mucho menor. Si se consigue este objetivo, la tropa no responde, o los que la mandan pierden la cabeza; y la insurrección vence... *Por tanto, hasta en la época clásica de las luchas de calles, la barricada tenía más eficacia moral que material.* Era un medio para quebrantar la firmeza de las tropas. Si se sostenía hasta la consecución de este objetivo, se alcanzaba la victoria, si no, venía la derrota".

De estas consideraciones resulta lo siguiente:

1. Puesto que incluso en los años cuarenta la superioridad táctica en la lucha de calles estaba del lado de las tropas, sería ciega inconsciencia querer ofrecer una resistencia violenta contra el ejér-

cito de nuestros días, que dispone de una técnica bélica más refinada.

2. Por otra parte, la esencia de la política revolucionaria no consistía solamente en la lucha de barricadas, sino que tenía también otras manifestaciones que perseguían en conjunto la *desorganización de la sociedad.* Aquí surge la pregunta si el golpe de estado no tendría también como consecuencia la *desorganización general* y hasta qué punto ésta podría manifestarse como eficaz.

3. Por último, que el ejército se deje llevar a acciones ilegales y anticonstitucionales es una cuestión que evidentemente depende siempre del estado de ánimo de sus cuadros y de las *influencias morales* a las que pueda ser sometido.

VIII. EL SERVICIO MILITAR OBLIGATORIO

Todos los ejércitos de la Europa continental se basan actualmente en el servicio militar obligatorio. El sector profesional está circunscripto a los rangos de suboficiales y oficiales. Para el soldado la actividad militar ya no es una profesión, una manera de ganarse la vida; en ella ya no encuentra una posición económica. Es por eso que el ejército ya no es como en el pasado una clase social particular, si por ello entendemos una capa social con intereses económicos distintos a los del campesino o el obrero; por lo tanto, tampoco tiene intereses políticos diferentes. Lo que les preocupa a aquellos le atañe en definitiva también a él.

Puesto que el servicio militar se ha transformado en un deber de los ciudadanos, sólo un aislamiento artificial separa al ejército del pueblo. Pero ningún medio artificial podrá eliminar la ligazón del soldado con el pueblo a través de sus recuerdos y sus expectativas, de su pasado y su futuro.

Sólo allí donde es muy débil la vida política del pueblo, podrá convertirse al soldado en una máquina carente de voluntad. Cuanto más dinámica sea la vida política, cuanto más amplios sean los círculos en los que ésta penetra, tanto menos frecuente será que el joven llegue al ejército como una hoja en blanco. Los reclutas llevan al ejército el estado de ánimo y las opiniones políticas que predominan en el pueblo. Por lo tanto no solamente están marcados políticamente desde el comienzo, sino que además el efecto moral

del servicio militar sobre ellos dependerá mucho de su pensamiento político.

Hay épocas en que el ejército está rodeado de una aureola de gloria ante los ojos del pueblo, y el deber militar aparece como un deber de hònor. Entonces la juventud se incorpora con entusiasmo y soporta de buen grado todas las fatigas y penurias. Pero en otros tiempos, cuando el sistema militar es sentido por el pueblo como una carga gravosa, cuando al ejército se le quita sin piedad su ropaje de institución popular, cuando además se hacen intentos planificados y abiertos de incitar a los militares contra el pueblo, entonces este último enfrenta al servicio militar con rencor, amargura y posiblemente odio. En esas condiciones el joven también ingresa a los cuarteles con sentimientos no muy positivos; tiene desde el comienzo una actitud crítica y de desconfianza frente al servicio, al que contempla como una inútil pérdida de tiempo, inclusive perjudicial: en lugar de entusiasmo aparece el mal humor, y en vez de la voluntad de servicio, la obediencia generada por el temor al castigo, escondiendo la insatisfacción, el rencor que no cede, la oposición apenas contenida. En estas condiciones todas las medidas que tomen las autoridades militares sólo pueden tener un resultado: aumentar el resentimiento. Si se suaviza el trato que reciben los soldados, entonces la crítica se extiende tanto más libremente; si se la endurece, aparece como una injusticia y transforma el descontento en odio. Si todo el tiempo del soldado es ocupado por el servicio, entonces se siente como el buey uncido al arado o como un galeote encadenado a la rueda; si se le da mucho tiempo libre, entonces tiene la oportunidad de desarrollar su crítica al estado, es decir, al sistema militar.

Desde este último punto de vista los entrenamientos para desfilar adquieren una peculiar perspectiva. Inútiles en términos generales, su transcendencia podría deberse a la intención de llenar el tiempo libre de los soldados, ocuparlos, tenerlos constantemente en tensión. Pero en las condiciones mencionadas tampoco esto daría los efectos deseados. Para un espíritu escéptico y malhumorado los ensayos de desfile aparecerían como la degradación del servicio militar a un juego de muñecos, pero un juego lleno de penurias y vejámenes.

La contraposición entre la educación militar y su efecto político puede llegar a un nivel tal que las mismas autoridades militares, dejando de lado las razones financieras, lleguen a creer aconsejable el acortamiento del servicio militar. Los soldados que ya saben de

qué se trata, pero que no pueden abandonar los cuarteles, son críticos más duros. Lo que el ejército podía tener de tentador para campesinos o trabajadores, ya hace tiempo que lo han saboreado. La seducción de la novedad se ha disipado, las nuevas relaciones, lo distinto de la vida del soldado, lo especial, todo lo que tanto impresiona al joven recluta manteniendo su espíritu en tensión, ya no lo sorprende. Por el contrario, lo que queda es la uniformidad militar, que hace que un día se parezca al otro, como los botones del uniforme, una existencia obligada de una monotonía eterna. El servicio, que ya no requiere aprendizaje, se vuelve aburrido pero siempre penoso. Y la desgastadora pérdida de tiempo es acompañada por la aguda preocupación por un futuro incierto. Se agrega a esto que el soldado veterano también ha adquirido un contacto mucho más estrecho con el aparato conductor del ejército. Conoce las peculiaridades y las debilidades de sus superiores. Se ha deshecho la magia y el engranaje del mecanismo militar queda expuesto ante sus ojos. Claro está que estos soldados veteranos constituyen un grupo sumamente peligroso para el estado.

Pero cuanto más desarrollada está la vida política, el material de reclutas es tanto más inquieto y receptivo políticamente, más inteligente, y tanto más fácilmente adquiere el recluta los conocimientos militares y castrenses. Quizás nada demuestra mejor el nivel de desarrollo político que se ha alcanzado en Alemania, que el hecho de que hoy sea inconcebible un período de 5 años de servicio militar activo como existía antes. Unos años más, y también el retorno al servicio militar de tres años se convertirá en una imposibilidad política. Pero cuanto más se acorta el tiempo de servicio, tanto mayor es en el ejército el predominio de elementos recién salidos del pueblo, y tanto mayor es la relación entre soldado y obrero, o soldado y campesino. Con el acortamiento del período de incorporación a las filas nos acercamos cada vez más a la milicia popular, que es la consecuencia lógica del servicio militar obligatorio.

Es así que, presuponiendo que exista en el pueblo un descontento político general y profundo, no sería necesaria ninguna propaganda entre los militares para crear en ellos un estado de ánimo de oposición. Es cierto; si no existiesen otros medios salvo la distribución de volantes en los cuarteles, entonces sería fácil para las autoridades militares acabar con ella. Pero si en el ejército todo anduviera de acuerdo con lo deseado, entonces el temor a estos planfletos no sería necesario pues los mismos carecerían de todo efecto sobre los soldados. Resulta altamente llamativo que actualmente cada una de

las hojitas de papel llevadas por el viento produzca fuertes temblores. Se puede suponer que en el ejército existe una inquietud que lleva a prestar oídos ansiosos a toda expresión de oposición. Y un descontento tal sería solamente el reflejo del estado de ánimo de oposición de todo el país, pero entonces serían las propias autoridades militares, sería todo el sistema militar, el que realizaría la más tremenda y eficaz propaganda revolucionaria. Entonces las autoridades militares tendrían que comenzar por ellas mismas, si quisieran eliminar a los revolucionarios.

En estas condiciones ningún proyecto golpista podría ser de ayuda (y por otra parte también sería innecesario). Si se aislara totalmente a los militares del mundo exterior, sólo se incrementaría aún más la agitación en el interior de los cuarteles y el descontento se convertiría en levantamiento abierto. Y cuanto más cuidadosamente se tratara de preservar al ejército de la ponzoña revolucionaria, tanto mayor sería su contaminación por la misma. Si, por ejemplo, se vigilase cuidadosamente que el soldado no tenga el más mínimo contacto con los socialdemócratas, ¿no significaría justamente esto llamarle la atención hacia la socialdemocracia? y precisamente el hecho de llamar la atención y atraer sobre sí el interés, de penetrar la indiferencia de las masas, ha sido siempre el problema fundamental para la propaganda socialdemócrata. Una vez logrado esto, el "veneno" socialista actúa con la impetuosa velocidad del ácido cianhídrico. También el soldado, una vez despertada su imaginación, se vuelve reflexivo y observador, rápidamente encuentra compañeros que saben más o que saben cosas diferentes, y a la postre los domitorios del cuartel producen socialdemócratas, igual que las fábricas.

¡Cuánto ha contribuido en este aspecto la propuesta de golpe de estado, en especial con los divertidos acompañamientos corales que le entonara el ministro de guerra Schellendorf![6] ¡O se cree por ventura que la comedia del golpe de estado que dominara la política durante casi un año, y que también involucró a la opinión pública, era totalmente desconocida para los soldados? El descontento generado por las tratativas de golpe fue más grande que el que pudieran haber logrado todos los panfletos, cuya entrada al cuartel se hubiese evitado por la presunción del golpe, hasta fines del siglo y por un decenio más.

Esta es pues la contradicción fatal que se le presenta a un gobierno con ansias golpistas en presencia de una constitución democrática y del servicio militar obligatorio: cuanto más imprescindible

y prolongado es el apoyo en el ejército para enfrentar al pueblo, tanto más los militares se vuelven contra ese gobierno. A medida que aumentan los requerimientos que se les plantean, el apoyo que brindan los militares se hace cada vez menos seguro. *Si se quiere preparar planificadamente al ejército para un golpe de estado, a la postre se lograría que esté disponible para cualquier cosa menos para el golpe.*

IX. LA DISCIPLINA

Se ha dicho: una vez que tengamos ganadas las cabezas de los soldados, entonces también tendremos las bayonetas. Aunque esta afirmación es justa en el terreno especulativo, en la práctica sólo debemos emplearla con extrema precaución.

Ya eso de ganar las "cabezas" es algo bastante particular. No debemos engañarnos con respecto a la limitación de los conocimientos que se le pueden impartir al pueblo dentro de la sociedad capitalista. El trabajo pesado y una miseria amarga son fuerzas que oprimen el espíritu.

El proletario que vuelve agotado a su casa después de una larga jornada de trabajo, que casi no encuentra ni espacio ni luz para leer en la pequeña habitación colmada por la mesa y las camas donde se amontona la totalidad de la familia y a veces uno o varios huéspedes nocturnos más, que además es requerido por su mujer, sus hijos y todos los problemas domésticos, ¿dónde encontrará la tranquilidad y la posibilidad de obtener un conocimiento fundado? Los proletarios que son atraídos con pasión por la política y también por la ciencia y el arte, que con sacrificio de sus restantes intereses vitales y aun de su salud se sobreponen a todos los obstáculos, constituyen y sólo pueden constituir una excepción muy circunstancial. La mayoría de la humanidad siempre buscará ganar lo positivo de la vida tal cual ésta se le presenta, y sólo en segunda instancia se dedicará a las reflexiones y a la crítica.

Si tal como lo demuestra la experiencia, la propaganda socialdemócrata cunde con inusitada rapidez en las masas proletarias, esto por sí solo ya demuestra que se trata más de *estados de ánimo* que de convicciones. Pero el estado de ánimo socialista y revolucionario del proletariado no es en modo alguno algo casual y que se disipa rápidamente, pues es el producto necesario de las relaciones económicas dominantes, de la explotación capitalista. En ello estriba la fuerza de la socialdemocracia que sólo podrá desaparecer junto con la sociedad capitalista.

También en el caso del ejército sólo puede hablarse de un estado de ánimo opositor. Donde lo encontramos, como ya lo mencionáramos es siempre el producto del estado de ánimo político general del pueblo, pero que una vez presente no es suprimido por el servicio militar sino, por el contrario, vivificado. Pero la dirección militar tiene a su vez medios poderosos a su disposición para manipular al ejército como le parezca, a pesar del estado de ánimo opositor que pueda existir en cierto momento. Tres son las fuerzas en las que se apoya: la organización militar, la disciplina militar y la conducción militar.

La *organización* militar, desarrollada en una experiencia de cientos de años, como toda organización destinada a la dominación de masas se basa fundamentalmente en la división de la multitud en partes aisladas, cada una de las cuales constituye un grupo puesto bajo un mando especial. La articulación viviente de la masa popular es sustituida, al ser disuelta, por la unidad de la dirección. La masa es también introducida por la fuerza en formas resistentes estrechamente vinculadas, sobre las que se yergue como una pirámide el férreo mecanismo de la conducción militar, cuyos engranajes movilizan la multitud dividida pero firmemente cohesionada. Por ello, el elemento militar aislado se siente como un eslabón sin voluntad, fragmento de una organización que es dirigida por un poder superior. La dirección militar se presenta frente a cada unidad y a cada soldado individual como un todo, un poder de gobierno unificado, de múltiples eslabones, amplio, omnipresente, que lo sabe todo, provisto de todos los atributos de la dominación: policía, jueces y cárceles.

El extraordinario poder de la disciplina ha sido analizado muchas veces. Ella adapta el contenido a la forma creada por la organización militar. Su efecto final es la obediencia ciega.

La actividad de los soldados es desmenuzada en una serie de tareas que día a día deben ser realizadas con máxima corrección en una sucesión inalterable. Para el soldado, en el servicio no hay posibilidad de elegir, no hay autonomía, no hay una actividad reflexiva. Todo está destinado a convertirlo en un autómata que funcione con la exactitud de un mecanismo de relojería.

Con el adiestramiento conjunto y homogéneo se liman las parti-

cularidades individuales y se va conformando el soldado tipo de la tropa.

La conclusión es finalmente la generación de los movimientos de masa. Aquí la voluntad del individuo es totalmente disuelta. Según la cadencia, de acuerdo con la voz de mando, avanza la fila cerrada, retrocede, gira hacia un lado, manipula el fusil en un golpe común de los numerosos brazos, etc. Ya no hay pensamientos, sólo adaptación instintiva, inconsciente, adiestrada, la operación conjunta y la activación de la masa popular fusionada en un cuerpo común. La tropa se convierte en una herramienta ciega en las manos de su jefe.

La tarea de los mandos militares consiste en dirigir en su movimiento al conjunto de soldados conformados por la organización y la disciplina en un organismo con ciertas funciones de masa.

La tropa carece aun más de voluntad en movimiento que en reposo. A través de la marcha rítmica en columnas y escuadras, por la tensión que se genera en el avance común, imposible de detener, se paraliza la conciencia y por encima de todo, el redoble de los tambores y una música estridente, ensordecedora, ahoga toda agitación del pensamiento.

Es así que un posible estado de ánimo opositor que se halla en el fondo del corazón del ejército se enfrenta con un aniquilamiento planificado de la actividad volitiva del soldado. A través de la organización, la disciplina y el comando, su personalidad se diluye en el conjunto de su unidad, la que se somete instintivamente a las voces de mando.

En las revoluciones que tuvieron lugar hasta ahora la cuestión principal fue romper este encantamiento, para que el soldado, con su forma de pensamiento, su estado de ánimo y por consiguiente su voluntad, pudiera expresarse.

Este era el papel que le cupo a la barricada. Detenía a las tropas en marcha, las confundía y les hacía recuperar su conciencia. Pero ¿qué es lo que podría hoy obstaculizar el avance del ejército en el caso de un golpe de estado, dado que ya toda barricada puede ser eliminada desde grandes distancias?

X. EL PUEBLO Y EL EJÉRCITO DURANTE UN GOLPE DE ESTADO

El desarrollo de la situación política depende tan limitadamente del ejército como el conjunto de la producción capitalista depende del desarrollo de la técnica de los armamentos. Por el contrario, con el servicio militar obligatorio el ejército mismo se convierte en portador del estado de ánimo opositor hasta el punto que finalmente sólo la disciplina y la organización lo mantienen en estado de obediencia instintiva.

El poder de la disciplina y la organización es grande, pero este poder difícilmente puede ser conservado a largo plazo durante un conflicto con el pueblo. La resistencia moral del soldado puede ser suprimida transitoriamente pero cuando esta supresión dura, la tensión decrece, su efectividad disminuye y simultáneamente aumenta la resistencia. Por ello bastaría dejar hacer a los militares para que la organización y la disciplina se desgasten por sí mismas.

Paradójicamente la utilidad táctica de la barricada es mucho menor para el pueblo que para los conductores del ejército. A aquél sólo le brinda una protección muy débil, para éstos es un bienvenido punto de ataque. La situación es totalmente opuesta cuando en momentos de gran agitación política el ejército se enfrenta simplemente con grandes masas de gente. Entonces no hay nada que pueda ser un blanco de acción militar. En vez de tener que combatir un ejército revolucionario, los soldados en este caso son utilizados en una tarea totalmente ordinaria de vigilancia policial.

En el primer caso los soldados tienen frente a sí un adversario que combate, y corren peligro ellos mismos de ser muertos, es decir, que a pesar de estar atacando se encuentran simultáneamente a la defensiva; en el otro caso, si se trata de atacar tienen que hacer fuego sobre el pueblo desarmado, hombres y mujeres que desde sus ventanas o desde la calle abierta los miran con resentimiento pero también con una esperanza recelosa.

Tropas que quizás serían capaces de dejarse utilizar para un ataque rápido contra una barricada, en estas circunstancias pueden volverse indecisas e inseguras. Después de que han sido llevadas de aquí para allá por las calles, vuelven cansadas y con el ánimo deprimido a sus cuarteles. Al día siguiente son naturalmente aún más inservibles y sólo es una cuestión de tiempo que su energía se agote totalmente.

Los soldados que serían enviados por un gobierno golpista a tirar o ametrallar a un pueblo que está defendiendo sus derechos políticos, ya no serían recibidos por éste con tiros de escopeta y pedradas, pues el pueblo no tendría razón alguna para hacer que los soldados se le enfrentasen, sino que tendría todas las razones para tratar de ganarlos para su causa.

Las barricadas pueden ser destruidas, pero con nada se podría evitar que el pueblo influyera sobre las tropas por medio de consignas, carteles y volantes. Los soldados pueden ser ensordecidos con el batir de los tambores, ¿pero cómo se les vendaría los ojos? El maestro de escuela que venció en Sadowa,[7] podría transformarse una vez más en un gran defensor del pueblo.

No es difícil imaginarse lo que la ciudadanía le diría a los soldados. El pueblo recordaría a las tropas sus deberes de ciudadanos, que ellas mismas son parte del pueblo, que los derechos del pueblo también son sus derechos, el bienestar del pueblo su bienestar, la lucha del pueblo su lucha, que los papeles podrían invertirse rápidamente y que los soldados que ahora tiran contra el pueblo quizás dentro de unos meses podrían encontrarse entre las masas populares sobre las que disparan.

Tampoco habría que descartar que el pueblo se enfrentara a los soldados, pero sin armas en la mano y protegido solamente por la conciencia de su derecho y de la solidaridad de intereses entre el pueblo y las tropas. Pero el pueblo reunido en la calle abierta ofrece al ejército, como ya mencionáramos, una resistencia moral muy superior a la de los grupos populares que bajo la protección de las barricadas amenazaban a las tropas con balas de plomo. En la mayoría de los casos, no era la barricada lo que frenaba a los soldados para atacar.

Así es como podrían quizás existir una vez más condiciones en las que el pueblo desplegase su heroísmo. Pero éste no debe ser confundido con la valentía de una soldadesca mercenaria. ¡No se trata en este caso del valor de *matar*, sino del valor de *morir*! El pueblo no debe las victorias revolucionarias a la fuerza de sus puños. La fuerza bruta siempre estuvo del lado de la reacción. Por el contrario, las fuerzas por las que triunfó el pueblo eran: el sacrificio entusiasta por la causa común, la puesta en juego de sus vidas por parte de las masas explotadas y oprimidas que ya nada tenían que perder, y la unión instintiva de las multitudes. Estas fuerzas fueron las que el 14 de julio de 1789 hicieron confluir al pueblo sobre la Bastilla, en masas en constante crecimiento a pesar

del estruendo de los cañones de la fortaleza. Estas fuerzas fueron las que en todas las revoluciones posteriores, en lugar de las barricadas destruidas, repusieron durante la noche otras nuevas y mayores, las que sustituían los combatientes muertos por un número mayor de nuevos combatientes. Y estas fuerzas, si es necesario defender a la constitución, el mayor bien político, darán al pueblo el valor de enfrentar al ejército también en el futuro sin la protección de las barricadas.

XI. LA ORGANIZACIÓN DE LA RESISTENCIA PASIVA

Entonces, durante un golpe de estado, la consigna para la acción del pueblo ante el poder armado, sería: "¡Nada de lucha de barricadas! ¡Nada de resistencia violenta! ¡No dejarse provocar! Aguantar pacíficamente hasta que la descomposición moral, que indefectiblemente ha de producirse, genere la confusión en los promotores de la infame acción y los obligue al retroceso". Pero, ¿guardaría el pueblo la sangre fría y la unión necesaria para cumplir con esta difícil tarea, o se atemorizaría y llenaría de desesperación?

La revolución tenía su medio de unión mecánico: la barricada. Ahora la barricada ha sido desmontada. Esto significa que todos esos elementos populares carentes de relación entre sí, que sólo podían ser unidos de ese modo mecánico y cuya fuerza de resistencia estaba en la barricada, han quedado despojados de su fuerza de resistencia política. Con ello el poder revolucionario de la pequeña burguesía ha quedado totalmente quebrado. Pierde también así su papel de dirección de las masas *desorganizadas* del proletariado durante la lucha revolucionaria. En contraposición, una clase social que está *organizada* desde el comienzo, podría mantenerse en la *resistencia pasiva* como la hemos descripto. En otras palabras: los cañones desenfundados y el fusil de pequeño calibre han dado fin a la *revolución burguesa*, pero en modo alguno han quebrado la *capacidad de resistencia política del proletariado*.

Las *huelgas* muestran cómo los obreros pueden permanecer unidos sin medios de ligazón mecánicos. Entre otras cosas, esto también ha sido demostrado recientemente por la huelga de los mineros ingleses, que reunió a 400.000 trabajadores. El desarrollo de las huelgas guarda también una analogía, muy débil en las presen-

tes circunstancias, con el desarrollo de las luchas políticas. La historia del movimiento obrero muestra que las primeras huelgas estuvieron vinculadas con actos de violencia contra los capitalistas con destrucción de máquinas e incendios intencionales. Esto en modo alguno era solamente la descarga de la brutalidad y de la incomprensión. Pero en ese entonces, cuando todavía estaba tan poco desarrollada entre los trabajadores la unión por la conciencia de clase, su atención, su ira tenía que ser dirigida contra algo que estuviera al alcance de la mano, era necesario darles una tarea para que se pudieran sentir como una masa y actuar como una masa. Ahora este medio auxiliar tan brutal ha sido sustituido por la *conciencia de clase*. La consigna durante las huelgas es ahora la opuesta: "¡Nada de violencias!" Las huelgas no han dejado de existir por ello; por el contrario, recién ahora permiten un despliegue masivo.

No importa que la masa trabajadora esté organizada en sindicatos o como partido político, basta que esté organizada por más apolíticas que sean las metas de los sindicatos; en momentos de necesidad un movimiento político podrá apoderarse para sus objetivos de estas extraordinarias organizaciones.

Está claro que cuanto más firme y extendida sea la organización de la clase trabajadora tanto más eficaz resultará su resistencia. Ahora bien, si en Alemania en particular la organización política aventaja a la sindical por ser mucho más amplia, la sindical muestra frente a aquella la ventaja de unir a través de lazos mucho más estrechos. La organización política es laxa y fugaz, y depende del estado de ánimo político, pero la sindical es tenaz y toma a los trabajadores por la base misma de su posición económica, a nivel de la explotación. Trata al trabajador no sólo como ciudadano, sino como proletario, lo encuentra no sólo en el foro y en la urna electoral, sino en la fábrica y en su hogar. Por la mayor fortaleza de los lazos que teje el movimiento sindical alrededor del trabajador este movimiento adquiere un significado de gran amplitud.

Pero no sólo los sindicatos, sino organizaciones tales como las cajas de enfermedad y los seguros se transforman, si es necesario, en organizaciones políticas. Bismarck evidentemente no se esperaba este efecto de su "reforma social". Pero esto muestra justamente que la trascendencia política de una organización no está determinada por ella misma, sino por la *situación política*. Lo fundamental en el conflicto aquí imaginado sería que el pueblo se sintiera unido, amalgamado y ordenado como masa. Por ello, si la ironía de la historia así lo quiere, las oficinas del seguro de trabajo resultarán nudos políticos, y sus empleados, envueltos en bufandas rojas, o los que el pueblo ponga en su lugar, se convertirán en propagandistas y organizadores de la milicia popular.

Si los trabajadores llegaran a participar en la resistencia contra el golpe de estado, por el solo hecho de estar organizados, organizarían la resistencia. Habría que destruir y prohibir todas las formas de unión, sin excepciones, hasta los conjuntos corales, si se quiere desorganizar a la clase obrera. ¿Podría imponerse una cosa semejante? ¿Podría detenerse la infinitamente ramificada vida social? ¿Alcanzaría para ello el aparato de estado, es decir el aparato policial? ¿Y por cuánto tiempo?

La respuesta a esta pregunta no puede dejar lugar a dudas. Las organizaciones de la clase trabajadora, como el ave Fénix, si se las destruye vuelven a alzarse inmediatamente. Garantía de ello es la conciencia de clase del proletariado que surge de las relaciones económicas y que actualmente se refuerza por el desarrollo histórico. El proletariado ha aprendido finalmente, debido a un desarrollo de varios decenios, a comportarse socialmente como clase en las más diversas formaciones sociales. El sentimiento de solidaridad, fuertemente desarrollado, ya no podrá ser erradicado. Se enraiza demasiado profundamente en la explotación colectiva de los trabajadores por parte del capital, y cada una de las opresiones políticas sufridas, templa aún más la unidad proletaria. Así los trabajadores se mantienen unidos aunque no los reúna ninguna organización formal. Esto lo demostraron inequívocamente las elecciones inmediatamente posteriores a la anulación de excepción contra los socialdemócratas. ¿No estaban destruidas en ese momento todas las organizaciones? Sin embargo las masas trabajadoras fueron a las urnas y eligieron a socialdemócratas. El lazo espiritual que los unía no pudo ser confiscado por la policía. Cuando sea necesario, aún sin barricadas, el proletariado con toda seguridad construirá, a partir de sí mismo, una organización de resistencia.

¿De qué se trata entonces? De que el pueblo pueda aguantar, sin que se lo pueda atemorizar ni tampoco provocar a cometer actos sin sentido. Para este fin debe elegir sus empleados, su policía, una administración que mantenga el orden. Esto el proletariado lo ha aprendido durante los largos años de la lucha de clases. Ya no se trata de una turba que se ha unido sin ton ni son, sino de un ejército disciplinado. El proletariado con conciencia de clase puede lo que ninguna otra clase de la sociedad capitalista: gobernarse a sí misma. Y esto, el *orden sereno de la organización fuerte, y no*

la fanfarronada y el desorden anarquista constituye su invencible fuerza de resistencia política.

XII. LA HUELGA POLÍTICA DE MASAS

La conducta del pueblo durante un golpe de estado no es otra cosa que la *huelga política de masas.* También la revolución de barricadas tenía la huelga como condición previa, requería previamente que se parase el trabajo en fábricas y talleres. Pero la revolución de barricadas tenía un desarrollo demasiado impetuoso para aparecer como una huelga.

La *huelga general* no es ninguna panacea. Aislada de las interacciones políticas carece de efectividad y puede llevar a la derrota de la clase obrera. Pero no es de esto de lo que se trata sino de la huelga de masas con fines *políticos,* de lo que Bélgica nos da un ejemplo. Decimos con premeditación "huelga de masas", pues en este caso no tiene ninguna importancia que toda la clase trabajadora del país sin excepciones haga huelga. La huelga de masas política se diferencia de las otras en que su finalidad no es la obtención de mejores condiciones de trabajo sino la consecución de ciertas *modificaciones políticas,* y que por lo tanto no se dirige contra un capitalista individual sino contra el *gobierno.*

¿Pero cómo puede gravitar sobre el gobierno una huelga así? Lo afecta en que conmociona el orden económico de la sociedad. Hemos visto que el desorganizar a la sociedad también era una cualidad importante de la revolución violenta. Pero la base de esa desorganización es sin duda alguna la interrupción del trabajo. Se produce una crisis de las operaciones económicas. Las capas medias de la población son involucradas en la situación. Aumenta el resentimiento. Pero el gobierno se encuentra desorientado pues no puede llevar por la fuerza a los trabajadores a la fábrica. Tanto más desorientado queda cuanto menos frontal es la resistencia, cuanto más masiva es la huelga, cuanto más firme es la decisión de los trabajadores.

Ahora bien, ¿cuáles son las condiciones para la extensión y el mantenimiento de la huelga de masas política?

Por un lado la organización de la clase trabajadora, lo cual está relacionado, como ya lo hemos señalado, con el desarrollo de la

conciencia de clase proletaria. En relación con esto debemos mencionar otra vez la eminente importancia de los sindicatos.

Además se necesita dinero. Es decir cajas de huelga bien llenas. Pero no solamente eso. Cuando la huelga goza de las simpatías de las capas burguesas medias entonces le fluyen abundantes aportes desde esos círculos. Pero ya hemos analizado varias veces que sólo como respuesta a restricciones políticas extremas, a un quebrantamiento violento de la constitución por parte del gobierno, puede vislumbrarse un levantamiento popular semejante. Hemos mostrado también que la reacción tendría que accionar no solamente sobre la clase trabajadora sino sobre la población. De ese modo el proletariado podría tener prácticamente asegurado la simpatía y el apoyo de las capas medias de la población.

Además del dinero en efectivo debe tenerse en cuenta el crédito que puede brindar el panadero y el almacenero. Uno bien puede decir: mientras esté asegurado este crédito la huelga está asegurada. Pero cuanto más masiva y extendida es la huelga, tanto más se ven necesitados los comerciantes a dar créditos a los huelguistas, pues en caso contrario pierden a la totalidad de su clientela y arruinan su comercio. Por la misma razón que una gran cantidad de dueños de restaurantes berlineses dejaron de comprar a las cervecerías boicoteadas y sólo vendían cerveza no boicoteada, si la huelga involucra una parte importante de la masa trabajadora los panaderos y almaceneros tendrán que brindar una cierta cantidad de crédito. A esto se agrega, para la obtención de recursos monetarios, la simpatía que el movimiento recibe de la población en general.

También las *ligas de consumidores* pueden convertirse en estas condiciones en valiosos medios de apoyo.

Estas son, en términos generales, las condiciones bajo las cuales una huelga de masas política podría tener valor. En sus rasgos fundamentales esta concepción coincide con la propuesta de la Comisión X del *Congreso Obrero Socialista Internacional de Zurich de 1893,*[8] elaborada por Karl Kautsky, en la que sostiene "que las huelgas de masas también pueden ser en ciertas condiciones un arma de máxima eficacia, no solamente en la lucha económica sino también en la lucha política, arma que para su utilización eficaz requiere sin embargo una fuerte organización sindical y política de la clase trabajadora".* El problema de la huelga

* Véase Eduard Bernstein, "Der Streik als politisches Kampfmittel" [La huelga como medio de lucha política], en *Die Neue Zeit,* 1893-94, Parte I, p. 689.

general lamentablemente no fue sometido a discusión en el plenario del congreso de Zurich por falta de tiempo, por ello no hay una resolución a este respecto.

Ante todo no debe perderse de vista la relación entre la huelga y el golpe de estado. No hay que olvidar lo esencial: es justo prolongar tanto la agitación y la situación de intranquilidad generalizada como para que los golpistas pierdan la moral. Los militares se volverían indecisos, los promotores y dirigentes del golpe anticonstitucional quedarían en la confusión. Cuanto más marcado fuera esto, tanto más cambiaría la situación, el carácter político del movimiento se haría cada vez más evidente bajo la forma de desfiles masivos, reuniones callejeras, manifestaciones, etc.

En la huelga de masas política lo fundamental no reside en que la presión económica que ejerce la huelga sea más fuerte del lado de la clase capitalista o del de la clase trabajadora. La cuestión es ¿cuánto podrá aguantar un gobierno bajo la presión del cese masivo del trabajo en una situación de descontento y efervescencia generales? Y la respuesta a esta pregunta, obviamente, no depende solamente de las condiciones generales para el triunfo de una huelga sino también de la intensidad del resentimiento que existe en el pueblo, de los intereses políticos que estén en juego, del estado de los militares, etc. En síntesis, la huelga de masas será un factor político de importancia pero nunca el medio de lucha política que lo resuelva todo.

Cuanto más generalizada es la huelga mayor es su efecto. Pero si ya en una huelga común el problema reside no sólo en su extensión sino también en las características de la *rama de la producción afectada*, esto es tanto más importante en el caso de una huelga política. No es lo mismo que quienes hagan la huelga sean los mineros o, por ejemplo, los sastres. Pues los mineros ponen en juego a toda la industria metalúrgica y mecánica, y con ello prácticamente a la totalidad de la gran industria. Otra significación tiene a su vez una huelga de los *panaderos*, y diferente es a su vez la huelga de los obreros de la construcción, etc. Pero un peso esencial, y especialmente en el caso de una huelga política, corresponde a los *medios de comunicación*. Si los principales medios de comunicación dejan de funcionar entonces también se detiene el mecanismo político.

Cuando los trabajadores de los talleres ferroviarios, los conductores de tren, los empleados subalternos de las estaciones, los restantes trabajadores del ferrocarril, los empleados postales, los em-

pleados de las empresas de telégrafo y de teléfonos dejan de prestar servicio, el gobierno queda desorganizado como si la sangre se le hubiera escapado de las arterias y las venas, y se derrumba por falta de fuerzas.

Tan impactantes como el efecto de una huelga de los trabajadores y empleados de los medios de comunicación, son las dificultades para producirla. Pero si existe una situación que se preste para unificar en una acción común a estas capas de trabajadores de características tan diferentes y tan difíciles de organizar, esta situación es la oposición a una ruptura constitucional.

XIII. LA DESORGANIZACIÓN DEL GOBIERNO

La *revolución de barricadas* tenía su campo de combate casi exclusivamente en la *capital*. En primer lugar, porque ésta era la sede del gobierno, pero también porque solamente en una gran ciudad se puede dar esa reunión espontánea de masas humanas que requiere la revolución violenta. Esto inicialmente dio al gobierno la ventaja de poder concentrar las tropas de todo el país hacia su lugar de resistencia. Pero la huelga de masas política no se circunscribe a los límites de la capital. Extenderse por todo el país es precisamente una de sus condiciones. A ello corresponde una parálisis general de la actividad, un desorden general de las relaciones económicas y políticas en todo el imperio.

Y una vez más, sólo el proletariado con conciencia de clase puede llevar esto a cabo. Todas las demás capas sociales están desunidas. La competencia las corroe. Se descomponen en pequeños grupos que, o bien se aislan por su localización, como el campesinado, o se distancian diferenciadas profesional y económicamente como la pequeña burguesía y las profesiones liberales. Solamente el proletariado conforma una masa importante, económicamente homogénea, que manifiesta en todas partes, desde la gran ciudad hasta la fábrica aislada en medio del campo, desde la lejana ciudad portuaria del Báltico hasta la zona industrial del Rin, el mismo sentimiento de solidaridad.

Durante una revolución de barricadas bastó el levantamiento de la capital para que el gobierno perdiera el control del país, ¿qué pasaría si una efervescencia general se expandiera por todo el imperio? ¿Qué pasaría si en cada ciudad mayor se realizaran asam-

bleas, demostraciones, declaraciones de protesta y un huracán de cólera se descargara sobre el gobierno golpista desde todo el país? ¿Y si se detuviera el trabajo en todas partes y cada vez tomaran más fuerza las quejas sobre la ruina del comercio, producto de la inseguridad general? ¿Si cayese la cotización de los valores del estado y, al mismo tiempo, sus ingresos, los recursos del imperio, que se basan casi exclusivamente en los impuestos al consumo, frente al crecimiento de los gastos por la enorme actividad que debería desplegar el gobierno? ¡Y cada hora que pasa hace menos seguras a las fuerzas militares!

Es difícil mantener activa durante un tiempo prolongado a una huelga de masas importante, pero más difícil es aún para el gobierno resistir un movimiento político de protesta generalizado.

Así mientras que el gobierno en la capital tendría ahora una posición mucho más difícil que en la época de las luchas de barricadas, pues ya no podría reunir a su alrededor una fuerza militar tan importante, en provincias el movimiento político se desarrollaría con una fuerza hasta entonces desconocida. Esto nos lleva a enfocar una nueva cuestión de importancia.

Ningún estado tiene una organización tan complicada e intrincada como Alemania, condicionada por su gestación a partir de pequeños estados. Por ello el imperio se descompone en estados confederales, y cada uno de estos estados tiene su aparato de gobierno y de administración, que configuran mezclas diversas de burocracia y democracia. Esto de por sí obstaculiza una acción rápida, homogénea y generalizada del gobierno. Las cosas no son en todas partes como en Prusia.

Cuanto mayor fuera el desarrollo de la democracia en un estado confederal tanto menor sería la posibilidad de que éste sea un servidor complaciente de la reacción, tanto menor sería su apoyo a un gobierno nacional de intenciones golpistas. Esta situación podría llevar a una desorganización del gobierno que avasallase la constitución, y ser de utilidad, por otra parte, para la huelga de masas política.

Desde este punto de vista deben ser tenidos en cuenta no sólo los parlamentos de los distintos estados. Son también de fundamental importancia los organismos representativos *comunales*, en primer lugar los *urbanos*. Si el concejo municipal está al lado del pueblo, o al menos tiene que mostrar simpatías hacia éste bajo los efectos de la presión pública, entonces el pueblo puede usufructuar no sólo la autoridad sino también los medios financieros de la administración municipal. Un concejo municipal democrático puede acordar apoyo a los huelguistas, darles crédito, actuar como su garante. A estos fines puede imponer impuestos y tomar empréstitos. Cuanto más prolongada la huelga de masas bajo estas condiciones —sin lucha de barricada, sin derramamientos de sangre, sin ningún torbellino guerrero— tanto más extensa se hace la descomposición, tanto más vacilante se vuelve el ejército, tanto más se confunde el gobierno. Finalmente el mismo aparato administrativo del estado se vuelca contra el gobierno. Para desorganizar totalmente el gobierno ya sólo falta una cosa: ¡la negativa al pago de los impuestos! ¡Esta sería la forma en que el pueblo podría defender a la constitución de la alta traición! Muy lejos de haberse transformado la resistencia en un imposible, por el desarrollo del militarismo, el éxito de esta forma de defensa popular está asegurado bajo una condición: *¡que el proletariado resista con tranquilidad y no se deje arrastrar por la irreflexión!* ¡Entonces muy rápidamente deberá llegar el momento en que el gobierno golpista se dé por vencido y pida clemencia en medio de sollozos!

XIV. UNA ADVERTENCIA

> "¿Comprende el lector, ahora, por qué los poderes imperantes nos quieren llevar a todo trance allí donde disparan los fusiles y dan tajos los sables?
>
> [...]Esos señores malgastan lamentablemente sus súplicas y sus retos. No somos tan necios como todo eso. Es como si se pidiera a su enemigo en la próxima guerra que se les enfrentase en la formación de líneas del viejo Fritz o en columnas de divisiones enteras a lo Wagram o Waterloo, y, además, empuñando el fusil de chispa. Si han cambiado las condiciones de la guerra entre naciones, no menos han cambiado las de la lucha de clases. La época de los ataques por sorpresa, de las revoluciones hechas por pequeñas minorías conscientes a la cabeza de las masas inconscientes, ha pasado. Allí donde se trata de una transformación completa de la organización social tienen que intervenir directamente las masas, tienen que haber comprendido ya por sí mismas de qué se trata, por qué dan su sangre y su vida. *Esto nos lo ha enseñado la historia de los últimos años.*"
>
> FRIEDRICH ENGELS

Ante el gran desarrollo del sistema militar, sería insensato querer comenzar ahora una revolución al estilo del año 1848, por ejem-

plo; pero más insensato todavía sería querer combatir a un movimiento político popular que se ha desarrollado bajo las condiciones modernas, con los medios que quizás hubieran sido suficientes en 1848. En este medio siglo no sólo se ha desarrollado la técnica militar sino la totalidad de la vida económica y política de los pueblos, y en definitiva el desarrollo del sistema militar sólo es un pálido reflejo del desarrollo industrial general.

Esto lo olvidan los señores generales en retiro, que distraen la aburrida tranquilidad de su existencia ociosa alternando los juegos de cartas, el ajedrez y los estudios genealógicos con luchas revolucionarias de salón y que actúan como estrategas del golpe de estado, como Moltkes [9] de entrecasa opuestos al "enemigo interior". ¡Sí, si el pueblo actuara justamente así como ellos se lo imaginan cuán bellamente lo balearían hasta convertirlo en una pulpa sanguinolenta! Lástima que al pueblo no se le ocurra ir a las barricadas, nada más que para ayudar a que decrépitos generales asciendan al puesto de salvadores de la patria.

En 1848 el gobierno prusiano, el gobierno más fuerte de Alemania, no pudo someter a los insurrectos de Berlín. Es cierto que en aquella época no tenían a su disposición cañones y fusiles como los de ahora. Pero de todas maneras eran cañones y fusiles, algo más que "matagatos". Y había un ejército de 250.000 hombres que estaba a disposición del gobierno. Era un ejército bien predispuesto, obediente y brutal, que no se había puesto a reflexionar. "¡Nosotros no somos como los de París!", le gritaban los soldados de Pomerania a los luchadores de las barricadas berlinesas que habían sido apresados al tiempo que los golpeaban con la culata de los fusiles en la nuca. ¡Y a pesar de ello el rey de Prusia tuvo que inclinarse ante las "turbas" que se habían movilizado!

¡Y qué limitado era entonces el poder político del pueblo si lo comparamos con el actual! En aquella época Prusia era un país agrícola. Más del 70 por ciento de la población vivía en el campo. En las ciudades sólo había un 28 por ciento. En contraposición, según el censo de 1890 la población urbana comprende más de cuatro décimas partes del total.

En aquella época, en 1848, sólo el 29 por ciento de la población de Prusia trabajaba en los oficios, el comercio y las comunicaciones. Pero ya en 1882 la población industrial contaba con el 47 por ciento ¡y ahora debe haber superado el 50 por ciento!

¿Y quiénes constituían en 1848 la población urbana, es decir, la población industrial en Prusia? La industria todavía estaba en

la fase inicial de su desarrollo, todavía había muy pocas fábricas. El censo de 1849 mostró 942.373 personas en la columna de oficios para "artesanos mecánicos y oficios manuales", mientras que la *columna de fábricas* bajo la rúbrica de "fábricas metalúrgicas, etc.", sólo presentaba un personal de 95.211. ¡Esto era entonces en Prusia la industria mecánica, la base de la industria en su conjunto, frente a una mayoría de cerrajerías, hojalaterías y otros talleres artesanales!

Si de un lado ponemos el reducido número de trabajadores fabriles, artesanos, comerciantes y literatos que en 1848 constituyeron el ejército revolucionario, y del otro a la poderosa Prusia, el absolutista Reino por la Gracia de Dios, que se apoyaba en un cuarto de millón de bayonetas —sin contar los "matagatos"—, entonces la revolución de 1848 debe aparecer como una aventura insensata; tampoco faltaron en esa época los generales ya ancianos que creían poder someter a la revolución con unos cuantos puntazos de bayoneta. Y sin embargo como lo muestra la historia la revolución de 1848 fue exitosa.

Cada época tiene su forma de lucha. Quien en 1848 hubiera querido utilizar la huelga de masas como medio de lucha política hubiera debido estar en un asilo para locos, como se deduce de los hechos que consignamos más arriba. Del mismo modo todo aquel que quisiera interceptar el avance del ejército moderno por las anchas y rectas avenidas de la gran ciudad por medio de adoquines desprendidos, muebles viejos, carritos de mano volcados tampoco hoy estaría en su sano juicio. Y por ello también es insensato esperar que el pueblo combata contra el golpe de estado de este modo. Si se produjera un golpe de estado, no cabe duda que los generales enfilarían los cañones. Que los cañones llegaran a tener ocasión de entrar en actividad, eso es otra cuestión. El alineamiento de los cañones por sí sólo no cambiaría la situación, y el pueblo seguramente no tendría ganas de hacer de carne de cañón. A ello habría que agregar que los soldados piensan más que los cañones. El hecho de que en la actualidad la población industrial constituya más de la mitad significa por otra parte que la mitad del ejército proviene de esos sectores. ¡Los pomeranios evidentemente no eran "parisinos", pero el soldado proveniente de la fábrica o la gran ciudad ya no es el pomeranio de 1848!

¡Y además los dos años de servicio militar! ¡Y el gran despliegue del esclarecimiento político, de la formación política, del desarrollo cultural de medio siglo! Piénsese solamente en el colosal desarrollo de la prensa. En el año 1847 en Austria, por ejemplo, sólo existían

79 diarios; en el año 1872 ya son 1.864. Y el número de las publicaciones periódicas en Alemania supera las 6.300 (1891). Estas publicaciones se distribuyen en millones de ejemplares, encuentran sus lectores y despiertan en ellos de un modo u otro el interés político.

Hace medio siglo un pequeño número de ideólogos, de agitadores, desparramados por varias docenas de estados confederados conquistó la libertad alemana ¿y ahora el poderoso y unido pueblo alemán no estaría en condiciones de defender esta libertad? ¿No ha sido este un cuarto de siglo de intensa actividad política? ¿El pueblo no fue sacudido hasta despertar políticamente y acostumbrado a una participación política activa a través de elecciones, de innumerables asambleas, de numerosas ligas, por la prensa, por la estrecha vecindad de los hombres que crea la gran ciudad? ¿Y no ha sido simultáneamente este cuarto de siglo un período de lucha de clases proletaria, de transformación de una masa popular de dos millones de seres en un ejército socialista y revolucionario?

¿Y se podrá eliminar todo esto con un par de "matagatos"? ¿O aún con cañones desenfundados y fusiles de pequeño calibre?

Hemos mostrado lo que significa el *golpe de estado: la disolución del imperio* y *la desorganización del estado.* ¿Y qué significa la huelga de masas política, la respuesta inevitable al golpe de estado que tarde o temprano se produciría? ¡Pues significa *la toma del poder político por el proletariado*! Pues esto no deja ningún lugar a dudas: *sólo* el proletariado con conciencia de clase es capaz de defender la libertad política, la constitución política, contra la violencia. Y cuando el poder del gobierno que quebró la constitucionalidad haya sido roto, entonces será el proletariado quien se adueñe del campo y tome la conducción política. Esto es lo que les decimos a los reaccionarios con y sin uniforme: *se han acabado las revoluciones burguesas en las que el proletariado sirve de peón.* Ya no necesitáis *temerlas. Pero las revoluciones burguesas eran sólo juego de niños frente a la fuerza política y económica que puede movilizar el proletariado. Aquellas no disponían de las masas, la organización, la disciplina, la extensión, los intereses materiales que tiene una huelga política de la clase trabajadora.*

¡Tened cuidado con el proletariado cuando éste pone todos sus medios de lucha en la defensa de la constitución!

¿Queréis jugar el todo por el todo? Perderéis más irremediable y brutalmente de lo que podéis imaginar.

La experiencia belga de huelga general

Sobre el tema de la huelga general belga, Rosa Luxemburg publicó sin firma una serie de artículos en el periódico radical Leipziger Volkszeitung: *el 4 de abril, "Eine taktische Frage" [Un problema táctico]; 9 de abril, "Purzelbäume der Taktik" [Cabriolas tácticas]; 14 y 15 de abril, "Der dritte Akt" [El tercer acto]; 21 de abril, "Steuerlos!" [¡A la deriva!]; 22 de abril, "Die Ursache der Niederlage" [La causa de la derrota]. En* Die Neue Zeit *(XX, 2, n. 4, de fines de abril de 1902) publicó "Das belgische Experiment" [El experimento belga] que provocó la réplica molesta de Vandervelde, "Nochmals das belgische Experiment" [Una vez más el experimento belga], fechado en Bruselas el 30 de abril de 1902 y publicado en el número 6 de* Neue Zeit. *En el siguiente número, Rosa Luxemburg respondió con un extenso trabajo titulado "Und zum dritten Male das belgische Experiment" [Y por tercera vez el experimento belga].*

En cuanto a los trabajos de Franz Mehring sobre los sucesos belgas fueron publicados como artículos de fondo no firmados en los números 3 ("Belgien" [Bélgica]) y 4 ("Ein dunkler Maitag" [Una aciaga jornada de mayo]) de la revista Die Neue Zeit *(año XX, vol. 2, abril de 1902).*

En la presente recopilación incorporamos solamente los trabajos de Rosa Luxemburg, Emile Vandervelde y Franz Mehring publicados en Die Neue Zeit.

Publicamos también como texto aclaratorio de los hechos ocurridos en Bélgica, la advertencia preliminar con la que Paul Frölich presentó la recopilación de trabajos de Rosa Luxemburg sobre sindicatos y huelga de masas que forman el volumen IV de la primera edición de sus obras completas. Véase Gewerkschaftskampf und Massenstreik, Werke IV, *Vereinigung Internationaler Verlags-Austalten, 1928. Vorbemerkung zu Kap. IV, "Die belgischen Massenstreiks", pp. 301-311.*

Los artículos de Rosa Luxemburg, que eran fuertemente críticos de la actitud asumida por el Partido Obrero belga, provocaron discusiones en la socialdemocracia alemana. Kautsky retocó la prime-

ra parte del artículo Y por tercera vez el experimento belga, *para "debilitarlo" en su aristas críticas, según lo que éste cuenta a Adler en su carta del 23 de mayo de 1902.*° *Viktor Adler había escrito desde Viena el 17 y el 21 de mayo, furioso por los artículos antibelgas escritos por Rosa y por Mehring, a quienes acusaba de jugar con la vida y la sangre de los demás. En dos cartas del 19 y del 23 de mayo, Kautsky asumió la defensa de ambos, sosteniendo que tanto Bebel como la gran mayoría de los compañeros alemanes estaban de acuerdo en condenar la táctica de los socialistas belgas, y que en todo caso no había encontrado a nadie que juzgara débil o incorrecta la respuesta de Rosa a Vandervelde. Kautsky sostenía que el sufragio universal habría significado el principio del fin para el régimen clerical y burgués belga, lo cual explicaba la violencia que había adquirido y lo enconado de la resistencia a conceder el sufragio igualitario para los obreros. Por otra parte, la victoria habría implicado un grave riesgo, pues el partido se vería obligado a optar entre asumir el gobierno junto a los liberales, con el consiguiente fracaso y compromiso futuro; o, más probablemente, a partir del desbarajuste electoral de los liberales, el monopolio del gobierno por los socialistas. En un país pequeño, política y económicamente dependiente, ellos podrían hacer muy poco, y acabarían por frustrar las expectativas del pueblo y por "entrar tarde o temprano en conflicto con todo el mundo". Como es obvio, "si se ofrece la ocasión es preciso jugarse el todo por el todo. Pero ninguna persona racional querrá acelerar artificialmente una situación tan dificultosa". La segunda parte del artículo de Rosa Luxemburg* (3. Gewalt und Gesetzmässigkeit [*Violencia y legalidad*]) *desagradó también a Adler, que consideraba "la cosa más estúpida" razonar sobre la violencia, y una tontería plantearse el problema de la renuncia o no a utilizarla. "Que yo decapite al viejo, a nuestro emperador, o le jure fidelidad, depende absolutamente de las circunstancias" (carta del 6 de junio). El 9 de junio Kautsky volvió a reafirmar su posición, elogiando la primera parte del artículo dedicado a la huelga general y planteando algunas reservas sobre la segunda, respecto de la violencia (que encontraba no definida y adoptada de diversas maneras en el texto). "Rosa no empujará a nadie a las barricadas", porque "esto no depende de artículos de periódicos". "En mi opinión, por violencia hay que entender todo instrumento de poder que me colo-*

° Las cartas entre Kautsky y Adler pueden verse en V. Adler, *Briefwechsel mit August Bebel und Karl Kautsky*. Wien, Verlag der Wiener Volksbuchhandlung, 1954.

que en condiciones de someter a mi voluntad al adversario, y la organización es también uno de esos instrumentos". Pero el instrumento de poder más importante del proletariado "es su propia imprescindibilidad económica. Es lo único que él puede colocar en la balanza en un momento decisivo frente a la prensa, el parlamento, la burocracia, el dinero o el ejército".

Adler deseaba escribir un artículo en la Neue Zeit *polemizando con las posiciones de Rosa y de Mehring y en defensa de los belgas (carta del 17 de mayo). Kautsky aceptó publicarlo, pero al hacerlo no ocultó su molestia (19 de mayo). El 21 del mismo mes, Adler escribía que estaba por telegrafiarle su renuncia cuando leyó la primera parte del artículo de Rosa Luxemburg,* Und zum dritten . . . , *que lo había indignado. El 23 Kautsky le contestaba rogándole que el artículo prometido por Adler no fuera polémico, para de ese modo evitar que Rosa replicara y se quedara con la última palabra. "Una polémica contra ti en la* Neue Zeit, *en la que por otra parte mi corazón no estuviera de tu parte, me resultaría bastante penosa. Sin embargo, todo depende de ti". Frente a esta velada amenaza, Adler renunció definitivamente.*

Paul Frölich

El debate sobre la experiencia belga

Bélgica fue hasta 1905 el país de prueba para la huelga general. Rosa Luxemburg había seguido ya atentamente la huelga general de 1893 y fue la primera en extraer las enseñanzas tácticas de la huelga general de 1902. Del mismo modo que el ministerialismo en Francia, esta huelga general en Bélgica constituyó para ella uno de los ejemplos prácticos en los cuales podían ser corroboradas sus conclusiones teóricas sobre el reformismo. Los artículos compilados aquí están pues en estrecha relación con sus escritos contra Bernstein y sus compañeros. La historia preliminar de la huelga general de 1902 la describió la misma Rosa en *"Der dritte Akt"* [El tercer acto].*

[...] El derecho plural de voto obtenido por medio de la huelga general de 1893 había aumentado la cantidad de electores de 135.000 a 1.400.000. Por la disposición que asignaba a los propietarios de tierras, a los padres de familia que pagaban no menos de 5 francos de impuestos, y a los poseedores de grados académicos, dos o tres votos, el sector reaccionario clerical se aseguró la mayoría. Los efectos de este derecho electoral aparecieron en el hecho de que 913.000 electores con sólo un voto cada uno, fueron sobrepasados por los electores con voto plural, que sumaban 557.000, y lograron un total de 1.353.000 votos. 100 obreros poseían 107 votos, 100 no-obreros 167 votos. El derecho electoral común era todavía plutocrático. Además el derecho electoral plural produjo un predominio del campo sobre las ciudades, el cual —de ese modo— se volvió un bastión inexpugnable de los clericales. Las dos últimas elecciones antes de la huelga (1898-1900), arrojaron en conjunto el siguiente resultado (las cámaras eran renovadas cada dos años por medio del remplazo de la mitad de sus miembros):

* Frölich transcribe a continuación el trozo más importante del artículo de Franz Mehring, *Bélgica*, que se incluye en la presente recopilación. [*N. del E.*]

	Votos	*Mandatos*
Clericales	995.056	85
Liberales	449.531	31
Progresistas	47.783	2
Demócratas cristianos	55.737	1
Socialistas	467.326	33

Después de estas elecciones fue creciendo en forma intensa la agitación para lograr obtener el derecho del voto igualitario. En muchas ciudades se produjeron manifestaciones que se acentuaron cuando el gobierno denegó toda concesión. Diputados católicos fueron interceptados por manifestaciones numerosas cuando salían del parlamento o regresaban a sus domicilios, de modo que tuvieron que reclamar protección policial. En Gante ocurrieron graves refriegas con los militares y la guardia civil. En el parlamento fue rechazada una moción de los socialistas pidiendo la implantación del derecho de voto general para ambos sexos en las elecciones comunales y provinciales. Luego se formuló una petición de revisión de la constitución, para lograr lo mismo para la elección de la cámara. Los liberales estuvieron de acuerdo con los socialistas en lo referente a una revisión de la constitución, pero no quisieron conceder el derecho del voto femenino, lo cual provocó la escisión de la oposición reformista, es decir de todos aquellos que propugnaban la revisión constitucional. En tratativas con los liberales, los diputados socialistas transigieron y un congreso del Partido Socialista Obrero, que sesionó el 30 de marzo de 1902, confirmó estas concesiones mediante la aceptación de la siguiente resolución:

"El congreso ha deliberado sobre los medios con los cuales se puede obtener en corto plazo el derecho del voto general y considerando:

que el común acuerdo y la conformidad de todos los elementos que propugnan la reforma constitucional es necesario para el éxito de nuestra exigencia de igualdad;

que el Partido Liberal y los Demócratacristianos hacen depender su conformidad y su cooperación de la admisión del sistema electoral proporcional en la constitución, y que ellos exigen un acuerdo previo sobre el derecho del voto femenino, cuya aceptación inmediata ellos rehusan,

el congreso declara:

El principio del sistema electoral proporcional debe ser admitido en la constitución, si esto es ineludible para la obtención del derecho de voto general.

La próxima revisión constitucional debe quedar limitada al derecho de voto general de los hombres, y en caso de que el partido clerical suscite el debate acerca del problema del derecho del voto femenino, cuenta el congreso con el alerta de los representantes del Partido Obrero, para hacer fracasar esta maniobra y mantener incólume la unidad de los representantes del derecho de voto general."

En la polémica con Rosa Luxemburg que se reproduce aquí, Vandervelde ha sostenido que la renuncia del voto femenino no ha sido ninguna concesión a los liberales, sino una medida de los trabajadores para impedir el fortalecimiento de los clericales. La afirmación es falsa. En realidad los dirigentes tuvieron que emplear en el congreso todas sus fuerzas persuasivas para otorgar esta concesión a los liberales, lo cual, ciertamente fue facilitado por aquella consideración práctica de miras tan estrechas. *

El congreso estaba cargado de una atmósfera de lucha. Decidió obtener su programa electoral por todos los medios. Sin embargo, probablemente no se hubiese llegado a la huelga si los obreros de las minas del Borinage no estuviesen ya en huelga desde principios de abril y no se hubiesen producido desórdenes. El 13 de abril, al comenzar las sesiones de la cámara sobre la reforma de la constitución, fue declarada la huelga general.

Ésta superó ampliamente, con sus 350.000 huelguistas, a las huelgas políticas anteriores. Pero esta vez el gobierno no se dejó intimidar. Había tomado severas medidas militares. En Lovaina la guardia civil disparó contra los manifestantes. Allí y en otros lugares hubo muertos y heridos. Y el gobierno se mostró decidido a sofocar militarmente la revuelta. Sobre el comportamiento del Partido Obrero, sus singulares llamamientos a Leopoldo II, su vacilación en el parlamento y su retirada, por así decirlo, por orden de los liberales, nuestros lectores encontrarán las informaciones necesarias en los artículos críticos de Rosa. El órgano central del partido obrero, el *Peuple*, festejó el cese de la lucha como un éxito. Se puede perdonar esto como un intento de impedir un eventual pánico en el partido y en la clase obrera. Pero sin embargo es llamativo que la vieja táctica siguió siendo llevada a cabo aún después de la huelga, y que, particularmente, volvieron a despertarse en los corazones de las masas desengañadas las esperanzas en el rey. En un artículo escrito evidentemente por Vandervelde inmediatamente después del levantamiento de la huelga se dice:

"Es indudable que vuestros escritores mostrarán una alegría de chacal porque hemos decidido retornar al trabajo, y hablarán de repliegue y capitulación, y hasta quizás de traición y aniquilamiento. Los vamos a dejar que hablen y que griten. Los trabajadores comprenderán que es nuestro imperioso y santo deber no exigir de ellos ninguna víctima inútil, desde el momento en que el gobierno ha puesto en claro que estaba completamente decidido a no conceder nada y a no dejarse disuadir de su decisión ni por la miseria del pueblo ni por una sangrienta hecatombe. La industria nacional, amenazada de ruina por una insensibilidad malvada, nos quedará agradecida, los trabajadores reconocerán que los hemos preservado de sufrimientos inútiles. Todos ellos están convencidos, y se consolarán con este convencimiento, de que la lucha prosigue y de que hemos dado un paso enorme y decisivo hacia adelante, hacia la meta final.

"¿Y qué pasa con el gobierno? Apenas unos días después del sangriento resultado final de 1899 el rey destituyó a Vandenpeereboom, que se había proclamado su soldado más leal. Poco nos preocupa la suerte del señor De Smet de Naeyer. Si los muertos cuyas tumbas acaban de ser cerradas no clamasen venganza, desearíamos para castigo del partido clerical que el ministerio de los asesinos compareciera ante la asamblea electoral del 28 de mayo con las manos aún tintas en sangre. Aún incluso los electores que sacan provecho del derecho de voto plural pondrían de manifiesto su asco y su horror. Porque aunque esa sangre haya corrido por causa de su vergonzoso privilegio, no se puede menos que honrarla como expresión de la moral política del país

"Pero no, esto no es posible. El ministerio de los asesinos tiene que desaparecer. El rey no se declarará solidario hasta el final con esta política de estrangulamiento. ¿Por qué debería mantener al señor De Smet de Naeyer si es que ha despedido al señor Vanden-

* Emilio en su artículo "Die politische Bewegung in Belgien" [Los movimientos políticos en Bélgica], publicado en *Die Neue Zeit*, año XX, nº 3, afirma: "Todos los delegados eran partidarios del derecho del voto a las mujeres; pero dado que su implantación inmediata hubiese destruido el acuerdo con la oposición, temiéndose por ello que se impidiera el derecho de voto de los hombres y las reformas económicas, y que se afirmara el poder de los clericales, el congreso aplazó el reclamo del derecho de voto femenino, recomendando —a su vez— con apremiante insistencia la agitación para la organización y esclarecimiento de las obreras."

peereboom, y por qué habría de manchar despreocupadamente el final de su período de gobierno con una complicidad semejante?..."

Esta lamentable alocución a Leopoldo II sólo pone de manifiesto la profunda confusión que habían producido la lucha y la derrota en la dirección del partido belga. De ahí se deduce la desconfianza en la fuerza de la clase obrera, que tenían los dirigentes en momentos de iniciación de la huelga general que se vieron obligados a proclamar debido a la presión de los trabajadores. Esta desconfianza pusilánime los llevaba ahora incluso a tener que inclinarse ante la monarquía.

En Alemania, la huelga belga había tenido efectos muy contradictorios; obviamente fortaleció de muchos modos a la antigua oposición a la huelga general. Así, por ejemplo, un autor anónimo escribió en el *Leipziger Volkszeitung* del 23 de abril de 1902 que el fracaso también tendría que sugerirles a los camaradas belgas "el examen acerca de la conveniencia de la huelga general como medio de lucha revolucionario. Nosotros vemos en la huelga general de Bélgica un último residuo de la vieja táctica de Bakunin". Esta era una concepción que contradecía rotundamente a la asumida por el periódico respecto de la huelga belga. El *Hamburger Echo* escribió en un artículo titulado "La táctica correcta" del 24 de abril de 1902, que con la derrota de la Comuna de París, "se ha cerrado definitivamente la época de las revoluciones al viejo estilo". Hoy ya nadie creería –afirma– que el capitalismo pudiera ser derrotado mediante un golpe de mano. La aceptación de esta premisa lo conduce también a una impávida apreciación de los acontecimientos belgas:

"La actitud de huelga general, bajo estas circuntancias, se dio por vencida por sí misma. Su prosecución hubiera provocado una enorme miseria, y probablemente el enfrentamiento con el poder armado. Los socialistas alemanes, como se sabe, opinan sobre la huelga general de distinta manera que los socialistas de los países latinos. Junto con Engels ellos piensan que cuando se ha llegado al punto de poder organizar una verdadera huelga general, no se necesita ya conquistar el poder político, puesto que de hecho se está en posesión de él..."

El *Hamburger Echo* se consideraba perteneciente al sector radicalizado. Por el contrario, el reformista Bernstein había insistido en una asamblea en Berlín que el resultado de la lucha en Bélgica de ningún modo invalidaba a la huelga política de masas como medio

de lucha. Los socialdemócratas alemanes no tenían ningún fundamento para desacreditar a la huelga política masiva, sino todas las razones para estudiar su estrategia. Es cierto que Bernstein no había aprendido demasiado del ejemplo belga, pues recomendaba aplicar en la lucha por los derechos del voto en Prusia precisamente lo que había resultado la perdición del movimiento belga: una huelga general a partir de un acuerdo con los liberales.

A los ataques de Rosa Luxemburg en *Die Neue Zeit* replicó Vandervelde. En el texto reproducimos esta contestación en razón de su contexto, y también el artículo muy importante allí mencionado, escrito por Mehring, titulado "Una aciaga jornada de mayo".°

Ahora trataremos los destinos posteriores del movimiento por los derechos electorales en Bélgica. Poco después de la huelga general, el 25 de mayo de 1902 se efectuaron elecciones para renovar la mitad de la cámara belga. Los resultados fueron una fiel expresión de la derrota; los obreros estaban desengañados y los pequeñoburgueses asustados. Los clericales lograron un incremento de 50.000 votos; de los mandatos que restaban decidir, fuera de la sucesión, conquistaron 9, además de otro mandato que le quitaron a los liberales. Fue "un triunfo nunca visto, que nunca habían esperado ni siquiera los más atrevidos visionarios de este partido". Tan inesperado fue el triunfo que en Amberes los candidatos presentados por los clericales ni siquiera fueron suficientes. El Partido Obrero perdió 3.000 votos, de los cuales sólo en Bruselas casi 2.000. Al mismo tiempo hubo elecciones en circunscripciones flamencas, pero allí la derrota no tuvo efectos tan catastróficos como en los distritos valones. Los liberales, compañeros de alianza de los socialdemócratas, se mostraron en la propaganda electoral tal como eran realmente. Presumieron ser el único partido del orden, calumniaron al Partido Obrero, y ahí donde tuvieron que adoptar decisiones, se inclinaron en favor de los clericales. Cuando en 1904 hubo elecciones en los círculos valones se puso de manifiesto que la derrota todavía no estaba superada, como lo demuestra el incremento de votos de cada uno de los partidos:

	1900	*1904*	*Incremento*
Clericales	444.557	486.633	9 %
Liberales	236.699	279.511	18 %
Socialistas	304.626	306.000	½ %

° En nuestra recopilación publicamos los trabajos indicados por Frölich. Véanse pp. 75-114 del presente volumen. [*N. del E.*]

En posteriores elecciones la mayoría clerical mantuvo no obstante una política desvergonzadamente reaccionaria. Pero finalmente pareció materializarse la esperanza de derrocar al partido católico con el instrumento de la reacción, es decir, con el mismo derecho de voto plural. En 1912 logró en la cámara apenas una mayoría de 6 votos. Había que decidir sobre veinte nuevos mandatos. La oposición confiaba en obtener un triunfo completo. Pero sufrió una gran desilusión. De los 20 nuevos puestos los clericales obtuvieron 15, y de este modo aumentaron aún más su mayoría. La composición del parlamento se configuraba entonces de la siguiente forma:

	Antes de la elección	*Después de ella*
Clericales	86	101 mandatos
Liberales	44	44 „
Socialistas	35	39 „
Demócratacristianos	1	2 „

Esta elección demostró fehacientemente que no era posible conquistar al parlamento pluralista por medio de votos. Los obreros se sintieron burlados en sus esperanzas y espontáneamente empuñaron el arma de la huelga política. El 3 de junio de 1912, se proclamó la huelga al margen de la opinión de los dirigentes. Hubo fuertes encontronazos con el poder armado. En Lieja, Brujas, Verviers, hubo muertos en las calles. Los asustados dirigentes del partido hicieron todo lo posible "para hacer entrar en razón a los huelguistas". Pero sólo pudieron lograr el cese de la huelga por medio de la promesa de una gran huelga general masiva. El congreso del Partido Obrero aceptó por unanimidad, el 30 de junio de 1912, la siguiente resolución:

"El congreso declara que por exigencia de la voluntad nacional, es necesario implantar tanto la igualdad política, el derecho del voto general, como un derecho de voto proporcional enteramente justo. El congreso confirma sus resoluciones anteriores con respecto a la voluntad de alcanzar la igualdad política. También dispone que sus representantes presenten un proyecto de reforma de la constitución a más tardar para la reunión del parlamento en noviembre próximo. Esta propuesta será apoyada con todos los medios que están a disposición del congreso, sobre todo con la huelga general."

La resolución fue completada con la siguiente declaración del congreso:

"Nosotros queremos la huelga general, la prepararemos para que sea imponente e irresistible, pero nosotros queremos que sea pacífica, a pesar de todas las provocaciones e incidentes posibles. No hay que pensar en poder decretarla ya en el próximo mes de julio. Es preciso formar un gran comité, que debe reunir a los representantes de todas las organizaciones políticas y económicas. Este comité trabajará ininterrumpidamente y preparará con todas las medidas necesarias la huelga general. La decidirá apenas haya sido lograda la seguridad de que las masas populares están dispuestas y de que el momento es propicio. El comité nacional por el derecho del voto general estará integrado por:

1. El consejo general del Partido Obrero
2. La comisión gremial
3. El comité de la unión de cooperativas
4. El comité de la unión industrial nacional."

El incondicional carácter pacífico de la acción fue puesto de relieve aquí, y con insistencia creciente en el transcurso de toda la acción debido a la opinión de que la huelga general sólo habría de triunfar si permanecía en el marco de la legalidad, y hacía uso únicamente del "poder de los brazos cruzados". Con esto se le quitaba por anticipado a la huelga general la parte más esencial de su eficacia. Después del congreso se realizó un vasto trabajo preparatorio, que tenía por objeto hacer que la huelga fuese lo más amplia posible y asegurar que cada uno de los huelguistas tuviera durante un largo tiempo con qué vivir. De este modo, la finalidad de estos preparativos era la de intentar obligar a la burguesía a rendirse por hambre. En resumidas cuentas, se imponía aquí una concepción emparentada estrechamente con el sindicalismo, aunque se tratara de la conquista de los derechos electorales. La duración que se calculaba habría de tener la huelga se desprende del hecho de que los gremios decidieron subvencionar a sus miembros recién catorce días después de comenzada la huelga. Comenzó una gran campaña de ahorro. La parte más importante de la propaganda se empleaba para estimular a los trabajadores a ahorrar para la gran lucha. Fueron emitidos sellos de ahorro, con los cuales podían ser retiradas mercaderías de las cooperativas. La alimentación de los huelguistas estaba prevista hasta en los mínimos detalles, incluso la dirección central imprimió listas de comidas y recetas de cocina. Se habían adoptado precauciones para el envío de los hijos de los huelguistas al extranjero. En muchos lugares se

organizó una policía para controlar la huelga. La legalidad de la acción se llevó hasta tal punto que fueron fijados plazos de cesación de trabajo, que para algunas categorías de trabajadores comprendían de cuatro a seis semanas. Durante la campaña se le dio especial importancia al intento de persuadir a los soldados, tanto como a los ferroviarios y a los trabajadores del estado.

El 12 de febrero de 1913 la cámara rechazó un proyecto de reforma constitucional, e incluso se negó a incluirlo en el orden del día. Esto tuvo como consecuencia un acrecentamiento de la propaganda huelguística, que amedrentó mucho a la burguesía. Entonces los alcaldes de las grandes ciudades emprendieron una acción mediadora entre el gobierno y los dirigentes socialdemócratas. En una entrevista declararon a estos últimos que el gobierno tenía la intención de debatir en la cámara el problema de la reforma electoral, siempre que se desistiera de la huelga general. Los dirigentes dieron su palabra de que así sería. Pero cuando se informó sobre estos asuntos los clericales hicieron sonar la alarma, y el primer ministro declaró que él no había hecho tal promesa, y que únicamente debía ser tratado en una comisión el derecho del voto provincial y comunal. Apenas una palabrita, una media promesa, hubiera bastado para impedir la huelga general, pero el gobierno no estaba dispuesto a ello. La decisión recayó sobre la asamblea del partido del 23 de marzo de 1913. En la conducción del partido había una minoría contra la proclamación de la huelga: Vandervelde, Huysmans, de Brouckere, Bertrand, Wauters. Huysmans fundamentó su posición: hay —dijo— una desproporción entre el objeto de la lucha, que bajo las circunstancias existentes sólo puede ser una ampliación de las facultades de la comisión prometida por el primer ministro para el estudio del derecho del voto provincial y municipal, y los sacrificios de la huelga general para la clase trabajadora. Todo lo que resulta factible de ser alcanzado lo es por medio de puras tratativas parlamentarias, en consecuencia, sería una locura exponerse a los peligros de una huelga general. No se sabe si el radical de Brouckere tenía las mismas razones para su posición. Pero esta minoría se dio por vencida de antemano. Por 1.300 votos contra aproximadamente 30 se tomó la siguiente resolución:

"El congreso del Partido Obrero declara que hubiera estado de acuerdo con la resolución del comité de lucha (renuncia a la huelga general, resolución del año anterior), si el gobierno hubiera consentido en un gesto conciliador, que los alcaldes dejaban suponer.

"Considerando la negativa del gobierno a admitir una discusión sobre la totalidad del problema electoral, negativa que se vio obligado a tomar debido a una minoría rebelde a los sentimientos del pueblo, el congreso sustenta la opinión que una acción enérgica debe atestiguar la fidelidad de los trabajadores a la causa del derecho del voto general, y por ello dispone la huelga general para el día 14 de abril.

"El congreso declara con toda firmeza que esta legítima movilización, de acuerdo con la voluntad del pueblo, debe permanecer en el marco de la legalidad y la paz y condena de antemano todo intento de darle algún carácter diferente.

"El congreso dispone finalmente que le corresponde a un congreso extraordinario ordenar la vuelta al trabajo."

El estilo de la resolución no era precisamente alentador. Dejaba entrever demasiado claramente el deseo de satisfacer la voluntad de las masas, pero al mismo tiempo el de impedir una lucha seria, consciente de su objetivo. Hay otros indicios que también atestiguan esto. Al comenzar la huelga general la cámara tenía que ocuparse, de acuerdo con el programa establecido, de una nueva ley militar reaccionaria. Jaquemotte y otros exigieron de la fracción socialista que obstruyera esta ley, para obligar al tratamiento de la cuestión del derecho del voto. A lo cual contestó Vandervelde: los delegados no tienen ningún mandato para decidir sobre esta cuestión, y para los diputados socialistas, durante la huelga general, estará el campo principal de su actividad en las filas de los trabajadores combatientes. Esto fue un obstinado cretinismo parlamentario. Y Destrée añadió a su vez: ¿Qué puede resultar de una obstrucción salvo quitarle a la cámara unos cuantos días de trabajo? Ante la opinión pública aparecería como contradictorio el hecho de que los diputados del partido practicaran obstruccionismo en la cámara, mientras postulaban para la huelga general la táctica de una manifestación pacífica.

Después de esta resolución los preparativos de la huelga siguieron febrilmente. Ésta debía comenzar con una huelga contra la venta de alcohol. Los socialistas presentaron en los cuerpos representativos mociones para la prohibición del alcohol. Se organizaron grandes manifestaciones. En Bruselas, una revista de tropas en honor al rey Alberto fue rodeada por una manifestación en favor del derecho del voto. Por supuesto el Partido Obrero contó en esta acción con el apoyo de los liberales. Algunos particulares hicieron contri-

buciones de dinero. Pero los dirigentes del Partido Liberal ocuparon inmediatamente su puesto al lado de la reacción. Los alcaldes liberales de Bruselas, Amberes, Lieja y Gante emitieron disposiciones por las cuales todo trabajador de la comuna que participara de la huelga sería despedido, e incluso también aquellos que solamente manifestaran su simpatía por la huelga. Al mismo tiempo, organizaron la protección policial para los que rompieran la huelga.

De acuerdo con lo establecido la huelga comenzó el 14 de abril. Al segundo día de paro el número de huelguistas llegó a 372.000, y poco después ascendió hasta casi 450.000. Las regiones carboníferas prácticamente fueron paralizadas. En el puerto de Amberes sólo pudieron efectuarse trabajos de emergencia por los que no se plegaron a la huelga. Según un cálculo de los empresarios, el 71 % de los trabajadores de la industria se adhirieron al paro. Si se tiene en cuenta que los gremios clericales lanzaron una campaña sistemática para hacer fracasar la huelga, el éxito logrado fue considerable. Pero para el efecto moral más intenso faltaron importantes grupos de trabajadores. El personal ferroviario, de correos y de telégrafos, cedió a las amenazas terroristas del gobierno y no participó de la huelga, a pesar de la propaganda que había sido hecha especialmente entre estos sectores. Sólo se realizaron algunos pequeños intentos ocasionales de resistencia pasiva en los ferrocarriles. Asimismo, la propaganda huelguística había fallado también entre los trabajadores comunales. El comportamiento de los gráficos fue vergonzoso. La asociación de tipógrafos se enfermó de neutralismo, al igual que sus parientes en Alemania. Sólo durante la huelga discutió la cuestión de la adhesión a la lucha. Una primera asamblea se decidió por una pequeña mayoría a favor de la huelga. Al segundo día se decidió paralizar las actividades únicamente en los talleres de impresión del *Peuple*. Al tercer día se dispuso la huelga en todas las empresas periodísticas por una gran mayoría. Pero ésta debería comenzar recién el 20 de abril. En realidad el resultado más exitoso se manifestó en el hecho de que en el diario de los trabajadores se cumplió la huelga, mientras que los diarios burgueses pudieron dedicarse todos los días a su campaña difamatoria contra el paro de actividades. El comité de huelga se vio incluso obligado a imprimir su boletín de huelga en el extranjero, en Lille. El carácter pacífico de la huelga fue asegurado mediante prudentes medidas. No fue permitida ni la menor apariencia de un movimiento revolucionario. Habían sido elegidos tantos locales de huelga que incluso fueron imposibles en ellos grandes aglomeraciones de

hombres. Los huelguistas se entretuvieron con funciones de cine, concursos deportivos y funciones culturales. En realidad no se llegó a ningún encontronazo que perjudicara el carácter pacífico de la huelga.

Al principio, cuando sesionó dos días después de la declaración de la huelga general, el parlamento no manifestó ninguna intención de reaccionar frente a la huelga. Pero no pudo continuar con esta táctica. Durante las tratativas, el primer ministro de Broqueville hizo una vez más la promesa de constituir una comisión para el estudio del derecho de voto comunal y provincial. Al mismo tiempo expresó en forma muy vaga que esta comisión podría también, bajo ciertas circunstancias, hacer propuestas sobre el derecho electoral de la cámara. Después de algunos regateos el liberal Masson presentó la moción de tomar las expresiones del ministro como la opinión sustentada por el parlamento. Al mismo tiempo, se publicó el siguiente fallo al que se le habían introducido múltiples restricciones: Se constituirá una comisión para el estudio del derecho electoral comunal y provincial. Si se encontrara una fórmula mejor, deberá ser propuesta también al parlamento. Si tal propuesta alcanzara un resultado favorable en las elecciones de la cámara de 1914, entonces no se opondrá más resistencia a una revisión de la constituición y a la reforma electoral. Cuesta bastante esfuerzo abrirse paso a través de este laberinto de pro y contras. Toda la propuesta era un grotesco simulacro de concesión. Se postergaba la reforma electoral —por la que los trabajadores belgas luchaban desde hacía veinte años— para dos años más adelante, sin ofrecer la más mínima garantía del cumplimiento de la vaga promesa. Pero la fràcción socialista de la cámara se adhirió con ambas manos a esta falsa modificación; finalmente disponía de un instrumento para estrangular a la incómoda huelga general. La moción de Masson fue aprobada en la cámara por unanimidad.

Esta actitud de la fracción de la cámara significó naturalmente la finalización de la huelga. El 24 de abril sesionó una asamblea general extraordinaria del partido, que hizo efectivo el levantamiento de la huelga. Por cierto hubo descontento por la conclusión de la lucha. En particular los trabajadores de las minas criticaron duramente a la conducción del partido. Pero ellos también tuvieron que reconocer que al movimiento se le había roto la nuca. Los dirigentes proclamaron en alta voz el triunfo del proletariado. Anseele dio gritos de júbilo: éste era el primer triunfo de la reforma. El ejército del proletariado había conquistado la primera línea de forti-

ficaciones de su Andrinópolis. Y Vandervelde declaró con la misma despreocupación que en 1902, que ahora la conquista del derecho del voto indistinto era segura: de la pequeña comisión resultaría la gran revisión. Sin darse cuenta de ello, Destrée puso el dedo en la llaga cuando explicó: si nosotros hubiésemos llevado a cabo una insurrección victoriosa, la resolución Masson no nos hubiese satisfecho. Pero ustedes quisieron limitarse a una manifestación pacífica, y ¡entonces sólo era posible un arreglo! Las esperanzas de los dirigentes no pudieron ser puestas a prueba. La guerra los puso a salvo de la inevitable decepción. El derecho del voto indistinto fue establecido recién después de la guerra.

La huelga tuvo además algunas consecuencias en Berlín. En ese tiempo, Huysman y Vandersmissen tenían que informar, en una conferencia de funcionarios del partido, sobre la organización de la huelga general en Bélgica. Inmediatamente el jefe de policía declaró que expulsaría a estos extranjeros en el acto, en caso de que se atrevieran a hablar. Entonces, el informe fue leído en la asamblea.

(Traducción del alemán de Úrsula Kochmann.)

Franz Mehring

Bélgica *

En la lucha histórica del proletariado moderno por su emancipación, la clase obrera belga se encuentra actualmente en la primera fila. Proclamó la huelga general para conquistar el sufragio universal con el apoyo vacilante e incierto de los liberales, contra la resistencia encarnizada de los clericales cuya dominación sería quebrada para siempre con este sufragio.

Aunque Bélgica sea la más joven y pequeña de las monarquías europeas, hubo una época en que era considerada como el modelo de la monarquía moderna. La constitución belga es un verdadero muestrario de todas las libertades y derechos constitucionales imaginables, una "obra monumental" como la llamaban los liberales alemanes de los años 30 y 40 del siglo pasado, con celos manifiestos. Es cierto que esta constitución incluía el sentido electoral, pero lejos de ser un defecto, fue la mejor de sus ventajas ante los ojos de los liberales.

Un país dotado de tal constitución debía ser feliz, y en efecto, durante más de una generación, Bélgica fue considerada un país feliz. El sistema parlamentario pendular de los clericales y los liberales fue practicado según todas las reglas del arte: en cuanto al proletariado, en ese país con una industria tan desarrollada la teoría de la constitución modelo se preocupaba muy poco de él, y menos aún lo hacía su práctica. No obstante, llegado el caso, el proletariado se hacía notar: en enero de 1834, un levantamiento obrero que se desencadenó en Gante exigió que se le aseguraran al pueblo los frutos de su revolución; en 1839, algunos proletarios sin trabajo se concentraron en las calles y tuvieron que ser dispersados por la fuerza armada. Al lado del movimiento obrero se anunciaba ya el socialismo belga: sus representantes fueron Adolphe Bartels,

* *Belgien*, en *Die Neue Zeit*, año XX, vol. 2, 1901-1902.

Joffrand y sobre todo Jacob Kats, tejedor flamenco y agitador de vocación. Su reivindicación común, haciendo abstracción de ciertas divergencias, fue el sufragio universal. En sus innumerables folletos, Kats condenaba en tono irónico pero con sólidos argumentos el sinsentido que prescribía el pago de cierta suma de dinero por el derecho de defender los intereses populares. Si los adversarios objetaban que el sufragio no implicaba ventajas, entonces respondía: "¿Si no hay en el sufragio universal ninguna ventaja por qué se lo niega entonces a los trabajadores? Si ustedes no ven ventajas en él, a nosotros nos corresponde mostrárselas. Si el propio pueblo nombrara a sus representantes, éstos no tolerarían que se lo ametralle al reclamar trabajo para poder alimentar a los suyos, como sucedió recientemente en Gante. Esto es lo que ganaría el pueblo con el sufragio universal, y muchas otras cosas más." En los años que precedieron la revolución de febrero, cuando Marx y Engels vivían en Bruselas, la capital belga llegó a ser un centro de la propaganda comunista.

Pero todo esto aún no se había arraigado profundamente en el país de la constitución modelo. Al contrario, incluso durante las tempestades de 1848, que no lograron hacerle vacilar, Bélgica fue el Eldorado del constitucionalismo burgués. Ningún país de Europa, con excepción de la Rusia semiasiática, había quedado a cubierto de esas tempestades. Hasta Suiza tuvo su guerra del Sonderbund, pero Bélgica nadaba como una isla bienaventurada sobre las olas de la revolución. Cuando llegaron a Bruselas las primeras noticias de la caída de la realeza francesa, la juventud democrática tuvo ciertos ímpetus, pero el buen rey, sin mucho trabajo, sedujo a los buenos constitucionalistas. El viejo y taimado Cobourg convocó a sus ministros, diputados y alcaldes liberales, y les declaró solemnemente que estaba dispuesto a dimitir en caso de que el pueblo lo exigiera. Los benditos enternecidos de la burguesía se abalanzaron entonces sobre los elementos efervescentes, que fueron desarmados y detenidos, luego expulsaron del país a los refugiados peligrosos. Se sabe que Marx y su mujer tuvieron que soportar el trato más brutal.

Entre 1850 y 1870, la riqueza nacional belga aumentó formidablemente. La exportación, que había sido sólo de 140 millones de francos en 1840, pasó a 409 millones en 1860 y a 888 millones en 1870. Según las leyes inmutables de la producción capitalista, para la gran masa de la nación, esta riqueza no significaba más que una miseria general. Una estadística oficial de 1855 estableció que so-

lamente alrededor del 5 por ciento de los obreros de la industria vivían en una situación más o menos soportable, el 75 por ciento en una miseria completa. Según un informe del cónsul inglés, en 1871 un sexto de la población vivía de limosnas y más o menos la mitad era analfabeta. Pero toda esa miseria no impresionaba a la clase dirigente, ni a los liberales, ni a los clericales. En 1862, el ministro liberal Rogier declaró al embajador inglés en Bruselas que el trabajo de los niños no estaba limitado ni por una ley general, ni por reglamentos locales; que en el transcurso de los tres últimos años, en cada sesión parlamentaria, el gobierno se había propuesto presentar a la Cámara una ley al respecto, pero que siempre había encontrado una desconfianza insuperable, provocada por un celoso temor hacia toda legislación contraria al principio de la plena libertad del trabajo.

Este "celoso temor" no obsesionaba menos a los clericales que a los liberales. Bélgica suministró un ejemplo típico de la incapacidad absoluta de la iglesia católica de atenuar las miserias sociales del capitalismo, un ejemplo típico de la falta de sinceridad de los demagogos, cuya influencia, en Alemania, es aún lo suficientemente fuerte como para ocultar a una parte de la clase obrera el carácter antiobrero del partido clerical, que no se distinguió en nada de los otros partidos burgueses. En Bélgica opuso la misma resistencia fanática y limitada a la legislación sobre protección del trabajo que el partido liberal, haciendo abstracción de cierta benevolencia platónica por la observación rigurosa del descanso dominical, evidentemente no por razones de higiene social, sino por simple santurronería. Del mismo modo, se alzó, tanto como el partido liberal, contra las tentativas de asociación de los obreros. Rodolphe Meyer, que conocía el asunto y que además tenía una buena opinión de la misión social del clero católico, escribía al respecto, en el transcurso de los años 70: "La conducta de los socialcristianos belgas permite sospechar que los católicos sólo formulan reivindicaciones serias al estado cuando están en la oposición, pero no cuando ejercen el poder... El partido católico tiene el poder en Bélgica, pero no lo ha usado en beneficio de las clases trabajadoras. Es una vergüenza para el gobierno belga, supuestamente tan católico, que ni siquiera haya tratado de establecer una legislación de fábricas, asunto en que la Inglaterra herética es un ejemplo para todos... A los católicos de otros países les costará trabajo hacer reconocer la seriedad de sus proyectos de reforma mientras la Bélgica católica siga siendo para ellos una mancha tan vergonzosa". Por otra parte,

es notable que la invitación solemne de Meyer a los representantes católicos alemanes de la política social, exhortándolos a renegar de los actos de sus amigos belgas y a mostrar así la pureza de sus propias intenciones, no haya obtenido ningún resultado. Los lobos no se comen entre sí.

Los clericales y liberales belgas fueron animados por el mismo espíritu, en la década del 60 cuando el movimiento obrero comenzó a extenderse en el continente. En la proclamación de la Europa oficial Bélgica fue declarada neutra, pero la diplomacia europea cometió una de esas tonterías que traicionan su origen divino: se hubiera podido comprender que consintiera que las marionetas reales de Bruselas dispusieran de un puñado de soldados como ostentación, en su opinión indispensable, pero otorgó a un país neutral, de una superficie de 540 millas cuadradas, el costoso lujo de un ejército permanente más fuerte que el de Gran Bretaña o Estados Unidos. ¿Hay que asombrarse de que la burguesía belga haya tenido la gloriosa idea de hacerle cosechar laureles a este espléndido ejército en persecuciones contra la clase obrera? Incluso en la Prusia policial, y a pesar de las cargas que fueron dirigidas contra los huelguistas, ninguna huelga de las regiones industriales fue reprimida a sangre y fuego cuando estalló el período de las huelgas en los años 60. No ocurrió lo mismo en Bélgica.

Al respecto encontramos algunas frases clásicas en un llamado lanzado el 4 de mayo de 1869 por el consejo general de la Asociación Internacional de los Trabajadores: "Sólo hay un pequeño país en el mundo civilizado cuya fuerza armada esté destinada a masacrar obreros, donde, ávidamente y con malignidad, cada huelga es un pretexto para la represión oficial. Este pequeño país singularmente dotado es Bélgica, país modelo del constitucionalismo continental, paraíso confortable del propietario terrateniente, del capitalista y el clerical. De manera tan inevitable como la tierra efectúa su rotación anual, el gobierno belga, cada año, ordena su masacre de obreros. La de este año no se distingue de la del año anterior sino por el número más considerable de víctimas, por los horrores más atroces de una soldadesca grotesca, por las ruidosas expresiones de alegría de la prensa de los clericales y los capitalistas y por la infame nulidad del pretexto a que apelan los carniceros del poder estatal. Está establecido por los mismos informes de la prensa capitalista, imprudentemente publicados, que la huelga justificada de los poceros de las acerías Cockerill, en Seraing, fue transformada en motín solamente por la caballería y la gendarmería que

súbitamente intervinieron para provocar al pueblo. Del 9 al 12 de abril, estos valientes guerreros se abalanzaron más de una vez con sus sables y bayonetas sobre obreros indefensos, matando indiscriminadamente, saqueando casas privadas y a menudo divirtiéndose incluso en atacar brutalmente a los viajeros encerrados en la estación de Seraing".

Con este método las clases dirigentes de Bélgica no lograrán ahogar en sangre el movimiento obrero. No obstante lograron perturbar su conciencia de clase ya que este movimiento fue luego, durante mucho tiempo, el campo de acción de la confusión anarquizante. Es bastante comprensible que un proletario que sale del embrutecimiento y la miseria, que ve funcionar el sable y el fusil para rebajar sus salarios, considere la violencia como un arma de resistencia legítima y eficaz. La burguesía es la madre tanto práctica como teórica del anarquismo. Pero, a la larga, el espectro anarquista debe desaparecer bajo la luz que proyecta el desarrollo continuo de la producción capitalista sobre las condiciones de emancipación del proletariado moderno. Desde la mitad de los años 80, la clase obrera belga emprendió la lucha por el sufragio universal y la prosiguió victoriosamente hasta la lucha decisiva actual, en que la conquista de ese sufragio representa la caída de la monarquía seudo constitucional por obra de la clase obrera.

La lucha ha sido entablada entre el gobierno clerical y el proletariado consciente: el liberalismo belga desde hace mucho tiempo se ha desbaratado ante la acometida de la clase obrera... Es una situación similar a la del imperio prusogermánico, y que al parecer será característica de la evolución continental: la burguesía, incapaz de sostener la dura lucha contra el proletariado, hace un juego ambiguo y pérfido entre sus adversarios de otros tiempos y sus adversarios de hoy. A ejemplo de nuestros *junkers*, que sueñan con el sable y el fusil para aplastar definitivamente al movimiento obrero, los clericales belgas emplean los mismos medios, que fueron estigmatizados ya en 1869 por el consejo general de la Internacional en los términos conocidos. Al nivel actual de su desarrollo, la clase obrera belga es capaz de enfrentar esas armas: el juego aparentemente inofensivo de los intermediarios liberales es más peligroso, pero éstos serán barridos una vez que se entable la lucha.

Berlín, 16 de abril de 1902

Una aciaga jornada de mayo *

En la lucha emancipadora del proletariado moderno, no hay quizá ningún fenómeno que genere opiniones tan divergentes como la fiesta internacional del 1º de mayo. Unos la consideran un arma poderosa; para otros, mucho más modestos, ese día no es más que un día recreativo y estimulante, una gran fiesta de familia, o incluso una charla amigable de la clase obrera en torno de una taza de té.

Sería una trivialidad burguesa afirmar que la verdad está entre las dos concepciones. El 1º de mayo puede ser uno u otro de esos extremos, o incluso lo intermedio, según el lugar, el tiempo y las circunstancias de las que depende igual que cualquier otra manifestación política. Se sabe que puede tener y que tiene para la clase obrera de determinados países una importancia mucho mayor que para la clase obrera de otro país, pero su carácter y su aspecto cambian con los tiempos para el mismo proletariado de una misma nación. Goethe dijo que el entusiasmo no es un arenque que se pueda ahumar y conservar por largos años. Nada más natural e inevitable que cada 1º de mayo no despierte siempre el mismo entusiasmo, que la fiesta del trabajo sea celebrada a veces ruidosamente y otras en calma.

Según otra frase de Goethe, nada es tan difícil de soportar como una serie de buenas jornadas, y quizás el período relativamente largo del progreso industrial contribuyó a que el 1º de mayo sea considerado, aparentemente con cierta razón, como una agradable fiesta de familia. Pero este año el progreso se hundió en la sombra y los obreros alemanes se sienten llevados más que nunca a comprender su importancia histórica. Están agobiados por una ruinosa crisis del mercado mundial, y si, por lo general, semejantes tormentas desencadenan la fuerza revolucionaria del movimiento obrero internacional, este efecto no se hizo esperar. Sin embargo, la primera erupción de esta fuerza revolucionaria terminó con una dolorosa derrota del proletariado. Decimos dolorosa porque el mismo proletariado es responsable de ello y porque esta derrota proyectará sus oscuras sombras sobre el 1º de mayo, dondequiera que los obreros de hoy se reúnan para celebrarlo.

Hace ocho días expresamos aquí el temor de que el juego aparentemente inofensivo de los intermediarios liberales resultara más peligroso para los obreros belgas que los métodos de violencia de la reacción clerical. Dijimos también que se podía esperar que los primeros sean barridos por la lucha una vez que se entable, pero solamente se vio realizada nuestra aprensión, y no nuestra esperanza. Nuestros camaradas belgas, o más bien sus jefes, se dejaron engañar por los discursos empalagosos de los hipócritas liberales: en el intervalo de cien horas, ofrecieron el espectáculo poco edificante de ordenar primero la huelga general y luego hacerla terminar abruptamente. Todas las frases rimbombantes que proclaman que la lucha por el sufragio universal sólo está postergada y no abandonada, no cambian en nada un lamentable fracaso sin parangón en los anales del proletariado combatiente desde la acción de la Asociación internacional de los trabajadores, en los años 60 del siglo pasado.

Sin duda la clase obrera sufrió ya derrotas más graves y funestas; al respecto, estamos lejos de sobrestimar los acontecimientos de Bélgica. Indudablemente el territorio exiguo de este pequeño país no verá batallas decisivas en la lucha emancipadora del proletariado. Que los camaradas belgas conquisten el sufragio universal hoy, o dentro de algunos años, o nunca, modifica poco el curso de las cosas. Pero las consecuencias de una derrota para la clase obrera son diferentes si la batalla ha sido rechazada honestamente y con sobrada razón, o suspendida prematuramente por estrechez de miras. En el primer caso se alienta a los combatientes vencidos y se los arma para las victorias futuras, en el segundo se enerva, se paraliza y desorganiza por mucho tiempo a todo el movimiento obrero.

Desde este punto de vista, tampoco hay que subestimar los acontecimientos de Bélgica, y todavía menos abstenerse de criticarlos con el pretexto de que no corresponde inmiscuirse en los asuntos de un partido hermano. Los dirigentes obreros belgas pidieron a todos los líderes obreros europeos que los apoyaran —cosa que naturalmente era su deber y su derecho— para conducir a buen término esta lucha. Además, su táctica errónea —y esto es lo que puede invocarse en su descarga— lejos de ser un mal específicamente belga, es un mal europeo. La tendencia a romper con la vieja y probada táctica revolucionaria del proletariado consciente que se inspira únicamente en intereses de emancipación de la clase obrera y que no olvida ni por un instante que no tiene en el mundo más que enemigos declarados y falsos amigos, esta tendencia a

* *Ein dunkler Maitag*, en *Die Neue Zeit*, año XX, vol. 2, 1901-1902.

pactar con todos, a confiar en la honestidad y la buena voluntad de los liberales, a intercambiar dulces miradas a discreta distancia, hasta apretones de manos con príncipes auténticos, interfiere en la acción de casi todos los partidos europeos. Y fue en Bruselas, donde lógica y meritoriamente, se cubrió de ridículo ante los ojos de Europa.

Del mismo modo es totalmente lógico y meritorio que hoy los órganos de ese mismo liberalismo en cuyo favor los líderes obreros belgas dejaron fracasar la campaña por el sufragio universal, hagan el mayor ruido posible alrededor de la "enorme derrota" sufrida por la socialdemocracia belga. Nosotros no vemos ninguna ventaja en negar esta derrota con artificios oratorios que demuestran simplemente que una vez que se ha comenzado a deletrear el alfabeto liberal, es preciso hacerlo de la A hasta la Z.

A un corresponsal de algunos diarios del partido, que califica a los jefes obreros belgas como "hombres admirables", en un estilo que nuestra prensa partidaria acostumbraba a considerar hasta ahora como una particularidad poco envidiable del *Berliner Tageblatt* y del *Lokal Anzeiger*, se le encargó entonces que diera a conocer las razones de su táctica, "después de profundizadas entrevistas". Estos son sus argumentos: hubiera sido muy fácil desencadenar una "guerra civil" —tal es la expresión "oficial" por revolución— y echar al rey de Bélgica. Pero entonces se habría conseguido más que el sufragio universal, y ese "más" habría sido nocivo, ya que "si se desencadena la guerra civil, ésta no puede tender sino a la instauración de la república social. Pero los camaradas belgas clarividentes y dotados de un acentuado sentido de las responsabilidades estimaban que el proletariado belga aún no estaba maduro". Además, en el caso de que el rey fuera echado, sería probable, si no segura, una intervención militar extranjera, y las bayonetas prusianas y francesas derribarían al proletariado belga. Para conquistar el sufragio universal, el proletariado debe renunciar entonces a la huelga general que con demasiada facilidad podría desencadenar la "guerra civil" con todas sus consecuencias perniciosas.

Este galimatías se encuentra en el *Vorwärts* del 23 de abril de 1902, pero nos parece importante subrayar que la redacción de nuestro órgano central hace expresas reservas. Desde el punto de vista de la historia de la civilización, no obstante, presenta cierto interés como manifestación proletaria del año 1902, ya que en él se encuentran todos los puntos de vista "oficiales" de los ministros liberales del año 1848: las bellas palabras de una revolución que se

detiene con deferencia en los peldaños del trono, de la república social rápidamente instituida y realizada en cuanto una miserable nulidad de monarca es expulsada del país, de hombres de estado "clarividentes" animados del "sentimiento de su responsabilidad" que estiman que el pueblo "todavía no está maduro" para gozar de la libertad y, finalmente, del buitre extranjero que amenaza desgarrar al pollito domesticado de la libertad si se arriesga a piar. En este magnífico artículo, el rey Leopoldo se agiganta hasta convetirse en una especie de mamut antediluviano: encarna la sociedad burguesa que desaparece con él sin dejar huellas, es un representante de la profesión de monarca tan precioso que hasta para restaurarlo la república francesa no retrocedería ante la guerra mundial que acompañaría la ocupación militar de la Bélgica neutral.

Le Peuple, órgano del partido en Bruselas, presenta los mismos argumentos que algunos diarios del partido alemán. El sábado pasado se pronunciaba todavía con una extremada energía a favor de la huelga general, y dos días después, el lunes, esgrimía con la misma energía la bandera de la retirada. *Le Peuple* otorga también su favor al rey Leopoldo: "El rey no se proclamará solidario hasta el final de esta política de aplastamiento." Lo que es propio de una política tan penetrante es que todas las cosas deben serle provechosas. En sus demostraciones, *Le Peuple* y el corresponsal parten de puntos de vista diametralmente opuestos. Mientras éste declara que era preciso batirse en retirada, porque de lo contrario la realeza habría podido ser derribada por simple excedente de fuerzas y por así decirlo accidentalmente, *Le Peuple* justifica la retirada de la siguiente manera:

"Los obreros comprenderán que nuestro deber sagrado e imperioso era no exigir de ellos sacrificios inútiles no bien el gobierno demostró que estaba resuelto a no otorgar nada y a no dejarse disuadir ni por la miseria del pueblo, ni por los sacrificios sangrientos." Uno se bate en retirada para no derribar al gobierno por error, y el otro se bate en retirada porque el gobierno permanece inquebrantable. Pero, ¿para qué buscar razones cuando de todas maneras lo que se dice es que hay que batirse en retirada?

El único consuelo en este doloroso asunto fue la actitud del proletariado belga, que, lleno de energía revolucionaria y dispuesto a cualquier esfuerzo y cualquier sacrificio, sólo perdió la partida por la táctica errónea de sus jefes. Indudablemente no se le podría atribuir a esos jefes mala intención, pero en política la noble intención no excusa el fracaso, y cuando una táctica errónea —como la que

condujo en Bélgica a una derrota tan dolorosa y tan penosa– ha sido practicada por motivos puros, es preciso combatirla tanto más despiadadamente. Deben ser juzgados por los frutos de su conducta, y la campaña belga por el sufragio universal demostró suficientemente los frutos del "oportunismo" y el "revisionismo", dicho de otra manera, de ese famoso método al que se da tantos nombres y que cree poder ir más rápido unciendo los caballos detrás del carro.

El 1º de mayo de este año resulta, pues, bastante ensombrecido, pero esta no es una razón para hacernos desdichados. Al contrario, el peligro de una dispersión irreflexiva estará más a cubierto, será una demostración tanto más eficaz, no solamente por la jornada de ocho horas y contra el militarismo, sino también por la vieja y probada táctica revolucionaria, que no flirtea con nadie y cuyo único punto de mira es el interés del proletariado. La vieja y probada táctica ayudó al partido en los caminos más accidentados, en oposición a las praderas aparentemente florecientes de los compromisos que disimulan siempre pantanos sin fondo.

28 de abril de 1902

(Traducción del alemán de Roberto Fisbaug.)

Rosa Luxemburg

La causa de la derrota *

El desmoronamiento repentino de la gran acción de la clase obrera belga, hacia la cual estaban dirigidas las miradas de todo el proletariado internacional, es un duro golpe para el movimiento de todos los países. Sería inútil consolarnos con las frases generales habituales diciendo que la lucha sólo está postergada, que tarde o temprano también ganaremos en Bélgica. Para juzgar tal o cual episodio de la lucha de clases, no basta considerar la marcha general de la historia, que en fin de cuentas nos beneficia. Esta no es más que la *condición* objetiva de nuestras luchas y victorias. Lo que es preciso considerar son los elementos subjetivos, la actitud consciente de la clase obrera combativa y de sus jefes, actitud que apunta claramente a asegurarnos la victoria por el camino más rápido. Desde este punto de vista, inmediatamente después de la derrota, nuestra primera tarea es darnos cuenta lo más claramente posible de sus causas.

I. CUANDO TRIUNFA EL OPORTUNISMO

Lo que surge ante todo con absoluta claridad cuando se pasa revista a la corta campaña de las últimas semanas, es la falta de una táctica clara y consecuente de nuestros líderes belgas.

Como primera medida los vemos limitar la lucha al marco de la cámara. Aunque desde el comienzo no hubiera, por así decirlo, ninguna esperanza de que la mayoría clerical capitulara, la fracción socialista parecía no querer proclamar la huelga general. Esta estalló por la decisión soberana de la masa proletaria impaciente. El 14 de abril se podía leer en *Le Peuple* de Bruselas: "Se dice

* *Die Ursache der Niederlage*, en *Die Neue Zeit*, año XX, vol. 2, 1901-1902.

que el gobierno está decidido a mantenerse hasta el fin, y también la clase se prepara para todo. Y por eso la huelga general acaba de ser proclamada en todo el país, no por los órganos políticos del partido, sino por sus órganos económicos, no por sus diputados, sino por sus delegados sindicales. Es el mismo proletariado organizado que, no viendo otros medios para vencer, acaba de decidir solemnemente interrumpir el trabajo en todas partes".

El diputado Demblon, el 18 de abril, hizo la misma comprobación en la cámara: "¿Quién se atrevería a decir aún hoy que nadie está en estado de agitación, sino los mismos agitadores, frente a la fulminante explosión de la huelga general, que nosotros mismos no esperábamos?" (véase informe parlamentario de *Le Peuple* del 19 de abril.)

Al haber estallado espontáneamente la huelga general, los jefes socialistas se declararon inmediatamente solidarios de las masas y a la huelga general, como el supremo medio de lucha. *La huelga general hasta la victoria,* tal fue la consigna lanzada por la fracción socialista y por la dirección del partido. El 15 de abril *Le Peuple* escribe: "Desde el fondo de su alma, los socialistas habrían deseado no verse llevados a la huelga general, y el congreso de pascuas del partido, remitiéndose a las circunstancias para determinar el instrumento conveniente de lucha, no habría decidido nada al respecto... Pero solamente la huelga general es capaz de asegurarnos definitivamente y a pesar de todo la victoria".

Le Peuple del 17 de abril dice: "No hay ni cansancio ni descorazonamiento en la clase obrera, lo juramos en su nombre. Lucharemos hasta la victoria."

Le Peuple del 18 afirma: "La huelga general durará tanto tiempo como sea necesario para conquistar el sufragio universal."

El mismo día, el Consejo General del Partido Obrero decidió *continuar la huelga general,* después que la cámara rechazara la revisión.

La mañana del 20 de abril, el órgano central del partido de Bruselas asegura: "Continuar la huelga general es salvar el sufragio universal."

Y el mismo día, la fracción socialista y la dirección del partido, con una súbita media vuelta, decidieron terminar la huelga general.

Las mismas vacilaciones se manifestaron con respecto a la otra consigna de la campaña: la disolución del parlamento. Cuando el 15 de abril, los liberales la reclamaron a la cámara, los socialistas se abstuvieron de intervenir y por lo tanto no votaron tampoco a

favor del aplazamiento del momento decisivo, aplazamiento deseado por la burguesía.

Puestos frente a la decisión de terminar la huelga general, nuestros camaradas retoman esa consigna y *Le Peuple* del 20 de abril recomienda a los obreros: "¡Reclamad por todas partes y a voz en cuello la disolución del parlamento!" Incluso estos últimos días se nota un giro sobre el mismo tema en la actitud de los jefes. *Le Peuple* del 20 de abril presenta *la huelga general* como el único medio de imponer la disolución de la cámara. Pero, ese mismo día, la dirección del partido decide terminar la huelga general, y desde entonces la única vía que permite conseguir la disolución del parlamento parece ser la intervención del rey.

Así se enmarañaban, se cruzaban y se chocaban mutuamente las diferentes consignas en el transcurso de la reciente campaña belga: obstrucción al parlamento, huelga general, disolución de la cámara, intervención del rey. Ninguna de esas consignas fue proseguida hasta el final y por último toda la campaña fue ahogada de un solo golpe, sin ninguna razón aparente, y los obreros fueron mandados de vuelta a sus casas, consternados, con las manos vacías.

Si no se podía esperar que la mayoría parlamentaria consintiera en revisar la constitución, no se comprende por qué se recurrió a la huelga general con tanta vacilación y repugnancia. No se explica por qué, de pronto, precisamente cuando tomaba un buen impulso, fue suspendida cuando se había reconocido que era el único medio de lucha.

Si la disolución del parlamento y nuevas elecciones realmente dejaban prever la derrota de los clericales, es imposible entonces la pasividad de nuestros diputados cuando los liberales propusieron disolver el parlamento, y más imposible todavía comprender toda la campaña actual para la revisión de la constitución, que de todos modos podía ser conseguida efectivamente en las próximas elecciones. Pero si es vana la esperanza puesta en nuevas elecciones bajo el sistema electoral actual, es a su vez incomprensible el entusiasmo actual de los socialistas por esa consigna.

Todas estas contradicciones parecen insolubles en tanto se analiza la táctica socialista *en sí* en la campaña belga, pero ellas se explican muy simplemente en cuanto se considera el campo socialista en su unión con el campo *liberal.*

Ante todo fueron los liberales quienes determinaron el programa de los socialistas en la reciente lucha. Fundamentalmente por designio el partido obrero tuvo que renunciar al sufragio femenino

para adoptar la representación proporcional como cláusula de la constitución.

Los liberales dictaron igualmente a los socialistas los *medios* de la lucha, alzándose *contra* la huelga general incluso antes que hubiera estallado, imponiéndole los límites legales cuando se desencadenó, lanzando primero la consigna de la disolución de la cámara, apelando al rey como árbitro supremo y decidiendo por fin en su sesión del 19, *contrariamente* a la decisión de la dirección del partido socialista del 18 de abril, la culminación de la huelga general. La tarea de los jefes socialistas no era sino transmitir a la clase obrera las consignas lanzadas por sus aliados y hacer la música de agitación que correspondía al texto liberal. Finalmente, el 20 de abril, los socialistas pusieron en ejecución la última decisión de los liberales mandando la retirada de sus tropas.

Así, en toda la campaña, los *liberales* aliados con los socialistas aparecen como los verdaderos *jefes,* los socialistas como sus sometidos ejecutantes y la clase obrera como una masa pasiva, arrastrada por los socialistas a remolque de la burguesía.

La actitud contradictoria y tímida de los jefes de nuestro partido belga se explica por su posición intermedia entre la masa obrera, que se entrena en la lucha, y la burguesía liberal que la retiene por todos los medios.

II. PARLAMENTARISMO O ACCIÓN DE MASA

No solamente el carácter vacilante de esta campaña, sino también su derrota final, se explican por la posición dirigente de los liberales.

En la lucha por el sufragio universal desde 1886 hasta el momento actual, la clase obrera belga hizo uso de la huelga de masas como el medio político más eficaz. Fue a la huelga de masas a la que debió, en 1891, la primera capitulación del gobierno y el parlamento: el comienzo de revisión de la constitución. A ella le debió, en 1893, la segunda capitulación del partido dirigente: el sufragio universal con voto plural.

Es evidente que, incluso esta vez, solamente la presión de las masas obreras sobre el parlamento y sobre el gobierno permitió arrancar un resultado palpable. Si la defensa de los clericales fue desesperada ya en el último decenio del siglo pasado, cuando no se trataba más que del comienzo de las concesiones, a todas luces

debía convertirse en una lucha a muerte ahora que se trata de entregar el resto: la dominación parlamentaria. Era evidente que los ruidosos discursos en la cámara no podían conseguir nada. Hacía falta la presión máxima de las masas para vencer la resistencia máxima del gobierno.

Frente a ello, las vacilaciones de los socialistas en proclamar la huelga general, la esperanza secreta pero evidente, o por lo menos el deseo de triunfar, en lo posible, *sin* recurrir a la huelga general, aparecen desde un comienzo como el primer síntoma del reflejo de la política liberal sobre nuestros camaradas, de esta política que en todas las épocas, se sabe, creyó poder quebrantar las murallas de la reacción con el sonido de las trompetas de la grandilocuencia parlamentaria.

No obstante, la aplicación de la huelga general en Bélgica es un problema claramente determinado. Por su repercusión *económica* directa, la huelga actúa ante todo en desmedro de la burguesía industrial y comercial, y en una medida muy reducida solamente en detrimento de su enemigo verdadero, el partido clerical. En la lucha actual, la repercusión *política* de la huelga de masas sobre los clericales en el poder no puede ser, por tanto, más que un efecto *indirecto* ejercido por la presión que la burguesía liberal, molestada por la huelga general, transmite al gobierno clerical y a la mayoría parlamentaria. Además, la huelga general también ejerce una presión política *directa* sobre los clericales, apareciéndoseles como el precursor, como la primera etapa de una verdadera revolución callejera en gestación. Para Bélgica, la importancia política de las masas obreras en huelga residió siempre, y aún hoy, en el hecho de que en caso de rechazo obstinado de la mayoría parlamentaria, están dispuestas y son capaces de vencer al partido en el poder por medio de disturbios, por medio de sublevaciones callejeras.

La alianza y el compromiso de nuestros camaradas belgas con los liberales privaron a la huelga general de su efecto político en dos puntos.

Imponiendo de *antemano* límites y formas legales a la lucha, bajo la presión de los liberales, prohibiendo toda manifestación, todo espíritu de la masa, disipaban la fuerza política latente de la huelga general. Los clericales no tenían por qué temer una huelga general que *de todas maneras* no quería ser otra cosa que una huelga pacífica. Una huelga general, encadenada de *antemano* a los hierros de la legalidad, se asemeja a una demostración de guerra con cañones

cuya carga habría sido previamente arrojada al agua, a la vista del enemigo. Ni siquiera un niño se asusta de una amenaza "con los puños en el bolsillo", así como lo aconseja seriamente *Le Peuple* a los huelguistas, y una clase en el poder, luchando hasta la muerte por su dominación política, se asusta menos todavía. Precisamente por eso en 1891 y 1893 le bastó al proletariado belga con abandonar tranquilamente el trabajo para romper la resistencia de los clericales, que podían temer que la paz se trocara en disturbio y la huelga en revolución. Por eso, incluso esta vez, la clase obrera quizá no hubiera necesitado recurrir a la violencia si los dirigentes no hubiesen descargado su arma de *antemano*, si no hubiesen hecho de la expedición de guerra una parada dominical y del tumulto de la huelga general una simple falsa alarma.

Pero, en segundo lugar, la alianza con los liberales aniquiló el otro efecto, el efecto directo de la huelga general. La presión de la huelga sobre la burguesía sólo tiene importancia política si la burguesía está obligada a transmitir esta presión a sus superiores políticos, a los clericales que gobiernan. Pero esto sólo se produce si la burguesía se siente súbitamente asaltada por el proletariado y se ve incapaz de escapar a este empuje.

Este efecto se pierde en cuanto la burguesía se encuentra en una situación cómoda que le permite trasladar, sobre las masas proletarias que lleva a remolque, la presión que padece, antes que transmitirla a los gobiernos clericales, desembarazándose de este modo de un peso difícil con un simple movimiento del hombro. La burguesía belga se encontraba precisamente en esta situación en el transcurso de la última campaña: gracias a la alianza, ella podía determinar los movimientos de las columnas obreras y hacer cesar la huelga general en caso de necesidad. Esto es lo que ocurrió, y en cuanto la huelga comenzó a importunar seriamente a la burguesía, ésta lanzó la orden de volver al trabajo. Y aquí terminó la "presión" de la huelga general.

Así, la derrota final aparece como la consecuencia inevitable de la táctica de nuestros camaradas belgas. Su acción parlamentaria no dio resultados porque la presión de la huelga general que apoyaba esta acción no se presentó. Y la huelga general tampoco porque, detrás de ella, no estaba el espectro amenazador del libre desarrollo del movimiento popular, el espectro de la revolución.

En una palabra, la acción extraparlamentaria fue sacrificada a la acción parlamentaria, pero, precisamente a causa de ello, ambas fueron condenadas a la esterilidad, y toda la lucha al fracaso.

III. EL BUROCRATISMO CONTRA LA ESPONTANEIDAD

El episodio de la lucha por el sufragio universal que acaba de terminar representa un viraje en el movimiento obrero belga. Por primera vez en Bélgica el partido socialista entró en la lucha ligado al partido liberal por un compromiso formal, y, del mismo modo que la fracción ministerialista del socialismo francés aliada al radicalismo, se encontró en la situación de Prometeo encadenado. ¿Sabrán o no liberarse nuestros camaradas del abrazo asfixiante del liberalismo? De la respuesta a esta pregunta depende, no vacilamos en decirlo, el porvenir del sufragio universal en Bélgica y del movimiento obrero en general. Pero la experiencia reciente de los socialistas belgas es preciosa para el proletariado internacional. No será nuevamente sino un efecto de ese simún tibio y enervante del oportunismo que sopla desde hace algunos años, y que se manifestó en la alianza funesta de nuestros amigos belgas con la burguesía liberal.

La decepción que acabamos de sufrir en Bélgica debería ponernos en guardia contra una política que, extendiéndose a todos los países, conduciría a graves derrotas y finalmente al relajamiento de la disciplina y de la confianza ilimitada que las masas obreras tienen en nosotros, los socialistas; de esas masas sin las cuales no somos nada y que algún día podríamos perder con ilusiones parlamentarias y experiencias oportunistas.

23 de abril de 1902

(Traducción del alemán de Roberto Fisbaug.)

Émile Vandervelde

Una vez más el experimento belga *

He leído en la *Neue Zeit* el artículo de la camarada Rosa Luxemburg, que critica en términos muy vigorosos la táctica seguida por el partido obrero belga en su lucha por el sufragio universal.

Quizás habría sido más fraternal esperar para hacer esas críticas —dicho sea de paso— el momento en que ya no tengamos que rechazar los ataques de nuestros enemigos; no obstante, lo que importa es rectificar, mientras se espera una reseña más completa sobre los acontecimientos de Bélgica, algunas afirmaciones manifiestamente erróneas de nuestra camarada.

En efecto, si se da crédito a las palabras de la camarada Luxemburg, parecería que los liberales se apoderaron de la dirección de nuestro movimiento. Ellos habrían determinado el objetivo de la lucha, elegido los medios, en una palabra, tomado bajo su tutela a los miembros del consejo general del partido.

Semejantes afirmaciones deben parecer extrañas a quien conoce el liberalismo belga, a quien sabe con qué resignación, con qué profunda repugnancia los liberales —*beneficiarios del voto plural en su calidad de burgueses, en la misma medida que los clericales*— se dejan conducir al sufragio universal más o menos como condenados a muerte al patíbulo.

Para conseguir su apoyo a favor de la revisión de la constitución, se necesitaron varios años de propaganda asidua y la amenaza de defección de una parte de sus tropas. Para perfeccionar este apoyo, también fue necesario —sin que por otra parte existiera un pacto formal entre liberales y socialistas— que el partido obrero limitara momentáneamente el movimiento para la revisión de la constitución al sufragio masculino, excluyendo al femenino.

Por mi parte, me opuse a esta decisión todo el tiempo que pude,

* *Nochmals das belgische Experiment*, en *Die Neue Zeit*, año XX, vol. 2, 1901-1902.

pero en honor a la verdad debo confirmar que si no obstante fue tomada, ha sido menos por espíritu de concesión a los liberales que en consideración a la gran masa de obreros que, mal que me pese, era muy hostil a la introducción *inmediata* del sufragio femenino, por temor a que con él se prolongara la dominación de los clericales por un tiempo indeterminado.

Sea como fuere, y aunque en realidad los tres partidos de la oposición: liberales, socialistas y demócratas cristianos, hayan terminado por ponerse de acuerdo acerca del objetivo de la campaña, así como los liberales y los socialdemócratas alemanes se pusieron de acuerdo para combatir la tarifa proteccionista, es absolutamente inexacto que haya habido alguna vez una alianza o un entendimiento entre liberales y socialistas en la táctica, en los medios de lucha.

Desde el primer momento de la agitación —cosa que por otra parte todo el mundo había previsto— los liberales, que de antemano habían repudiado toda acción extraparlamentaria, se alzaron contra nosotros. Los alcaldes de Bruselas y otras ciudades, donde los liberales tienen la mayoría gracias al sufragio comunal, organizaron represalias con la misma brutalidad que el gobierno mismo, y el partido obrero, que se presenta en la *Neue Zeit* como el servidor obediente del liberalismo, se vio solo frente a todos los poderes de la burguesía coaligada.

En tales circunstancias, muy diferentes de las que habían provocado en otros tiempos la caída del ministerio Van den Peereboom, la acción callejera se tornó impotente. Qué podían hacer los millares de manifestantes, con todo su coraje, contra los fusiles de la gendarmería y las guardias cívicas, a las que se agregaban las 60.000 bayonetas del ejército regular, ejército que indudablemente le parecía poco seguro al gobierno, pero cuya mayor parte sin embargo habría obedecido a la orden de masacre.

Quedaba la huelga general, la formidable demostración que, con una velocidad sin precedentes, fue organizada por más de 300.000 hombres que abandonaron el trabajo para reivindicar sus derechos.

Que esta demostración era insuficiente para quebrar la resistencia de la mayoría clerical fue demostrado por los acontecimientos, pero negamos formalmente que haya sido inútil.

Y para probarlo bastará recordar que el jefe de la derecha, el alma de la resistencia, el Sr. Woeste, que tres semanas antes no quería ni oír hablar de una revisión de la constitución, que llegaba hasta poner en duda la misma existencia del movimiento para la

revisión, se vio obligado, en el momento del voto, el 18 de abril, a hacer la siguiente declaración:

"Nosotros sabemos que las instituciones no son inmutables. Las leyes pueden cambiar, y si los partidos estuvieran dispuestos a examinar desapasionadamente los problemas del sufragio y a buscar una solución diferente de aquella que actualmente está en vigor, sin llegar hasta el sufragio universal puro y simple, estoy convencido de que una gran parte de nosotros se adheriría a semejante examen."

Por lo tanto la derecha parece tener que resignarse muy pronto a la revisión. La izquierda se pronuncia integralmente por ella, y una vez decidida la revisión, estamos absolutamente seguros que terminará con la victoria del sufragio universal.

Pero, por el momento, nuestra proposición de revisión, ha sido rechazada y hubiera sido absurdo creer que la continuación de la huelga general habría podido corregir la decisión de la mayoría.

Por otra parte, dos días después del voto, el 20 de abril, fue totalmente evidente que el rey, para el mayor beneficio de la idea republicana, se había declarado solidario con sus ministros negándose a emplear su derecho a disolver la cámara. ¿Qué hubiera podido ocurrir entonces con la continuación de la huelga general, en adelante sin salida?

¿No era incomparablemente más justo hacerla terminar, ahorrarle sacrificios inútiles al proletariado, conservar sus fuerzas para una nueva ofensiva y suministrar otra prueba de la disciplina proletaria con una reanudación del trabajo tan general como había sido su suspensión?

Esto decidió el consejo general del partido obrero, no por una proposición de los radicales, cuyo manifiesto no pesaba en modo alguno sobre la balanza, sino después de haber escuchado a los delegados de las federaciones locales y sindicales que se habían pronunciado, por 29 votos contra uno y dos abstenciones, por la inmediata reanudación del trabajo.

El próximo congreso del partido obrero juzgará si esta decisión respondía al interés bien entendido de la causa socialista. Mientras tanto, afirmo que nuestro fracaso no debilitó nuestro coraje y que estamos decididos a conducir la lucha más enérgicamente que nunca hasta la victoria.

Agradezco también a los camaradas alemanes que nos han sostenido material y moralmente en este difícil período.

Bruselas, 30 de abril de 1902

P.S.: Al escribir estas líneas a la *Neue Zeit*, no conocía aún el artículo: "Una aciaga jornada de mayo", aparecido sin firma y por lo tanto comprometiendo a toda la redacción. Me abstengo de responderle porque pienso que ataques dirigidos contra el conjunto del partido obrero belga deben ser recogidos por el mismo Partido Obrero, que no dejará de someter a la próxima reunión del Buró Internacional la cuestión de saber si el derecho de crítica, que le reconocemos por completo a los camaradas de otros países, los autoriza, por medio de informes groseramente inexactos, a levantar juicios no solamente malintencionados, sino injuriosos, juicios que no emanan de una sola persona, sino de la redacción de un órgano oficial.

NOTA DE LA REDACCIÓN: *En la medida en que esta réplica está dirigida contra el punto de vista de la camarada Luxemburg, le dejamos a ella la responsabilidad de responderla. No obstante, la* postdata *nos obliga a que nosotros mismos hagamos algunas observaciones.*

El camarada Vandervelde se equivoca al suponer que el artículo "Una aciaga jornada de mayo" es un artículo de la redacción; pero eso no es lo esencial. Como regla general, la Neue Zeit *no publica artículos de la redacción. Como todos nuestros artículos de fondo, éste ha sido escrito por el autor de nuestras cartas de Berlín, que, se sabe, no es de aquellos a quienes les gustan los ataques anónimos. Fue por casualidad que su firma no figurara al pie del artículo. Pero, como hemos dicho, esto no es esecial, ya que la redacción comparte el punto de vista del autor.*

Por cierto este artículo sería censurable si tuviera lo que encuentra Vandervelde. Pero, a pesar de nuestras más atentas búsquedas, no podemos encontrar en él ni ataques contra el conjunto del partido obrero belga, ni juicios malintencionados, hasta injuriosos, y los informes, supuestamente "groseramente inexactos", sobre los que se basaba el artículo, fueron sacados de Le Peuple *y del* Vorwärts, *fuentes de las cuales no se podría sospechar que desfiguraran groseramente los hechos en detrimento de nuestros camaradas belgas. Lo que se dijo en la* Neue Zeit *ya lo han dicho nuestros camaradas belgas, y con mucha mayor energía.*

La amenaza concerniente al Buró Internacional no nos preocupa. Aun si ese Buró estuviera autorizado a censurar a la prensa, cosa que discutimos decididamente, no podemos creer que quiera limitar por poco que fuera la libertad de crítica. El derecho que tienen los camaradas de cada país de criticar severamente la dirección de su

propio partido debemos reconocerlo del mismo modo a los camaradas extranjeros en todas las cuestiones de alcance internacional. La cortesía convencional de la diplomacia no sería admisible en las relaciones del proletariado internacional.

Los acontecimientos actuales de Bélgica tienen un alcance internacional: ellos tocan muy de cerca al proletariado de todos los países. Las victorias de nuestros camaradas belgas fueron nuestras victorias, sus derrotas son también nuestras derrotas. Más aún, nunca los problemas y las situaciones de los diferentes partidos socialistas tuvieron en su diversidad tantos rasgos comunes como hoy; nunca tampoco una nación pudo aprender tanto de otra como hoy. La táctica seguida ayer en Bélgica también tiene aquí sus partidarios, que de buena gana la aplicarían mañana mismo. Si nosotros no señalamos, sin consideraciones, las faltas de los camaradas militantes belgas, es de temer que estas faltas y las derrotas que son su consecuencia se repitan aquí.

Por lo tanto no teníamos solamente el derecho, *teníamos el* deber *de criticar lo que ocurrió en Bélgica, no para rebajar a los camaradas belgas, sino para instruirnos con su experiencia y para contribuir a preservarnos, con todo el proletariado internacional, del retorno de semejantes derrotas.* [N. Z.]

(Traducción del alemán de Roberto Fisbaug.)

Rosa Luxemburg

Y por tercera vez el experimento belga *

I. RESPUESTA AL CAMARADA EMILE VANDERVELDE

Si para formular nuestras observaciones críticas sobre la última campaña de los camaradas belgas por el sufragio universal no hemos esperado que terminaran los ataques de los adversarios burgueses contra la socialdemocracia belga, teníamos dos buenas razones. En primer lugar, porque sabemos que nuestro partido hermano belga, verdadero partido combativo, nunca dejó de ser el blanco de los ataques enemigos, y, en segundo lugar, porque la experiencia nos enseña que el camarada Vandervelde y sus amigos nunca se sintieron particularmente afectados por esos ataques, sino que al contrario, siempre prosiguieron su camino sin inquietarse, descargando sobre sus agresores burgueses algunos golpes bien dirigidos. No obstante, el examen crítico de su táctica en las recientes luchas le pareció a los mismos camaradas belgas lo bastante importante para convocar a tal efecto un congreso nacional extraordinario.

El camarada Vandervelde me reprocha que presente los acontecimientos de Bélgica de una manera totalmente inexacta. Los liberales no habrían tenido ninguna influencia sobre la conducta de los jefes socialistas, y la táctica de los jefes obreros en cada una de las medidas adoptadas habrían tenido sus razones particulares.

Nadie más que nosotros se sentiría feliz de ver el error de nuestras alarmantes observaciones rectificado por labios autorizados, por el jefe más eminente de nuestros camaradas belgas. Desdichadamente la exposición del camarada Vandervelde oscurece y complica todavía más la cuestión.

Los liberales se benefician con el injusto régimen electoral exis-

* *Und zum dritten Male das belgische Experiment*, en *Die Neue Zeit*, año XX, vol. 2, 1901-1902.

tente. En la campaña electoral se habrían dejado arrastrar como si se tratara de conducirlos al matadero. En el fondo no han sido los aliados, sino los *adversarios* de los socialistas; pero, ¿cómo conciliar esto con el hecho de que el partido obrero, sin embargo, por amor a esos supuestos amigos, ha restringido el objetivo de la lucha al sufragio masculino, ha renunciado oficialmente a fijar las condiciones que autorizan el derecho del voto (21 años) y ha hecho de la representación proporcional, bastante poco simpática para los camaradas belgas, una cláusula de la constitución?

Cómo explicarse entonces que los líderes obreros belgas hayan afirmado durante toda su campaña su solidaridad con los liberales, y que incluso, ante el pueblo, su primer grito haya sido, después de la derrota sufrida en la cámara y afuera: "¡Nuestra alianza con los liberales es más firme que nunca!"

El camarada Vandervelde tiene toda la razón al afirmar que en el fondo los liberales belgas son y se revelaron como los *adversarios* y no los amigos de la campaña por el sufragio universal. Pero, lejos de contradecir la afirmación de que los camaradas belgas se han solidarizado con los liberales en la última lucha, esto no hace sino *explicar* por qué esta lucha debía conducir, en tales circunstancias, a una estruendosa derrota.

Todo lo que escribe el camarada Vandervelde lo confirma. En cuanto los liberales, al comienzo de la campaña, traicionaron al partido obrero, debía ser evidente, en nuestra opinión, que nada podía esperarse de la acción parlamentaria y que solamente la acción extraparlamentaria, la acción callejera, era susceptible de dar resultados.

El camarada Vandervelde infiere, al contrario, que la acción extraparlamentaria perdió toda posibilidad de éxito en cuanto los liberales se alzaron contra los socialistas. La continuación de la huelga general tendría entonces el único objetivo de llevar al rey a disolver la cámara, y desde el momento en que el rey se negó, no se pudo hacer otra cosa que volverse a su casa. Pero así se pronunciaría la condena a muerte de la huelga general, no solamente en este caso especial, sino en general para Bélgica: ya que basta con que los liberales se pronuncien contra el movimiento de masas y que Cleopoldo [1] lo mande al diablo —y con toda seguridad se puede contar en el porvenir con ambos resultados— para que la acción de la masa obrera sea reconocida inútil. Frente a esto sería preciso tan sólo que el camarada Vandervelde nos explique incluso por qué fue proclamada la huelga general, si no para ofrecer al mundo el maravilloso espectáculo de un rechazo del trabajo unánime y de una reanudación del mismo igualmente unánime.

Pero lo que más importa en este razonamiento del camarada Vandervelde es la conclusión inevitable de que el triunfo de ese sufragio universal ya no puede ser esperado más que por el método parlamentario, por una heroica victoria de los mismos clericales. Con gran seriedad, el camarada Vandervelde se apoya en una declaración del líder de la derecha belga, Sr. Woeste, declarándose dispuesto a todo nuevo engaño de sufragio, con la única excepción del sufragio universal integral, del que precisamente se trata.

La total falta de confianza en la acción de las masas populares, y la única esperanza en la acción parlamentaria, la tentativa de hacerle creer al enemigo que el que está vencido es él, cuando acaba de asestarle un vigoroso golpe en la cabeza, la búsqueda de pretextos en favor de la derrota durante la lucha, y el consuelo, al día siguiente de la derrota con una perspectiva incierta de futuras victorias, la creencia en toda suerte de milagros políticos salvadores, tales como la intervención de un rey, el suicidio político de los adversarios, todo esto es tan típico de la táctica pequeño burguesa liberal, que la argumentación del camarada Vandervelde reforzó todavía más nuestra opinión de que los liberales tenían la dirección ideológica durante la última campaña, sin que hayamos pensado siquiera que habría sido firmado un tratado de alianza notariado entre socialistas y liberales.

Por otra parte, si todavía teníamos dudas acerca de la exactitud *objetiva* de nuestras concepciones referentes a los acontecimientos belgas, concepciones que nos hemos formado de lejos, el curso del congreso extraordinario que acaban de mantener nuestros camaradas belgas las disiparían. Las propuestas de los socialistas de Charleroi, lamentando la decisión del consejo general sobre la reanudación del trabajo, y condenando todo compromiso con partidos burgueses, las declaraciones de los representantes de la gran masa de los mineros, de esos batallones que son los más antiguos e importantes del ejército obrero belga, demuestran que del mismo modo se puede, de cerca desembocar en idénticas conclusiones.

Es cierto que el congreso finalizó con un voto de confianza al consejo general del partido obrero, cosa que prueba que la disciplina y la confianza en los jefes de nuestro partido belga aún no están, felizmente, seriamente desquiciadas. No obstante, la primera experiencia en que se tuvo en cuenta la táctica liberal condujo ya

a vehementes discusiones; debería ser la última vez si no se quiere desembocar en consecuencias más graves.

Esto es lo que teníamos que responderle al camarada Vandervelde.

En esta ocasión parece necesario, no obstante, consagrarle a los acontecimientos belgas algunas observaciones de orden general.

Si hay una enseñanza que surge clara de la experiencia belga para el proletariado internacional, en nuestra opinión es precisamente esta: las esperanzas en la acción parlamentaria y la democracia burguesa, sólo pueden orientarnos hacia una serie de derrotas políticas desmoralizadoras. Al respecto, los acontecimientos belgas tendrían que ser considerados como un ensayo práctico de las teorías del oportunismo y debieran llevar a sus partidarios a revisarlas.

Pero en algunos se produce el efecto contrario. Tanto en la prueba del partido belga como en la del partido alemán, se trata, extrañamente de acuerdo con el liberalismo burgués y el cura Naumann, de sacar provecho de la derrota belga en sentido inverso: para revisar la táctica revolucionaria. Se esfuerza por demostrar que la huelga general, la acción callejera en general, evidenciaron ser caducas e ineficaces. En *Le Peuple* de Bruselas, un camarada, Franz Fischer, llega hasta declarar que la lección suprema de las más recientes experiencias es la... necesidad de pasar del "método de la fraseología revolucionaria de los franceses" al "método ponderado de organización y de propaganda de la socialdemocracia alemana, esa vanguardia del socialismo internacional"; aquí se apoya en un artículo aparecido en el *Eco* de Hamburgo, que estima que la caída de la Comuna de París había suministrado ya la última demostración de la ineficacia de los medios revolucionarios.

Por otra parte, se podía leer en la prensa del partido alemán, después de la reanudación del trabajo en Bélgica, que "la táctica seguida *desde ahora* por los camaradas belgas es la de la socialdemocracia alemana"; que la socialdemocracia alemana siempre combatió la huelga general como "inútil y superflua"; que siempre "consideró *la educación política y la organización de la clase* obrera como la única preparación segura para la conquista del poder político".

Partiendo de los recientes acontecimientos, la revisión de la táctica belga en sentido inverso se hace, pues, por así decirlo bajo la égida especial de la socialdemocracia alemana. Examinemos brevemente lo que se puede deducir de la táctica de la socialdemocracia

alemana sobre la cuestión de la huelga de masas en particular y luego, en general, sobre el papel de la violencia en la lucha proletaria.

II. LA HUELGA GENERAL

La *huelga general* se cuenta indudablemente entre las consignas más viejas del movimiento obrero moderno: en torno a esta cuestión se desarrollaron luchas extremadamente violentas y frecuentes en los medios socialistas. Pero si uno no se deja cegar por la palabra, por el sonido, si por el contrario se llega hasta el fondo *de la cosa*, es preciso reconocer que en casos diferentes se concibe, con el nombre de la huelga general, cosas totalmente diferentes y, en consecuencia, diferentemente apreciadas.

Es evidente que en caso de guerra, la famosa huelga general de Nieuwenhuis [2] es otra cosa que la huelga general internacional de los mineros, proyectada en el último decenio del siglo pasado en Inglaterra, y a favor de la cual Eleonor Marx hizo adoptar una proposición en el congreso de los socialistas franceses en Lille (octubre de 1890); es indudable que existen profundas diferencias entre la huelga general de octubre de 1898 en Francia, proclamada por todas las ramas para sostener el movimiento de los ferroviarios, que fracasó lamentablemente, y la huelga de los ferrocarriles del Noreste de Suiza; del mismo modo la huelga general victoriosa de Carmaux en 1893, para protestar contra la revocación del minero Calvinhac, elegido alcalde, no tiene nada en común con el "mes sagrado" fijado ya por la convención partidaria en febrero de 1839, etc. En resumen, la primera condición para apreciar seriamente la huelga general es distinguir entre huelgas generales nacionales y huelgas internacionales, huelgas políticas y huelgas sindicales, huelgas industriales en general y huelgas provocadas por un acontecimiento determinado, huelgas que surgen de los esfuerzos de conjunto del proletariado, etc. Basta recordar toda la variedad de fenómenos concretos de la huelga general, las múltiples experiencias debidas a ese medio de lucha, para mostrar que toda tentativa de esquematizar, de rechazar o de glorificar sumariamente esta arma es una ligereza.

Haciendo abstracción de la huelga general industrial, puramente sindical, la huelga general se ha convertido ya, en la mayoría de los

países, en un fenómeno cotidiano y, por lo tanto, se hace superfluo su tratamiento teórico. Nos ocuparemos especialmente de la huelga general *política*, que en nuestra opinión, según la naturaleza de este método de lucha, debe clasificarse en dos categorías: la huelga general *anarquista* y la huelga política accidental de masas, que podríamos llamar la huelga *ad hoc*. En la primera, se debe ubicar sobre todo la huelga general nacional por la introducción del régimen socialista, que desde hace mucho tiempo es la idea fija de los sindicatos franceses, de los brusistas y de los alemanistas. Esta concepción fue expresada con la mayor claridad en el periódico *La Internacional* del 27 de mayo de 1869: "Si las huelgas se extienden y se unen entre sí, son capaces de convertirse en una huelga general; y una huelga general, con las ideas de emancipación que reinan actualmente no puede desembocar más que en una gran catástrofe, que realizaría la revolución social." En el mismo sentido está concebida una decisión del congreso sindical francés de Bordeaux, en 1888: "Solamente la huelga general o la revolución podrá realizar la emancipación de la clase obrera." Un equivalente característico de esta decisión es otra resolución, votada por el mismo congreso, que invita a los obreros a "separarse claramente de los políticos que los engañan". Otra proposición francesa, sostenida por Briand y combatida por Legien, en el último congreso socialista internacional en París, en el verano 1900 [3], se basa en las mismas consideraciones: "invita a los obreros del mundo entero a organizarse para la huelga general, ya sea que esta organización deba ser entre sus manos un simple medio, una palanca para ejercer la presión indispensable sobre la sociedad capitalista *para la realización de las reformas necesarias, políticas y económicas*, ya sea que las circunstancias se vuelvan tan favorables que la huelga general pueda ser *puesta al servicio de la revolución social*".

En la misma categoría podemos clasificar la idea de recurrir a la huelga general contra las *guerras capitalistas*. Esta idea fue expresada ya en el congreso de la Internacional, en Bruselas, en 1868 [4], en una resolución retomada y defendida en el transcurso del último decenio del siglo pasado por Nieuwenhuis, en los congresos socialistas de Bruselas, de Zurich y de Londres.

Lo que caracteriza esta concepción, en ambos casos, es la fe en la huelga general como si fuera una panacea universal contra la sociedad capitalista o bien, lo que viene a ser lo mismo contra algunas de sus funciones vitales, la fe en una categoría abstracta, absoluta, de la huelga general; considerada como *el* medio de la

lucha de clases que a cada instante y en todos los países es aplicable y eficaz por igual. Los panaderos no venden bollitos, los faroles permanecen apagados, los ferrocarriles y los tranvías no circulan más, ¡es el acabóse!... Este esquema trazado en el papel, a imagen de una varita que gira en el vacío, evidentemente era aplicable a todos los tiempos y a todos los países. Esta abstracción del lugar y del tiempo, de las condiciones políticas concretas de la lucha de clases en cada país, al mismo tiempo que la unión orgánica de la lucha socialista decisiva con las luchas proletarias de cada día, con el trabajo progresivo de educación y de organización marca la huella *anarquista* tipo de esta concepción. Pero el carácter anarquista revelaba también el carácter utópico de esta teoría y conducía nuevamente a la necesidad de combatir por todos los medios la idea de la huelga general.

Esta es la razón por la que vemos a la socialdemocracia alzarse desde hace decenas de años contra la huelga general. Las críticas infatigables del partido obrero francés contra los sindicatos franceses apuntaban al mismo fondo que los duelos de la delegación alemana con Nieuwenhuis en los congresos internacionales. La socialdemocracia alemana adquirió allí un mérito particular, no solamente oponiendo argumentos científicos a la teoría utópica, sino sobre todo respondiendo a las especulaciones sobre una batalla única y definitiva de los "brazos caídos" contra el sistema burgués, con la práctica de la lucha política cotidiana en el terreno del parlamentarismo.

Pero hasta allí, y no más lejos, llegan los argumentos tan a menudo expresados por la socialdemocracia contra la huelga general. La crítica del socialismo científico se dirigía únicamente contra la teoría absoluta, *anarquista*, de la huelga general, y en efecto solamente contra ella *podía* dirigirse.

La huelga general política accidental, tal como la emplearon en diversas ocasiones los obreros franceses para ciertos objetivos políticos, por ejemplo en el caso señalado de Carmaux, y tal como la aplicaron sobre todo los obreros *belgas* en varias oportunidades en la lucha por el sufragio universal, no tiene nada en común con la idea anarquista de la huelga general, salvo el nombre y los aspectos técnicos. Pero, políticamente, son dos concepciones diametralmente opuestas. Mientras en la base de la consigna anarquista de la huelga de masas hay una teoría general y abstracta, las huelgas políticas de la última categoría son, en algunos países o incluso en algunas ciudades y comarcas, solamente el producto de una situación par-

ticular, el medio para conseguir cierto resultado político. La eficacia de esta arma no puede ser puesta en duda ni en general ni *a priori*, porque los *hechos*, las victorias logradas en Francia y en Bélgica prueban lo contrario. Toda la argumentación que fue tan eficaz contra Nieuwenhuis y contra los anarquistas franceses, es impotente contra las huelgas generales políticas locales. La afirmación de que la realización de una huelga general tiene como condición previa cierto nivel de organización y de educación del proletariado que hacen a la misma huelga superflua, y la toma del poder político por la clase obrera indiscutible e inevitable, esa brillante estocada del viejo Liebknecht contra Nieuwenhuis, no puede aplicarse a huelgas generales políticas locales y accidentales, ya que para estas últimas la única condición previa necesaria es una consigna política popular y una situación favorable. Al contrario, no cabe duda de que las huelgas generales belgas, como medios de lucha por el sufragio universal, arrastran regularmente al movimiento mayores masas populares de aquellas que están dotadas de la conciencia socialista en el verdadero sentido de la palabra. La huelga política de Carmaux también tuvo un efecto de educación tan fuerte y rápido que hasta un diputado de la derecha les dijo a los socialistas al final de la campaña: "Produzcan algunos éxitos más como el de Carmaux, y habrán conquistado los campos, ya que los campesinos están siempre del lado del más fuerte, y ustedes probaron que son más fuertes que la Compañía de minas, que el gobierno y que la cámara." * Así, en lugar de moverse en el círculo cerrado de la educación socialista, supuesta condición indispensable, y del resultado esperado en favor de esta educación como ocurrió con las huelgas generales de Nieuwenhuis o con las huelgas anarquistas en Francia, la huelga general política accidental gravita únicamente alrededor de los factores profundos y excitantes de la vida política cotidiana, y al mismo tiempo, sirve de medio eficaz para la agitación socialista.

Del mismo modo, imaginar una contradicción entre el trabajo político de todos los días —sobre todo el parlamentarismo— y este último tipo de huelga general, es malograr el objetivo final, ya que lejos de querer remplazar las pequeñas tareas parlamentarias, la huelga general política no hace sino agregarse, como un nuevo eslabón de una cadena, a los otros medios de agitación y lucha. Más aún, se pone directamente, como instrumento, al servicio del parlamentarismo. Es característico observar que todas las huelgas generales políticas sirvieron hasta ahora para defender o conquistar derechos parlamentarios: la de Carmaux fue realizada por el sufragio comunal, la de Bélgica por el sufragio universal.

* *Almanach du Parti ouvrier*, 1893.

El hecho de que todavía no se hayan producido huelgas generales políticas en Alemania y que éstas sólo hayan sido practicadas en un pequeño número de países, no es porque aquéllas estarían en contradicción con un supuesto "método alemán" de la lucha socialista, sino porque se requieren condiciones sociales y políticas muy determinadas para posibilitar el uso de la huelga general como instrumento político. En Bélgica lo que favorece y acelera la extensión local de la huelga es el desarrollo industrial elevado comparado con la superficie reducida del país, de manera que un número de huelguistas que en términos absolutos no es muy considerable (alrededor de 300.000) basta para paralizar la vida económica del país. Con su gran superficie, sus distritos industriales y su numeroso ejército obrero, Alemania se encuentra, al respecto, en una situación incomparablemente desfavorable. Lo mismo ocurre con Francia y en general con los grandes países que poseen una menor centralización industrial.

Pero el elemento decisivo que se le agrega es la vigencia de la *libertad de coalición* y de costumbres democráticas. En un país en que los obreros en huelga son llevados al trabajo por la policía y los gendarmes, como en Alta Silesia, en que la agitación de los huelguistas entre los que "consienten en trabajar" conduce directamente a la cárcel, si no a los trabajos forzados, naturalmente no se podría hablar de una huelga general política. El uso que se ha hecho hasta ahora de la huelga general como un arma política únicamente en Bélgica, y en parte en Francia, no debe ser considerado, pues, como una superioridad imaginaria de la socialdemocracia alemana y una desviación momentánea de los países latinos. Al contrario —junto a la falta de ciertas condiciones sociales y geográficas— es un testimonio más de nuestra inferioridad política semiasiática.

Finalmente, el ejemplo de Inglaterra, donde en gran medida están dadas todas las condiciones económicas y políticas para una huelga general victoriosa y donde esta poderosa arma, sin embargo, nunca es aplicada en la lucha política, muestra también otra condición importante de su aplicación: *la profunda interpenetración del movimiento obrero sindical y político*. Mientras en Bélgica la lucha económica y la lucha política funcionan como un todo orgánico,

uniéndose los sindicatos al partido en toda acción importante, la política de grupo de los trade-unions, estrechamente sindical, y, por esta razón, dividida, así como la ausencia de un partido socialista fuerte en Inglaterra, excluyen la unión de los dos movimientos en la huelga general política.

Un examen serio demuestra, así, que toda apreciación o condena de la huelga general que no tenga en cuenta las circunstancias particulares de cada país, y que se base fundamentalmente en la práctica alemana, no es más que presunción nacional y *esquematización* irreflexiva. En esta ocasión vemos una vez más que cuando nos ponderan con tanta elocuencia las ventajas de la "mano libre" en la táctica socialista de la "no determinación", de la adaptación a toda la variedad de las circunstancias concretas, en el fondo no se trata de otra cosa que de la libertad de pactar con los partidos burgueses. Pero, en cuanto se trata de una acción de clase, de un método de lucha que se asemeje, aunque fuera de lejos, a una táctica revolucionaria, los entusiastas de la "mano libre" se presentan inmediatamente como estrechos dogmáticos, deseosos de encerrar la lucha de clases del mundo entero en los cepos de la supuesta táctica alemana.

Ahora bien, si la huelga general belga no ha tenido ningún resultado, este hecho es insuficiente para justificar una "revisión" de la táctica belga, ya que es evidente que la huelga general no ha sido ni preparada, ni realmente política, sino que al contrario fue suspendida por los jefes antes de haber podido desembocar en algo. Como la dirección política, o más precisamente, la dirección parlamentaria del movimiento no había encarado la acción de masas, las masas en huelga se quedaron indecisas, en segundo plano, sin ninguna relación con la acción real efectuada en el proscenio, hasta el momento que se les ordenara retirarse totalmente. El fracaso de la reciente campaña belga, por lo tanto, no demuestra que la huelga general es impotente, del mismo modo que la capitulación de Bazaine a Metz no prueba la inutilidad de las fortalezas en la guerra, o que el ocaso parlamentario de los liberales alemanes no constituye un argumento en favor de la impotencia del parlamentarismo.

Muy por el contrario, el fracaso de la última acción del partido obrero belga debe convencer a todos aquellos que conocen los acontecimientos que la huelga general —si realmente la hubieran usado— podía dar resultados. Y la necesidad de revisar la táctica de los camaradas belgas, en nuestra opinión se impone sólo en el

sentido en que lo hemos indicado en nuestro artículo precedente. La campaña de abril demostró claramente que una huelga dirigida indirectamente contra los clericales, pero directamente contra la burguesía, no dará resultado si el proletariado en lucha está ligado políticamente a la burguesía. De este modo la burguesía se convierte en una traba que paraliza a la clase obrera, en lugar de ser un medio de presión política sobre el gobierno. La enseñanza más importante de la experiencia belga no condena a la huelga general en sí; al contrario, condena la alianza parlamentaria con el liberalismo, que destina al fracaso a toda huelga general.

Pero es preciso combatir con energía la costumbre de reaccionar contra la simple palabra "huelga general" por medio de las viejas consignas de otros tiempos, que sirvieron y terminaron de servir para luchar contra las elucubraciones estúpidas de los anarquistas y de Nieuwenhuis, así como por las tentativas de "revisar" la táctica belga, únicamente en virtud de la incomprensión absoluta de los acontecimientos de Bélgica. Es preciso combatir esta manía tanto más enérgicamente cuanto que no sólo la clase obrera belga, sino también el proletariado sueco, se aprestan a recurrir, tanto hoy como ayer, al arma de la huelga general en la lucha por el sufragio universal. Sería muy triste que una parte de los militantes de esos países, por más insignificante que fuese, se dejara despistar en su estrategia por frases sobre la excelencia de los métodos supuestamente "alemanes".

III. VIOLENCIA Y LEGALIDAD

Aunque se haya hablado mucho, estos últimos tiempos, de la imposibilidad definitiva de emplear "medios revolucionarios al estilo antiguo", nunca se ha dicho claramente lo que se entiende por esos medios ni por qué cosa se los quiere remplazar.

Así, pues, en ocasión de la derrota belga, por lo común se opone a los "medios revolucionarios", es decir a la revolución violenta, a las luchas callejeras, la *organización y la educación cotidianas* de las masas obreras. Pero tal manera de proceder es errónea porque la organización y la educación en sí mismas no son aún la lucha, sino únicamente los medios de preparación para la lucha y, como tales, son necesarias tanto para la revolución como para cualquier otra forma de lucha. La organización y la educación en sí mismas

no hacen superflua la lucha política, del mismo modo que la constitución de sindicatos y la percepción de cotizaciones no hacen superfluas las luchas por los salarios y las huelgas. Lo que en realidad se preconiza, al oponer a los "medios revolucionarios" las ventajas de la organización y la educación, es la separación de la revolución violenta de la reforma legal, del *parlamentarismo*. "Es posible pasar del capitalismo al comunismo por una serie de formas sociales, de instituciones jurídicas y económicas; por eso nuestro deber es desarrollar ante el parlamento esta progresión lógica." Estas palabras de Jaurés (*Petite République*, 11 de febrero de 1902) formulan claramente esta concepción, igual que esta otra declaración suya: "El único método que le queda al proletariado es el de la organización y la acción legal" (*Petite République*, 15 de febrero de 1902).

Para clarificar la cuestión es extremadamente importante estar convencido de su necesidad, para desechar todas las frases inútiles sobre la eficacia de la organización y la educación de las masas y para concentrar la discusión en el verdadero punto en cuestión.

Lo que sobre todo nos parece extraño en la firme decisión de substituir la acción parlamentaria a todo uso de la violencia en la lucha proletaria, es la idea de que una *revolución* puede ser *hecha arbitrariamente*. Partiendo de esta concepción, se proclaman revoluciones o se renuncia a ellas, se las prepara y se las aplaza, según que se las haya reconocido útiles, superfluas o nocivas, y depende únicamente de la convicción que domine en la socialdemocracia el hecho de que en el porvenir se produzcan o no revoluciones en los países capitalistas. Tanto como subestima la potencia del partido obrero en otras cuestiones, en este punto la teoría legalista del socialismo la sobrestima.

La historia de todas las revoluciones precedentes nos muestra que los grandes movimientos populares, lejos de ser un producto arbitrario y consciente de los supuestos "jefes" o de los "partidos", como se imaginan el policía y el historiador burgués oficial, son más bien fenómenos sociales elementales, producidos por una fuerza natural que posee su fuente en el carácter de clase de la sociedad moderna. El desarrollo de la socialdemocracia no cambió en nada este estado de cosas, y su papel por otra parte no consiste en prescribir leyes a la evolución histórica de la lucha de clases sino, por el contrario, en ponerse al servicio de esas leyes, en plegarlas así a su voluntad. Si la socialdemocracia se opusiera a revoluciones que se presentan como una necesidad histórica, el único resultado sería haber transformado la socialdemocracia de vanguardia en retaguardia, en obstáculo impotente ante la lucha de clases, que al fin de cuentas triunfaría, mal o bien, sin ella y, llegado el caso, aun contra ella.

Basta con aprehender estos simples hechos para reconocer que la cuestión: revolución o transición puramente legal al socialismo, no es propia de la *táctica* socialdemócrata, sino que sobre todo es una cuestión de la *evolución histórica*. En otros términos, al eliminar la revolución de la lucha de clases proletaria, nuestros oportunistas decretan ni más ni menos que la violencia ha dejado de ser un factor de la historia moderna.

Este es el fondo teórico de la cuestión. Basta con formular esta concepción para que su sentido salte a la vista. La violencia, lejos de dejar de desempeñar un papel histórico por la aparición de la "legalidad" burguesa, del parlamentarismo, es hoy, como en todas las épocas precedentes, la base del orden político existente. Todo el estado capitalista se basa en la violencia. Su *organización militar* por sí misma es una prueba suficiente y sensible, y el doctrinarismo oportunista realmente debe tener dones milagrosos para no percibirlo. Pero los mismos dominios de la "legalidad" suministran suficientes pruebas, si se mira más de cerca. ¿Los créditos para China no son acaso medios suministrados por la "legalidad", por el parlamentarismo, para ejecutar actos de violencia? Las sentencias de los tribunales, como la de Löbtau,[5] ¿no son acaso un ejercicio "legal" de la violencia? O mejor aún: ¿en qué consiste a decir verdad toda la función de la legalidad burguesa?

Si un "libre ciudadano" es encerrado por otro ciudadano contra su voluntad, por coacción, en un sitio estrecho e inhabitable, y si lo detienen allí durante algún tiempo, todo el mundo comprende que es un acto de violencia. Pero en cuanto la operación se efectúa en virtud de un libro impreso, llamado Código penal, y ese sitio se llama "cárcel real prusiana", se transforma en un acto de la legalidad pacífica. Si un hombre es forzado por otro, y contra su voluntad, a matar sistemáticamente a sus semejantes, es un acto de violencia. Pero en cuanto esto se llama "servicio militar", el buen ciudadano se imagina respirar en medio de una paz y legalidad completas. Si una persona es privada por otra de una parte de su propiedad o de sus ingresos, nadie dudará en decir que es un acto de violencia; pero en cuanto esta maquinación se llama "percepción de impuestos indirectos", ya no se trata más que de la aplicación de la ley.

En una palabra, lo que se presenta ante nuestra vista como legalidad burguesa, no es otra cosa que la violencia de la clase dirigente,

erigida de antemano como norma imperativa. En cuanto los diferentes actos de violencia han sido fijados como norma obligatoria, la cuestión puede reflejarse al revés en el cerebro de los juristas burgueses, del mismo modo que en los de los oportunistas socialistas: el "orden legal" como una creación independiente de la "justicia", y la violencia del estado como una simple consecuencia, como una "sanción" de las leyes. En realidad, la legalidad burguesa (y el parlamentarismo en cuanto legalidad en devenir), por el contrario, no es más que una formación social determinada de la violencia política de la burguesía, que florece sobre su fundamento económico.

Se puede reconocer entonces hasta qué punto es caprichosa toda la teoría del legalismo socialista. Mientras las clases dirigentes se apoyan en la violencia para toda su acción, el proletariado debería renunciar de entrada y de una vez por todas al uso de la violencia en la lucha contra esas clases. ¿Qué formidable espada debe emplear entonces para derribar la violencia del poder? La misma legalidad, por la cual la violencia de la burguesía se atribuye el sello de la norma social y su omnipotencia.

Cierto es que el terreno de la legalidad burguesa del parlamentarismo no es solamente un campo de dominación para la clase capitalista, sino también un terreno de lucha, sobre el cual tropiezan los antagonismos entre proletariado y burguesía. Pero del mismo modo que el orden legal para la burguesía no es más que una expresión de su violencia, para el proletariado la lucha parlamentaria no puede ser más que la tendencia a llevar su propia violencia al poder. Si detrás de nuestra actividad legal y parlamentaria no está la violencia de la clase obrera, siempre dispuesta a entrar en acción en el momento oportuno, la acción parlamentaria de la socialdemocracia se convierte en un pasatiempo tan espiritual como extraer agua con una espumadera. Los amantes del realismo, que subrayan los "positivos éxitos" de la actividad parlamentaria de la socialdemocracia para utilizarlos como argumentos contra la necesidad y la utilidad de la violencia en la lucha obrera, no notan que esos éxitos, por más ínfimos que sean, sólo pueden ser considerados como los productos del efecto invisible y latente de la violencia.

Pero hay algo mejor aún. El hecho de que encontremos siempre la violencia en la base de la legalidad burguesa se expresa en las vicisitudes de la historia del propio parlamentarismo.

La práctica lo demuestra a todas luces: en cuanto las clases dirigentes se persuadieron de que nuestros parlamentarios no están

apoyados por grandes masas populares dispuestas a la acción si es preciso, de que las cabezas revolucionarias y las lenguas revolucionarias no son capaces o consideran inoportuno hacer actuar, llegado el caso, a los puños revolucionarios, el mismo parlamentarismo y toda la legalidad se les escaparía tarde o temprano como base de la lucha política; prueba positiva para corroborar lo dicho: las vicisituades del sufragio en Sajonia; prueba negativa: el sufragio en el Reichstag. Nadie dudará que el sufragio universal, tan a menudo amenazado en el Reich, está mantenido no en consideración al liberalismo alemán, sino principalmente por temor a la clase obrera, por la certeza de que la socialdemocracia lo tomaría en serio. Y, del mismo modo, los mayores fanáticos de la legalidad no se atreverían a poner en duda que en caso de que, pese a todo, un buen día nos escamotearan el sufragio universal en el Reich, la clase obrera no podría contar solamente con las "protestas legales", sino que debería apelar a medios violentos para reconquistar tarde o temprano el terreno legal de lucha.

Así, la teoría del legalismo socialista se reduce al absurdo por las eventualidades prácticas. Lejos de ser destronada por la "legalidad", la violencia aparece como la base y el protector real de la legalidad, tanto por el lado de la burguesía como por el del proletariado.

Y por otra parte la legalidad evidencia ser el producto, sometido a perpetuas oscilaciones, de la relación de fuerzas de las clases que se enfrentan. Baviera y Sajonia, Bélgica y Alemania suministran ejemplos bastante recientes, demostrando que las condiciones parlamentarias de la lucha política son otorgadas o negadas, mantenidas o quitadas, según que los intereses de la clase dirigente puedan estar seguros o no por esas instituciones, según que la violencia latente de las masas populares ejerza su efecto como arma de ataque o de defensa.

Ahora bien, que en ciertos casos extremos no se puede prescindir de la violencia como medio de *defensa* de los derechos parlamentarios, no implica que en otros aquélla no sea un medio de *ofensiva* irremplazable, allí donde aún se trata de conquistar el terreno legal de la lucha de clases.

Las tentativas de revisar el "método revolucionario" como resultado de los recientes acontecimientos belgas son quizás la más singular demostración de consecuencia política que la tendencia revisionista haya suministrado desde hace años. Aun si se pudiera hablar de un fracaso del "método revolucionario" en la campaña belga en cuanto al uso de la violencia, la condena sumaria de este

método como consecuencia de la derrota belga partiría de la suposición de que su uso en la lucha obrera debe ser en todos los casos y en todas las circunstancias una garantía de éxito. Es evidente que al adoptar tales conclusiones, desde hace ya mucho tiempo tendríamos que haber renunciado a la lucha sindical, a las luchas por los salarios, ya que éstas nos han traído innumerables derrotas.

Pero lo más extraño es que en la lucha belga, que supuestamente habría servido para demostrar la ineficacia de los métodos violentos, de ningún modo los obreros recurrieron a la violencia —a menos que, a ejemplo de la policía, se pretenda considerar la huelga apacible como un acto de "violencia". No estaba proyectada ni tampoco se intentó hacer una revolución callejera. Y precisamente por eso la derrota belga atestigua lo contrario de lo que se esfuerzan por hacerle demostrar: que actualmente, en Bélgica, teniendo en cuenta la traición de los liberales y la firmeza del clericalismo, dispuesto a servirse de todos los medios, el sufragio universal tiene muy pocas posibilidades de ser reconocido si se renuncia a la violencia.

¡Pero esta derrota prueba algo más aún! Prueba que si formas parlamentarias tan elementales, puramente burguesas, que no superan de ningún modo el marco del orden existente, tales como el sufragio universal, no pueden ser conquistadas por la vía pacífica, que si las clases dirigentes apelan a la violencia brutal para resistir una reforma puramente burguesa y muy natural en el estado capitalista, todas las especulaciones acerca de una abolición parlamentaria y pacífica del *poder del estado capitalista*, de la dominación de clases, no son más que una ridícula y pueril fantasía.

¡La derrota belga prueba otra cosa más! Demuestra una vez más que si los legalistas socialistas consideran la democracia burguesa como la forma histórica llamada a realizar gradualmente el socialismo, no operan con una democracia y un parlamentarismo concretos, tales como existen miserablemente aquí, sino con una democracia imaginaria y abstracta, que alzándose por encima de todas las clases, se desarrolla hasta el infinito y ve aumentar ininterrumpidamente su poder.

La subestimación caprichosa de la reacción creciente y la sobrestimación igualmente caprichosa de las conquistas de la democracia son inseparables y se complementan mutuamente de la manera más feliz. Ante las miserables reformas de Millerand y los éxitos microscópicos del republicanismo, Jaurés rebosa de alegría proclamando como piedra angular del orden socialista toda

ley sobre la reforma de la instrucción en los colegios, todo proyecto de una estadística de desocupación. Al hacer esto, nos recuerda a su compatriota Tartarín de Tarascón, que, en su famoso "jardín encantado", entre macetas de flores y bananas gruesas como un dedo, baobabs y cocoteros, se imagina que está paseando a la sombra fresca de un bosque virgen de los trópicos.

Y nuestros oportunistas se tragan esas bofetadas —como la última traición del liberalismo belga— y declaran que el socialismo sólo podrá ser realizado por la democracia del estado burgués.

No se dan cuenta que no hacen más que repetir en otros términos las viejas teorías según las cuales la legalidad y la democracia burguesa están llamadas a realizar la libertad, la igualdad y la bienaventuranza generales —no las teorías de la gran revolución francesa, cuyas consignas no fueron más que una creencia ingenua *antes* de la gran prueba histórica, sino las teorías de los literatos y los abogados charlatanes de 1848, de los Odilon Barrot, Lamartine, Garnier-Pages, que juraban realizar todas las promesas de la gran revolución por medio de la vulgar charlatanería parlamentaria. Fue preciso que esas teorías fracasaran cotidianamente durante un siglo y que la socialdemocracia, encarnando el fracaso de esas teorías, las enterrara tan radicalmente que hasta su recuerdo, el recuerdo de sus autores y de todo el colorido histórico, se desvaneciera para que hoy pudieran resucitar y presentarse como ideas absolutamente nuevas, susceptibles de conducir a los objetivos de la socialdemocracia. Lo que está en la base de las enseñanzas oportunistas, por lo tanto, no es, como uno se lo imagina, la teoría de la evolución, sino de las repeticiones periódicas de la historia, de la que cada edición es más aburrida e insulsa que la precedente.

Indiscutiblemente la socialdemocracia alemana realizó una revisión extremadamente importante de la táctica socialista, hace algunas decenas de años, y de ese modo adquirió un inmenso prestigio ante el proletariado internacional. Esta revisión fue la destrucción de la vieja creencia en la revolución violenta como *único* método de la lucha de clases, como medio aplicable *en cualquier momento* para instaurar el orden socialista. Hoy, la opinión dominante, formulada nuevamente por Kautsky, en la resolución de París, dice que la toma del poder político por la clase obrera no puede ser más que el resultado de un período más o menos largo de lucha social regular y cotidiana, en que el esfuerzo para democratizar progresivamente el estado y el parlamentarismo consti-

tuye un medio extremadamente eficaz de recuperación ideológica y, en parte, material de la clase obrera.

Esto es todo lo que demostró la socialdemocracia en los hechos. No obstante, esto no quiere decir que la violencia haya sido desechada de una vez por todas, ni que las revoluciones violentas hayan sido repudiadas como medio de lucha del proletariado y que el parlamentarismo haya sido proclamado el único método de la lucha de clases. Muy por el contrario, la violencia es y sigue siendo el último medio de la clase obrera, la ley suprema, ora latente, ora actuante, de la lucha de clases. Y si nosotros "revolucionamos" los cerebros con nuestra actividad parlamentaria y nuestro trabajo, lo hacemos para que en caso de necesidad, la revolución baje de las cabezas a los puños.

Es cierto que no es por amor a la violencia o por romanticismo revolucionario, sino por dura necesidad histórica, que los partidos socialistas deben prepararse para sostener encuentros violentos con la sociedad burguesa, tarde o temprano, en los casos en que nuestros esfuerzos tropiecen con los intereses vitales de las clases dominantes. El parlamentarismo como método exclusivo de la lucha política de la clase obrera no es menos caprichoso y, en el fondo, no menos reaccionario que la huelga general o la barricada como método exclusivo. La revolución violenta, en las circunstancias actuales, sin duda es una espada de doble filo y difícil de manejar. Y nosotros creemos que debemos esperar que el proletariado no recurrirá a ese método sino cuando vea en él la única salida posible y, por supuesto, con la única condición de que toda la situación política y la relación de fuerzas garantice más o menos la probabilidad del éxito. Pero la clara comprensión de la *necesidad* del uso de la violencia, tanto en los diferentes episodios de la lucha de clases como para la conquista final del poder estatal, es indispensable de antemano, ya que precisamente es esta comprensión la que da impulso y eficacia a nuestra actividad pacífica y legal.

Si llevada por las sugestiones de los oportunistas la socialdemocracia realmente pretendiera renunciar de antemano y de una vez por todas a la violencia, si pretendiera exhortar a las masas obreras a respetar la legalidad burguesa, toda su lucha política, parlamentaria y demás, tarde o temprano se derrumbaría lamentablemente para dar lugar a la dominación sin límites de la violencia reaccionaria.

14 de mayo de 1902

(Traducción del alemán de Roberto Fisbaug.)

Rosa Luxemburg

¿Y después qué? *

I

El problema del derecho del voto en Prusia, que por más de medio siglo permaneció latente, es hoy el punto neurálgico de la vida pública alemana. Algunas semanas de una acción enérgica de masas del proletariado [1], bastaron para remover la vieja ciénaga de la reacción prusiana y para que una fresca brisa soplase en la vida política de toda Alemania. La reforma electoral prusiana no puede de ninguna manera solucionarse por medios parlamentarios; sólo una inmediata acción de masas en la escena política puede provocar los cambios deseados y este reconocimiento es hoy más vivo y firme que nunca, después de las primeras experiencias con las manifestaciones callejeras por un lado, y lo ocurrido en la comisión de derecho electoral de la cámara prusiana [2] por el otro.

Si las últimas e impresionantes manifestaciones callejeras significan, por sí mismas, una satisfactoria innovación en las formas de lucha externas de la socialdemocracia, y al mismo tiempo iniciaron con mucha potencia la lucha de masas por el derecho al voto en Prusia, ellas le imponen por su lado al partido, de cuya iniciativa y dirección nacen, determinados deberes. Nuestro partido, dado el movimiento de masas por él producido, debe tener un plan claro y preciso de cómo piensa proseguir dirigiendo la acción de masas iniciada. Las demostraciones callejeras, al igual que las demostraciones militares, son comúnmente la introducción a la lucha. Existen casos en los que las demostraciones alcanzan su objetivo con sólo intimidar al enemigo. Pero aún sin tener en cuenta la indudable realidad de que el enemigo, en este caso la conjunción reaccionaria

* *Was weiter?*, en *Dortmunder Arbeiterzeitung*, nos. 61 y 62, del 14 y 15 de marzo de 1910. Véase *Gesammelte Werke*, t. 2, pp. 289-299.

de los junkers y de la gran burguesía monárquica de la Prusia alemana, no está de ninguna manera dispuesto a arriar las banderas ante las manifestaciones callejeras de las masas populares, las demostraciones pueden únicamente ejercer una presión eficaz cuando detrás de ellas está la firme determinación y disposición de encarar, en caso necesario, medios más contundentes de lucha. Y para esto se necesita, ante todo, claridad en aquello que pensemos realizar en el momento en que las demostraciones callejeras se muestren como insuficientes para la realización de su objetivo directo.

La experiencia del partido ya ha demostrado hasta ahora la necesidad de una total claridad y determinación en este aspecto. Hace ya 2 años hemos realizado los primeros intentos de demostraciones callejeras en Prusia [3]. Y desde aquel momento las masas evidenciaron estar a la altura de la situación, apoyando entusiastamente la convocatoria de la socialdemocracia. Un fresco halo, una esperanza de nuevas y más eficientes formas de lucha, una determinación de no retroceder ante ningún sacrificio y ninguna intimidación se pusieron claramente de manifiesto en las exaltadas masas. ¿Y cuál fue el resultado final? El partido no dio ninguna nueva consigna, la acción no fue extendida y continuada: por el contrario, las masas fueron contenidas, la irritación general decayó pronto y todo quedó en la nada.

Este primer experimento debería ser para nuestro partido una pauta y una advertencia de que las manifestaciones masivas tienen su propia lógica y su psicología, con las que deben contar, como precepto obligatorio, los políticos que quieran dirigirlas. Las exteriorizaciones de la voluntad de las masas en la lucha política no se pueden mantener artificialmente en una y a la misma altura por tiempo indefinido, y encasillar en una y de la misma forma. Deben crecer, agudizarse, cobrar formas nuevas y más eficientes. La acción de masas iniciada debe desarrollarse. Y si se quiebra en la dirección del partido la decisión de dar a las masas las consignas necesarias, en el momento oportuno, entonces se apodera de ellas invariablemente una cierta frustración, el ímpetu desaparece y la acción, en sí misma, decae.

Una pequeña pero clara advertencia en este sentido ya la obtuvimos al comienzo de la actual campaña. Cuando la dirección del partido organizó en enero aquellas 62 asambleas en Berlín, con la intención de no vincularlas en realidad a *ninguna* de las demostraciones callejeras, quedamos desilusionados. Hoy sabemos que a pesar de la agitación desarrollada esas asambleas estuvieron poco

concurridas y recién el 13 de febrero [4], cuando las manifestaciones callejeras fueron planeadas de antemano, las masas siguieron entusiastas, en incontables oleadas, el llamamiento del partido. Está claro que seguir puntualmente la nómina de un esquema que va, de asambleas sin demostraciones callejeras, a asambleas con demostraciones callejeras, y así sucesivamente, no puede realizarse en la práctica. Las masas proletarias en Berlín y en la mayoría de los grandes centros industriales de Prusia están ya tan agitadas por la socialdemocracia que la simple forma de asamblea de protesta contra la injusticia en el derecho al voto, con su habitual aceptación de resoluciones, ya no alcanzan. Las demostraciones callejeras representan hoy la menor de las manifestaciones que dan cuenta del impulso movilizador de las masas enardecidas y de la tirante situación política.

Pero, ¿por cuánto tiempo más? Habría que tener poca sensibilidad con la vida espiritual de las masas partidarias en el país para no ver claramente que las manifestaciones callejeras, ya después de sus primeros impulsos en las últimas semanas, desatan por su lógica interna una disposición de ánimo en las masas y al mismo tiempo crean objetivamente una situación en el campo de lucha, que las sobrepasa y que a la corta o a la larga necesitará indefectiblemente de otros pasos y medios más contundentes.

Los sucesos ocurridos en la comisión de derecho del voto al igual que en la sesión plenaria del parlamento prusiano, el hecho de que hasta el más demagógico de todos los partidos, el Partido del Centro, basándose en el bloque con los junkers [5] se permitió aniquilar toda esperanza en una ponderada reforma del derecho del voto, y todo esto como respuesta a las grandiosas demostraciones en toda Prusia, es una bofetada en la cara de las masas movilizadas y de la socialdemocracia que está a la cabeza de ellas, un golpe que de ninguna manera puede quedar sin respuesta. Una vez que la lucha abierta se ha establecido, debe proseguir, golpe por golpe, de acuerdo con la firme e inevitable lógica de la lucha misma. Una vez que la reacción ha liquidado las demostraciones de masas, al invalidar el proyecto del derecho del voto en la comisión y en la sesión plenaria, la masa debe, bajo la dirección de la socialdemocracia, saldar aquella pérdida con un nuevo avance. En una situación como la actual, una larga demora, pausas muy espaciadas entre los distintos actos de lucha, inseguridad en la elección de los medios y en la estrategia de la continuación de la lucha, significan casi tanto como una batalla perdida. Es necesario tener al enemigo sobre ascuas y no

ilusionarse con que igualmente no nos hubiéramos atrevido a ir más lejos que hasta ahora, y que nos hubiera faltado el coraje de la consecuencia. Por otra parte, ya pronto las demostraciones callejeras no servirán más para satisfacer la necesidad psicológica de la disposición de lucha, la exasperación de las masas, y si la socialdemocracia no da firmemente un paso adelante, si deja pasar el momento político oportuno para suscitar una nueva reivindicación, difícilmente logrará la permanencia de las demostraciones callejeras por un largo período más; la acción finalmente se adormecerá y al igual que hace dos años, se escurrirá como agua en la arena. Esta misma experiencia se confirma en los ejemplos análogos de lucha en Bélgica [6], en Austria-Hungría [7], en Rusia [8], los que asimismo mostraban un inevitable crecimiento, un desarrollo de la acción de masas, y donde sólo gracias a este desarrollo obtuvieron un efecto político.

También otra circunstancia nos sirve para ofrecernos un claro indicio de que para la socialdemocracia las manifestaciones callejeras solas pasarán pronto a ser un medio superado en la ola de los acontecimientos. ¡Si hasta los demócratas burgueses, elementos libres izquierdistas de la burguesía, realizan hoy demostraciones callejeras! Evidentemente el coraje de estos políticos sin techo proviene, como es fácil advertir, de la iniciativa socialdemócrata y, evidentemente, las asambleas y manifestaciones callejeras dispuestas por estos oficiales pensionados sin ejército se llenan, en su mayor parte, y casi exclusivamente, por la masa trabajadora socialdemócrata. El hecho mismo de que las manifestaciones callejeras hayan llegado a ser un medio político de lucha y una necesidad de la burguesía democrática, basta para mostrar la imposibilidad de que sigan siendo un medio de lucha suficiente para las necesidades del frente de izquierda de la socialdemocracia. Su misión de impulsar a todos los elementos opositores a las clases poseedoras puede ser válida también en este caso para la socialdemocracia siempre y cuando, por la decisión con que lleva adelante las reivindicaciones, esté a la cabeza de la acción de aquellos elementos, que siempre se les anticipe, indicándoles el camino. Si las demostraciones callejeras son también un medio de lucha para los Breitscheid, Liszt y Cía. [9] ya es hora de que la socialdemocracia piense en cuál debe ser su próximo medio de lucha.

Es así como el partido está colocado en todas partes ante la pregunta: *¿Y después qué?* Dado que la última asamblea del partido en Prusia se desvió del camino, lamentablemente con un gesto más

efectista que político [10], es urgente buscar una respuesta a esa pregunta por el camino de una discusión en la prensa y en las asambleas. Es la propia masa de los camaradas del partido quien debe sopesar y resolver qué es lo que debe ser proseguido. Sólo entonces, y únicamente como expresión de la voluntad de las masas del partido, puede también nuestra táctica futura de lucha tener la presión necesaria y la capacidad movilizadora.

II

Una serie de resoluciones y expresiones de la masa trabajadora socialdemócrata en distintos centros de nuestro movimiento, ya ha dado la respuesta. En Halle, en Bremen, en Breslau, en la agitada región de Hessen-Nassau, en Königsberg, los camaradas han expresado de viva voz el medio de lucha cuya aplicación, en las actuales luchas de masas, se le impone por sí sola al partido, y este medio es *la huelga de masas.*

Hace ya cinco años, en el congreso partidario de Jena, nuestro partido aprobó una resolución formal que proclama a la huelga de masas política como un medio de lucha aplicable también en Alemania.[11] Como es natural, aquella resolución fue concebida principalmente como una medida de defensa, ante la eventual necesidad de proteger el ya existente derecho a voto parlamentario. Es claro que, en la lucha actual, y con relación al íntimo encadenamiento de la política interna de Prusia con la política del imperio, a las recientes provocaciones y amenazas estables de los junkers en el parlamento [12] y a toda la situación en su conjunto, se trata de luchar no solamente por el derecho del voto prusiano sino también, y en primer lugar, por el derecho del voto parlamentario. Si los junkers y sus partidarios obtienen esta vez una victoria sobre los trabajadores en el problema del derecho del voto prusiano, es indudable que se envalentonarán a punto tal que, en determinado momento, pretenderán expulsar también al odiado derecho del voto parlamentario. Y a la inversa, un fuerte y exitoso avance de las masas en el problema del derecho del voto prusiano, representará sin duda la mejor y más segura cobertura para el derecho del voto parlamentario.

En favor de la utilización de la huelga de masas en la actual campaña, habla más el hecho de que se trata de una acción de

masas ya iniciada y cada vez más extendida, que el hecho de su natural e inevitable crecimiento, el cual en cierta forma se da por sí mismo. Una huelga de masas "prefabricada" por una simple resolución de partido, emitida una buena mañana como un escopetazo, es simplemente una fantasía pueril, una quimera anarquista. Pero una huelga de masas que sea el producto de demostraciones de masas imponentes de trabajadores, de varios meses de duración y que va creciendo hasta colocar a un partido de tres millones ante el dilema de avanzar a cualquier precio o dejar morir a la acción de masas iniciada; una huelga de masas de tales características, nacida de la necesidad interna y de la decisión de las masas que se han despertado, y al mismo tiempo de la situación política agudizada, lleva en sí misma su justificación y al mismo tiempo la garantía de su eficacia.

Evidentemente, la huelga de masas no es un medio capaz de hacer milagros, que asegura el éxito bajo cualquier circunstancia. Sobre todo, la huelga de masas no debe ser contemplada como el único medio mecánico utilizable para la presión política, que puede ser empleado artificiosa y asépticamente, según una receta preestablecida. La huelga de masas no es más que la forma exterior de la acción, que tiene su desarrollo interno, su lógica, su agudización, sus consecuencias, en íntima relación con la situación política y con su desarrollo ulterior. La huelga de masas, particularmente como una corta y única huelga demostrativa, no es por cierto la última palabra de la campaña política iniciada. Pero sí es, en cambio, en el actual estado de cosas, *su palabra inicial*. Y si bien resulta imposible planificar con lápiz y papel el desarrollo ulterior, los éxitos inmediatos, los costos y sacrificios de dicha campaña, como si se tratase de la contabilidad de los costos de una operación de bolsa, no por ello deja de haber situaciones en las que el deber político de un partido, dirigente de millones, es plantear con decisión aquella consigna que es la única que permite impulsar hacia adelante la lucha por él iniciada.

En un partido como el alemán, en el que el principio de la organización y el ejemplo de la disciplina de partido se tiene en tan alto concepto, donde por lo tanto la iniciativa de las masas populares no organizadas, su capacidad de acción espontánea, por así decirlo, improvisada —que es un factor tan importante hasta el presente, con frecuencia decisivo en todas las luchas políticas de envergadura—, están casi excluidas, es al partido a quien le corresponde el ineludible deber de demostrar el valor de una organización

y de una disciplina tan altamente desarrolladas, su utilidad no sólo para las elecciones parlamentarias sino también para otras formas de lucha. Se trata de decidir si la socialdemocracia alemana, que se apoya sobre la más fuerte organización sindical y el ejército de votantes más grande del mundo, puede implementar una acción de masas que en la pequeña Bélgica, en Italia [13], en Austria-Hungría, en Suecia [14] —de Rusia ni qué hablar— han sido logradas con éxito en distintas épocas, o si en Alemania, una organización sindical que cuenta con dos millones de cabezas y un fuerte y bien disciplinado partido no puede hacer nacer, en el momento oportuno, una acción de masas efectiva tal como ocurre con los sindicatos franceses, paralizados por la confusión anarquista y por las luchas internas del debilitado partido francés.

Por otra parte, es evidente que una acción del carácter y significación de las huelgas de masas no puede ser hecha por el partido sin los sindicatos. Únicamente a través de una acción solidaria y mancomunada de las dos ramas organizativas puede ser desatada en todo el país esa enorme acción, como es la que se produce en Alemania. Desde el punto de vista sindical únicamente se toma en cuenta algunos puntos. Por un lado, la zona carbonífera occidental se halla desde hace un tiempo en fuerte efervescencia y se prepara para una gran lucha económica. Por otro lado, en distintas ramas de la producción, por ejemplo en la construcción, las condiciones están tan tirantes que los empresarios esperan sólo un pretexto adecuado para iniciar despidos masivos en sus fábricas. A la primera ojeada estas dos condiciones pueden aparecer como un motivo poco adecuado para realizar una huelga de masas política desde el punto de vista sindical. Pero únicamente a la primera ojeada. Mirado más de cerca, el hecho de que una huelga masiva de envergadura en las minas de carbón converja con un movimiento huelguístico político, sólo puede ser provechoso para ambos. En todo gran movimiento de masas del proletariado confluyen numerosos momentos políticos y económicos, y desgajarlos artificialmente, querer en forma pedante mantenerlos separados sería una empresa inútil y perjudicial. Un movimiento sano y vital, como es la actual campaña prusiana, puede y debe nutrirse de todos los materiales sociales inflamables acumulados. Por otra parte, sólo puede ser de provecho para el problema minero, en particular, si al concluir con un éxito político más amplio logra atemorizar a los enemigos: los magnates del carbón y el gobierno. Tanto más rápidamente se verán éstos obligados a satisfacer, mediante concesiones, a los trabajadores

de las minas y a tratar de aislarlos de la marea política. Pero en lo que se refiere a las amenazas de despido, sabemos por innumerables experiencias que ahí donde el interés de los empresarios y su punto de vista de clase lo necesita, nunca les ha faltado excusas para un brutal despido masivo, ni una falta de pretextos medianamente apropiados les ha impedido la prosecución de actos de fuerza. Aunque una huelga de masas política se realice o no, los despidos no faltarán en la medida en que le convenga al empresariado. La falta de coincidencia en el tiempo de estos despidos con un gran movimiento político únicamente puede tener la consecuencia de que a través del auge general del idealismo, de la capacidad de sacrificio, de la energía y capacidad de resistencia del proletariado, vuelva también más resistentes a los trabajadores a los perjuicios parciales provocados por los despidos.

Desde el punto de vista sindical, la consideración más importante que puede deducirse de todo esto es la siguiente: la acción de una gran huelga de masas es en todo caso un gran riesgo para la existencia de las organizaciones sindicales y sus fondos. ¿Pueden y deben los sindicatos tomar sobre sí este riesgo? Por de pronto este riesgo no debe ni siquiera discutirse. ¿Pero qué lucha, qué acción, qué huelga eminentemente económica no arrastra consigo un riesgo para las organizaciones de lucha de los trabajadores? Si es precisamente el desarrollo poderoso, la fuerza en número de nuestros sindicatos alemanes, lo que constituye un motivo para tomar en consideración los riesgos que implica la lucha, riesgos que organizaciones más débiles de otros países como por ejemplo Suecia e Italia están dispuestas a sobrellevar, esto sería un argumento peligroso en contra de los propios sindicatos. Pues desembocaría en la paradójica conclusión de que cuanto más grandes y fuertes son nuestras organizaciones, tanto menos posible se vuelve su accionar, dado que nos volvemos más temerosos. El motivo mismo del fuerte desarrollo de los sindicatos sería puesto en duda, ya que necesitamos las organizaciones como medio para el fin, como armamento para la lucha y no como motivo en sí mismo. Esta pregunta, por suerte, ni siquiera puede aparecer. En realidad el temor, el riesgo que nuestras organizaciones corren, es únicamente externo puesto que las organizaciones aparecen como fuertes y sanas únicamente cuando se agudiza la lucha; después de cada prueba nacen con renovadas fuerzas y se vuelven a desarrollar otra vez. A pesar de que una huelga política de masas general, en su primera refriega, conlleve el debilitamiento o el deterioro de algunos sindicatos, después de algún tiempo no

sólo renacerán las viejas organizaciones, sino que la gran acción removerá nuevas capas del proletariado y los pensamientos de la organización entrarán en un campo que hasta ahora era inaccesible para una organización sindical apacible y sistemática, o ganará para nuestras organizaciones sindicales a nuevos contingentes de proletarios, que hasta ahora están bajo dirección burguesa, en el centro, con los Hirsch-Duncker, con los evangélicos. Las pérdidas resultarán siempre superadas por los beneficios derivados de una gran acción de masas sana y audaz. Justamente en este momento vivimos un ejemplo aleccionador de cómo, bajo determinadas circunstancias, para un movimiento sindical prudente puede llegar a ser una necesidad, una cuestión de honor, el abocarse a una gran lucha, sin sopesar con temor todas las posibilidades de las pérdidas y las ganancias. Este ejemplo se nos muestra en Filadelfia [15]. Allí vemos entrar en la lucha a una organización que en toda la Internacional es considerada como la menos revolucionaria, audaz e imprudente, una organización en cuya cúspide está un hombre como Gompers, un frío político, lleno de desprecio por las "exageraciones" socialdemócratas y las "frases revolucionarias". Esta organización proclamará quizás en muy corto tiempo una gran huelga general para proteger, en verdad, la libertad de agremiación de 600 empleados tranviarios. No hay ninguna duda de que en esta prueba de fuerza con el capital los sindicatos norteamericanos corren un gran riesgo, pero ¿quién condenará en este caso los pasos de Gompers, quién puede dejar de ver que esta gran prueba de fuerza en última instancia tendrá las más victoriosas consecuencias para el movimiento obrero americano? Finalmente, a los sindicatos alemanes en su totalidad, no puede menos que resultarles de utilidad hacer sentir por una vez palpablemente su poder al capital coaligado ensoberbecido.

Desde el punto de vista político hay otra cosa que debe tenerse en cuenta. En 1911 tendremos elecciones en el Imperio [16], y en ellas tiene gran importancia darle la liquidación general a las elecciones de los "hotentotes" [17]. Empero nuestros enemigos han trabajado por adelantado, muy a propósito para nosotros, en la reforma financiera. Por nuestra parte no podemos fabricarnos una excelente situación, sino es a través de una gran acción política de masa previa, como Alemania aún no ha conocido. A través de sacudir a las amplias masas, de elevar el idealismo y tensionar las energías combativas al máximo en esta acción, podremos conseguir un grado de esclare-

cimiento, un estado de ánimo que provocarán en las elecciones venideras un tremendo Waterloo para el sistema dominante.

Desde el punto de vista sindical como desde el punto de vista político se nos plantea en la misma medida la consigna: *¡Primero sopesar, pero después arriesgar!* Una huelga política de masa en Alemania –pues como es lógico en este caso debemos tomar en cuenta no sólo a Prusia, dado que seguramente las masas del partido del resto del imperio correrían por sí mismas entusiastamente en su apoyo– ejercería sobre la Internacional el efecto más profundo y extendido, sería una realidad que elevaría considerablemente la valentía, la fe socialista, la confianza, la alegría por el sacrificio del proletariado en todos los países. Es natural que consideraciones de este tipo no pueden ser *el motivo* que lleve a la socialdemocracia alemana y a los sindicatos a decidir la aplicación de las huelgas de masas, aplicación que únicamente puede derivar de la propia situación interna de Alemania. Pero en el recuento de las pérdidas y ganancias por la eventual aplicación de una huelga masiva, la consideración antedicha será seguramente mencionada. La socialdemocracia alemana fue hasta ahora para la Internacional el gran ejemplo, en el terreno de la lucha parlamentaria, de la organización, y de la disciplina partidaria. Podría quizás dar pronto un excelente ejemplo de cómo todas estas ventajosas características pueden unirse a una decidida y valiente acción de masas.

Sin embargo, no debe esperarse en modo alguno que un buen día, desde la dirección superior del movimiento, desde el comité central del partido y de la comisión general de los sindicatos, emane la "orden" para la huelga de masas. Los cuerpos que tienen la responsabilidad de conducir a millones de hombres son por naturaleza reticentes en las resoluciones que otros deben llevar a la práctica. Por ello la decisión de una inminente acción de *masas* únicamente puede partir de la masa misma. La liberación de la clase obrera puede ser obra únicamente de la clase obrera misma –esta frase del *Manifiesto Comunista*, indicadora del camino, tiene también validez en lo particular; también en el interior del partido de clase del proletariado cualquier movimiento grande, decisivo, debe surgir del convencimiento y decisión de la masa de militantes y no de la iniciativa de un puñado de dirigentes. La decisión de llevar al triunfo la presente lucha por los derechos electorales en Prusia apelando, según los términos del congreso partidario prusiano, *"a todos los medios"*, es decir inclusive a la huelga de masas,

únicamente puede realizarse con las más amplias capas del partido. A los camaradas del partido y de los sindicatos, en cada ciudad y en cada distrito les corresponde tomar posición frente al problema de la situación actual y expresar su opinión y su voluntad en forma clara y abierta, para que la opinión de la masa trabajadora organizada pueda hacerse escuchar como un todo. Y si esto ocurre, entonces también nuestros dirigentes estarán a la altura de las circunstancias, como hasta ahora lo estuvieron siempre.

(Traducción del alemán de Manfredo Sawady.)

Karl Kautsky

¿Y ahora qué? *

La camarada Luxemburg ha puesto en discusión el tema de la huelga de masas en su artículo publicado en nuestro órgano partidario de Dortmund.

Hay varias razones que hablan en contra de la utilidad de que se produzca una discusión semejante en este momento. Yo he tratado desde hace tiempo de mantenerme alejado de la misma. Pero podría ser mal interpretado si siguiera evitándola, especialmente después del ataque que los defensores de la concepción de la camarada Luxemburg hicieron en la *Bremer Bürgerzeitung* contra Mehring, con el que coincido totalmente en esta cuestión [1]. Dado que Mehring actualmente está de viaje, por lo que no puede enfrentar personalmente la situación, me parece aún más adecuado contestar en su lugar.

Que una discusión sobre la huelga de masas resulte oportuna depende del sentido en que se la conduzca. Lo que no puede cuestionarse es que la huelga de masas sea considerada por nosotros como un arma de lucha. Este problema ya está resuelto desde el Congreso de Jena.

¿Debemos comenzar una polémica acerca de las posibilidades de éxito o de fracaso que ofrece la huelga de masas en el momento actual? Esta discusión significaría la exposición no sólo de los hechos que están a su favor sino también de aquellos que están en su contra; se trataría de evaluarlos. Si esto se hace públicamente significaría comunicarle al adversario los puntos débiles de nuestra posición. Toda la discusión sería tan conveniente como realizar un consejo de guerra acerca de la oportunidad de dar una batalla al enemigo, tan cerca de él, que éste pudiera escucharnos. Si los camaradas discutieran esta cuestión *entre sí*, de ello sólo podrían extraerse beneficios. Pero yo lamentaría mucho que el artículo de

* "Was nun?", en *Die Neue Zeit*, año XXVIII, vol. 2, 1909-1910.

la camarada Luxemburg tuviera el efecto de encender en la prensa partidaria una discusión en la que una de las partes explicitaría sus razones para considerar a la huelga de masas como carente de perspectivas en lo inmediato. Tenga o no razón, un análisis de este tipo no estimularía para nada la acción.

Por ello no me referiré a este aspecto de la cuestión. Pero existe otro punto a desentrañar, y la discusión pública del mismo no podrá dañar de ninguna manera. La camarada Luxemburg afirma que sólo nos queda elegir entre decidirnos por la huelga de masas como forma más inmediata de la acción de masas del partido, o en su defecto dejar que éste se derrumbe totalmente. Es decir, que sería una necesidad de autoconservación del partido el tender por todos los medios hacia la huelga de masas, ya mismo, en el período próximo.

Si nosotros compartiésemos esta concepción evidentemente no necesitaríamos tener en cuenta cuáles son las perspectivas de éxito de la huelga de masas en un momento dado. Tendríamos que provocarla a cualquier precio pues aún la derrota sería mejor que una capitulación pasiva ante el enemigo.

Esa es la cuestión que analizaremos a continuación.

Pero antes de nada, algunas consideraciones previas. Tenemos que ponernos en claro sobre qué es lo que vamos a entender por huelga de masas. La camarada Luxemburg escribe:

"La huelga de masas, como una corta y única huelga demostrativa, no es por cierto la última palabra de la campaña política iniciada."

En nuestras consideraciones tácticas tenemos que mantener estrictamente separadas a la huelga de masas como medio *demostrativo* de la huelga de masas como medio *coercitivo*, pues cada una de ellas presupone condiciones distintas y requiere una táctica diferente. La diferencia entre ambas es tan grande como la que existe entre un ejercicio de maniobras y una batalla definitoria. La huelga de masas política como *medio de coerción* se efectúa para *obligar* a los poseedores del poder político, el gobierno o el parlamento, a hacer o dejar de hacer algo. Si la misma no logra esto, fracasa, lleva a una derrota. Hay que prolongarla con el máximo de fuerza posible hasta lograr el objetivo, o hasta que las masas desfallecientes se derrumben.

La huelga demostrativa desde su inicio tiene una duración limitada, sin tomar en consideración si logra o no un resultado práctico.

Las masas, después de su finalización, son retiradas de la acción con sus filas tan cerradas como cuando entraron en ella.

Una huelga demostrativa puede ser de naturaleza local, como protesta por un hecho local, por ejemplo, de brutalidad policial, ya hemos tenido huelgas demostrativas de este tipo en el actual movimiento por los derechos electorales. Si las brutalidades policiales se llegasen a multiplicar o incrementar, otro tanto sucedería con las huelgas de protesta.

Por el contrario, una huelga de masas política como medio de coerción sobre el aparato político central, como el gobierno o el parlamento, tiene que ser de naturaleza general. Tiene que incluir en lo posible a la clase trabajadora de todo el estado y a todas las capas de trabajadores. Sólo triunfará si su ímpetu es tal que arrastre también consigo a capas de trabajadores que no están dispuestos a una huelga demostrativa, los ferroviarios por ejemplo.

¿La camarada Luxemburg solamente quiere propagar las huelgas demostrativas locales o quiere que las movilizaciones actuales se desarrollen hasta el nivel de una huelga coercitiva general? Esto no se puede entrever con claridad en su artículo, y sin embargo es importante que eso sea explicitado. Más de uno que rechazara la idea de una huelga coercitiva como una insensatez criminal, consideraría deseables en las actuales circunstancias a las huelgas locales de protesta. Por otra parte, si propagamos la idea de la huelga de masas sin establecer ninguna diferenciación, puede ocurrir también que a pesar de que solamente creamos necesarias las huelgas demostrativas, cultivemos involuntariamente en naturalezas más vivaces la idea de la huelga coercitiva, y que desencadenemos acciones que no nos proponíamos, que no corresponden ni a la situación ni a la correlación de fuerzas y que conducen a la derrota.

No olvidemos que tanto la huelga de masas como la coercitiva son las armas últimas que están a nuestra disposición.

La camarada Luxemburg habla de la huelga de masas "*como* huelga demostrativa corta, única". O sea que también tiene en vista otras formas de la huelga de masas. Esto se deduce también del hecho de que relacione a la huelga de masas política con las huelgas reivindicativas, y de que desarrolle la opinión de que cada uno de estos hechos promueve el desarrollo del otro:

"Mirado más de cerca, el hecho de que una huelga masiva de envergadura en las minas de carbón converja con un movimiento huelguístico político, sólo puede ser provechoso para ambos. En

todo gran movimiento de masas del proletariado confluyen numerosos momentos políticos y económicos, y desgajarlos artificialmente, querer en forma pedante mantenerlos separados sería una empresa inútil y perjudicial. Un movimiento sano y vital, como es la actual campaña prusiana, puede y debe nutrirse de todos los materiales sociales inflamables acumulados. Por otra parte, sólo puede ser de provecho para el problema minero, en particular, si al concluir con un éxito político más amplio logra atemorizar a los enemigos: los magnates del carbón y del gobierno. Tanto más rápidamente se verán éstos obligados a satisfacer, mediante concesiones, a los trabajadores de las minas y a tratar de aislarlos de la marea política."

Una huelga económica es una huelga coercitiva desde su comienzo, no una simple huelga demostrativa. Una huelga económica prácticamente puede combinarse con esta última. Pero la huelga coercitiva política y la huelga económica también son dos cosas muy distintas.

Tengo que confesar públicamente sin embargo que soy lo suficientemente "pedante" para intentar la "empresa inútil y perjudicial" de mantener "separadas" ambas formas de lucha. Pues hasta el momento la vida ha sido tan pedante como para hacer lo mismo, aunque más no sea por la sencilla razón de que ambas formas de huelga requieren condiciones totalmente distintas para su triunfo.

La camarada Luxemburg quizás me remita a la Rusia de 1905. Pero allí entonces reinaba la revolución. En una situación de este tipo, en el que la totalidad de la vida social está trastornada, las exigencias políticas y las económicas naturalmente se unen en un movimiento huelguístico simultáneo. En Prusia sin embargo todavía no hemos llegado a la revolución.

En las luchas de Europa occidental por el derecho de sufragio el momento económico y el momento político se han mantenido hasta ahora estrictamente separados.

En la lucha por el derecho de sufragio en Austria, hubo sindicalistas, mineros más precisamente, que trataron de unir el movimiento por el derecho de sufragio universal con el movimiento por la jornada de ocho horas. La mayoría de nuestros camaradas austríacos fueron lo suficientemente pedantes para no ver en ello una ayuda sino una obstaculización de la lucha de clases por el derecho de sufragio (véase sobre este punto los debates del congreso partidario de Viena, 1894). Tampoco he oído nada sobre la unificación de la lucha por el derecho de sufragio con las reivindicaciones econó-

micas en otros países de Europa Occidental. Y no resulta difícil entender que aquí tampoco se llegará a tal unificación.

Supongamos que los mineros hiciesen una huelga para presionar simultáneamente al gobierno y a la dieta por el derecho de sufragio, y a los patrones de las minas por el acortamiento de la jornada de trabajo.

¿De qué manera uno de estos movimientos podría ayudar al otro? Los dueños de las minas sólo cederían cuando la huelga los pusiera en aprietos, a fin de lograr la vuelta al trabajo de los obreros. Pero si éstos quisieran continuar la huelga hasta que se reformase el derecho de sufragio, ¿qué sentido tendría conceder las exigencias económicas?

Si por el contrario los patrones de las minas ceden y acuerdan a sus trabajadores sus exigencias económicas lo hacen a condición de que retomen inmediatamente el trabajo. Este es el caso que la camarada Luxemburg enfoca: los magnates del carbón se verían obligados "a satisfacer a los mineros con concesiones y *aislarlos* del torrente político".

El entrelazamiento del objetivo de lucha político común a todos los trabajadores con los distintos objetivos gremiales de distintas ramas del trabajo brindaría entonces un medio para *aislar* a las distintas capas de trabajadores entre sí. No me queda del todo claro cómo esto fortalecería la huelga de masas como medio de lucha por el derecho de sufragio.

Así entonces, cuando discutimos esta cuestión, tenemos que mantener estrictamente separadas a la huelga demostrativa y la huelga coercitiva, así como las huelgas políticas y económicas.

Por otra parte, en relación a la situación actual en Prusia tampoco resulta pertinente remitirse a los ejemplos de otros países.

La camarada Luxemburg escribe:

"Se trata de decidir si la socialdemocracia alemana, que se apoya sobre la más fuerte organización sindical y el ejército de votantes más grande del mundo, puede implementar una acción de masas, que en la pequeña Bélgica, en Italia, en Austria-Hungría, en Suecia —de Rusia ni qué hablar— han sido logradas con éxito en distintas épocas."

Qué es lo que Austria tiene que ver en este contexto, yo no lo sé. Allí nunca se ha llegado a la huelga de masas en la lucha por el derecho de sufragio.

Probablemente allí las demostraciones callejeras a la postre no

hubieran definido la lucha; es verosímil que sin la agitación en Hungría y la revolución rusa, la huelga de masas probablemente también se habría hecho imprescindible en Austria. Soy el último en querer negar esto. Pero el ejemplo austríaco no demuestra en modo alguno que el rápido crecimiento de la movilización, desde las demostraciones callejeras hasta la huelga de masas en el término de unos pocos meses, o aún de semanas, sea en todas las circunstancias una necesidad de la lógica interna de una moderna acción de masas del proletariado.

En lo que respecta al ejemplo ruso, ahí la primera huelga de masas exitosa se desarrolló bajo condiciones que no existen hoy en Prusia: una guerra perdida vergonzosamente, la desorganización del ejército, el odio y el desprecio por el gobierno de todas las clases de la población. La huelga de masas fue el golpe final que produjo la caída de un régimen tambaleante. Tampoco este ejemplo nos sirve de algo en la actualidad.

Los otros ejemplos de huelgas de masas surgieron de luchas económicas, no de una lucha por el derecho de sufragio, salvo el caso de la "pequeña Bélgica". No resulta muy claro por qué la camarada Luxemburg enfatiza particularmente la pequeñez de Bélgica. ¿Es que en un territorio más chico resultaría más difícil realizar una huelga que en otro grande; en toda Alemania más fácil que sólo en la zona del Ruhr? Yo pensaría exactamente lo opuesto. Por otra parte hasta hoy Bélgica no posee el derecho de sufragio universal. Así que con este ejemplo tampoco avanzamos mucho.

Por ello la mirada hacia el exterior no nos sirve de nada. Tenemos que desarrollar nosotros mismos la táctica a partir de las condiciones de la situación actual en Prusia.

II.

La moderna ciencia de la guerra diferencia dos tipos de estrategia, la *estrategia del asalto directo* y la *estrategia del desgaste.*[2]

La primera reune sus fuerzas de combate rápidamente, para ir al encuentro del enemigo y asestarle golpes decisivos, en los que lo derrota y lo incapacita para la lucha. En la estrategia de desgaste, por el contrario, su jefe evita todo combate decisivo: busca mantener al ejército enemigo en una constante alerta por medio de maniobras de todo tipo, sin darle oportunidad de estimular a sus tro-

pas a través de triunfos; tiende a desgastarlas progresivamente por medio del hostigamiento y de amenazas constantes, disminuyendo cada vez más su capacidad de resistencia hasta llegar a paralizarlas.

La estrategia usual en la guerra es la de la derrota. En principio tiene más atractivos para todos los combatientes; es más sencilla, clara y estimulante. Un jefe se decidirá por la estrategia de desgaste sólo cuando no tiene perspectivas de llegar a sus objetivos por medio de la estrategia del asalto directo. Pero aun en este caso no siempre lo puede hacer. La estrategia de desgaste presupone no combatientes que se reúnen en torno a las banderas por la perspectiva del triunfo y del botín, sino que en todas las circunstancias, suceda lo que suceda, seguirán identificados con su objetivo en cuerpo y alma. Presupone también que las fuentes vitales del ejército sean inaccesibles para el enemigo. La estrategia de desgaste se termina cuando el adversario logra ocupar los territorios en los que el ejército propio se provee de reclutas, alimentos, armas.

En la lucha de Aníbal contra Roma existían las condiciones para llevar adelante la táctica del asalto directo, pues estaba a la cabeza de un ejército de mercenarios, que únicamente era estimulado por los triunfos, cohesionado por la paga y el botín y que sólo podía perder capacidad guerrera por las penurias y enfermedades causadas por la prolongación de la guerra.

Para los romanos las cosas eran totalmente distintas. Sus soldados eran milicias campesinas, incapaces de hacer frente a los aguerridos mercenarios de Aníbal en una batalla abierta. Cuanto más duraba la guerra tanto más se iban asimilando a las condiciones del enemigo. Al mismo tiempo no había que temer que una táctica dilatoria disminuyera su espíritu guerrero. En ésta se jugaba su existencia, su hogar. A pesar de ello Fabio Cunctator no podría haber llevado a cabo frente a Aníbal su táctica de aparentes vacilaciones si no hubiera estado seguro de que éste no disponía de fuerzas suficientes como para conquistar Roma o al menos para sitiarla.

Una comparación de la estrategia de las clases revolucionarias de los decenios iniciales y de los decenios finales del siglo pasado nos brinda una diferencia semejante. Por la coincidencia de circunstancias favorables, los revolucionarios de Francia del período de 1789 a 1793 pudieron lograr la derrota del régimen dominante en un ataque audaz y a través de algunos golpes decisivos.

Esta estrategia del asalto directo era en ese entonces la única posibilidad planteada a la clase revolucionaria dado el estado absolutista policial que excluía toda alternativa de formación de partidos, todo ejercicio de una influencia legal por parte de la masa popular sobre el gobierno. Una estrategia de desgaste habría fracasado ya que el gobierno siempre tenía la posibilidad de cortar los medios de organización y cohesión de los oponentes que trataran de reunirse en una resistencia constante.

Esta estrategia del asalto directo estaba todavía en pleno florecimiento cuando se fundó nuestro partido. Los éxitos de Garibaldi en el sur de Italia, los combates brillantes aunque finalmente infructuosos de la insurrección polaca, precedieron en forma inmediata a la agitación de Lassalle y la fundación de la Internacional. Poco después les siguió la Comuna de París. Pero justamente ésta mostró con claridad que los días de la táctica de derrota se habían terminado por el momento. Había sido adecuada para condiciones políticas en las que lo dominante era la gran ciudad, con medios de transporte insuficientes que hacían imposible concentrar rápidamente grandes masas de tropas desde el interior del país, y en condiciones de técnica de construcción de calles y de armamentos que brindaban múltiples posibilidades a la lucha callejera.

Pero justamente en ese entonces fueron dados los fundamentos para la nueva estrategia de la clase revolucionaria, que Engels en su introducción al libro de Marx, *Las luchas de clases en Francia* contrapuso tan netamente a la vieja estrategia revolucionaria, y que bien puede ser calificada de estrategia de desgaste. Hasta ahora nos ha dado los más brillantes resultados brindándole al proletariado de año en año una fuerza creciente, empujándolo cada vez más hacia el centro de la política europea.

No debe suponerse sin embargo que la introducción de la nueva estrategia fue el producto de una inteligencia superior. Ya hemos señalado que antes la estrategia de desgaste hubiera sido impracticable para una clase revolucionaria. Previamente fue necesario crear la base adecuada, a través del derecho de sufragio universal, el derecho de coalición, la libertad de prensa, la libertad de asociación.

Tampoco se puede llegar a pensar que la estrategia de desgaste vuelve innecesaria toda batalla, lo cual probablemente nunca fue el caso. La estrategia de desgaste se diferencia de la estrategia del asalto directo solamente en que no va en forma directa hacia el combate decisivo, sino que lo prepara durante largo tiempo y sólo se presenta a darlo cuando sabe suficientemente debilitado a su oponente. Pero éste debería estar extraordinariamente desmoralizado si resulta posible arrancarle las fuentes de sus medios de poder sin una lucha decisiva e importante. La estrategia de desgaste de los

romanos frente a Aníbal no los libró de la necesidad de dar finalmente al jefe de los cartagineses el combate definitorio de Zama. Y la estrategia de desgaste tampoco puede evitar toda batalla que su oponente trate de provocar con anterioridad al momento de la definición final.

Así, —para mantenernos en nuestro problema— tampoco Friedrich Engels opinaba que la estrategia de desgaste del proletariado le bastaría y le ahorraría la gran lucha final por el poder político. Si su "testamento político" fue interpretado de este modo por el revisionismo, es porque se empeñó en violentar su sentido.

También se diferencia la estrategia de desgaste, tal como la formulara Engels en su "testamento", de la táctica del revisionismo, porque aquélla parte del carácter irreconciliable y la agudización constante de la contradicción entre el proletariado y las clases poseedoras, mientras que ésta espera la mitigación de las contradicciones de clase. Para referirnos al tema, la táctica revisionista desespera de la fuerza de su propio ejército, duda llegar hasta el triunfo sin la alianza con otro ejército; cree encontrar un camarada en una de las alas de la fuerza enemiga y trata de llegar con su ayuda hasta un punto en que el enemigo sea obligado a perder sus posiciones, sin ningún tipo de batalla decisiva.

La estrategia de desgaste, según la concepción de Engels, tiene por el contrario la mayor confianza en la fuerza y seguridad del ejército propio, siempre que se lo emplee adecuadamente. Esta estrategia sólo se vuelve posible si existe dicha confianza. Plantea en contraposición la mayor desconfianza hacia *todos* los partidos burgueses. No desconoce sus diferencias y contradicciones y busca sacar provecho de ellos en la medida de lo posible. Pero considera a cada uno de estos partidos como un enemigo, busca debilitarlos, desorganizarlos, socavar su confianza en sí mismo y su prestigio frente a las masas populares, mientras que, simultáneamente, se desarrolla de un modo infatigable el fortalecimiento de nuestra propia organización así como la confianza de las masas, preparando de este modo el derrumbe del enemigo y el triunfo definitivo.

Engels hubiera considerado una tontería o una traición toda política que se propusiera fortalecer nuestro partido y su poder a través de la promoción entre las masas de la confianza hacia un partido burgués haciéndose responsable de ese partido. Las ventajas de esta táctica "admirable" fueron demostradas en Francia, donde tuvo oportunidad de dar pruebas prácticas. La participación en el poder político nos ha brindado el alentador resultado de que el partido socialista proveyera los sinvergüenzas que ahora, como ministros, defienden el robo del dinero público, y que en amplios círculos del proletariado francés el partido socialista sea contemplado como el semillero de esta desfachatez y corrupción.[3]

Está claro que no es sencillo manejar la estrategia de desgaste planteada por Engels. Y sin embargo la socialdemocracia alemana logró hacerlo brillantemente bajo las leyes de excepción de los socialistas, cuando fue capaz de llevar a la práctica esta estrategia tanto en contraposición con las exigencias de los mostianos de aplicar la estrategia del asalto directo, como en oposición a los revisionistas de ese entonces, desde Höchberg y Schrmann hasta Viereck,[4] de ganar las simpatías burguesas mediante la disminución del grado de combatividad de nuestro movimiento.

Pero dicho "testamento" de Engels ofrecía una brecha en la medida en que no decía nada acerca de cuáles eran los medios de lucha a disposición del proletariado en el caso, que él consideraba seguro, de que nuestros oponentes, llevados a la desesperación por la acción incesante de nuestra estrategia de desgaste, intentasen un buen día un golpe de estado para separarnos de nuestra base. La respuesta ya estaba dada en la práctica belga cuando Engels escribió su "testamento", y diez años después ha encontrado la aprobación de la socialdemocracia alemana, cuando una serie de nuevas experiencias prácticas dieron su veredicto. En ciertas circunstancias la huelga de masas puede convertirse en un medio para desplazar la lucha política del proletariado de la estrategia de desgaste a la estrategia del asalto directo, cuando la primera se vuelve insuficiente o imposible. Aquí, el término huelga de masas debe ser tomado en el sentido de huelga coercitiva. Sobre la huelga demostrativa no hace falta discutir tanto. Nuestro partido ya la aceptó sin problemas en 1890, al declarar al cese laboral, como la forma más digna de festejar el 1º de mayo.

Si hoy se pregunta si debemos marchar hacia el desencadenamiento de una huelga de masas, esto no quiere decir otra cosa que plantear el problema de si la continuación de la estrategia de desgaste de nuestro partido se ha vuelto ya imposible, o si en cambio amenaza seriamente su integridad.

Claro está que no se trata de analizar cuáles son las perspectivas de una huelga de masas desencadenada en forma totalmente espontánea y sin nuestra participación por un hecho imprevisto tal como una masacre después de una manifestación callejera. Romperse la cabeza sobre este punto sería inútil pues no sabemos nada

sobre las condiciones de un hecho semejante ni tenemos influencia sobre el mismo. Lo que aquí se cuestiona es si nuestra estrategia de desgaste ya no es la adecuada, si la situación se ha modificado tanto que la estrategia del asalto directo nos ofrece mayores ventajas o, incluso, si la primera se ha vuelto impracticable; si en el caso de mantenerla no conduce necesariamente a la desmoralización de nuestras propias filas; si para mantener a éstas cohesionadas y llenarlas de valor y confianza no se torna imprescindible la introducción de una nueva táctica de lucha, que nosotros, trasladando un concepto militar al mundo de la política, hemos designado como la táctica del asalto directo: una táctica que se propone derrotar a los oponentes del sufragio universal a través de un golpe súbito y brutal.

La primera cuestión que tenemos que analizar es la siguiente: ¿nuestra situación es realmente de características tales que sólo podemos elegir entre la huelga de masas o el desmoronamiento de la acción de masas?

III

Como toda estrategia también la estrategia de desgaste está ligada a ciertas condiciones que son las únicas que la tornan posible y útil. Sería insensato querer implementarla en cualquier circunstancia.

El hecho de que durante decenios nos haya posibilitado los más brillantes éxitos no es un motivo suficiente para aferrarse a ella. Cambios en las circunstancias pueden muy bien exigir el apartarse de la misma.

La estrategia de desgaste en la guerra se vuelve imposible o inadecuada cuando el enemigo amenaza aislarnos de nuestra base o, incluso arrebatárnosla. Entonces derrotarlo antes que lo logre se convierte en una necesidad de supervivencia. La estrategia de desgaste debe ser igualmente abandonada cuando desmoraliza y desanima a las propias tropas, cuando amenaza crear cobardía y deserción, y sólo un golpe audaz puede levantar la moral y cohesionar al ejército.

La intervención de una ofensiva para un golpe de este tipo se vuelve inevitable también cuando nos encontramos en un callejón sin salida, donde sólo podemos elegir entre la derrota del enemigo o una capitulación vergonzosa.

Finalmente, el pasaje a la estrategia del asalto directo se hace

necesario si el enemigo mismo ha quedado en un aprieto, cuando se nos brinda una situación favorable cuyo aprovechamiento rápido y enérgico posibilita asestarle un golpe masivo, quizás mortal.

La traslación de estas consideraciones de lo militar a lo político no requiere largas aclaraciones.

Cuando el congreso partidario de Jena reconoció a la huelga de masas, por lo menos en el sentido de una huelga de presión, como uno de nuestros medios de lucha y de ese modo declaró posible que en algún momento pasemos de la estrategia de desgaste a la estrategia del asalto directo, sólo tomó en consideración el primero de los casos que se acaban de desarrollar: la amenaza a nuestra base por el enemigo, que haga imposible nuestra lucha tal como la llevamos hasta ahora, es decir la supresión de los derechos electorales para el Reichstag o de otras condiciones vitales para las organizaciones y la propaganda proletaria.

La situación actual no es de esta índole.

¿Pero entonces la huelga de masas se hace necesaria porque actualmente sólo podemos mantener a las masas junto a nuestra bandera a través del crecimiento constante y acelerado de nuestros medios de acción? Si así no fuera ¿éstas nos abandonarían y acudirían a otros partidos, o por desaliento y frustración volverían las espaldas a la política en su totalidad puesto que ésta habría sido incapaz de producir nada?

La camarada Luxemburg parece creer esto cuando habla del "dilema" ante el cual se debate el "partido de los tres millones": "o avanzar a cualquier precio o dejar morir a la acción de masas iniciada".

Este dilema sería consecuencia inevitable de la lógica interna de todo movimiento de masas. La camarada Luxemburg dice que "las manifestaciones masivas tienen su propia lógica y su psicología, con las que deben contar, como precepto obligatorio, los políticos que quieran dirigirlas. Las exteriorizaciones de la voluntad de las masas en la lucha política no se pueden mantener artificialmente en una y a la misma altura por tiempo indefinido, y encasillar en una y de la misma forma. Deben crecer, agudizarse, cobrar formas nuevas y más eficientes. La acción de masas iniciada debe desarrollarse. Y si se quiebra en la dirección del partido la decisión de dar a las masas las consignas necesarias, en el momento oportuno, el ímpetu desaparece y la acción, en sí misma, decae".

Es decir que la camarada Luxemburg no deduce la necesidad de la huelga de masas de las condiciones de una situación dada,

sino a partir de consideraciones psicológicas generales, que serían válidas para toda acción de masas, cualquiera sea el lugar y el momento en que ésta se desarrollase; la cual debe agudizarse invariablemente, tomar formas nuevas, más eficaces. Una vez que se ha puesto en marcha una acción de masas, debe avanzar rápidamente, de manifestaciones callejeras a huelgas demostrativas, de huelgas demostrativas a huelgas coercitivas... ¿y después qué? ¿Qué otra "agudización" nos espera entonces?

La concepción que la camarada Luxemburg plantea correspondía muy bien a las condiciones de la revolución rusa, es decir, a condiciones en las que cabía perfectamente la estrategia del asalto directo. Pero está en total contradicción con las experiencias en las que se basa la estrategia de desgaste de nuestro partido. Dicha estrategia se basa justamente en el reconocimiento de que el proletariado es un combatiente obstinado, superior en tenacidad y resistencia a las otras clases; que puede llevar a cabo acciones de masas durante años sin tomar en cuenta la elección de sus medios de acción ni ninguna otra consideración salvo su eventual efectividad y adecuación; que para empujar sus medios extremos y más agudos tiene que tener motivos distintos y más importantes que la necesidad de superar los empleados hasta ese momento.

La camarada Luxemburg se ha referido varias veces al ejemplo austríaco. La lucha por los derechos del sufragio ha durado allí más de una docena de años; ya en 1894 los camaradas austríacos evaluaron la utilización de la huelga de masas, y sin embargo lograron mantener su excelente movimiento de masas en acción hasta 1905 sin ninguna aceleración ni agudización, elementos que, para la camarada Luxemburg, constituyen la "lógica interna" de *todo* movimiento de masas. Los camaradas de Austria nunca sobrepasaron en su lucha por el derecho del sufragio las demostraciones callejeras, y a pesar de ello su ímpetu no desapareció, su acción no sufrió ningún colapso.

Y con toda seguridad los proletarios alemanes pueden compararse en tenacidad con los de Austria.

Si no existiese ninguna otra razón para que adoptemos medios más radicales que las demostraciones callejeras circunstanciales y las huelgas de protesta locales en la lucha por los derechos de sufragio y para que sustituyamos la estrategia de desgaste por la estrategia de asalto directo; si la "lógica interna" de toda acción de masas constituyera el único fundamento para impulsar un avance hacia la huelga de masas, entonces la justificación sería algo pobre.

Si la socialdemocracia desde sus comienzos aceptó la estrategia de desgaste y la desarrolló hasta su perfeccionamiento, ello no solamente sucedió porque los derechos políticos existentes en esa época le daban una base para esto, sino también porque la teoría de Marx de la lucha de clases le brindaba la garantía de que mientras defendiese enérgicamente sus intereses de clase, siempre podría contar con el proletariado con conciencia de clase, a pesar de que entusiasmase o no a las masas a través de éxitos o sensaciones nuevas.

Es cierto que el proletariado ansía con todas las fibras de su corazón la más pronta destrucción del orden social existente, que tan terriblemente lo maltrata. Si aparece ante él la posibilidad de echar por tierra este orden social, nadie podrá impedírselo y si la socialdemocracia lo intentase, el proletariado la haría despectivamente a un lado.

Pero hoy las cosas no son así. En la actualidad sólo existe *un* partido enemigo de la sociedad burguesa: la socialdemocracia. El proletariado no encuentra ningún otro que pueda llevarlo más rápidamente a la victoria, no encuentra ni siquiera otro partido que quiera llevarlo a la victoria. No encuentra partido alguno que, aun dentro del sistema productivo actual, represente sus intereses de clase en contraposición con los intereses burgueses.

Los proletarios pueden ser llevados a un partido burgués por desconocimiento, no por impaciencia revolucionaria.

¿Pero esta impaciencia no puede transformarse en su contrario, en debilitamiento y desaliento, si se la frustra, si la socialdemocracia no satisface sus expectativas? Seguro que esto puede producirse. ¿Pero cuándo se producirá? Cuando nuestro partido despierte expectativas que no pueda cumplir, cuando prometa más de lo que puede realizar.

¿Es este caso el nuestro?

Si la socialdemocracia hubiera prometido a las masas imponer en Prusia en el término de pocos meses y a cualquier precio el derecho de sufragio universal, ciertamente desilusionaría gravemente a las masas si ahora no hiciera todo lo posible para acrecentar rápidamente la acción y estimular a las masas para la utilización de sus últimos y más fuertes medios de lucha. Entonces se encontraría ante el dilema: intentar las cosas más extremas, sucediera lo que sucediese, o sufrir un colapso moral serio que podría paralizar por bastante tiempo su capacidad proselitista.

Pero la socialdemocracia nunca ha prometido algo semejante. Todo lo contrario. Podemos permitirnos señalar que son justamente

los marxistas los que siempre han subrayado que la lucha por los derechos electorales en Prusia sería más difícil que en otras partes, pues aquí no se trataría simplemente de una modificación del sistema electoral que aparejara sólo algunos desplazamientos de mandatos, sino del derribamiento de la dominación de los junkers. Sin el actual sistema de derechos electorales prusiano su dominio pierde la base de sustentación. Lo defenderán con uñas y dientes hasta el límite extremo. La obtención del libre derecho de sufragio significa en Prusia una cosa muy distinta que en Baviera, o en Baden o en Austria. Coincide con la derrota del sistema de los junkers.

Supongo que puedo recordar aquí que ya en los años 1905 y 1906 desarrollé esta concepción, entre otras, en polémica con los camaradas Eisner [5] y Stampfer, quienes en aquella época incitaban a las acciones más enérgicas y me atacaban por desaconsejar una agitación que nos comprometiera con una huelga de masas política que en las condiciones de Alemania sólo tendría sentido en una situación revolucionaria. ¡De qué modo me sermonearon Eisner y Stampfer por adoptar en la cuestión de la lucha por los derechos electorales la posición de un "mercachifle oportunista" y traicionar a la revolución en la cuestión de la huelga de masas!

En esa época defendía la misma concepción que hoy.

Habría sido sumamente irresponsable que nuestro partido prometiera acabar en el término de unos pocos meses con oponentes tan poderosos como los junkers y el gobierno prusiano. Y nunca lo hemos hecho. La socialdemocracia alemana nunca se planteó la consigna de la derrota del régimen actual en el término de pocos meses a través de una acción en rápido incremento. Por lo contrario, su consigna fue: *No descansemos en Prusia hasta haber conquistado el derecho del voto universal, secreto y directo.*

Esto lo hemos prometido y estamos obligados a cumplirlo.

Pero esto sólo significa que es válido continuar con el empleo de los medios de acción que nuestros camaradas ya han aplicado con tanto éxito, especialmente las *manifestaciones callejeras*, no debilitar esta acción y darle, por el contrario, formas cada vez más poderosas. Pero no tenemos la más mínima obligación de ir "adelante a cualquier precio" y "desde ahora contemplar a las manifestaciones callejeras como un medio que pronto será superado por la ola de los acontecimientos", que debe ser sustituido por un medio más poderoso.

El dilema del que habla la camarada Luxemburg sólo se presenta si desarrollamos una propaganda para la huelga de masas, si declaramos que las demostraciones callejeras no nos bastan, y que es

necesario un acrecentamiento constante de los medios de la acción de masas.

Si desplegamos una propaganda de esa índole, si despertamos en las masas la esperanza de que ahora la cosa es marchar y marchar hacia adelante, en medio de vítores, hacia la derrota del enemigo, por medio de los medios más extremos que posee el proletariado, entonces ciertamente dentro de poco estaremos ante el dilema de defraudar a las masas o pegar un salto gigantesco para tomar al régimen de los junkers por el cuello para vencerlo o ser vencidos por él.

Hoy este dilema todavía no existe. Hoy todavía somos libres de elegir nuestros medios de acción.

IV

El miedo a que las masas nos abandonen no es entonces un motivo para plantearnos la necesidad de empuñar medios más agudos que significarían un pasaje a la táctica de derrota.

Es totalmente cierto que en toda lucha las contradicciones se agudizan. A ello se agrega el acrecentamiento de las contradicciones de clase por el desarrollo económico, el acrecentamiento de los medios por el crecimiento de las organizaciones o los progresos de la técnica. Pero aquí no se trata de esta "lógica interna" progresiva, espontánea de la intensificación y agudización de las acciones de masas sino de la intervención de nuevos medios de poder, de medios más fuertes, que deben ser generados por una "consigna", por una agitación planificada del partido.

Para esto no existe ningún fundamento en el miedo a la desilusión de las masas. El dilema del que habla la camarada Luxemburg no existe para nosotros mientras no seamos nosotros mismos los que los produzcamos a través de nuestra agitación. Para nosotros, aparte de la razón dada en la resolución de Jena, sólo podría existir *una* única causa más para abandonar la estrategia de desgaste y pasar a la estrategia de derrota, a través de la veloz agudización y acrecentamiento de los medios de lucha de la acción de masas: que nuestros oponentes se vieran en un aprieto del que debiéramos sacar provecho lo más rápidamente posible, y cuya forma más eficaz de aprovechamiento se diera a través de una huelga de masas.

¿La situación actual es de este tipo? Tal es la pregunta decisiva.

De su respuesta, y no de la lógica interna de las manifestaciones de masas, depende el que la propagación de la huelga de masas pueda o no ser adecuada en un cierto momento.

Ante una primera mirada podría parecer que la situación actual es el producto de las demostraciones callejeras. Se podría afirmar entonces que gracias a que la socialdemocracia empuñó medios más enérgicos, logró entusiasmar a las masas y poner al gobierno en aprietos. Pero este entusiasmo se disipará rápidamente y el gobierno volverá a ganar en prestigio, fuerza y sensatez si no avanzamos en el camino iniciado, cual es el de agudizar constantemente nuestros medios de lucha entusiasmando con ello cada vez más a las masas y llevando al gobierno progresivamente a una situación de mayor acorralamiento hasta que se derrumbe frente al avasallador ataque de las masas.

Si esta fuera la situación, entonces todo aquel que no trabajase con todas sus fuerzas para impulsar al proletariado a métodos de lucha más agudos cometería una gran falta contra el mismo.

Pero a mí la situación me parece distinta.

Es totalmente cierto que las demostraciones callejeras han despertado gran entusiasmo. Es cierto que el gobierno ha sido puesto en aprietos. Pero si fuera posible directamente despertar de esta manera el entusiasmo y debilitar la imagen y la fuerza del gobierno ¿por qué no hemos adoptado hace tiempo este medio tan simple?

¡Al contrario! En las condiciones de Prusia, el éxito de las demostraciones callejeras y su gran efecto moral sólo fueron posibles después que la socialdemocracia se convirtiera en un partido de grandes masas y que éstas hubieran llegado a un estado de gran agitación. Sólo el que hubieran nacido de la más profunda conmoción de las masas hizo posible que las demostraciones callejeras adquirieran envergadura tan formidable y produjeran un efecto tan intenso, que desencadenaran entusiasmo y estímulo en las masas y desorientación y aturdimiento en el gobierno y sus partidos.

Muy profundas son las causas que originan este imponente resentimiento de las masas; son causas que actúan desde hace años y que aún existirán durante muchos años más. Yo ya las he señalado en mi *Der Weg Macht* [El camino del poder] y sólo necesito aquí recapitularlas brevemente.

Ante todo tenemos la más poderosa causa del descontento generalizado: *el encarecimiento de los alimentos.* Cuando en *El camino del poder* señalé este encarecimiento como una de las razones que agudizan las contradicciones entre las clases y aumentan el estado

de ánimo revolucionario de las masas, el *Korrespondenzblatt der Gewenkschaften* consideró necesario denunciarme por ello como enemigo de los sindicatos. Estaba muy disgustado porque de acuerdo con los intereses aparentes de los sindicatos yo no metía la cabeza bajo tierra y descubría, en cambio, hechos muy incómodos para la teoría del crecimiento pacífico hacia el socialismo. Hoy está claro para cualquiera que una política de avestruz de ese tipo sería un verdadero "trabajo de Sísifo". Ninguna persona con sentido común duda ya que desde hace algún tiempo el encarecimiento supera a todos los aumentos de salarios. Pero ninguna persona con sentido común extraerá de este hecho una conclusión adversa a la existencia de los sindicatos. El encarecimiento incita a las masas no en contra de los sindicatos, sino en contra del estado y del orden social existentes.

Los efectos del encarecimiento se ven incrementados además por la carrera armamentista, que precisamente en el último período adquirió dimensiones aún más alarmantes, al agregarse al equipamiento del ejército el equipamiento de la marina que crece a una velocidad muy superior a la de aquél. En la marina el desarrollo del nivel técnico desempeña un papel más importante que el número de los efectivos, y este nivel puede incrementarse rápidamente si se dispone del dinero necesario.

Y aquí está la causa del crecimiento de la presión impositiva, que agudiza las contradicciones de clase a la vez que genera también una situación internacional cada vez más amenazadora dada la imposibilidad de las clases dominantes de ponerse de acuerdo en un desarme. Y excepto este último hay una sola vía de escape para evitar la presión impositiva cada vez más insoportable: una guerra.

Esta situación es internacional, lleva en todas partes a una irritación creciente de las masas, pero simultáneamente también a crecientes contradicciones entre las clases dominantes, no sólo a un nerviosismo internacional en aumento sino también a un enfrentamiento de la masa del mundo burgués (pequeñoburgueses, intelectuales, comerciantes y capitalistas menores) con la propiedad terrateniente, las grandes finanzas y los grandes industriales monopolistas, que aprovechan todas las ventajas de esta intolerable situación buscando descargar sobre los demás todas sus dificultades. En Prusia esta situación general se ve agudizada aun más porque el sector de los junkers del este del Elba domina el estado. Con ello son aún mayores los beneficios obtenidos a costa de las demás

clases, la carga que cae sobre éstas se hace más imponente, y las condiciones generales todavía más intolerables.

No existe quizás ninguna clase en Europa que tenga tanto que agradecer a la fuerza bruta como los junkers de Prusia. Y sin embargo entre las clases dominantes de Europa posiblemente no hay ninguna más carente de educación que ella. Geográficamente apartada del comercio mundial nunca fue puesta ante la necesidad de afirmarse a través del desarrollo de un conocimiento superior.

Así los junkers no tienen idea de que su fuerza brutal sólo logró un verdadero efecto allí donde actuaba en la misma dirección que el desarrollo económico, es decir, en el sentido de la unificación nacional de Alemania. Sus éxitos han desarrollado en ellos el culto de la fuerza bruta por la fuerza misma, y esta faceta la sacan a relucir tanto más terca y desconsideradamente, cuanto más amenazada sienten su posición de privilegio. Cuanto más aguda se hace la contradicción entre esta posición y las necesidades del desarrollo histórico, se vuelven tanto más estúpidos, descarados y brutales.

Esto se manifiesta naturalmente en primera instancia y en su forma más intensa frente al proletariado y su partido de clase. Pero es evidente que las masas y los partidos burgueses también están expuestos en forma creciente a esta brutalidad y falta de consideración, en el modo y la forma en que el sector de los junkers encarece artificialmente los productos alimenticios y las materias primas, se desentiende de los impuestos, exige todos los mejores puestos de la burocracia y el ejército, y utiliza al gobierno, los tribunales, la policía como herramientas propias para la eliminación de toda oposición molesta.

A la postre el régimen de los junkers también se vuelve molesto para sectores decididamente explotadores y enemigos del proletariado; llega incluso a resultarles temible y peligroso cuando empiezan a percibir que la clase trabajadora se ha convertido en una fuerza demasiado poderosa para poder seguir manteniéndola sometida por medios de coerción brutales, percepción que ya se ha extendido por la totalidad del mundo capitalista, con la excepción de Rusia, Prusia y Japón. Los gobiernos y los explotadores de todas partes odian de la misma manera al proletariado combatiente, pero sin embargo en los estados avanzados han reconocido que la posibilidad de frenar de algún modo su progreso reside solamente en la utilización de medios más sutiles que los que sabe poner en práctica el estado policial. Que aquello puede lograrse en forma mucho más neta a través del acercamiento aparente, para dividir las filas del

proletariado, corrompiendo una parte de sus elementos más enérgicos y debilitando otros, tal como temporalmente fuera logrado en Inglaterra, Estados Unidos y Francia.

Los defensores más inteligentes de la explotación capitalista en Prusia y fuera de Prusia, en el resto de Alemania, ven con espanto cómo las brutalidades sin sentido de los junkers y sus gobiernos cierran continuamente las filas de las clases trabajadoras, irritándose cada vez más, dando formas cada vez más revolucionarias a sus sentimientos y razonamientos. Así no sólo las masas trabajadoras se vuelven cada vez más en contra del régimen de los junkers, sino también amplias capas del mundo burgués; a partir de las causas más diversas, incluso a veces bastante contradictorias, pero todos progresivamente más unidos en el convencimiento de que este régimen lleva a Alemania hacia un abismo.

El resentimiento es más fuerte y unificado en las capas inferiores, que son las que más tienen que sufrir con el encarecimiento, la presión impositiva y el maltrato burocrático, lo cual las orienta en forma natural hacia la socialdemocracia, les hace ver en ella su salvaguardia y la defensora de sus intereses. Estas son las razones que dan a nuestras manifestaciones callejeras tanta fuerza y trascendencia y son también las que van engrosando las filas de nuestros electores, como lo muestra cada elección complementaria para el Reichstag, amenazando hacer de las elecciones generales del año que viene un temible día de enjuiciamiento del gobierno de los junkers prusianos y sus aliados totales o parciales. Especialistas en estadística electoral, opuestos a nosotros, cuentan ya con la posibilidad de que en las próximas elecciones conquistemos 125 mandatos.

Hasta entonces ha de pasar todavía un año y medio, y el pueblo olvida rápidamente. ¿No deberíamos temer que en el ínterin su encono desaparezca? ¿Que el gobierno por medio de una hábil maniobra encuentre una consigna electoral que sea popular, reconstituyendo su prestigio y eliminando de su imagen todo el odio, el desprecio, que en el último tiempo se ha acumulado tan abundantemente sobre ella? Es bien sabido que el entusiasmo no constituye un producto que se pueda conservar en salmuera; si queremos sacar un beneficio del mismo, ello debe hacerse inmediatamente. Y dado que hoy no se nos presenta el campo de lucha de las elecciones para el Reichstag debemos crear otro escenario y este no puede ser otra cosa que el de las huelgas de masas.

Así debe razonar más de uno, y esta argumentación tendría también cierto sentido si tuviéramos que esperar que las causas que

producen la actual agitación de las masas no accionaran en el momento de las próximas elecciones para el Reichstag. Pero no existe ningún elemento que abone esta suposición.

El encarecimiento y la presión de los impuestos, pero también la brutalidad de los junkers, se basan en condiciones que no son tan fáciles de modificar; actuarán en 1911 con la misma intensidad que en 1910 y en todo caso de un modo aun más intenso pues la carrera armamentista continúa. Evidentemente el gobierno hará lo imposible por diferir hasta el período *posterior* a las próximas elecciones toda nueva exigencia —lo cual constituye para el gobierno una razón más para acelerarlas—, pero no podrá hacer lo que quiere. En Inglaterra los conservadores llevan la delantera. Ya han obligado al gabinete liberal a reforzar los armamentos de la marina. Si, como es de esperar, llegan a tomar las riendas durante este año, la carrera armamentista continuará a una velocidad aún mayor.

Pero el encarecimiento no disminuirá. Quien quiera saber qué es lo que nos espera en este área hará bien en seguir las condiciones norteamericanas, que son decisivas para el mercado internacional de alimentos, y éstas nos permiten predecir que el aumento de los precios seguirá.

Se podrá objetar que la desocupación no ha sido una contribución menor al resentimiento de las masas y que la misma habrá disminuido considerablemente dentro de un año, al haberse superado la crisis. Esto es cierto en la medida en que el próximo promete ser un año de desarrollo económico *más favorable;* pero es dudoso que llegue a ser un año de desarrollo *brillante*. Y más aún que en el último período de prosperidad, las organizaciones empresarias se encargarán de llevarse la parte del león, y a los trabajadores sólo les tocará poco más que el aumento de precios, puesto que la prosperidad significa un aumento del precio de las mercaderías.

Por otro lado, no se puede suponer que en épocas de prosperidad los trabajadores estén tan satisfechos que no pueda surgir en ellos el resentimiento por la falta de derechos y los malos tratos. También se podría decir, en forma inversa, que en épocas de crisis los trabajadores serán miedosos e incapaces de luchar, especialmente en una huelga, y por lo tanto menos todavía en una huelga de masas política, pues cada uno de ellos estaría bien contento con encontrar o mantener su trabajo.

Cada una de estas ideas, tomadas en forma absoluta, es tan falsa como su opuesta. Cada una de ellas tiene fundamentos suficientes como para que toda acción del proletariado encuentre obstáculos

que la limiten tanto en épocas de crisis como en épocas de prosperidad. Las primeras, deprimiendo su capacidad de luchar, las segundas, llevando su impulso revolucionario a niveles menores que en otras circunstancias. Para la elección de sus medios de lucha, un político proletario evidentemente tendrá que tener en cuenta estos elementos. En la época de crisis, las grandes demostraciones callejeras serán más fáciles de realizar que las huelgas masivas. En épocas de prosperidad, el trabajador podría entusiasmarse más fácilmente por una huelga de masas que durante la crisis.

Pero nosotros no tenemos que contar solamente con prosperidad y crisis, sino también con los cambios entre prosperidad y crisis, y tales períodos de pasaje parecen ser aquellos en los que el trabajador tiene el mayor deseo de actuar. Esto parece darse en los primeros períodos de prosperidad, cuando aún están vivos los recuerdos de las privaciones, la torturante inseguridad, la degradación de las crisis; pero también están presentes la sensación de fuerza y las ansias de luchar que nacen de la prosperidad.

Es así como el estado de ánimo revolucionario del proletariado alemán a fines de los años ochenta, que trajo consigo el derrumbe de las leyes contra los socialistas y el auge brillante de las elecciones para el Reichstag de 1890, estaba también condicionado por la prosperidad que comenzó en 1888 después de una prolongada crisis.

Quien se acuerde de esa época encontrará más de una semejanza con la situación actual: también entonces había un régimen que se acercaba a su fin, que encontraba una resistencia cada vez mayor por parte de las clases trabajadoras, que despertaba cada vez menos entusiasmo y confianza en la burguesía, que tenía que luchar con dificultades crecientes en las relaciones internacionales y al que ya nada le salía bien, ni en lo interior ni en lo exterior, hasta que la derrota en las elecciones de 1890 lo llevó al colapso.

Pero en los decenios que han pasado desde entonces el mundo no se ha detenido, hoy la situación es mucho más amenazadora para las clases dominantes y está mucho más llena de esperanzas para nosotros.

El hombre de estado [6] que dirigía Prusia en aquella época todavía era un genio, sostenido por el brillante prestigio de tres guerras exitosas, en las que había derrotado a sus oponentes y cumplido el deseo de unificación del pueblo alemán en una forma que satisfacía por lo menos a la burguesía alemana, elevando el imperio alemán al rango de primera potencia de Europa. Hoy, el canciller del imperio carece de toda consideración de amigos y enemigos, está preso

del partido más estúpido y reaccionario de Alemania, es el hazmereír de todo el mundo.

En aquella época, de las dificultades internacionales algunas eran insignificantes —con España, con Suiza—, pero también había otras que parecían amenazar a la nación misma: el enfrentamiento con Francia y Rusia; frente a estos países el gobierno podía contar con el apoyo de toda la nación si la situación lo exigía. En el presente, el peligro de una guerra con Inglaterra no compromete a la nación como tal, puesto que no se pelearía por cuestiones vitales para la nación sino por problemas del dominio colonial, vitales solamente para algunas camarillas de explotadores. De todos modos, como una guerra de este tipo produce víctimas —y cuesta sacrificios terribles—, la masa del pueblo se alejará fácilmente del gobierno que lleva la guerra adelante y frente a la falta de éxitos se volverá contra el mismo. Y aun cuando no se llegue a la guerra, sus preparativos producen cualquier cosa menos entusiasmo; por el contrario encuentran crecientes resistencias. Salvo la socialdemocracia, en los años ochenta nadie hubiera exigido el desarme frente a Francia y Rusia. Hoy los deseos de desarme frente a Inglaterra sobrepasan ampliamente los círculos de nuestro partido.

Pero incluso este último ¡cuánto ha crecido en el ínterin! De 1887 a 1907 ha cuadruplicado el número de votos. Si en las próximas elecciones logra pegar otro salto como en 1890 —y la situación es muy promisoria—, o sea *duplicar* su cantidad de sufragios, *podría llegar a alcanzar la mayoría absoluta de los votos emitidos*. Es obvio que no tenemos una imaginación tan alocada como para contar con un salto de esta envergadura. Pero todo el mundo concuerda en que daremos un gran salto adelante que hará de la cuestión de obtener la mayoría absoluta de los votos emitidos un problema de pocos años.

Si esto resulta así en la próxima elección para el Reichstag, ello significa algo más que un triunfo electoral común. En las condiciones actuales, dado la extraordinaria agitación de las masas populares y la tensa situación interna, un triunfo de ese tipo no representa nada menos que una catástrofe de todo el sistema gubernamental imperante.

No me cabe ninguna duda que las próximas elecciones conmocionarán este sistema en sus fundamentos.

Las elecciones inculcarán por la fuerza la dialéctica a los elementos dominantes, hasta que comprendan que no pueden seguir gobernando como hasta ahora. Se tendrán que decidir a poner en acción

métodos occidentales para defenderse de la creciente marea socialista, a tratar de ganar grandes capas del pueblo trabajador por medio de concesiones. En vista del alto grado de resentimiento y de la inmensa agudización de las contradicciones, tales concesiones deberán ser muy importantes, si es que se quiere que ejerzan un efecto apaciguador: sólo el otorgamiento del derecho de sufragio en Prusia para las elecciones del Reichstag podrá suavizar el resentimiento del pueblo.

Otra posibilidad más probable, es la de que nuestro triunfo provoque el efecto opuesto de estimular a las clases dominantes a destruir con brutales golpes de violencia el movimiento que no puede vencer dentro de la legalidad vigente.

Finalmente, queda una tercera posibilidad, y ésta es realmente la más probable de las tres: que el régimen dominante pierda la cabeza, oscile indeciso entre brutalidades y concesiones sin proseguir consecuentemente ninguna de las dos direcciones, de modo que sus brutalidades produzcan el resentimiento y sus concesiones una imagen de debilidad, alimentando ambas la llama que pretenden asfixiar.

Sea como fuere que se estructuren las condiciones, las elecciones del Reichstag van a crear una situación generadora de una base nueva y más amplia para nuestras luchas; una situación que, si se produce alguna de las dos últimas alternativas, por su lógica interna se agudizará constantemente hasta llegar a grandes batallas decisivas, pero que debido a la mayor amplitud de nuestra base estaremos en condiciones de enfrentar de un modo totalmente distinto al actual.

La clave para esta imponente situación histórica, que estaría dada por un triunfo aplastante en las próximas elecciones para el Reichstag, ya la tenemos ahora en nuestro bolsillo ante la constelación de hechos que se están produciendo; sólo hay algo que podría hacer que la perdamos y que desbaratemos esta brillante situación: *una torpeza de nuestra parte*. El dejarnos confundir por la impaciencia de recoger los frutos antes que hayan madurado podría jugar este papel al querer provocar demasiado temprano una prueba de fuerza en un terreno en el que de ningún modo está asegurado nuestro triunfo.

Es totalmente cierto que en toda lucha hay que arriesgar muchas cosas. El general que sólo quisiera dar el combate cuando su derrota está descartada de antemano, seguramente, casi nunca festejará grandes triunfos.

Pero si por lo favorable de las condiciones y su hábil utilización se ha llegado a entrever la certeza de un triunfo de envergadura, si este triunfo no puede ser puesto en peligro por nada, salvo el pasaje a una estrategia distinta que provoque un combate en un terreno impredecible e inseguro, entonces es de gran insensatez desencadenar una lucha de este tipo antes del momento del triunfo asegurado, poniendo con ello en peligro a este último. Ningún jefe de ejército trasladará la batalla a otro campo de combate de aquél en el que está seguro de su triunfo y al que su adversario debe presentarse; a un campo distinto en el que el resultado es dudoso.

El articulista de la *Bremer Bürgerzeitung* ya mencionado pregunta a Mehring "si una derrota semejante (de la huelga de masas) no *aumentaría* las probabilidades de nuestra lucha electoral venidera". Pero yo no creo que una concepción tan sorprendente pueda encontrar muchos adeptos.

Es correcto que toda lucha despierta tanta irritación y resentimiento que por ello puede ayudar a nuestra agitación aunque aquélla termine en una derrota. Pero eso sucede *a pesar de* y no *por* la derrota, y únicamente si la derrota material es un triunfo moral, si la lucha ha sido llevada tan brillantemente por nosotros que incluso obligamos a nuestro adversario a respetarnos, aunque la derrota haya sido inevitable.

Es así que de las luchas sindicales de este año también esperamos un aumento del resentimiento y un fortalecimiento de la lucha por el derecho del voto, aun en el caso que en lo material no sean tan exitosas como lo deseamos: también esta es una de las razones por la que el actual período de agitación no se nos presenta tan de corta duración como lo visualiza la camarada Luxemburg y sus amigos. Pero este fortalecimiento de la lucha por el derecho de sufragio y la lucha electoral, debido a los combates precedentes también se transformaría en su opuesto si sufriéramos derrotas de las que *nosotros fuésemos responsables*, derrotas producidas por haber embarcado innecesariamente al proletariado en luchas importantes de resultados muy dudosos, sin preocuparnos si está en condiciones de llevarlas a cabo o no.

Pero la derrota más grave sería —y también esta posibilidad debe ser tenida en cuenta— que llamásemos al proletariado a la huelga de masas política y éste no siguiera nuestra consigna en forma avasalladora.

Asfixiaríamos todos los gérmenes tan prometedores que encierra la próxima elección para el Reichstag si antes de la misma provocásemos sin necesidad luchas que nos produjeran derrotas graves. El gobierno y sus partidos no podrían desear nada mejor. Provocaríamos justo aquello que necesitan para salir de su aprieto.

Nosotros no tenemos que intensificar nuestra agitación actual en dirección a la huelga de masas, sino que debemos hacerla ya con vistas a la próxima elección para el Reichstag.

Ya una vez ante la injusticia del derecho electoral para las elecciones para la dieta estadual nuestros camaradas buscaron la revancha en las elecciones para el Reichstag, y el resultado fue brillante: ocurrió en Sajonia en 1903, donde nuestro partido conquistó en ese entonces 22 de los 23 mandatos del estado. Ahora se trata de tomarse la misma revancha con un efecto moral para Prusia probablemente mayor.

Mantengamos el movimiento en su cauce, no nos debilitemos en demostraciones, aprovechemos cada oportunidad para socavar la autoridad de la clase dominante, para demostrar su carácter dañino y de enemigo del pueblo pero también mostremos a las masas que en la lucha por el sufragio se juega algo más que algunas modificaciones de la ley electoral; que se trata del derrocamiento del régimen de los junkers, de la derrota de todos los elementos que extraen sus ganancias de los precios elevados y de los nuevos impuestos; que una lucha de estas características es larga y dura, que no debe terminar con la promulgación del proyecto sobre el derecho del voto; que según lo previsto las próximas elecciones para el Reichstag son la ocasión más inmediata para dar un golpe contundente a los peores enemigos del pueblo, y que se trata de reunir y aplicar todas las fuerzas a ello.

Sigamos adelante en la estrategia de desgaste empleada hasta ahora, mantengamos nuestras manos libres en la elección de nuestros medios de lucha y cuidémonos de una agitación cuya lógica interna sería la de colocarnos en un dilema que nos obligue a poner en juego en un lugar y en un momento inadecuado nuestros medios de lucha últimos y más agudos, y tener así que derrocharlos.

Justamente porque estamos convencidos que nos aproximamos a luchas importantes y difíciles, que estamos cerca del punto en el que la estrategia de desgaste tiene que transformarse en la estrategia del asalto directo, justamente por ello es más necesario que nunca no dejarnos llevar por la impaciencia a acciones prematuras malgastando nuestros últimos cartuchos en escaramuzas iniciales.

Una agitación que tenga como meta despertar en las masas trabajadoras la espectativa de que puede contar en las próximas semanas

con que tomemos crecientes medidas de fuerza y que trataremos de quebrar la resistencia del gobierno por medio de las huelgas de masas. Una agitación que lleve a colocarnos en una encrucijada incontrolada por nosotros y a la que estamos sometidos, que esté orientada a conducirnos ante la alternativa de tener que golpear a cualquier costo, cualesquiera sean las condiciones so pena de convertirnos en el hazmereir de todo el mundo: nunca como hoy sería tan peligrosa una agitación de este tipo, precisamente cuando sin ella nos encaminamos hacia un triunfo seguro, que promete abrirnos el camino hacia la gran batalla final.

Si la camarada Luxemburg quiere desencadenar con sus sugestiones una agitación de este tipo, entonces no podríamos seguirla.

Otra cosa sería si solamente pretendiera poner al alcance de las masas la reflexión sobre la *idea* de la huelga de masas para que se familiaricen con ella. Habría elegido para ello una forma muy poco afortunada, una forma confusa, lo cual sin embargo no debe impedirnos estar de acuerdo con ella en esa intención.

Desde la existencia del Imperio Alemán las contradicciones sociales, políticas, internacionales, nunca estuvieron tan tensas como ahora. Justamente porque las próximas elecciones para el Reichstag hacen inevitable una grave derrota para el sistema dominante, tenemos que contar con la posibilidad de que sus hombres más arrebatados desencadenen antes grandes luchas en las que esperen obtener mejores resultados. Para esto tienen muchos más motivos que nosotros. Por nuestro lado no tenemos ninguna razón para provocar tales combates. Pero esto no significa que tengamos que aceptar tranquilamente todo lo que nuestros adversarios se permitan y que debamos enfrentarlos indefensos. Nada más fácil que pensar en sorpresas, que aún antes de las próximas elecciones para el Reichstag conduzcan a grandes descargas y catástrofes en las que el proletariado se vea impelido a la utilización de todas sus fuerzas y medios de lucha. Una huelga de masas en *esas* condiciones bien podría estar en condiciones de barrer con el régimen existente.

Tan equivocado como me resulta desplegar una agitación que nos coloque ante la disyuntiva de una huelga de masas en cualquier circunstancia o de una bancarrota moral, tan necesario como me resulta mantener seca nuestra pólvora para la próxima gran batalla y tan verosímil como me parece que ésta ha de librarse en las próximas elecciones para el Reichstag, igualmente equivocado me parecería no contar con la posibilidad de sorpresas, y peor aún, plantear

que la huelga de masas carece de toda perspectiva en casos de este tipo.

En la situación actual tenemos todos los triunfos en la mano, si somos capaces de combinar audacia, tenacidad perseverante y serena inteligencia.

(Traducción del alemán de Carlos Bertoldo.)

Rosa Luxemburg

¿Desgaste o lucha? *

I

Debido al trabajo de agitación oral al que tuve que dedicarme, respondo con bastante retraso al camarada Kaustky. Pero si mi artículo acerca de la huelga de masas y mi trabajo agitativo de abril [1] no hubiesen conseguido nada más que abrir el partido a una discusión profunda sobre los problemas de táctica, y lograr también que la prohibición de la discusión sobre la huelga de masas se rompa en nuestro órgano teórico *Neue Zeit*, yo podría darme ampliamente por satisfecha. Pues se trataba en primer término de oponerme al incomprensible intento de suprimir la discusión pública en la prensa partidaria de problemas que conmueven en lo más profundo el interés de los más vastos sectores partidarios. En este sentido debe quedar claro que con el fundamento de que la discusión sobre la huelga de masas era indeseable en la prensa partidaria, mi artículo sobre el tema no sólo había sido rechazado por nuestro órgano central *Vorwärts*, sino también por la redacción de *Neue Zeit*, quien primero lo había aceptado y compuesto para su impresión para luego devolvérmelo.

Lo equivocado de dicho intento sólo puede apreciarse si se toma en consideración que no se trata de una discusión desencadenada arbitrariamente, de la ocurrencia de una persona aislada, tal como la presenta el camarada Kautsky al iniciar su trabajo con la frase: "La camarada Luxemburg ha puesto en discusión el tema de la huelga de masas en su artículo publicado en nuestro órgano partidario de Dortmund." Antes que yo hubiese aparecido en primera línea con mi artículo, el problema de la huelga de masas estaba

* Ermattung oder Kampf?, en *Die Neue Zeit*, año XXVIII, vol. 2, 1910.

a la orden del día en una serie de centros y publicaciones partidarias de importancia.

Los camaradas de Halle, de la zona de agitación de Hessen-Nassau, habían planteado formalmente a la dirección del partido la necesidad de poner en discusión la huelga general. Los camaradas de Königsberg, Essen, Breslau, Bremen, habían decidido organizar conferencias y debates sobre la huelga de masas. En Kiel y Francfort del Meno se habían efectuado con buen éxito huelgas de masas demostrativas de medio día de duración. El camarada Pokorny de la liga minera, había mostrado la perspectiva de la huelga de masas en una asamblea pública en Essen y expresado la esperanza de que los mineros tuvieran el papel de vanguardia en las grandes luchas políticas que se avecinaban; inclusive nuestros representantes en la cámara de representantes de Prusia habían amenazado con la huelga de masas.

El hecho de que mi artículo haya sido reproducido por casi toda la prensa partidaria de Prusia y aun por algunas publicaciones de fuera de Prusia, muestra hasta qué punto la discusión de la huelga de masas se correspondía con el estado de ánimo y las necesidades de conjunto de los camaradas del partido. Más aún, se agrega a ello que en Kiel, en Bremen, en Francfort del Meno, en la zona industrial de Renania-Westfalia y el 1º de mayo en Colonia, en las dieciséis grandes asambleas que celebré en abril en Silesia, la consigna de la huelga de masas desencadenó una entusiasta aceptación en todas partes sin excepción. En la actualidad, como lo pude comprobar, sólo hay otra consigna que produce en las masas partidarias de Alemania una aceptación tan fervorosa: es la sólida reafirmación de nuestra posición republicana, una consigna que lamentablemente tampoco puede aparecer públicamente ni en *Vorwärts* ni en *Die Neue Zeit*. Pero también en este caso una parte de nuestra prensa provincial, desde el *Dortmunder Arbeiterzeitung* hasta el *Breslauer Volkswacht*, cumplen con su deber.

Nunca como hasta ahora existió un ánimo de lucha tan fuerte en las más amplias masas del partido, una voluntad tan decidida de llevar hasta el triunfo la lucha ya iniciada por el derecho del sufragio, a través de la presión de las masas en la calle si fuera necesario, y un tenso interés por la idea de la huelga de masas. Sólo una publicación partidaria no ha sido afectada hasta el presente por esa disposición que reina en el país: nuestro órgano central, el *Vorwärts*, que hasta el día de hoy no ha tomado nota ni con una palabra del debate sobre la huelga de masas que se desarrolla en

toda la prensa partidaria. Hay por lo tanto una masa de afiliados que ignora por completo ese debate: los camaradas de Berlín, que a través de *Vorwärts* deberían ser informados sobre el estado de ánimo y la vida espiritual del partido en el país. El órgano central pone tanto entusiasmo en el estricto cumplimiento de las directivas impartidas que borra toda mención sobre la huelga de masas de las crónicas sobre las asambleas que se realizan en Berlín. Incluso, significativamente, del despacho que publicó *Vorwärts* sobre el acto de masas de Francfort del 17 de abril que apareció sin "correcciones" en otras publicaciones partidarias, se borró cuidadosamente la frase: "La oradora suscitó una tumultuosa adhesión de los reunidos con su propagandización de la huelga de masas." Seguramente el camarada Kautsky también recogió del *Vorwärts* su información sobre los puntos de vista de los círculos del partido, dado que bajo las actuales circunstancias considera posible impedir la discusión abierta sobre la huelga de masas.

No es la primera vez por cierto que se trata de impedir la consideración pública de este problema, y creo que lo infructuoso de cada uno de esos intentos debería haber demostrado lo inútil de la empresa. El congreso de los sindicatos de Colonia ya en 1905 había prohibido la "propagandización de la huelga de masas" en Alemania. La conferencia preparatoria de los camaradas alemanes del partido realizada en Austria en 1904, previa al congreso partidario de Salzburgo [2], había decidido igualmente que la consigna de la huelga de masas no debería ser analizada ni mencionada en ese congreso. Pero ambas decisiones fracasaron simplemente porque la socialdemocracia no es una secta constituida por un puñado de alumnos obedientes, sino un movimiento de masas en el que las cuestiones que lo agitan interiormente se hacen públicas, aunque haya quienes las quieren silenciar.

Lo que en algunos casos debe preocuparnos no es el intento en sí de impedir la discusión del problema —a mi entender prohibiciones de esa índole deben ser enfrentadas, no con desencanto, sino con apacible serenidad de ánimo—, sino la concepción general de la huelga de masas que está en la base de ese intento. Pues si uno escucha los argumentos con los que se fundamenta lo perjudicial que sería en este momento la discusión pública de la huelga de masas, podría creerse que han desaparecido sin dejar rastros las enseñanzas de la revolución rusa. Todo el rico tesoro de las experiencias de ese período, fundamentales para la valoración de la huelga de masas y de la táctica de lucha proletaria, parecen haber

sido olvidadas. Es como si todavía nos encontráramos en los hermosos tiempos de los debates con Domela Nieuwenhuis y Cornelissen [3]. "Si esto [la discusión de la huelga de masas —dice el camarada Kautsky—] se hace públicamente, significaría comunicarle al adversario los puntos débiles de nuestra posición. Toda la discusión sería tan conveniente como realizar un consejo de guerra acerca de la oportunidad de dar una batalla el enemigo, tan cerca de él, que éste pudiera escucharnos."

Según esto la huelga de masas sería entonces un golpe planeado cuidadosamente, elaborado en secreto por el "consejo de guerra" de la socialdemocracia —es decir por la dirección del partido y la comisión general de los sindicatos— en un cuarto cerrado, y con el cual se pretendería sorprender al enemigo, en este caso la sociedad burguesa. Ya en 1906 dirigí contra esta concepción mi folleto sobre la huelga de masas escrito por encargo de los camaradas de Hamburgo, y aquí sólo puedo repetirlo:

"Hoy día están en el mismo terreno de una concepción abstracta, ahistórica, tanto los que próximamente quieren desencadenar en Alemania la huelga de masas a través de una decisión de la dirección tomada para un día preciso del calendario, como también aquellos, que al igual que los participantes del congreso sindical de Colonia, desean eliminar de la superficie de la tierra el problema de la huelga de masas a través de la prohibición de su propagandización. Las dos orientaciones parten de la idea común, puramente anarquista, que la huelga de masas es simplemente un medio de lucha técnico, que puede ser «decidido» o también «prohibido» a voluntad, de acuerdo con el mejor conocimiento y conciencia, una suerte de cortaplumas que se puede tener guardado en el bolsillo «por lo que pudiera suceder», cerrado y preparado, o que por una simple decisión se pudiera abrir y utilizar." [4]

A los temores del camarada Kautsky, nacidos de esta concepción, que la discusión pública de la huelga de masas revelaría "los puntos débiles" de nuestra posición al enemigo, no tengo mejor forma de contestarles que con las palabras del camarada Pannekoek, que ya ha aclarado en la *Bremer Bürgerzeitung* la mayoría de los puntos débiles de la posición kautskiana:

"Hasta qué punto conduce al error esta comparación con el campo de las técnicas de guerra —escribió Pannekoek— lo demuestra el hecho de que el partido nunca procedió de otro modo que mediante

la discusión en forma totalmente pública de sus puntos fuertes y sus puntos débiles. No podría haber sido de otra forma, pues la socialdemocracia no es un grupo pequeño y cerrado sino un movimiento de masas. Ahí los planes secretos no valen nada. La fuerza y la debilidad no pueden ser aumentadas ni reducidas a través del secreto ya que dependen de las condiciones políticas y sociales generales, que a su vez no pueden ser encubiertas. ¿Cómo podríamos revelarle así al enemigo nuestras debilidades? Las conoce tan bien como nosotros. Y si no las conoce, si se deja engañar sobre nuestra fuerza y la suya propia, entonces esto también se fundamenta en condiciones histórico-sociales necesarias, en las que el secreto táctico nada puede cambiar."

Pero el camarada Kautsky señala además otros efectos perjudiciales del debate público: "[...] yo lamentaría mucho" escribe, "que el artículo de la camarada Luxemburg tuviera el efecto de encender en la prensa partidaria una discusión en la que una de las partes explicitaría sus razones para considerar a la huelga de masas como carente de perspectiva en lo inmediato. Tenga o no razón, un análisis de este tipo no estimularía para nada la acción". Ahora bien, este es un punto de vista que me resulta totalmente incomprensible y que la socialdemocracia hasta ahora nunca mantuvo. Nunca hemos buscado "estimular la acción" por medio de ilusiones y el ocultamiento ante las masas del verdadero estado de cosas. Si los oponentes de la huelga de masas tienen razón con sus argumentos acerca de la falta de perspectivas de una acción de ese tipo, entonces es muy saludable y necesario escuchar esos fundamentos y aceptarlos. Si no tienen razón, es igualmente saludable y necesario que sus argumentos sean reconocidos públicamente como carentes de base. En estas circunstancias la evaluación más cuidadosa sólo puede ser de utilidad y aportar al propio esclarecimiento del partido, llamar nuestra atención sobre las debilidades de nuestro movimiento y descubrir las tareas prácticas más urgentes de agitación o de organización.

Pero si lo que el camarada Kautsky tenía en vista era el peligro de que, como consecuencia de mi agitación escrita y verbal, los dirigentes sindicales fuesen alertados y apuntaran sus cañones contra la idea de la huelga de masas, entonces en mi opinión en este miedo se esconde una sobrestimación del poder de los dirigentes, que a su vez sólo puede explicarse como producto de una concepción mecánica de la huelga de masas, que es vista como un plan sorpresivo

y comandado por el "estado mayor". En realidad, los dirigentes sindicales no tienen ningún poder para impedir un movimiento de huelga de masas si éste es el resultado de las condiciones, de la agudización de la lucha, del estado de ánimo de las masas proletarias. Si en situaciones de tales características los dirigentes sindicales se ponen en contra de las aspiraciones de la masa, lo que está perdido no es el estado de ánimo de la masa sino la autoridad de los dirigentes sindicales. En realidad, hoy existe en los trabajadores un ánimo de lucha tan vivaz que la aparición pública de los estados mayores sindicales en actitud frenadora sólo tendría como resultado el despertar de la crítica y la protesta dentro de las propias filas de afiliados sindicales. Desde el punto de vista del "estímulo para la acción", nada sería más deseable que los dirigentes sindicales aparecieran por fin públicamente con sus "cañones", para que sus argumentos pudieran ser observados atentamente a la luz del día, lo cual permitiría comprobar hasta qué punto los líderes han quedado por detrás de las masas tanto en sus sentimientos como en sus pensamientos. Que el camarada Kautsky haya evitado a los dirigentes sindicales esta penosa labor al oponerse primero personalmente a la discusión pública para aparecer luego abiertamente en dicha discusión cuando aquello resultó inútil, tratando en cuanto teórico de la posición radical de desviar el interés por la huelga de masas hacia las próximas elecciones para el Reichstag, debe haber producido seguramente viva satisfacción en la comisión general de los sindicatos. Pero me parece dudoso que su actitud política fuera coherente con el objetivo de "estimular la acción".

¿Qué es entonces lo que realmente impulsó al camarada Kautsky a hacer su llamado de advertencia? ¿Cuáles eran los peligros de los que se trataba de salvar al partido? ¿Hubo alguien que pensara, por ventura, dar de hoy para mañana la orden de una huelga de masas, o existía el peligro que en el partido se despertasen ilusiones infundadas sobre el efecto milagroso de la huelga de masas, llevando irresponsablemente a las masas a una acción en la que esperaran encontrar de un golpe las soluciones para todas las cuestiones? No he podido detectar nada parecido ni en las asambleas ni en la prensa; yo, por mi parte, creo no haber dejado al respecto ningún lugar a dudas.

"Una huelga de masas «prefabricada» por una simple resolución del partido, emitida una buena mañana como un escopetazo —escribí—, es simplemente una fantasía pueril, una quimera anarquis-

ta. Pero una huelga de masas que sea el producto de demostraciones de masas imponentes de trabajadores, de varios meses de duración y que va creciendo hasta colocar a un partido de tres millones ante el dilema de avanzar a cualquier precio o dejar morir a la acción de masas iniciada; una huelga de masas de tales características, nacida de la necesidad interna y de la decisión de las masas que se han despertado, y al mismo tiempo de la situación política agudizada, lleva en sí misma su justificación y al mismo tiempo la garantía de su eficacia.

"Evidentemente, la huelga de masas no es un medio capaz de hacer milagros, que asegura el éxito bajo cualquier circunstancia. Sobre todo, la huelga de masas no debe ser contemplada como el único medio mecánico utilizable para la presión política, que puede ser empleado artificiosa y asépticamente, según una receta preestablecida. La huelga de masas no es más que la forma exterior de la acción, que tiene su desarrollo interno, su lógica, su agudización, sus consecuencias, en íntima relación con la situación política y con su desarrollo ulterior. La huelga de masas, particularmente como una corta y única huelga demostrativa, no es por cierto la última palabra de la campaña política iniciada. Pero sí es, en cambio, en el actual estado de cosas, *su palabra inicial*. Y si bien resulta imposible planificar con lápiz y papel el desarrollo ulterior, los éxitos inmediatos, los costos y sacrificios de dicha campaña, como si se tratase de la contabilidad de los costos de una operación de bolsa, no por ello deja de haber situaciones en las que el deber político de un partido, dirigente de millones, es plantear con decisión aquella consigna que es la única que permite impulsar hacia adelante la lucha por él iniciada."

Y para terminar, decía yo con absoluta claridad cuál era, a mi entender, el punto fundamental:

"Sin embargo, no debe esperarse en modo alguno que un buen día, desde la dirección superior del movimiento, desde el comité central del partido y de la comisión general de los sindicatos, emane la «orden» para la huelga de masas. Los cuerpos que tienen la responsabilidad de conducir a millones de hombres son por naturaleza reticentes en las resoluciones que otros deben llevar a la práctica. Por ello la decisión de una inminente acción de *masas* únicamente debe partir de la masa misma. La liberación de la clase trabajadora debe ser obra únicamente de la clase trabajadora misma —esta frase del *Manifiesto Comunista,* indicadora del camino, tiene

también validez en lo particular; también en el interior del partido de clase del proletariado cualquier movimiento grande, decisivo, debe surgir del convencimiento y de la decisión de la masa de militantes y no de la iniciativa de un puñado de dirigentes. La decisión de llevar al triunfo la presente lucha por los derechos electorales en Prusia, apelando según los términos del congreso partidario prusiano, *a todos los medios*, es decir inclusive a la huelga de masas, únicamente puede realizarse con las más amplias capas del partido. A los camaradas del partido y de los sindicatos en cada ciudad y en cada distrito les corresponde tomar posición frente al problema de la situación actual y expresar su. opinión y su voluntad en forma clara y abierta, para que la opinión de la masa trabajadora organizada pueda hacerse escuchar como un todo. Y si esto ocurre, entonces también nuestros dirigentes estarán a la altura de las circunstancias, como hasta ahora lo estuvieron siempre."

Es decir, que el principal objetivo perseguido era que las masas se ocuparan del problema de la huelga de masas y tomaran posición frente a ella. Si la huelga de masas era posible, adecuada, necesaria, surgiría de la situación y de la posición de las masas. La actuación del camarada Kautsky, por el contrario, desde el punto de vista de una concepción marxista aparece como realmente peculiar. El camarada Kautsky fundamenta toda su teoría de la "estrategia de desgaste" en el hecho de que no ahora, pero después de las elecciones del Reichstag del próximo año, podríamos encontrarnos en una situación donde estemos obligados a aplicar la huelga de masas. Más adelante acepta que "por un hecho imprevisto, como una masacre después de una manifestación callejera", puede hacerse necesaria la huelga de masas en forma totalmente espontánea. Incluso llega a escribir: "Desde la existencia del Imperio Alemán las contradicciones sociales, políticas e internacionales nunca estuvieron tan tensas como ahora [...], nada más fácil que pensar en sorpresas que todavía antes de las próximas elecciones para el Reichstag lleven a grandes descargas y catástrofes en las que el proletariado se vea impelido a la utilización de todas sus fuerzas y medios de lucha. En *esas* condiciones una huelga de masas bien podría estar en situación de barrer con el régimen existente."

Pero esto es así aunque sólo exista una única posibilidad de que la huelga de masas sea utilizada en Alemania en el futuro próximo, entonces va de suyo que es nuestro deber explicitar también esta eventualidad ante las masas, despertar ya ahora la simpatía por

esta acción en los más amplios círculos del proletariado, para que la masa trabajadora no se vea sorprendida, para que no entre en acción ciegamente, por razones afectivas, sino con plena conciencia, bajo la segura convicción de su propia fuerza y, en lo posible, en imponentes conjuntos masivos. Se trata que la masa misma esté madura para todas las eventualidades, que ella misma determine sus acciones, y no que espere de arriba la señal de batuta "en el momento apropiado", "confiando en su magistrado, que piadosa y amorosamente guarda al estado a través de un actuar clemente, ilustre y sabio", mientras que a la masa partidaria lo que siempre le corresponde es "callarse la boca".[5] La concepción marxista consiste precisamente en la consideración de la masa y de su conciencia como factores determinantes de todas las acciones políticas de la socialdemocracia. En el espíritu de esta concepción también las huelgas de masas políticas —como toda la lucha por el derecho del sufragio— no es finalmente otra cosa que un medio de esclarecimiento de clases y la organización de las capas más amplias del proletariado. Desde el punto de vista de la doctrina marxista resulta un enigma absoluto que se pueda pensar en la posibilidad de la realización de acciones de ese tipo en un futuro próximo y que, simultáneamente, se prohíba a la masa que tome en consideración ese problema, como si se tratara de impedirle que juegue con fuego; pero tampoco la moderna o antigua estrategia de la guerra permite explicarnos ese enigma.

II

En estrecha relación con esta idea de la huelga de masas, en cuanto acción que se rige por las decisiones de un comando de la huelga general, también está la cuidadosa diferenciación que realiza el camarada Kautsky entre las distintas formas de huelgas: huelgas demostrativas, huelgas coercitivas, huelgas económicas, huelgas políticas. El camarada Kautsky exige que se las diferencie estrictamente, pues ante una falta de claridad de la propaganda, las masas podrían entendernos mal y en lugar de una huelga demostrativa planificada, podrían efectuar sin quererlo una "huelga coercitiva" inapropiada; la mezcla de exigencias económicas (e inclusive una movilización por la jornada de ocho horas) con el movimiento por los derechos del sufragio, sólo podría perjudicarlas.

Ahora bien, esta división estricta y esquemática de la huelga de masas, con tipos y subtipos, pueden tener sentido en el papel y bastar también para la vida parlamentaria. Pero apenas comienzan las grandes acciones de masa y los períodos políticos tormentosos, la clasificación es descompaginada totalmente por la vida misma. Por ejemplo, este fue el caso de Rusia, donde las huelgas demostrativas y las huelgas combativas se alternaban continuamente, y donde el incesante y multifacético efecto de la acción económica y política constituía justamente lo característico de esa lucha revolucionaria y la fuente de su fuerza interna. El camarada Kautsky descarta ciertamente el ejemplo de Rusia porque "allí entonces reinaba la revolución". Dado que los acontecimientos rusos caen bajo el rubro "revolución", las enseñanzas de las luchas rusas no pueden tener validez para otros países. Pero a medida que también en Alemania nos acercamos a épocas de tormentosos enfrentamientos del proletariado con la reacción dominante, tanto más válidas resultan para nuestras condiciones las manifestaciones de una situación revolucionaria.

Pero nosotros ni siquiera necesitamos mirar hacia Rusia para entender lo inadecuado de ese esquema tan exangüe. Pues lo mismo nos demuestra la historia de la lucha por los derechos del sufragio en Bélgica, donde no hubo ni una guerra ni una revolución. El camarada Kautsky opina que "hasta el momento la vida ha sido tan pedante" como para mantener rigurosamente diferenciadas la lucha económica y la política, que por lo menos, "en las luchas de Europa occidental por el derecho del sufragio el momento económico y el momento político hasta ahora se han mantenido estrictamente separados". El camarada Kautsky se encuentra en un error.

El movimiento belga por el derecho del sufragio se inició en 1886, precisamente a partir de todo un torrente de luchas económicas. En su comienzo fue una elemental huelga de mineros la que dio la señal para el levantamiento. A la huelga de los mineros le siguieron otras huelgas prácticamente en todas las ciudades y ramas de la producción, en las que las exigencias salariales estaban en primer plano. De estas luchas puramente gremiales nació en Bélgica el movimiento de masas por el derecho del sufragio universal. A la exigencia salarial pronto se le acopló en todas partes la exigencia del derecho electoral, y utilizando la gran agitación por la lucha económica, la joven socialdemocracia belga pudo organizar el 15 de agosto de 1886 en Bruselas su primera demostración de masas en favor del sufragio universal. Volvió a ocurrir lo mismo más tarde. La gran huelga de

masas política del año 1891, que arrancó del gobierno un proyecto sobre derechos del sufragio, se produjo en relación con la lucha por la jornada de ocho horas, en particular debido al impulso inmediato de la fiesta de mayo, y fue el efecto de una serie de acciones sindicales. Nuevamente una gran huelga salarial de los mineros, a la que siguieron huelgas en las siderurgias y acerías, y luego paros de los carpinteros de obra, trabajadores portuarios, y otros; a partir de los dirigentes partidarios belgas de esa época, se llevó a cabo la primera huelga por el derecho del sufragio, que también fue la que obtuvo el primer éxito. Después que las concesiones que hizo el gobierno permitieran la finalización de esta huelga de masas política, los mineros en Charleroi continuaron todavía su huelga para obtener una reducción de la jornada de trabajo y un aumento de salario. A todo lo largo del año 1892 se mantuvo en la industria belga una crisis larvada que generó una gran agitación en la masa trabajadora, varias huelgas para oponerse a reducciones salariales, y a fin de ese año a un importante desempleo. El 8 de noviembre de 1892, el día de la apertura de las cámaras, el partido organizó en todas las fábricas de Bruselas una huelga demostrativa de masas. Y en diciembre de ese mismo año la socialdemocracia belga hizo suyo el problema del desempleo y realizó imponentes manifestaciones de desocupados.

De esta manera, en una interacción alternada de huelgas demostrativas y huelgas "coercitivas", de acción económica y acción política, se fue preparando la siguiente huelga de masas por el derecho del sufragio y el combate decisivo del año 1893. Si el camarada Kautsky trata ahora cuidadosamente de empequeñecer también este triunfo, al señalar que "hasta hoy Bélgica no posee el derecho del sufragio universal", este hecho por todos conocido sería sólo un argumento en contra de quien recomendase la huelga de masas política como un milagroso remedio curalotodo que, por ejemplo, según la receta anarquista, permitiría la obtención de todos los triunfos de un solo golpe. Sin embargo, por ahora de lo único que se trata es de si la huelga de masas fue o no un medio excelente para permitir al proletariado belga el acceso al parlamento y para conquistar desde el vamos, en la primera elección, un quinto de todos los mandatos y de si en este movimiento por el derecho del sufragio las luchas económicas no han desempeñado un papel de primer plano, constituyendo el punto de partida y la base de la huelga de masas política.

Pero también nuestras propias experiencias pasadas contradicen

la suposición del camarada Kautsky. En estos momentos tenemos la gran lucha del gremio de la construcción. Según el esquema consignado, nosotros deberíamos separar estrictamente esta lucha económica de nuestro movimiento por el derecho del sufragio, y probablemente habría que haber evitado esta lucha por perjudicial a los intereses de dicho movimiento. En realidad esa división es imposible de realizar y sería probablemente la mayor estupidez que podríamos cometer. Por el contrario, en cada asamblea por el derecho del sufragio se llega a hablar naturalmente del lock-out en la construcción, los obreros en paro constituyen una parte de nuestro público en cada asamblea y manifestación, y por el efecto de la impresión que produce la brutalidad del capital en el gremio de la construcción, toda palabra de crítica a las condiciones imperantes despierta un eco más vivo en las masas. En una palabra, la prueba de fuerza en el gremio de la construcción ayuda a elevar el ánimo de combatividad por el derecho del sufragio, y a la inversa, la simpatía general, la agitación generalizada de las masas en la lucha por el derecho electoral, beneficia a los obreros de la construcción.

En la práctica nosotros ya hemos cometido un pecado de este tipo contra el esquema expuesto, al unir la lucha por el derecho del voto con la fiesta del 1º de mayo, es decir, con la lucha por la jornada de ocho horas, al convertir directamente la fiesta del 1º de mayo en una demostración por el derecho del voto. Lo cierto es que todo el mundo comprende que este nexo era una exigencia muy simple de la táctica socialdemócrata, y que nuestra lucha en Prusia por el derecho del voto adquiere su marco adecuado como lucha de clases proletaria, justamente por su unión con las consignas del 1º de mayo del socialismo internacional.

Aquí es donde reside precisamente el punto principal de la cuestión. Si nosotros queremos llevar nuestro movimiento prusiano por el derecho del sufragio sólo como una lucha constitucional política en el sentido del liberalismo burgués y en alianza con el mismo, entonces es correcta la separación estricta de este movimiento de todas las luchas económicas contra el capitalismo. Pero entonces la huelga de masas estrictamente política también está condenada al fracaso desde un comienzo como medida parcial, como lo muestra el destino de las huelgas de masas belgas del año 1902, que por otra parte quizás puedan explicarle al camarada Kautsky por qué, "por otra parte, hasta hoy Bélgica no posee el derecho del sufragio *universal*". Si por el contrario queremos conducir la lucha por el derecho del sufragio en el sentido de una táctica proletaria,

es decir, como un aspecto parcial de nuestra lucha de clases socialista general, si queremos fundamentarla en una crítica amplia de las relaciones de clase económicas y políticas generales, y basarla únicamente en la fuerza propia y en la acción de clase del proletariado, entonces resulta claro que una "separación estricta" de los intereses económicos y las luchas del proletariado se contradice con los fines, resultando inclusive imposible. Así habría que paralizar artificialmente la fuerza y el ímpetu del movimiento por el derecho del sufragio, empobrecer su contenido, si no quisiéramos incorporar al mismo todo aquello que toca los intereses vitales de las masas trabajadoras, todo lo que vive en el corazón de estas masas.

El camarada Kautsky habla justamente aquí con las palabras de aquella concepción pedante, estrecha, del movimiento por el derecho del sufragio, que ya nos ha dañado: Cuando en los años 1908 y 1909 vivimos el primer huracán de manifestaciones en el movimiento por el derecho del sufragio, la masa trabajadora acababa de comenzar a sentir los horrores de la crisis económica. En Berlín reinaba un desempleo terrible que se manifestaba en agitadas asambleas de desocupados. En lugar de dirigir este movimiento de desocupados hacia el remolino de la lucha por el derecho del sufragio, en lugar de unir el reclamo de pan y trabajo con la exigencia de un derecho del sufragio igualitario, por el contrario se separó estrictamente la cuestión de los desocupados de la cuestión del derecho del voto y el *Vorwärts* se tomó el máximo trabajo en alejar públicamente a los desocupados del movimiento por los derechos electorales. Según el esquema del camarada Kautsky, esto fue una sabia maniobra de *estrategia de desgaste;* según mi concepción fue una violación del deber más elemental de una táctica verdaderamente proletaria, y uno de los medios más eficaces para paralizar rápidamente el movimiento de manifestaciones de esa época.

Cuando el camarada Kautsky apoya nuevamente la separación estricta del movimiento por el derecho del sufragio de las grandes luchas económicas de masas sustenta a nivel teórico precisamente aquel espíritu del partido, a partir del cual se explica la inclinación de los círculos directivos a realizar en lo posible sólo demostraciones con gente organizada, aquel espíritu que considera a todo el movimiento por el derecho del sufragio como una maniobra efectuada bajo un comando severo de las instancias superiores de acuerdo con planes y directivas exactas, en lugar de ver en el mismo un gran movimiento histórico de masas, fragmento de la gran lucha de

clases que se nutre de todo aquello que constituye la actual contradicción entre el proletariado y el estado clasista dominante.

En una palabra, el camarada Kautsky fundamenta teóricamente los prejuicios y las limitaciones de la concepción de nuestros círculos dirigentes, que sin necesidad de su aporte ya se interponen en el camino de toda acción política de masas de cierta envergadura y audacia en Alemania, y cuya superación es una exigencia de los intereses más urgentes del actual movimiento por los derechos electorales.

III

Consideremos el problema fundamental.

El camarada Kautsky trata de analizar el problema de si hoy en Alemania se puede pensar en una huelga de masas, a partir de una teoría general sobre estrategias. La *estrategia del asalto directo* habría sido la adecuada para las clases revolucionarias hasta la Comuna de París, pero desde ese momento habría tomado su lugar la *estrategia de desgaste.* A esta estrategia de desgaste la socialdemocracia alemana debería agradecer todo su crecimiento y los brillantes éxitos logrados hasta el presente, y nosotros no tendríamos ningún motivo para abandonar ahora esta estrategia triunfante con una huelga de masas, pasando así a la estrategia del asalto directo. Las consideraciones del camarada Kautsky sobre las dos estrategias y las ventajas de la estrategia de desgaste son obviamente los pilares fundamentales de su argumentación. De este modo el camarada Kautsky da a su posición la máxima autoridad al identificar directamente su *estrategia de desgaste* con el *testamento político* de Friedrich Engels.[6] Lamentablemente toda la argumentación sólo se basa en una nueva *palabra,* una etiqueta nueva para cosas viejas y bien conocidas. Pero si este nombre nuevo y mistificador es dejado de lado, la discusión ya tiene poco que ver entonces con Friedrich Engels. ¿Qué es lo que hay de concreto detrás de esa supuesta "estrategia de desgaste", que el camarada Kautsky alaba tanto y a la que la socialdemocracia alemana debe los más brillantes éxitos logrados hasta el momento? La utilización de los medios parlamentarios del estado burgués para la lucha de clases cotidiana, para el esclarecimiento, la reunión y la organización del proletariado. Pero para esta "nueva estrategia" las bases ya estaban echadas en Alema-

nia no desde la Comuna de París, sino desde casi un decenio antes, a través de la agitación de Lassalle que, como dice Engels, no era más que un ejecutor de las directivas del *Manifiesto Comunista*. Esta táctica la recomienda y de hecho la fundamenta Friedrich Engels en su famosa Introducción a *Las luchas de clases en Francia*. Pero en lugar de construir esquemas generales sobre estrategias como el camarada Kautsky, Engels dice muy claramente en qué consiste la táctica que él recomienda, pero más particularmente, contra qué otra táctica está ella dirigida. "Hasta aquella fecha [1848] todas las revoluciones se habían reducido a la sustitución de una determinada dominación de clase por otra; pero todas las clases dominantes anteriores sólo eran pequeñas minorías, comparadas con la masa del pueblo dominada. Una minoría dominante era derribada, y otra minoría empuñaba en su lugar el timón del estado y amoldaba a sus intereses las instituciones estatales."[7] Como todas estas transformaciones eran en realidad revoluciones de minorías, las mismas se llevaban a cabo utilizando el factor sorpresa. En 1848 se esperaba poder iniciar una transformación socialista siguiendo el mismo camino del golpe de mano a cargo de una minoría revolucionaria.

"La historia –dice Engels– nos ha dado un mentís a nosotros y a cuantos pensaban de un modo parecido. Ha puesto de manifiesto que, por aquel entonces, el estadio del desarrollo económico en el continente distaba mucho de estar maduro para poder eliminar la producción capitalista", que era imposible, "en 1848, conquistar la transformación social simplemente por sorpresa".[8] Se hizo claro que sólo se podrían lograr las condiciones objetivas para la transformación socialista en el largo proceso de desarrollo de la sociedad burguesa, y la preparación del proletariado para su misión en esta transformación sería el resultado de una lucha de clases cotidiana larga y tenaz. "La época de los ataques por sorpresa, de las revoluciones hechas por pequeñas minorías conscientes a la cabeza de las masas inconscientes, ha pasado. Allí donde se trate de una transformación completa de la organización social tienen que intervenir directamente las masas, tienen que haber comprendido ya por sí mismas de qué se trata, por qué dan su sangre y su vida. Esto nos lo ha enseñado la historia de los últimos cincuenta años. Y para que las masas comprendan lo que hay que hacer, hace falta una labor larga y perseverante. Esta labor es precisamente la que estamos realizando ahora, y con un éxito que sume en la desesperación a nuestros adversarios." Y aquí Engels hace resaltar como el arma más apropiada en este sentido la utilización del derecho del sufragio universal: "Con esta exitosa utilización del derecho del sufragio universal había entrado a tener vigencia una forma de lucha del proletariado totalmente nueva que se fue desarrollando rápidamente."[9]

Por el otro lado, Engels muestra cómo también habían empeorado las condiciones internacionales para las posibilidades de sorpresas revolucionarias del viejo cuño. "Pues también aquí las condiciones de la lucha se habían modificado considerablemente. *La rebelión de viejo estilo, la lucha de calles con barricadas,* que hasta 1848 daba la definición final en todas partes, había envejecido considerablemente."[10] Después que Engels aclara el aspecto técnico-militar de la lucha de barricadas en las condiciones modernas, dice: "Mantener en marcha ininterrumpidamente este incremento [el de la socialdemocracia alemana como se da gracias al aprovechamiento del derecho del sufragio universal], hasta que desborde por sí mismo el sistema de gobierno actual... Tal es nuestra tarea principal. Y sólo hay un medio para poder contener momentáneamente el crecimiento constante de las fuerzas socialistas de combate en Alemania e incluso para llevarlo a un retroceso pasajero: un choque en gran escala con las tropas, una sangría como la de 1871 en París."[11] De ahí que la burguesía busque desesperadamente inducirnos a ello. Pruebas: el proyecto de golpe de estado.[12]

Este es el "testamento político" de Friedrich Engels, tal como se lo publicó hace quince años en el momento en que aparecía el proyecto carcelario.[13] Explícita y claramente critica al socialismo utópico premarxiano, que creía posible llegar al objetivo final por medio de una lucha de barricadas, y le contrapone la moderna lucha cotidiana socialdemócrata, que aprovecha sobre todo el parlamentarismo.

Y ahora pregunto: ¿Qué tiene que ver este "testamento" de Engels con la situación actual y con nuestro debate sobre la huelga de masas? ¿Es que por ventura alguien ha pensado en la introducción sorpresiva del socialismo a través de la huelga de masas? ¿O es que a alguien se le ha ocurrido trabajar en la dirección de una lucha de barricadas, de "un choque en gran escala con las tropas"? ¿O, finalmente, pensó quizás alguna persona en agitar en contra de la utilización del derecho del sufragio universal, o contra el aprovechamiento del parlamentarismo?

Está claro: cuando el camarada Kautsky saca a relucir el "testamento" de Engels en contra de la utilización de la consigna de la huelga de masas en la actual lucha por el derecho del sufragio

universal en Prusia, nuevamente libra un combate imaginario y exitoso contra el *fantasma anarquista* de la huelga de masas, y son evidentemente los sonidos congelados de la trompeta de Domela Nieuwenhuis los que bruscamente lo han espantado lanzándolo a su cruzada.* Por otra parte, en la medida en que critica la táctica envejecida de las sorpresas, el "testamento" de Engels se vuelve en todo caso contra el camarada Kautsky mismo, que considera a la huelga de masas como un golpe sorpresivo planificado secretamente por el "consejo de guerra".

Lo poco que la "estrategia de desgaste" defendida por el camarada Kautsky tiene que ver realmente con el "testamento político" de Engels lo demuestra una circunstancia graciosa. Simultáneamente con el camarada Kautsky, en los *Sozialistischen Monatsheften*,[15] Bernstein aparece oponiéndose a la consigna de la huelga de masas en la actual situación. Con los mismos argumentos y en algunos lugares coincidiendo casi palabra con palabra con el camarada Kautsky, Bernstein quiere demostrar la estricta separación entre huelga demostrativa y "huelga coercitiva", así como entre huelga gremial y huelga política, y se descarga contra los "jugadores" que ahora arrojan a las masas la peligrosa consigna de una "huelga coercitiva". Una táctica de este tipo no es adecuada para "los representantes

---

* Quizás sea interesante conocer la posición de los anarquistas actuales en Alemania frente a la huelga de masas. En su última conferencia en Halle durante las fiestas de Pascuas[14] —parece ser que en Alemania todavía existen algunas docenas de anarquistas de este tipo— según la crónica del *Berliner Tageblatt* han elucubrado la siguiente maravilla:

De acuerdo con la posición predominante en el *anarquismo*, una *huelga puramente demostrativa* es absolutamente *desestimable*. Pero una *huelga de masas política* emprendida seriamente, en la que el trabajo no se debería retomar hasta haber alcanzado la meta fijada, significaría la iniciación de la gran *revolución*. Pero en las actuales condiciones ésta sería una *desgracia* para todo el proletariado, pues las clases dominantes no duermen [...]. De todos modos, seguramente, no habría muchas posibilidades de llegar a tanto: a la socialdemocracia le falta el material humano para una huelga de masas, pues la comisión general no está de acuerdo con la huelga de masas en serio, y el partido no puede hacer nada por cambiar esta situación.

[...] La totalidad de los delegados comprendía que en el momento actual una huelga de masas en serio sólo llevaría a un empeoramiento de la situación social del proletariado, mientras que una huelga demostrativa está en contradicción con los fundamentos del anarquismo.

Vemos aquí el razonamiento anarquista típico: la huelga de masas es una huelga única muy grande, la "gran revolución"; su realización depende de que la "comisión general" sea "favorable" o no a ella. Y a partir de una concepción de tal tipo se llega a decir hoy que la huelga de masas constituiría "una desgracia" para el proletariado.

del movimiento de la clase obrera, que lleva en sí la convicción de su ascenso social, pero para la que la *actividad organizada incesantemente* ha demostrado ser, en Alemania, el medio más seguro de este ascenso".[16] ¿Correr el riesgo de una huelga de masas? "Para ello realmente no habría motivos dado que el movimiento obrero alemán ha avanzado, quizás lenta pero constante y seguramente, en el camino por él visualizado". Bernstein, no Engels, defiende aquí la "estrategia de desgaste" del camarada Kautsky. Esta estrategia de desgaste representa sin embargo algo totalmente distinto del contenido del testamento de Engels.

La huelga de masas tal como se la debate actualmente en la lucha por el derecho del sufragio en Prusia, no fue pensada por nadie en *contraposición* al parlamentarismo, sino como su complemento, incluso como un medio de conquistar derechos parlamentarios. No como una cosa contrapuesta con la tarea cotidiana de adoctrinamiento, esclarecimiento y organización de las masas proletarias. Como el camarada Kautsky opone la huelga de masas así concebida con nuestra vieja y probada táctica del parlamentarismo, en realidad lo único que hace es recomendar por ahora y para la situación actual nada más que *parlamentarismo;* se contrapone entonces no con el socialismo utópico de las barricadas, como hacía Engels, sino contra la acción de masas socialdemócratas del proletariado para la conquista y el ejercicio de sus derechos políticos.

En los hechos, el camarada Kautsky —este es el pilar fundamental de su estrategia de desgaste— nos remite con insistencia a las próximas elecciones para el Reichstag. De estas elecciones para el Reichstag deben esperarse todas las soluciones. Con toda seguridad ellas aportarán un triunfo extraordinario, crearán una situación totalmente nueva, dándonos una base más amplia para la lucha; por sí solas pueden producir las condiciones en las que podamos pensar en una "estrategia de derrota", es decir simplemente en una acción de masas; determinarán una "catástrofe de todo el sistema gubernamental imperante"; es por ello que ahora nos ponen "en el bolsillo la llave para esa importante situación histórica". En una palabra, el cielo de las próximas elecciones para el Reichstag se presenta tan lleno de regalos que seríamos imperdonablemente irresponsables si pensáramos ahora en una huelga de masas, frente a la perspectiva de un triunfo futuro mediante la boleta electoral, de un triunfo tan seguro que ya lo "tenemos en el bolsillo".

Yo no creo que sea bueno y conveniente pintar al partido en tan

brillantes colores nuestro próximo triunfo en las elecciones del Reichstag. Pienso más bien que sería más aconsejable prepararnos para las elecciones como siempre con todo entusiasmo y energía, pero sin crear expectativas exageradas. Si triunfamos, la medida de ese triunfo ya la iremos a experimentar. Saborear los triunfos futuros por adelantado no está en el modo de ser de los partidos revolucionarios serios, y yo comparto el punto de vista del camarada Pannekoek que sostiene que sería mejor ni mencionar siquiera perspectivas tan fantásticas como la duplicación de nuestro número de votos.

Pero ante todo: ¿qué tiene que ver nuestro futuro triunfo en las elecciones para el Reichstag con la cuestión de la lucha actual por el derecho del sufragio en Prusia? El camarada Kautsky opina que si las elecciones para el Reichstag no tienen lugar se crearía "una situación totalmente nueva". No queda claro en qué consistiría esta nueva situación. Si no vivimos con la esperanza fantástica de que pronto tendremos la mayoría de los mandatos, si nos mantenemos con los pies en la tierra tomando incluso como perspectiva el supuesto de un crecimiento de nuestro bloque hasta unos 125 integrantes, ello no significará ningún cambio total de la situación política. En el Reichstag seguimos siendo una minoría que se enfrenta con una cerrada mayoría reaccionaria; no creo que el camarada Kautsky piense que nuestro triunfo electoral pueda tener un efecto tan tremendo sobre la reacción prusiana que obligue a ésta a concedernos espontáneamente el derecho del sufragio igualitario en Prusia. Hay una sola cosa que puede constituir la situación "totalmente nueva": el golpe de estado, la eliminación del derecho del sufragio para el Reichstag. Entonces, sostiene el camarada Kautsky, hemos de proceder con todos los medios, incluso con la huelga de masas. La "estrategia de desgaste", que hoy se contrapone a una acción de masas mayor, está enlazada con una especulación de golpe de estado que será el que nos capacite para la realización de acciones mayores. Ahora bien, este pronóstico especulativo tiene en común con todas las especulaciones de este tipo que se trata de música futurista. Si el golpe de estado no se produce sino que continúa este avance de curso zigzagueante —y el camarada Kautsky mismo debe reconocer que *este* es el resultado más probable de las elecciones para el Reichstag— entonces se derrumba toda la combinación, relacionada con la "situación nueva" y nuestras grandes acciones. Obviamente si no buscamos aguzar nuestra táctica en base a las elecciones para el Reichstag y el golpe de estado, si no queremos planificar en base a ciertas combinaciones futuras, entonces podrá dejarnos

bastante fríos la cuestión de si conquistaremos más o menos mandatos en las próximas elecciones, y si con ello el golpe de estado se producirá o no. Si simplemente en cada momento *del presente* cumplimos con nuestro deber, si realizamos en cada instante la máxima agitación y esclarecimiento de las masas, poniéndonos a la altura de las circunstancias y sus exigencias, saldaremos favorablemente nuestras cuentas en cualquier desarrollo ulterior de los acontecimientos. Si, por el contrario, hacemos como el camarada Kautsky, que quiere fundamentar toda una "estrategia de desgaste" para hoy en la perspectiva de las grandes acciones de la "estrategia del asalto directo" del año próximo, dependiendo éste, además, de un eventual golpe de estado, entonces nuestra "estrategia" adquiere un cierto parecido con la de los demócratas pequeñoburgueses franceses, que Marx caracterizó tan genialmente en *El dieciocho Brumario*: de las cosas a medias y las derrotas del presente se solían consolar con la esperanza de grandes acciones en la próxima coyuntura. "Se consuelan del 13 de junio con la profunda exclamación: ¡Pero si alguien se atreve a tocar el sufragio universal, entonces van a ver! Entonces demostraremos quiénes somos. *Nous verrons.*"[17]

IV

Por otra parte la protesta del camarada Kautsky en nombre de la "estrategia de desgaste", que pone todas sus esperanzas en las próximas elecciones para el Reichstag, llega bastante tarde. No debería haber dirigido su llamado de advertencia contra la actual discusión sobre la huelga de masas, sino antes todavía contra las manifestaciones callejeras, inclusive contra todo el movimiento por el derecho del sufragio en Prusia, que fue impulsado por el congreso partidario prusiano de enero.[18] En este congreso se formuló ya con insistencia el punto de vista directriz de toda la campaña por el derecho del voto, es decir que la reforma del sistema electoral prusiano no se podría lograr por medios parlamentarios —ni a través de la actividad dentro del parlamento, ni por medio de elecciones para el parlamento—, sino única y exclusivamente a través de la agudización de las acciones de masa a lo largo del país. "Se trata de convocar a una movilización del pueblo en la mayor escala posible", declaró allí el informante, que fue aplaudido vivamente, "si no, los que han sido despojados de sus derechos se verán lamentable-

mente engañados y estafados. Y lo que es peor aún, nosotros mismos tendríamos que culparnos de que el pueblo fuera trampeado de ese modo." [19]

En el congreso partidario ya habían sido presentadas cinco mociones —de Bratislava, Berlín, Spandau-Osthavelland, Francfort del Meno y Magderburgo— pidiendo el empleo de medidas más agudas, manifestaciones callejeras y huelgas de masas. La resolución que posteriormente tuvo aceptación unánime plantea la perspectiva de la utilización en la lucha por los derechos del sufragio de "todos los medios al alcance", y el informante hizo sobre esto el siguiente comentario en su discurso: "Mi resolución ha tomado distancias explícitamente para no mencionar las manifestaciones callejeras o la huelga de masas política. Pero esta resolución debe representar —deseo que el congreso partidario también lo interprete así— que estamos decididos a utilizar todos los medios a nuestro alcance." El *momento* en que se aplicarán estos medios depende siempre "del grado de entusiasmo desencadenado en las masas por nuestro esclarecimiento y agitación. Tenemos que poner el peso principal en la obligación de trabajar ante todo para este enardecimiento de las masas en la lucha por los derechos de sufragio".

Es así como desde un principio las manifestaciones que se produjeron desde el congreso partidario estaban pensadas en relación con la consigna de una eventual huelga de masas, como medio para alcanzar ese grado de "enardecimiento de las masas" en el que se aplicarían los medios más agudos. Estas manifestaciones, por lo tanto, se apartaban ya bastante del marco de la "estrategia de desgaste" hacia el terreno de la "estrategia del asalto directo" y conducían rectamente hacia esta última.

Y aquí se puede agregar otro argumento: si a la "estrategia de desgaste" pertenece el evitar toda posibilidad de choque con la fuerza militar de acuerdo con el espíritu del testamento engelsiano del año 1895, entonces las manifestaciones callejeras por sí mismas, aún más que la huelga de masas, constituyen ya una ruptura con dicha "estrategia". Tanto más extraño es entonces que el camarada Kautsky, por su parte, apruebe las demostraciones, que reconozca incluso la necesidad de "continuar con el empleo especialmente [de] las manifestaciones callejeras, no debilitar esta acción, por el contrario darle forma cada vez más poderosa". Pero quiere manifestaciones sin crecimiento, sin agudización. Las manifestaciones tienen que ser "cada vez más poderosas", pero no deben avanzar "a cualquier precio", no deben "debilitarse", pero no tienen que agudizarse. En una palabra: las manifestaciones no deben avanzar ni retroceder.

Pero esto es una concepción puramente teórica de las manifestaciones, de las acciones de masas, que toma muy poco en cuenta la realidad viviente. Cuando llamamos a salir a las calles en manifestación a grandes masas proletarias, cuando les explicamos que la situación tiene características tales que la meta sólo y únicamente puede ser alcanzada por su propia acción multitudinaria y no por acciones parlamentarias, cuando las demostraciones callejeras son cada vez más poderosas y el espíritu, el ánimo de lucha crece cada vez más, así como inevitablemente se agudizan los conflictos con el poder de estado y aumentan las posibilidades de choque con la policía y el ejército, entonces en las masas mismas nace espontáneamente la pregunta: ¿Y ahora qué? Pues las manifestaciones por sí mismas no traen la solución, son el comienzo, no el final de la acción de masas. Al mismo tiempo, por sí mismas, llevan a una agudización de la situación. Y cuando el movimiento de masas por nosotros desencadenado reclama nuevas directivas, nuevas perspectivas, entonces tenemos que enseñarle estas nuevas perspectivas, y si por una u otra razón no estamos en condiciones de hacerlo, el movimiento de manifestaciones también, a la larga o a la corta, se derrumba, *tiene* que derrumbarse.

El camarada Kautsky discute esto. Para ello se refiere a Austria:

"La lucha por los derechos del sufragio ha durado allí más de una docena de años; ya en 1894 los camaradas austríacos evaluaron la utilización de la huelga de masas, y sin embargo lograron mantener su excelente movimiento de masas en acción hasta 1905 sin ninguna aceleración ni agudización... Los camaradas de Austria nunca sobrepasaron en su lucha por el derecho del sufragio las demostraciones callejeras, y a pesar de ello su ímpetu no desapareció, su acción no sufrió ningún colapso."

El camarada Kautsky se equivoca en relación con los hechos de Austria, como se equivoca con los hechos de la lucha por el derecho del sufragio en Bélgica.

Los camaradas de Austria tuvieron tan poco éxito en mantener en acción "su excelente movimiento de masas" por el término de una docena de años, que por el contrario este movimiento de masas desde 1897 hasta 1905, es decir durante unos ocho años, estuvo en total abatimiento. Sobre esto tenemos un testimonio de confianza: son la totalidad de los congresos del partido de los camaradas aus-

tríacos de dicha época. Pues desde 1898 hasta 1905 las quejas sobre el derrumbe de la acción de masas, sobre el abatimiento de la lucha por el derecho del sufragio, constituyen la nota dominante de todos los congresos partidarios. Ya en el congreso de Linz de 1898 el camarada Winarsky criticaba que en el informe sobre la táctica partidaria "no se dice casi nada sobre el derecho del sufragio universal" y expresaba: "Contra este bastión habría que emprender un nuevo ataque."[20] Las mismas requisitorias y quejas se hicieron escuchar en el congreso partidario de Brünn en 1899.[21] En el congreso de Graz en el año 1900, Emmerling comprueba: "Desde el año 1897 hemos frenado totalmente la lucha por el derecho del sufragio universal." Skaret plantea "que hoy es nuestra responsabilidad la de hacer del congreso del partido un movimiento por el derecho de sufragio". Pölzer informa: "Los camaradas dicen: desde que tenemos a la quinta curia es como si los generales estuviesen hipnotizados, ya nada se mueve. Pienso entonces que en todas partes hay que realizar asambleas demostrativas por el derecho del sufragio universal." Bartel explica: "En el manifiesto de la representación partidaria y de la Liga se lanzó un tímido llamado a la lucha electoral. Pero no pasó nada, y nosotros nos encontramos en el mismo lugar que antes del Manifiesto." Todos los oradores se manifestaron en el mismo sentido. Las mismas quejas se repiten en el congreso partidario de 1901 en Viena, en Aussig en 1902 y otra vez en Viena en 1903.[22] Por fin en el congreso partidario de Salzburgo en 1904 hubo una tormenta de descontento por la parálisis del movimiento por el derecho del sufragio. Pölzer exclamó: "Me pregunto, ¿qué es lo que va a suceder? Camaradas, esto no puede continuar así. Si nosotros efectuamos amenazas tenemos que cumplirlas, se trata de actuar con toda la fuerza, pues ya hace mucho que sólo estamos amenazando."[23] Schuhmeier comprueba: "No puede negarse que en nuestras filas ha decaído el ánimo, que el fuego del entusiasmo por la lucha ha cedido." Tan grande era la depresión general, tan bajo el espíritu, que Schuhmeier en Salzburgo —apenas un año antes del triunfante huracán de noviembre de 1905— pudo decir: "Hoy estoy convencido *que nos encontramos más lejos que nunca del derecho del sufragio universal.*"[24] Freundlich comprueba que "en las masas existe una desesperanza y una falta de interés frente a la vida política de dimensiones no observadas hasta entonces". Pernerstorfer piensa que ni se podrían llevar a cabo manifestaciones callejeras: se pide "que salgamos a la calle, que llamemos a los camaradas del partido a iniciar un tipo de manifestaciones como

ya se las hiciera alguna vez, pero nosotros opinamos con toda seriedad que con una acción de este tipo sufriríamos en el presente un fiasco". Winarsky dice expresamente: "Hemos esperado siete años, y creo que finalmente es necesario terminar con este tiempo de espera en función de los intereses del partido."

Es decir, que el cuadro del "excelente movimiento de masas" que fuera mantenido en marcha durante doce años en Austria y del espíritu que no cejó, es bastante pobre. Obviamente, la culpa no era de la dirección partidaria. La causa verdadera la demostró exhaustivamente Adler ya en Linz: "Nos exigen [que se ponga en marcha un movimiento por el derecho del sufragio] evidentemente un movimiento que se exprese con la misma decisión de los que teníamos hace varios años. Ante esto les declaro: hoy no podemos hacer esto, quizás *tengamos* que hacerlo mañana, no lo sé. Pero que hoy no podemos hacerlo eso está claro. Movimientos de tales características no son puestos en marcha porque uno quiera hacerlos, un movimiento así debe darse como una necesidad interna de las condiciones reales." Y desde ese momento hubo de repetirse lo mismo en cada congreso partidario, pues el "mañana" en el que se torna posible otra vez el movimiento de masas por el derecho del sufragio en Austria, recién se dio en el año 1905,[25] cuando bajo la impresión inmediata de las triunfantes huelgas de masas en Rusia, que habían forzado el manifiesto constitucional del 30 de octubre,[26] los camaradas reunidos en el congreso partidario[27] interrumpieron las deliberaciones para salir a la calle, decididos a "hablar en ruso", como diez años antes habían estado decididos a "hablar en belga".

El proletariado austríaco impuso en realidad la reforma electoral a través de las dos impetuosas arremetidas del movimiento de masas, realizadas una al comienzo de los años noventa por el estímulo de la huelga de masas belga y otra en 1905 por el impulso de la huelga de masas rusa. Sin embargo el camarada Kautsky rechaza para Prusia tanto el ejemplo belga como el ruso, para indicarnos como modelo a aquel período intermedio de ocho años en Austria, en el que en realidad, como acción de masas el movimiento por el derecho del sufragio estaba totalmente abatido. Y en ambos casos, tanto con la imposición de la curia de Taaff del derecho del sufragio universal como en la conquista de la última reforma electoral, el movimiento de masas en Austria estuvo estrechamente ligado a la decisión de una huelga de masas. Como el camarada Kautsky debe saber, en el año 1905 se habían hecho serios preparativos para la huelga de masas. En ambos casos no se llegó a concretar porque el gobierno,

inclinado a la reforma electoral, hizo rápidamente concesiones. Vale la pena señalar que también en Austria apareció reiteradas veces la consigna de la huelga de masas, cuando en el triste período intermedio se buscaban medios para revitalizar el movimiento. Tanto en Graz como en Salzburgo el debate sobre el movimiento por el derecho del sufragio se transformó en un debate sobre la huelga de masas. Pues los camaradas sentían lo que Rosel había expresado en Salzburgo: "Un movimiento por el derecho electoral sólo puede ser lanzado cuando se está decidido a poner el máximo esfuerzo en su realización." Está claro que la decisión por sí sola no basta, dado que ni una huelga de masas ni las movilizaciones pueden ser creadas artificialmente de la nada, cuando la situación política y el estado de ánimo de las masas no han sufrido un desarrollo progresivo. Pero tampoco hay que hacerse ilusiones con la situación inversa, con la idea de que un movimiento de masas, de movilizaciones, podría ser mantenido activo durante años sin que haya una progresión ni la decisión de luchar hasta el máximo.

Hasta qué grado esto es improbable lo demuestra el desarrollo que ha seguido hasta el presente nuestro propio movimiento por el derecho del sufragio en Prusia. Es un hecho conocido que hace dos años fue interrumpido el movimiento de demostraciones que había comenzado poco tiempo antes, a pesar que el espíritu de la masa proletaria no estaba decayendo de ningún modo. En ciertos aspectos, este año revela rasgos semejantes. En cada movilización importante que se organizaba en Berlín se sentía con toda claridad que la misma se emprendía con el íntimo pensamiento: "¡Esta es la última!" Después de la extraordinaria manifestación del Tiergarten del 6 de marzo —que frente a la del 12 de febrero significó un gran paso adelante—, el estado de ánimo de las masas en Berlín estaba tan alto que, para el partido, si realmente estaba interesado en producir movilizaciones "progresivamente más poderosas", resultaba un deber aprovechar la primera ocasión adecuada para organizar una nueva demostración todavía más eficaz. Una oportunidad de este tipo, y brillante por añadidura, se presentó el 18 de marzo, o por lo menos el domingo siguiente al 18 de marzo. En lugar de ello, y para salir del paso, el 15 de marzo se ordenaron aquellas tres docenas de reuniones en Berlín que, dado el estado de ánimo de las masas y de lo ocurrido el 6 de marzo, significaron un lamentable retroceso. El 18 de marzo de ese año, el aniversario de la revolución alemana y de la Comuna de París, fecha que para el movimiento de masas había adquirido un significado y una actualidad mayor

que en ninguno de los años anteriores y que podía ser brillantemente utilizado para sacudir a las masas, para trazar un panorama político retrospectivo y un análisis histórico, para criticar sin piedad a los partidos burgueses, en Berlín no fue ni siquiera celebrado. Ni una demostración ni una reunión masiva, ni un escrito recordatorio, sólo un opaco artículo en el *Vorwärts* y ni una línea en la *Neue Zeit*. Esa fue la forma en que se aprovechó esa extraordinaria oportunidad y el brillante estado de ánimo de las masas para "darle forma cada vez más poderosa a las demostraciones". En verdad, es totalmente lógico que esto ocurra si las movilizaciones no se plantean con una decisión clara de impulsar cada vez más adelante al movimiento, sin retroceder ante las consecuencias de una manifestación impetuosa.

Las reuniones del 15 de marzo en Berlín, que borraron al 18 de marzo, fueron lisa y llanamente un paso atrás, medido en términos del estado de ánimo de las masas en Berlín y de los camaradas en la provincia. Allí donde los camaradas aprovecharon en la medida de las posibilidades el 18 de marzo y donde la consigna de la huelga de masas se hacía cada vez más intensa, si el espíritu y la decisión no hubieran sido tan grandes, con seguridad no hubiéramos tenido la demostración del 10 de abril. Hasta qué punto esto es exacto lo demuestra una circunstancia más. Apenas habríamos obtenido el gran triunfo del 10 de abril en Berlín sobre la reacción al imponer el derecho a las manifestaciones callejeras, dando un nuevo paso adelante que sobrepasó el 6 de marzo, pero que sin duda fue también su resultado. Desde entonces se le planteaba al partido el nítido deber de aprovechar al máximo el derecho a la calle recién conquistado, si en alguna medida quería seguir conduciendo adelante a las movilizaciones y "darles forma cada vez más poderosa". La siguiente oportunidad para ello fue el 1º de mayo. Pero ahí nos encontramos con un hecho extraño: mientras que en todo el país y también en los pueblos más pequeños se realizaron, de un modo u otro, demostraciones callejeras, mientras que en los centros urbanos mayores —en Dortmund, en Colonia, en Magderburgo, en Francfort del Meno, en Solingen, en Kiel, Stettin, Hamburgo, Lübeck— las manifestaciones callejeras del 1º de mayo sobrepasaron todas las anteriores por su envergadura y su combatividad y constituían un paso adelante real, en Berlín, por el contrario, ni desde el punto de vista del movimiento por el derecho del sufragio ni en relación con la conmemoración de esa fecha, tuvo lugar manifestación alguna en las calles, ni permitida ni prohibida, ni el menor

intento de manifestación. Todo lo que se hizo fue un sinnúmero de reuniones, en las que se desperdigó otra vez más el magnífico ánimo de lucha de la masa trabajadora berlinesa.

Mientras que el tratamiento parlamentario del proyecto de derecho del sufragio —las idas y vueltas entre la cámara alta y la cámara de diputados— se prolongará todavía durante un mes y dará oportunidad para la realización de movilizaciones en las que el estado de ánimo de las masas no muestra la más mínima señal de decaimiento, parecería que nosotros nos encamináramos hacia una hermosa "pausa veraniega", donde son otras las cosas que nos preocupan —el camarada Kautsky nos señala precisamente las próximas elecciones para el Reichstag—, en la que el movimiento de demostraciones es puesto a dormir tranquila pero seguramente. Esta es la inevitable lógica de las cosas. El partido es colocado ante un dilema no por mi agitación culpable, como opina el camarada Kautsky, sino por las condiciones objetivas: o se quiere desencadenar un "movimiento popular de gran estilo", llevar a la realidad la consigna: "No nos demos reposo en Prusia", hacer que las manifestaciones resulten cada vez más poderosas, para lo que hay que enfrentar la cosa con decisión, ir hasta el límite, no esquivar la agudización de la situación que pueda resultar, y aprovechar todos los conflictos económicos importantes para el movimiento político. Pero también hay que poner en el orden del día la consigna de la huelga de masas, volverla popular entre las masas, pues sólo de este modo se mantendrá a la larga la confianza de las masas, su ánimo de lucha y valor. O se pretende realizar un par de manifestaciones como breves desfiles de acuerdo con el programa y la consigna, para luego retroceder ante una agudización de la lucha y finalmente retirarse por más de un año a la bien acreditada preparación de las elecciones para el Reichstag. Pero si de esto se trata sería mejor entonces no hablar de un "movimiento popular de gran estilo", anunciar en el congreso del partido el empleo de "todos los medios a nuestra disposición", escenificar en el *Vorwärts* de enero un ensordecedor ruido de sables y amenazar incluso en el parlamento con una huelga de masas. Entonces tampoco hay que engañarse pensando que mantendremos las movilizaciones a lo largo del tiempo, dándoles formas cada vez más poderosas. Pues así corremos el riesgo de parecernos a la descripción de la democracia francesa que hace Marx en *El dieciocho Brumario*: "Las amenazas revolucionarias de los pequeñoburgueses y de sus representantes democráticos no son más que intentos de intimidar al adversario. Y cuando se ven metidos en un atolladero, cuando se han comprometido ya lo bastante para verse obligados a ejecutar sus amenazas, lo hacen de un modo equívoco, evitando, sobre todo, los medios que llevan al fin propuesto y acechan todos los pretextos para sucumbir. Tan pronto como hay que romper el fuego, la estrepitosa obertura que anunció la lucha se pierde en un pusilánime refunfuñar... y la acción se derrumba lamentablemente, como un globo lleno de aire al que se pincha con una aguja." [28]

V

¿Cuál es el cuadro general de la situación? Por primera vez tenemos finalmente en Alemania un movimiento de masas activo, por primera vez hemos superado las formas puras de la lucha parlamentaria y hemos logrado poner en movimiento al Aqueronte.[29] A la inversa de lo que sucedió en Austria durante casi un decenio, nosotros no tenemos que afrontar la dura tarea de generar una acción de masas en medio de la apatía general usando todas nuestras fuerzas, sino que tenemos ante nosotros la tarea satisfactoria y natural de aprovechar el exaltado estado de ánimo de las masas deseosas de lucha dando la consigna política para transformarlo en esclarecimiento político y social, para avanzar al frente de las masas indicándoles el camino del ascenso. A partir de esta situación la consigna de la huelga de masas aparece del modo más natural en primera línea, y es deber del partido discutirla abierta y claramente como un medio que tarde o temprano deberá ser utilizado como resultado del creciente movimiento de demostraciones y la tenaz resistencia de la reacción. No se trata de ordenar súbitamente, de hoy para mañana, una huelga de masas en Prusia, o "llamar" a una huelga de masas para la semana próxima, sino de aclararle a las masas histórica, económica y políticamente en relación con una crítica a todos los partidos burgueses y un esclarecimiento sobre la situación global de Prusia y Alemania, que no puede confiar en los aliados burgueses y la acción parlamentaria, sino que sólo pueden contar consigo mismas, con la propia y decidida acción de clase. La consigna de la huelga de masas aparece así, no como un medio sutilmente pensado, patentado para la obtención de triunfos, sino como la formulación, el resumen de las enseñanzas políticas e históricas de las condiciones actuales en Alemania.

Una agitación de este tipo ofrece la posibilidad de esclarecer con nitidez toda la situación política, el agrupamiento de clases y partidos en Alemania, incrementar la madurez política de las masas, despertar su sensación de fuerza, su entusiasmo por la lucha, apelar a su idealismo, mostrar al proletariado nuevos horizontes. El debate de la huelga de masas se convierte así en un medio extraordinario para sacudir a capas indiferentes del proletariado, atraer hacia nosotros a simpatizantes proletarios de los partidos burgueses, en particular del centro, preparar a las masas para todas las eventualidades de la situación y, por fin, trabajar en forma preparatoria de la manera más eficaz para las elecciones del Reichstag.

Si el camarada Kautsky abre una campaña contra esta agitación, declara peligrosa la discusión sobre la huelga de masas y trata de orientar todo el movimiento por el derecho del sufragio hacia las futuras elecciones para el Reichstag como única meta, entonces está tratando simplemente de reducir a los viejos y gastados carriles del parlamentarismo puro el movimiento partidario ya satisfactoriamente encaminado por nuevos caminos.

Pero el camarada Kautsky no hace más que echar agua al mar cuando nos predica en Alemania el valor de la acción parlamentaria. Hace ya decenios que hemos organizado nuestra vida partidaria con las elecciones para el Reichstag como acción principal, y nuestra táctica es influenciada más que suficientemente por la preocupación por las elecciones parlamentarias. Con una mención a las próximas elecciones para el Reichstag se censuran periódicas discusiones sobre la táctica. Por respeto a las elecciones para el Reichstag en el año 1907 se siguió la política totalmente equivocada del *Vorwärts* de dirigir todos los proyectiles contra el liberalismo, dejando al centro fuera del juego porque parlamentariamente estaba en la oposición. Sólo porque nuestra prensa provincial, más precisamente la de la circunscripción occidental, no siguió este ejemplo y combatió sin miramientos al centro, logramos afirmar nuestra posición. Mientras que en cada elección para el Reichstag resulta lo más natural que en todo el país se despliegue una agitación incansable, que todos los oradores sean puestos a trabajar, que en cada ciudad y en cada población se realicen numerosas asambleas, ahora, durante el movimiento por el derecho del sufragio la dirección de nuestro partido concentra su atención en las elecciones para el Reichstag y no se realiza nada de ello. La agitación desarrollada en reuniones y volantes es la menor posible. Este año, por razones parlamentarias no se aprovechó, entre otras cosas, la fecha del 18 de marzo: la asamblea decidida para el 15 de marzo en Berlín debía relacionarse con la tercera lectura en la cámara de representantes de Prusia, en vez de vincularla con la revolución. Finalmente, la agitación republicana, por consideración hacia el parlamentarismo y por costumbre parlamentaria, es dejada de lado justamente ahora, cuando sería más urgente que nunca.

¿Pero realmente necesitábamos en Alemania, precisamente ahora, una mayor agudización de toda nuestra táctica con vistas a las elecciones del Reichstag, una fascinación aún mayor de las masas con las elecciones parlamentarias?

Yo creo que no. Ciertos "peligros" contra los que había que proceder, sólo podían existir en la imaginación de aquellos que no se pueden desprender de las ideas anarquistas sobre la huelga de masas. El verdadero efecto de la salida a escena del camarada Kautsky es, por lo tanto, el de dar una pantalla teórica para los elementos del partido y los sindicatos que se sienten incómodos frente al ascenso del movimiento de masas, que quieren mantener las masas sofrenadas y retirarse lo más pronto posible a los viejos y conocidos carriles de la actividad cotidiana parlamentaria y sindical. Al tranquilizar la conciencia de estos elementos bajo la invocación de Engels y el marxismo, el camarada Kautsky ha dado simultáneamente los medios para quebrar el espinazo durante el próximo período del movimiento de demostraciones que quisiera fortalecer cada vez más.

Pero está claro que ahora, a la inversa, las nuevas perspectivas del movimiento electoral requieren justamente la continuación y un desarrollo más poderoso de la acción de masas. El fracaso parlamentario del proyecto electoral significa la bancarrota del gobierno así como del bloque conservador-clerical. La acción de los adversarios se ha quedado sin argumentos, la acción del proletariado por consiguiente tiene que ser tanto más apremiante. El enemigo se encuentra en retirada, a nosotros nos corresponde la ofensiva. Lo que necesitamos no son consoladoras esperanzas de una grandiosa revancha dentro de un año y medio en la urna electoral, sino dar ahora mismo golpe tras golpe, nada de desgaste sino lucha en toda la línea. Y repito: si la masa de miembros del partido comprende esto y lo siente así, entonces también nuestros dirigentes estarán a la altura de las circunstancias. "Es la masa la que lo hace."

Para terminar, una pequeña reminiscencia histórica, que no deja de tener paralelos adecuados con la actualidad. El camarada Kautsky rechaza para Prusia los ejemplos de otros países, donde en los últimos tiempos se pusiera en juego la huelga de masas. Rusia no sirve

de ejemplo, Bélgica tampoco, ni aún Austria. En realidad, "en relación con la situación actual en Prusia no resulta pertinente remitirse a los ejemplos de otros países". Pero el camarada Kautsky mismo, para encontrar el modelo adecuado a nuestra táctica, se remite a los antiguos romanos y a Aníbal. Allí encuentra el ejemplo del cual se debe nutrir el proletariado alemán, en Fabio el Indeciso con su supuestamente triunfante "estrategia de desgaste". No me parece conveniente recurrir a algo tan lejano como los antiguos romanos, pero dado que el camarada Kautsky lo hace, quiero ciertamente dejar constancia de que aquí tampoco los hechos se corresponden totalmente. La fábula de la estrategia necesaria y triunfante del Cunctator [el Indeciso] ya fue destruida por Mommsen, al demostrar que desde el comienzo la "utilización natural y correcta" de la fuerza de combate romana hubiera sido un ataque resuelto y que la actitud irresoluta de Fabio, que Mommsen llama el "metódico no hacer nada", no era la manifestación de un plan estratégico profundo y dictado por las circunstancias, sino la consecuencia de toda la política conservadora y senil del senado. "Quinto Fabio –dice Mommsen– era un hombre de edad avanzada, de una prudencia y firmeza que a no pocos parecía indecisión y testarudez; un entusiasta admirador de los viejos tiempos, de la omnipotencia política del senado y de la dirección del cónsul, esperaba la salvación del estado, oraciones y sacrificios mediante, a partir de una conducción metódica de la guerra." En otra parte dice: "Lo que debe haber faltado es un estadista de primera línea, que dominara la relación entre las distintas situaciones; en todas partes sucedía demasiado o demasiado poco. Entonces comenzó la guerra, en la que se había dejado al enemigo elegir momento y lugar, y junto con una bien fundada y satisfactoria sensación de superioridad militar, faltaba todo criterio sobre los objetivos y el desarrollo de las próximas operaciones." El ataque en España y África era el primer mandato de la táctica, "sólo que se dejó pasar por alto no sólo el mandato de los beneficios sino también del honor". Que por esta hesitación los aliados españoles de Roma resultaron sacrificados por segunda vez era tan fácil de prever como el haber evitado la indecisión. "Así como del lado romano era sabio comportarse defensivamente y esperar el éxito principal en base a la interrupción de los medios de subsistencia del enemigo, fue extraño un método de defensa y hambreamiento por el cual el enemigo devastó sin obstáculos toda la Italia central, bajo los ojos de un ejército romano que lo igualaba en número, avituallándose abundantemente para el invierno a través de un aprovi-

sionamiento organizado que se realizó en gran escala." Finalmente, en lo que respecta al ejército romano, no se podía decir que el mismo obligaba a su jefe a esta conducción; es cierto que en parte estaba compuesto por la guardia territorial llamada bajo banderas, pero su núcleo eran las legiones de Arminun acostumbradas al servicio militar, y que lejos de estar desanimadas por las últimas derrotas, se sentían resentidas por la tarea poco honrosa que les adjudicaba su jefe de campaña, el "lacayo de Aníbal", exigiendo abiertamente ser conducidas frente al enemigo. En las asambleas de ciudadanos se llegó a las intervenciones más vehementes contra el viejo testarudo. Mommsen sigue en el mismo tono durante bastante espacio. "No fue el Indeciso quien salvó a Roma –dice claramente– sino la sólida unión de su confederación y quizás no en menor grado el odio nacionalista con que los occidentales recibieron al hombre fenicio." Esto era tan público, que finalmente también "la mayoría del senado, a pesar que los últimos acontecimientos daban al sistema de indecisión de Fabio una cuasi legitimación, estaba decidido a alejar a esta conducción de la guerra, que llevaba al estado de desastre lenta pero seguramente".*

Esta es la realidad de la triunfante "estrategia de desgaste" de Fabio Cunctator. En realidad es una leyenda que se recita en nuestros bachilleratos a los estudiantes para entrenarlos en el espíritu conservador y advertirlos contra la "precipitación" y los "revoltosos", para inculcarles como sentido de la historia universal el lema bajo el cual marcha la reserva territorial: "lentamente, siempre adelante". Que esta leyenda deba servir para el proletariado revolucionario en la situación actual, sería uno de los lances más sorprendentes e inesperados del destino.

Sea como fuere, la presencia del noble Quinto Fabio, que según los sacrificios rituales y las oraciones esperaba la salvación del estado a partir de una conducción bélica metódica, esa presencia, según parece, está ampliamente representada en el más alto cenáculo de nuestro partido y los sindicatos. Hasta ahora, que yo sepa, no hemos padecido de una falta de decisión ni de juveniles desbordes y precipitaciones a nivel de la conducción partidaria. Como lo dijera el camarada Adler en el congreso partidario austroalemán de Graz: "El látigo siempre hace bien, y debo confesar que las expresiones del congreso partidario, que se quejan de que suceda demasiado poco, me son mucho más simpáticas que aquellas que aconsejan

* Theodor Mommsen, *Romische Geschichte*, t. I, 3ª edic., 1856, pp. 551-577.

sabiduría y reflexión. De la reflexión ya nos ocupamos nosotros, quizás en medida desmesurada. Como freno no las necesitamos." [30] Así, creo yo, son también las cosas entre nosotros. Que el camarada Kautsky preste su pluma y su conocimiento histórico para el apoyo a la estrategia del Cunctator es, cuando menos, un derroche. Como freno, camarada Kautsky, no lo necesitamos.

(Traducción del alemán de Carlos Bertoldo.)

Karl Kautsky

Una nueva estrategia *

I. UN ÉXITO

La camarada Luxemburg me ha sorprendido con su respuesta, ante todo por su *modestia*, que supera ampliamente la medida que uno está acostumbrado a encontrar en una persona normal.

Recuérdese que *a comienzos de marzo* la camarada Luxemburg escribió un artículo en el que explicaba que el medio de lucha de las manifestaciones callejeras estaba superado: "... las manifestaciones callejeras, ya después de sus primeros impulsos en las últimas semanas, desatan por su lógica interna una disposición de ánimo en las masas, y al mismo tiempo crean objetivamente una situación en el campo de lucha, que las sobrepasa y que a la corta o a la larga *necesitará indefectiblemente* de otros pasos y medios *más contundentes*."

Deberíamos ponernos a reflexionar cuál habría de ser nuestro *"próximo" medio de lucha*. No podría ser otro que la *huelga de masas*, que "no será seguramente la última palabra de la campaña política que ha comenzado. Pero en el *estado actual de cosas*, con toda *certeza* será su palabra *inicial*.

De este modo estaríamos frente al siguiente dilema: avanzar a cualquier precio o, de lo contrario, la acción de masas iniciada se derrumbaría infructuosamente sobre sí misma. En esas condiciones, la obligación política del partido sería "plantear con decisión aquella consigna que es la *única* que permite impulsar hacia adelante la lucha por él iniciada".

Así decía el 14 de marzo en la *Dortmunder Arbeiterzeitung*. El mismo artículo, sólo que algo más explícitamente desarrollado, había sido ofrecido —aún antes del 6 de marzo— a la *Neue Zeit*. Puedo

* "Eine neue Strategie", en *Die Neue Zeit*, año XXVIII, vol. 2, 1909-1910.

hacer referencia aquí al mismo, pues la camarada Luxemburg me echa en cara el rechazo de ese artículo. Sobre esto ya nos extenderemos más adelante. Baste decir que todavía hoy la camarada Luxemburg suscribe todo lo expresado por ella en ese momento. Decía también allí:

"La situación del partido en el momento actual se sintetiza en este dilema: *pronto* la acción de masas deberá ser impulsada a sobrepasar las simples asambleas y demostraciones callejeras —y la *huelga de masas* es aquí el *único medio posible dada la situación*— o toda la acción llegará a un punto muerto y, pasado un tiempo, inevitablemente se disolverá en la nada. En realidad un partido que posee el prestigio y la responsabilidad de la socialdemocracia alemana, *ya no tiene ninguna elección*. Después que él mismo ha llamado a las masas a salir a la palestra, es imposible que dé la orden de retroceder. Ya no alcanza estirar los labios, hay que silbar. *Con ello el partido queda en situación de poner por primera vez en aplicación la resolución que tomó en Jena hace cinco años, referida a la huelga de masas.*"

Todas estas expresiones sólo podían tener *un único* significado: desencadenar un movimiento poderoso, capaz de destruir todas las resistencias para provocar lo *más rápidamente posible* una poderosa huelga de masas.

Desde entonces han pasado casi tres meses. Pero *en el momento actual* se habla menos de impulsar una huega de masas como *paso inmediato* de nuestro movimiento que en la época en que la camarada Luxemburg escribió su artículo. Antes de ese artículo, en Francfort y en Kiel se habían producido principios de huelgas demostrativas. Después de la publicación del artículo ni siquiera se produjeron intentos similares.

A pesar de ello, la camarada Luxemburg declara en su réplica que está "completamente satisfecha" con los resultados de su artículo.

En un comienzo, exclamó: "Estamos perdidos si la huelga de masas no es puesta en marcha inmediatamente."

Un cuarto de año después asegura triunfante haber alcanzado ampliamente lo que quería, pues en la actualidad . . . , se *habla* de la huelga de masas.

Creo que más modesto no se puede ser.

Esa enorme modestia evidentemente sólo es posible por una llamativa *falta de memoria*. Ella ya no recuerda absolutamente nada de lo que trataba de lograr en marzo con sus artículos. Ahora le

parece que sólo tomó la palabra sobre la huelga de masas para . . . tener la palabra, y que en eso reside su gran triunfo. Con ello habría logrado "romper la prohibición de la discusión sobre la huelga de masas en nuestro órgano teórico, la *Neue Zeit*".

En realidad, nunca tuve la pretensión de "prohibir" la discusión sobre la huelga de masas. Lo que en marzo declaré inapropiado fue la discusión sobre si era el momento para la huelga de masas. La discusión sobre ésta no fue liquidada por mi "prohibición" sino por las condiciones reales. Incluso la camarada Luxemburg no hace hoy el menor ademán de retomarla. Sin duda, el recibimiento que tuvo su artículo debe haberle demostrado que había elegido mal el momento para su discusión. Después de la publicación de su artículo en la *Arbeiterzeitung* de Dortmund, se había movilizado para hablar sobre la huelga de masas en numerosas asambleas. Pero ello ocurrió de un modo totalmente distinto que en su artículo.

Ahora se remite a la impetuosa aprobación que encontró en esas reuniones. Puedo revelarle que yo hubiera participado de esa aprobación de todo corazón. Su conferencia en Francfort ha aparecido ahora como folleto, bajo el título: *Der preussische Wahlrechtsbampf und seine Lehren* [La lucha por el derecho electoral en Prusia y sus enseñanzas].[1] Un excelente folleto, que con gusto recomiendo, pero en el que no aparece ni una palabra de todo aquello que constituye nuestra diferencia. Nada acerca de que la consigna de la huelga de masas deberá constituir nuestro próximo paso, que las demostraciones callejeras como forma de lucha estarían superadas y que habría llegado el momento de poner en vigor la resolución de Jena sobre la huelga de masas. Allí sólo encontramos la indicación de que "en Prusia, en Alemania, también llegará *alguna* vez el momento en que la reacción morderá el polvo ante el poder de la huelga de masas proletaria [. . .] La ceguera de estos proletarios llevados de la nariz *no durará eternamente* [. . .] Cuando se haya acabado el poder del Centro, cuando el proletariado en Alemania esté unido y listo para luchar, *entonces* no existirá poder alguno que *a la larga* pueda oponérsele".

¿Quién no da una entusiasta aprobación a semejantes palabras? ¿Pero quién podrá creer que la redacción de la *Neue Zeit* se habría opuesto alguna vez a una propagandización de la huelga de masas hecha de *este* modo?

El tipo de propagandización que yo declaré inadecuado y al que me opuse, sólo fue intentado en *un* artículo por la camarada Luxemburg, y después no fue continuado. Ella lo ha *abandonado volunta-*

riamente en favor de una forma de consideración de la huelga de masas que yo mismo *le aconsejé*. Al final de mi artículo *¿Y ahora qué?* yo me oponía evidentemente a desencadenar una agitación, "que tenga como meta despertar en las masas trabajadoras la expectativa de que en las *próximas semanas* tomemos en nuestras manos crecientes medidas de fuerza y que tratemos de quebrar la resistencia del gobierno por medio de huelgas de masas... Si la camarada Luxemburg quiere desencadenar con sus sugerencias una agitación de *este tipo*, entonces no podríamos seguirla.

"Otra cosa sería si solamente pretendiera acercar a las masas la reflexión sobre la *idea* de la huelga de masas y que se familiaricen con ella. Para esto habría elegido evidentemente una forma muy poco afortunada, una forma confusa, pero esto no tendría por qué impedirnos estar de acuerdo con ella con esa intención."

Pues, continuaba yo diciendo, la situación política está tan tensa que las condiciones para una huelga de masas política, que todavía no existen en la actuadidad, podrían presentarse en cualquier momento.

Lo que la camarada Luxemburg hace ahora no es más que abandonar la posición que había asumido primero, orientándose hacia la posición que yo le había señalado. Abandona su posición original *sin luchar*, pues no vuelve a decir palabra alguna en relación a que en los últimos meses estuvieran dadas todas las condiciones para una huelga de masas exitosa. Sobre esto, ella no *puede* decir nada más pues los *hechos* desde entonces han demostrado de una forma demasiado evidente que había sobrestimado los rasgos favorables de la situación. Ya no exige más una acción inmediata que lleve a la huelga de masas, sino que sólo la discute teóricamente.

Pero si bien ella abandona su posición sin luchar, eso no quiere decir que lo haga sin una gran salva de cañonazos, salva en la que no se utiliza pólvora sin humo, sino que, por el contrario, el objetivo principal es extender una cortina de humo. Así se propone enmascarar el cambio de posición, para que no se note que el gran griterío de victoria que entona concluye en su retirada.

Esto evidentemente no es estrategia de desgaste ni tampoco estrategia del asalto directo, sino una estrategia de tipo especial, para la cual todavía no hay nombre en la ciencia de guerra. Quizás se la podría llamar *estrategia de desconcierto*.

II. LOS PECADOS DE LA REDACCIÓN DE DIE NEUE ZEIT

Es decir que el punto de partida de la discusión ha desaparecido de ésta totalmente. La ineludible huelga de masas anunciada en la misma época que el cometa Haley, se ha desvanecido lamentablemente más rápido que éste. Quisiera esta vez haberme equivocado en mi profecía y que la triunfante acción de masas ya se hubiera producido.

Si la camarada Luxemburg quiere llevar ahora a un carril totalmente nuevo la discusión, entonces tengo que protestar contra esto en la medida en que quiere despertar la impresión de que la discusión actual sería la que yo "prohibí". Yo nunca habría obstaculizado el camino a consideraciones como las que la camarada Luxemburg saca a relucir ahora. Una discusión de este tipo me parece tanto más apropiada al haberse puesto en evidencia que entre los sostenedores de la idea de la huelga de masas existen concepciones bastante distintas sobre la misma. Es indudable que una clasificación no puede hacer daño y es mi intención contribuir a ella. Pero antes que me dedique a estas diferencias objetivas, debo sacar todavía las puntas de algunos dardos con los que la camarada Luxemburg trata de cubrir su retirada.

La camarada Luxemburg se queja por el trato incorrecto que recibió de la redacción de la *Neue Zeit*, la que primero aceptó su artículo sobre la huelga de masas —que luego apareció abreviado en la *Arbeiterzeitung* de Dortmund— haciéndolo tipografiar, para luego finalmente rechazarlo.

Es verdad que ese fue mi comportamiento. Durante un tiempo vacilé frente al artículo; dudaba si debía publicarlo o no. Pero en ningún momento dejé de aclararle a la camarada Luxemburg que consideraba un error su publicación. Desde el comienzo le expliqué que me obligaría a una polémica si ella lo publicaba.

¿Pero para qué era necesario salir al encuentro del artículo de la camarada Luxemburg? ¿No se podía esperar tranquilamente a ver si aquél resultaba capaz de desencadenar esa acción de masas que planteaba como el paso siguiente?

No, no se podía esperar.

En la época en que la camarada Luxemburg escribía su artículo, la agitación de las masas estaba lejos por cierto de tener la intensidad necesaria para desatar una acción lo suficientemente enérgica como para llevar una huelga de masas a un final triunfante, pero

era lo bastante grande como para que el estímulo de la camarada Luxemburg pudiera desencadenar intentos aislados, experimentos que apuntaban a la huelga de masa; intentos que de acuerdo con la situación tenían que fracasar y deteriorar con ello seriamente el prestigio del partido en las masas. Quien comprendiera esto tenía la obligación de oponer una concepción sensata a las ideas de la camarada Luxemburg.

Tenía además una razón personal para intervenir. Yo fui uno de los primeros que propagó la idea de la huelga de masas en Alemania y que ayudó a que se abriera paso. Con mayor razón aún me creía con el deber de enfrentar una aplicación de esta idea, que en mi opinión era errónea, y que debía comprometerla junto con sus partidarios. La camarada Luxemburg piensa que la agitación de las masas fue tan intensa que éstas habrían hecho a un lado a todos los dirigentes que se hubiesen atrevido a oponerse a la huelga de masas. Yo habría salvado a los dirigentes gremiales de esta incómoda situación. Pero si esta agitación era lo suficientemente intensa como para pasar por encima de todos los dirigentes gremiales, ¿cómo es posible que se haya detenido ante mí, un teórico aislado?

En realidad las cosas son totalmente al revés. Yo no he salvado a los dirigentes gremiales de ser derrotados por la camarada Luxemburg, sino que me he preocupado por salvaguardar la idea de la huelga de masas de la derrota que le hubieran infligido los dirigentes gremiales, si la concepción de la huelga de masas de la camarada Luxemburg se hubiera extendido por el país como la única posible.

Si ella hablaba, *tenía* que contradecirla, y ese era el único efecto práctico que podía producir con su artículo. Lo único que ella podía lograr era que nosotros, marxistas, nos agarrásemos de los pelos si es que se me permite esta licencia literaria para expresarme. Yo quería evitarlo y *por ello* traté de impedir la aparición de su artículo.

La camarada Luxemburg encuentra extraño que yo aceptase su artículo, que incluso lo hiciese componer y que finalmente lo rechazase. Debo confesarle que habían sucedido más cosas: yo ya tenía lista una *respuesta* a su artículo. Pero la idea de publicar esta respuesta, de enfrentar públicamente a la camarada Luxemburg para diversión de nuestros adversarios comunes, me repugnó tanto, que hice el intento de hacer innecesaria la polémica e inducir a la camarada Luxemburg a renunciar a la aparición de su artículo.

Ahora asiste al triunfo de haberme obligado a la polémica contra

ella y con este resultado, el único que alcanzó su artículo, declara darse ampliamente por satisfecha. Si en esto tiene razón son los lectores de nuestras exposiciones los que deben decidir. Tengo que rectificar otra de sus observaciones, sobre mi actividad como jefe de redacción. La camarada Luxemburg escribe acerca de "la intensa reafirmación de nuestra posición *republicana,* una consigna con la que lamentablemente tampoco puede uno aparecer públicamente ni en *Vorwärts* ni en *Neue Zeit,* mientras que, también en este aspecto una parte de nuestra prensa provincial —desde la *Arbeiterzeitung* de Dortmund hasta la *Breslauer Volkswacht*— cumple con su deber".

La camarada Luxemburg está muy equivocada. Yo mismo he subrayado constantemente el carácter republicano de nuestro partido; y especialmente hace un año en *El camino del poder,* ¿y yo prohibiría esta enfatización en la *Neue Zeit*? Ello ni se me ocurre.

Lo que lleva a la camarada Luxemburg a su acusación es lo siguiente:

En su artículo sobre la huelga de masas, que inicialmente quería publicar en la *Neue Zeit,* había un pasaje acerca de la república cuya *forma de expresión* me parecía inadecuada. Está claro que en este campo debemos ser cuidadosos por diversas razones. La camarada Luxemburg publicó luego su artículo en la *Arbeiterzeitung* de Dortmund, que "cumple con su deber" en cuanto a la reafirmación de la posición republicana. *Pero resulta inútil buscar en este artículo el pasaje sobre la república* cuestionado por mí, y por el cual ahora la camarada Luxemburg se queja públicamente.

Tampoco he podido comprobar que ella haya publicado dicho pasaje en alguna otra parte. En sus discursos, por ejemplo en el de Francfort, subraya la idea republicana bajo la inofensiva forma de echarles en cara a los liberales no haber creado la república alemana en 1848. Sobre la idea republicana ya he publicado tomas de posición mucho más fuertes en la *Neue Zeit.*

El ocultamiento temeroso de principios que nos enrostra la camarada Luxemburg se reduce por lo tanto a que hayamos cuestionado un pasaje de su artículo, pasaje cuya publicación desde ese entonces ha dejado de lado por su propia voluntad.

¡Una estrategia de este tipo no es ningún acto heroico, Octavia! [2]

Hasta aquí el aspecto más personal de la cuestión. Si ahora pasamos al problema de la huelga de masas tenemos ante todo que tratar de determinar qué es lo que piensa sobre esto la camarada Luxemburg. La tarea no es simple.

En la *Arbeiterzeitung* de Dortmund había declarado que las manifestaciones de la "voluntad de las masas" deberían "aumentar, agudizarse, tomar formas nuevas, más eficaces... constantemente. Lo confirman los ejemplos de luchas análogas en Bélgica, Austria-Hungría, Rusia, que demostraron en cada caso el incremento inevitable, la progresión de la acción de masas y que recién gracias a este acrecentamiento lograron un efecto político". Y luego se nombra entre los estados que deben sus grandes éxitos a la huelga de masas, junto a Bélgica, Italia, Suecia, Rusia, también a Austria.

Ante esto me pregunté cómo Austria llegaba a estar en esa lista. En Austria no se había llegado precisamente a la huelga de masas, y justamente Austria demostraría que la rápida y constante agudización de las manifestaciones de la voluntad de las masas no era un requisito imprescindible de la acción de masas proletarias bajo todas las circunstancias.

"Los camaradas de Austria nunca sobrepasaron en su lucha por el derecho del sufragio las demostraciones callejeras, y a pesar de ello su ímpetu no desapareció, su acción no sufrió ningún colapso."

Frente a esto mi amiga responde:

"El camarada Kautsky se equivoca en relación con los hechos en Austria (...) Pues desde 1898 hasta 1905 las quejas sobre el derrumbe de la acción de masa, sobre el abatimiento de la lucha por el derecho de sufragio, constituyen una nota constante, dominante de todos los congresos partidarios."

Es decir que primero la camarada Luxemburg nos remite a Austria como un ejemplo en el que la acción de masas triunfó brillantemente por haberse agudizado e incrementado en forma constante. Ahora nos dice por el contrario que la acción de masas en Austria se malogró miserablemente por no haberse agudizado e incrementado constantemente.

Lo uno se opone con lo otro. Pero extrañamente ambos son erróneos.

Lo cierto es que desde 1898 el movimiento por los derechos electorales estuvo inmóvil durante cierto tiempo. Pero esto no se debió a un *derrumbe* sino a un *triunfo*. El primer movimiento por los derechos del sufragio había conseguido al menos, que al proletariado austríaco se le hiciera la *concesión de la quinta curia del derecho del sufragio general*. Las primeras elecciones, según el nuevo sistema electoral, se hicieron en 1897. Es completamente natural que la atención de las masas se concentrase totalmente tanto en las luchas electorales como en las luchas en el parlamento, y que fuera imposible ganarlas en seguida para una acción de masas enérgica por la obtención del derecho de sufragio total e igualitario. Este es un fenómeno que aparece después de cada victoria mayor, pero en general no se lo suele designar como un "derrumbe" de la acción. Este "derrumbe" no tiene la menor relación con el distraer la atención de la huelga de masas.

El nuevo derecho electoral de la quinta curia tenía que frustrar primero a las masas y mostrar su insuficiencia en la forma más cruda antes que fuese posible moverlas otra vez hacia una acción enérgica en favor de una nueva reforma electoral.

Pero esto como cosa lateral. Más importante es lo siguiente:

La camarada Luxemburg había declarado que el *próximo* paso del movimiento prusiano por el derecho electoral tendría que ser la huelga de masas. Frente a ello yo había preguntado cómo se imaginaba ella esa huelga, si como simple huelga demostrativa o como huelga coercitiva. Ella también había explicado que la convergencia de una huelga de masas política con una huelga económica gigantesca, por ejemplo, una huelga de los mineros, sería ventajosa para ambas partes, lo que yo cuestioné.

¿Qué respuesta recibo yo ahora a estas preguntas? Ninguna. Ella declara simplemente:

"Esta división estricta en rubros y esquemas de la huelga de masas en tipos y subtipos puede tener sentido en el papel, y bastar también para la cotidiana vida parlamentaria. Pero apenas comienzan las grandes acciones de masa y los períodos políticos tormentosos, la división en rubros es desordenada totalmente por la vida misma. Por ejemplo, este fue el caso en Rusia donde las huelgas demostrativas y las huelgas combativas se alternaban continuamente, y donde el incesante y cambiante efecto de la acción económica y política constituía justamente lo característico de la lucha revolucionaria rusa y la fuente de su fuerza interna."

Yo naturalmente me había referido a Europa occidental, pero, dice la camarada Luxemburg, también en la época de la lucha belga por el derecho electoral, que comenzó en 1886 y se continuó por muchos años, se realizaron numerosas luchas económicas.

"Sí, –sigue opinando– actualmente en Alemania nosotros estamos viviendo una gran lucha en el gremio de la construcción, simultánea con la lucha por el derecho electoral, esto, según mi «esquema», tendría que ser perjudicial para el movimiento por el derecho electoral; sin embargo, por el contrario, aquélla lo promovería. La idea que yo propugno sería una «concepción altamente» pedante, estrecha, del movimiento por el derecho de sufragio."

Hasta aquí la camarada Luxemburg. Pero ¿cuándo por ventura he negado yo que las acciones económicas y políticas se apoyan mutuamente, cuándo he dicho que en la época de una lucha por el derecho de sufragio había que evitar como perjudiciales las luchas económicas? Justamente en mi respuesta contra la camarada Luxemburg he subrayado que la lucha por el derecho electoral obtenía su mayor fuerza de las contradicciones y las luchas económicas y especialmente, frente al esperado lock-out de los obreros de la construcción, declaré:

"Es así que de las luchas sindicales de este año también esperamos un aumento del resentimiento y un fortalecimiento de la lucha por el derecho de sufragio."

De manera que la camarada Luxemburg en sus argumentos sobre esto lucha contra molinos de viento. Aquí no se trata de que en los años de lucha por el derecho electoral no se producen luchas económicas y si éstas podrían tener a su vez efecto sobre aquéllas, sino de *qué tipo* será la *próxima huelga de masas garantizada* que espera la camarada Luxemburg. Esta es la cuestión de que se trata. ¿Pretende afirmar ella que en algún lugar de Europa Occidental se produjo una *huelga determinada* que junto con las exigencias políticas del conjunto del proletariado al gobierno y el parlamento también quiso imponer exigencias económicas especiales de capas aisladas de trabajadores a grupos individuales de capitalistas?

Por otra parte el reconocimiento que a veces las huelgas demostrativas y las coercitivas se siguen unas a otras es sin duda correcto, pero no brinda demasiadas conclusiones a quienes deben lanzar la "consigna" de la próxima huelga de masas, sobre el tipo de huelga que debe ser.

La camarada Luxemburg ha encontrado evidentemente otra importante razón para afanarse con la respuesta a esta cuestión: Bernstein diferencia también entre huelga coercitiva y huelga demostrativa. Es decir que un buen marxista no puede tener vínculos con una diferenciación de ese tipo. Ahora bien, yo pienso que para la evaluación de una idea no es necesaria una certificación de su origen, y a veces también una gallina ciega encuentra una buena lombriz. Dejo aquí totalmente de lado que en la cuestión de la lucha por el derecho de sufragio, Bernstein sostenga una táctica mucho más enfrentada a la que yo defiendo que con la que plantea la camarada Luxemburg.

Pero justamente en nuestra presente polémica se producirían situaciones particularmente divertidas si uno le quisiera echar en cara al otro sus aliados involuntarios. Pues en la cuestión de la huelga de masas se entrecruzan las más diversas orientaciones. Si ella se las toma con mi Bernstein, entonces yo lo haré con su Zepler, que en el *Demokrat*, publica una serie de artículos en apoyo de la concepción luxemburguiana de la huelga de masas [3].

Y si rechaza a Bernstein, a quien no podrá objetarle nada es a su amigo Pannekoek. Pues ella aprueba sus artículos contra mí en la *Bremer Bürgerzeitung*. ¿Pero qué dice allí Pannekoek? En su segundo artículo dice:

"Nada más importante que reconocer con cierta claridad las *formas* que tomará en Alemania un movimiento de huelga de masas en el curso de su desarrollo."

Muy correcto, pero en tajante contradicción con la camarada Luxemburg, que justamente descarta la diferenciación de las formas como un "esquema sin vida", como una división "pedante, estrecha".

En su tercer artículo Pannekoek escribió luego contra mí:

"Tenemos que descartar desde el comienzo la idea de que se trata de una gran huelga coercitiva para conquistar el poder de estado. Se trata simplemente de la cuestión práctica de una *huelga demostrativa*... Kautsky pasa por alto la cuestión práctica inmediata, que es la que está en consideración. Esta cuestión es: ¿sería necesario, útil o perjudicial fortalecer e incrementar el movimiento de demostraciones callejeras por medio de *huelgas demostrativas*? Esta pregunta ni la considera, sino que continuando el hilo de las palabras de la camarada Luxemburg que afirman que una acción de ese tipo, una vez comenzada, tiene que acrecentarse constantemente, pasa

inmediatamente a la consideración de grandes movimientos de huelgas coercitivas, que tendrían como objeto una batalla decisiva, una "derrota" del gobierno. Vale la pena señalar una vez más, que esta no es la cuestión, que se trata de los beneficios o perjuicios que podrían producirle a nuestro movimiento la utilización de simples huelgas demostrativas; y de esto Kautsky no nos dice nada."

No, mi querido Pannekoek, sobre esto no nos enteramos de nada en los escritos de la camarada Luxemburg. Yo le pedí a ella explícitamente, que nos dijera con precisión si la huelga de masas a la que se refería sería una huelga demostrativa o no. La discusión sólo podría dar un resultado determinado cuando conociésemos su respuesta. Fue la camarada Luxemburg la que eludió la respuesta a la pregunta con la declaración de que sólo un espíritu estrecho o un bernsteniano podría hacer esas distinciones, que para un marxista verdadero todo estaría mezclado, la huelga política y la económica, la huelga demostrativa y la huelga coercitiva.

Pero después de las explicaciones de Pannekoek puede aún cuestionarse si él reproduce correctamente la concepción de la camarada Luxemburg.

Algunas de las cosas que ella dice de la huelga de masas no corresponde para nada con la huelga demostrativa.

En realidad el cuadro que ella traza de la huelga de masas no es demasiado claro y sí bastante contradictorio. Habla de huelga de masas en las minas de carbón, huelgas de solidaridad norteamericanas, así como de la huelga belga de masas y de huelgas demostrativas. Como Fausto, que habiendo tomado la poción de las brujas ve en cada mujer a Helena [4], así nuestra camarada ve en cada uno de los tipos de huelga a la huelga de masas que se aproxima. Por otra parte manifiesta que una huelga de masas no se puede ordenar desde arriba, que debe nacer de la agitación de la masa "que determina sus acciones por sí misma", arrastrando con ella a todos, incluso a los dirigentes de los trabajadores si éstos quieren enfrentarla y oponerse. El impulso inicial para la acción de masas no podrían darlo las direcciones de las organizaciones proletarias sino las masas mismas:

"La decisión de una acción directa de la masa sólo puede partir de la misma masa."

Pero esta misma acción de masa según la camarada Luxemburg ha de depender totalmente de que el partido le dé a las masas

"aquella consigna que es la única que permite impulsar hacia adelante la lucha por él iniciada."

Si en el "momento preciso" no se da esta consigna, la frustración se apodera de la masa, "la acción se derrumba sobre sí misma".

Por una parte la huelga de masas no puede ser fabricada; se genera por sí misma. Por la otra, se la produce por una consigna del partido. Primero la masa es el origen y la portadora de toda la acción. Después, por el contrario, no tiene capacidad para nada si no se le avisa de la consigna.

IV. LAS CONDICIONES DE LA HUELGA EN RUSIA

Hemos visto cómo nos encontramos envueltos en una red de contradicciones apenas intentamos dar una forma determinada a la consigna de la huelga de masas que la camarada Luxemburg quiere poner en discusión. Esto seguramente ha de resultar sorprendente en una pensadora en general tan sagaz y clara como ella. Pero la cuestión pierde ese carácter incomprensible si retrocedemos de las ideas a las cosas de las que éstas han surgido. Encontramos entonces que las contradicciones de nuestra amiga en la concepción de la huelga de masas sólo reflejan las contradicciones entre las condiciones de la huelga de masas en Rusia y en Alemania.

Una y otra vez la camarada Luxemburg nos remite a la revolución rusa, cuyas enseñanzas tendríamos que tomar en consideración. Yo soy el último en menospreciar la importancia de esa colosal hecatombe, en negar que todos podemos aprender de ella, y que es mucho lo que tenemos que aprender.

Pero aprender no significa simplemente imitar. La concepción usual de la historia como maestra es aquella que la representa como una serie de éxitos y fracasos, que por su simple contemplación nos muestra los caminos que conducen al éxito y los lugares en los que hay que evitar extraviarse. Nada más errado, incluso funesto, que esta concepción. Sólo estaría justificada si la historia fuese realmente, como mucha gente piensa, la constante repetición de los mismos procesos, si lo único que cambiase fuesen los nombres, el idioma y las vestimentas de los actores, mientras que sus roles y el desarrollo de la obra se mantuvieran idénticos. En realidad la sociedad se desarrolla constantemente hacia formas cada vez más complicadas, resultado del progresivo desarrollo técnico. Nunca se

repiten completamente las mismas condiciones de las luchas económicas y políticas que constituyen la historia. haciéndose aquéllas cada vez más polifacéticas. Por eso en las distintas épocas y en los distintos países han tenido éxito métodos muy diferentes. No debe haber prácticamente ningún método de lucha, ningún dispositivo político imaginable para el que a lo largo de la historia no se hayan encontrado, alguna vez, pruebas de su superioridad: para el terrorismo jacobino y la entrega cristiana, para la revolución que busca el todo y la reforma que avanza a pasos, para la república y la monarquía, el federalismo y el centralismo, etcétera.

Por este camino y a partir de la historia se puede probar lo que se quiera, y con ella engañarse fácilmente, pues el pasado no se repite y detrás de superficiales analogías de distintas épocas frecuentemente se ocultan las máximas diferencias sociales.

Es particularmente peligroso remitirse a ejemplos revolucionarios. Un acontecimiento tan fundamental como una gran revolución deja tras suyo los más profundos efectos, que durante generaciones siguen actuando. Las vías por las que logra sus violentos éxitos son consideradas como las únicas correctas por mucho tiempo. Pero un acontecimiento así despierta siempre en espíritus entusiastas grandes expectativas que no son satisfechas, expectativas tanto más grandes cuanto más impresionante es el acontecimiento. Si a la postre la revolución toma un curso distinto al esperado por sus apóstoles, entonces ello se considera resultado de una serie de "errores" que se han cometido y que se quieren evitar la próxima vez. Es por eso que una revolución aparece siempre como altamente productiva en "enseñanzas" que muestran cómo deben ser llevadas al triunfo nuevas revoluciones, y cuáles son los errores de los que hay que cuidarse.

Pero una gran revolución de esas características no puede transcurrir sin modificar desde sus fundamentos las condiciones que encontró y en las que se desarrolló. No siempre cumple lo que muchos esperan y desean, pero siempre altera profundamente las condiciones políticas y sociales que encuentra, creando nuevas condiciones que hacen necesarios nuevos métodos de lucha y de propaganda. De manera que nos equivocaríamos de plano si después de una revolución quisiéramos aplicar sin más ni más a nuestra práctica las enseñanzas de sus éxitos y de sus fracasos.

Con esto no afirmo que no podamos ni debamos aprender de la historia, y en particular de la historia de las revoluciones. Pero lo que tenemos que extraer de ella no es una colección de métodos

exitosos o deficientes, sino el reconocimiento de las *relaciones causales*. Al investigar las relaciones causales de los procesos sociales de un período determinado, al reconocerlas y compararlas con las de otros períodos así como con las de nuestra época, se nos facilita el conocimiento de esta última; —pues así se nos hace posible separar los factores esenciales de su desarrollo de aquellos que son superficiales y casuales. Podremos evaluar entonces más adecuadamente los distintos elementos y de su investigación extraer conclusiones más seguras acerca del futuro y con ello, acerca de nuestras tareas en el presente.

Si se analiza por ejemplo la revolución francesa buscando las ventajas que ofrece el método del jacobinismo, o que da la acción conjunta de campesinos, burgueses y proletarios impulsados por el efecto de las fórmulas éticas de Libertad, Igualdad y Fraternidad, se llegará a resultados que en la actualidad, seguramente, sólo pueden inducir al error. Que "las enseñanzas" de la gran revolución tengan todavía un efecto residual en el socialismo francés es justamente una de sus deficiencias. Es por el contrario muy importante un estudio acerca del papel que en la revolución juegan las diversas clases para el reconocimiento de su esencia y de las relaciones que tienen entre sí; en especial si se las contrapone con las formas posteriores de desarrollo, es decir de 1848, 1871 y de nuestro tiempo. Vemos entonces con claridad qué es lo que todavía hoy puede esperar el proletariado de los intelectuales, de los grandes capitalistas industriales, de los pequeñoburgueses, de los campesinos; hasta qué punto puede actuar conjuntamente con ellos o dónde los debe enfrentar. Los resultados de las experiencias políticas y económicas de nuestra época se profundizan y aclaran mediante la comparación con las experiencias de las épocas precedentes.

Para la comparación de las experiencias de distintos países vale algo similar. Cada país debe y puede aprender de los demás. Pero no a través de la simple imitación de sus métodos sino por la comparación de su experiencia con la de otros países, la vinculación de los éxitos y fracasos con sus causas, y el estudio del grado en que las mismas causas existen, existieron o están por producirse en nuestro medio, trayendo consigo o haciendo previsibles para nosotros efectos similares.

La camarada Luxemburg nos remite una y otra vez al ejemplo de las huelgas de masas rusas, que fueron la introducción y generaron la revolución de 1905. ¿Bajo qué condiciones se produjeron? Comenzaron en una época en que el gobierno ruso se había con-

vertido en el gobierno más débil del mundo. Ninguna clase lo apoyaba ya, para todas las clases, incluso los terratenientes y capitalistas aparecía como la causa de la ruina de Rusia, como la maldición del país, como un funesto animal de rapiña al que había que darle fin. La intensidad de la corrupción, la dilapidación enloquecida de los recursos nacionales, el estrangulamiento total de su desarrollo económico, la desorganización de toda su administración habían emergido bajo las formas más descarnadas durante una guerra desencadenada del modo más despreocupado, contra enemigos a los que se había despreciado y que ahora propinaban al ejército terribles derrotas con lo que no sólo destruían este último apoyo del gobierno sino que incluso habían llegado a convertirlo en un medio de rebelión. Los oficiales habían llegado a ser centro general del desprecio de los soldados rasos, que se mofaban de ellos y los desdeñaban. Y entre los oficiales mismos, aquellos elementos que todavía tenían algún sentimiento del honor, fuerza e inteligencia se incorporaban a las filas de los más enconados opositores al gobierno.

Junto con el ejército, el campesinado había sido hasta ese momento el apoyo más firme del zarismo, había venerado en el zar a un ser superior, un dios, topoderoso y de bondad infinita, del que renovadamente esperaban ayuda en su desesperante situación. Este estado de ánimo había cesado totalmente en 1905. Un levantamiento campesino sucedía al otro.

Esta era la situación en la que se desarrolló el movimiento de huelga de masas que creció hasta convertirse en una fuerza irresistible.

Por otro lado encontramos en la Rusia de entonces un proletariado, que en algunas ciudades ya era muy numeroso, oprimido y resentido al extremo pero al que se lo privaba de toda posibilidad de organización, y actividad legal. Si los proletarios querían reunirse, hacer conocer sus exigencias, protestar contra su miseria, entonces sólo le quedaba *un* medio: la *huelga*. A través de la huelga los trabajadores que estaban aislados podían establecer contacto entre sí afirmando la sensación de fuerza que eleva a las masas por encima del individuo. Allí cobraban entusiasmo, desaparecía su desesperanza, se les hacían accesibles nuevas ideas que incorporaban ansiosamente.

Así la huelga se convirtió para el obrero ruso en una necesidad vital; el simple hecho de la huelga era lo que revitalizaba, sin hacer consideraciones si se trataba de una huelga demostrativa o una huelga de lucha, si se dirigía contra el capitalista o contra el gobierno. El hecho de que se hiciera huelga ya era un éxito en sí mismo,

un triunfo. Las exigencias y los objetivos de la huelga pasaban por eso a un segundo plano y frecuentemente ni llegaban a expresarse claramente. Y, por otra parte, cada una de las huelgas, fuera cual fuese su carácter, se convertía desde el comienzo en una rebelión contra la legalidad, en una acción revolucionaria.

Esto ya había sido así en los últimos años antes de la revolución. Pero la guerra, el derrumbe del gobierno, la crisis económica, la miseria incitaban cada vez más frecuentemente a los trabajadores a la huelga, que tomaba un creciente carácter político de protesta contra todo el sistema de gobierno, pero con ello ganaba cada vez más simpatías en los círculos de la oposición burguesa.

Lo particular de este movimiento de huelga se acrecentó aún más por la increíble extensión del imperio y su deficiente sistema de comunicaciones, su falta de trenes, servicios postales, diarios. Rusia aún no constituye una unidad económica, se descompone en numerosas regiones económicas totalmente independientes cuyas masas proletarias no tienen ninguna vinculación entre ellas. Si bien el movimiento de huelgas —en el curso del año 1905 se transforma en todas partes cada vez más en un movimiento de lucha contra el zarismo, todavía estaba lejos de ser homogéneo en todos los lugares. No se desencadenó simultáneamente en todas partes, sino primero en Lodz en Polonia, y luego en Bakú detrás del Cáucaso; mañana quizás seguía en el Ural, en Petersburgo, en Odesa, y más tarde en Riga, finalmente en el Don. Pero este desmembramiento no dañó inicialmente al movimiento; tuvo más bien como resultado que no se detuviera, que a lo largo de todo el año todo el imperio apareciera en constante movilización, que el gobierno no se sintiera seguro en ningún lugar, que no pudiera concentrar sus instrumentos de poder en ningún punto, que tuviera que dividirlos entre numerosos centros de conflicto y que, finalmente, se derrumbase cuando el imponente movimiento creció en Octubre hasta convertirse en una explosión que recorrió todo el imperio a la vez.

Particularmente brillante fue la actitud de los obreros de la Polonia rusa. Este país es la región más industrial del imperio, sus trabajadores son los más desarrollados intelectualmente (aparte de Finlandia), pero sometidos simultáneamente quizás a una opresión más terrible que los de Rusia propiamente dicha y quizás más inclinados a la rebelión que éstos, pues su nación registra una serie de poderosas insurrecciones contra el zarismo.

El movimiento de huelgas revolucionario en la Polonia rusa pertenece seguramente a las acciones más heroicas y extraordinarias

en lo que va de la lucha por la emancipación del proletariado europeo. En modo alguno he de contradecir a la camarada Luxemburg cuando considera a los trabajadores de su patria como los luchadores más destacados del socialismo en nuestros días.

Pero mi respeto y mi admiración por estos héroes no me pueden llevar simplemente a hacerles a los obreros alemanes el llamamiento de: observad y haced lo mismo. Ya Cervantes sabía que lo que en ciertas circunstancias es heroísmo, en otras es una quijotada.

V. LAS CONDICIONES DE HUELGA EN PRUSIA

En la Prusia de hoy la situación es totalmente distinta que en la Rusia de hace cinco años. Aquí tenemos que vérnosla con el gobierno más fuerte de la época actual. En ninguna parte el ejército y la burocracia están tan disciplinados, quizás no exista en ninguna parte una cantidad mayor de trabajadores del Estado; seguro que en ningún otro país están en una "subordinación por deseo divino" tan desarrollada, en ninguna nación se los mantiene sometidos por una obediencia ciega más terrible que en Alemania, y en especial, en Prusia. Y por encima de esta masa aterrorizada hay explotadores de un poder y de una brutalidad sin igual. Todos estos grandes explotadores cierran filas alrededor del gobierno, tanto más estrechamente cuanto mayor es la tenacidad con la que se aferran a las condiciones imperantes. Y como guardianes del orden existente contra toda revuelta, son apoyados por grandes masas de campesinos y pequeñoburgueses.

En la Rusia de 1905 el gobierno estaba totalmente aislado. En la Prusia de hoy, en toda acción en la que quiera atacar con energía a las condiciones existentes, es el proletariado el que está aislado.

Y si en 1905 en Rusia el gobierno se había derrumbado vergonzosamente en una guerra irresponsable contra una pequeña potencia, desde hace ya casi un siglo el gobierno prusiano se ve sostenido por el brillo de constantes triunfos, triunfos sobre las potencias más fuertes del mundo.

Por otro lado las condiciones de vida del proletariado alemán no son tan desesperadas como eran las del ruso hasta la revolución. Para él la huelga no constituye, de ningún modo, la única posibilidad de acción como clase, la única posibilidad de unirse con sus camaradas, de protestar con ellos en conjunto, de plantear exigencias, de desarrollar su fuerza. Las ligas, las reuniones, la prensa, las elecciones de todo tipo lo tienen constantemente en acción. En estas circunstancias la huelga adquiere para él un significado totalmente distinto.

Si en Rusia el simple hecho de una huelga era un éxito, fuese cual fuera su resultado práctico, ya que la huelga en sí era un medio de organización, de esclarecimiento, de aliento, en nuestro caso de ningún modo es así. Nosotros tenemos otros medios para lograr los mismos objetivos. El trabajador en Alemania, y en realidad en toda Europa occidental, sólo recurre a la huelga como medio de lucha, cuando tienen la perspectiva de obtener con ello *resultados definidos*. Si éstos no se logran, la huelga fracasa. Si la falta de resultados se debe a una mala conducción, sea porque ésta ha elegido en forma infortunada el momento de la huelga o porque ha calculado incorrectamente las fuerzas de su propia organización o de la organización enemiga, entonces la huelga puede lograr lo opuesto al fin perseguido, actuando en forma depresiva sobre los trabajadores.

Es por ello que antes de una huelga se debe evaluar con exactitud desde el comienzo las exigencias que se quieren imponer. El éxito depende en gran medida de su formulación.

No deben ser demasiado restringidas si el entusiasmo de los que luchan tiene que mantenerse. Pero tampoco deben sobrepasar demasiado la medida de lo que pueda ser impuesto dado la relación de fuerzas, para que desde el comienzo cada triunfo no sea imposible.

Lo que desde el punto de vista de la huelga primitiva, amorfa de la Rusia revolucionaria puede ser una diferenciación superflua, pedante y estrecha, es una condición esencial de toda conducción de huelga racional en Europa occidental. Está claro que un movimiento huelguístico pueda entrecruzarse con otro, que pueda tomar en su desarrollo distintas formas que no se pueden prever. Una huelga demostrativa puede transformarse en un lock-out o en una huelga coercitiva, una huelga económica aislada puede tomar las dimensiones de una huelga de masas de solidaridad y finalmente alcanzar significado político. Una huelga de masas política triunfante puede arrastrar detrás suyo ramificaciones económicas aisladas. Todo esto no impide que haya tipos muy distintos de huelga, y que en nuestras condiciones haya que sopesar cuidadosamente el carácter y el tipo de una huelga al comenzarla, así como las metas y objetivos que se le quieren fijar.

Las condiciones para realizar una huelga en Europa occidental y en especial en Alemania son por lo tanto muy distintas de las de la Rusia prerrevolucionaria y revolucionaria.

Una táctica de huelga que allá ha demostrado ser valiosa, no por ello habría de mostrarse adecuada aquí.

Ya en la simple huelga demostrativa las diferencias se hacen notar.

Es mucho más difícil lograr en Alemania, como más de una vez se la realizó en Rusia, una huelga demostrativa de tal envergadura que cambie completamente el aspecto de la calle y con ello cause una profundísima impresión en la totalidad del mundo burgués, así como en las capas más indiferentes del proletariado. Sobre las huelgas demostrativas del sur de Rusia en julio de 1903 escribió en esa época la camarada Vera Zasulich en *Iskra*:

"Nunca Rusia, y creo que tampoco Europa occidental, ha visto algo semejante. Aquí aparece, como una cosa nueva en la historia mundial, la solidaridad absoluta de todos los trabajadores, sin distinciones de oficio ni de nacionalidad. Hacen huelga como un solo hombre todos los trabajadores desde los sectores acomodados, de trabajadores con un oficio hasta las capas más bajas de peones. Se detiene el transporte marítimo, así como el ferroviario, la iluminación eléctrica y la iluminación a gas dejan de funcionar, hacen huelga los empleados de las grandes tiendas, hacen huelga los tranviarios, no aparecen los diarios, el pan y los productos esenciales aumentan rápidamente su precio, las construcciones están paradas; en Bakú el aprovisionamiento de agua ha cesado. En Europa occidental nunca existieron huelgas similares, a pesar del medio siglo de historia del movimiento socialista, de la organización socialdemócrata y de la libertad política." (Citado por Tscherwanin, *Das Proletariat und die Russische Revolution* [El proletariado y la revolución rusa], página 15.)

Es cierto, huelgas demostrativas de esta clase todavía no han existido nunca en Europa occidental. Y tampoco se producirán tan fácilmente, no a pesar sino a causa del medio siglo de movimiento socialista, organización socialdemócrata y libertad política. Constituyen la particularidad de una situación en la que un moderno proletariado de masas, teniendo ante sus ojos el ejemplo de medio siglo de movimiento socialista y libertad política en Europa occidental, no tiene medios legales de movilización.

En Europa occidental a causa del medio siglo de lucha de clases

proletaria, no sólo las organizaciones proletarias se han desarrollado mucho más sino que también lo han hecho las organizaciones capitalistas para el sojuzgamiento del proletariado, y éstas, incluso en el caso de una simple huelga demostrativa, entran en acción mucho más rápida y poderosamente. En contraposición, gracias a la libertad política, los trabajadores tienen tan abundantes oportunidades de dar a conocer sus puntos de vista sin riesgo que aún ante situaciones extraordinarias, sólo los más fuertes y avanzados se harán cargo del riesgo de una huelga, en el caso en que ésta deba quedar como simple demostración.

En vista de la férrea disciplina existente en las grandes empresas monopolistas estatales, municipales y privadas, y de la firme asociación entre gobierno y capital, es totalmente impensable que en nuestro caso, en una huelga demostrativa contra el gobierno, se paren los trenes urbanos, los tranvías, las plantas de gas. Pero también en muchas otras empresas se necesitará un estímulo inicial muy intenso para que los trabajadores entren en una huelga demostrativa, tan pronto como encuentren resistencia del lado de los empresarios. Pues para ellos la huelga no sólo no es la única forma de actividad y protesta política, sino tampoco el medio más impactante. Una elección triunfante para el Reichstag produce una impresión mucho más fuerte. Probablemente si se trata de una causa que no produce resistencia inmediata, o si se trata simplemente de expresar la protesta contra una injusticia que existe desde hace más de medio siglo, es decir, si no hay un factor desencadenante de envergadura, es difícil que se pueda realizar una huelga demostrativa que se transforme en una verdadera y poderosa demostración de masas a lo largo de todo el imperio. Son previsibles las huelgas demostrativas locales como protesta contra una injusticia hondamente sentida, que agita momentáneamente a las masas y exige ser modificada de inmediato, que no pueden ser postergadas hasta las próximas elecciones. En mi artículo *¿Y ahora qué?* también expresé la esperanza de que las huelgas demostrativas de ese tipo, como ya las tuvimos en Kiel y Francfort, se repitiesen e intensificasen si la brutalidad de la policía se repetía e intensificaba. Pero estas huelgas no pueden ser discutidas de antemano. Nacen por sí mismas de ciertas situaciones.

Un efecto político de largo alcance no podría partir de esas demostraciones locales, a pesar de que deban ejercer un efecto vivificador para la continuación del movimiento. Para actuar políticamente la huelga demostrativa tendría que tener una extensión

mayor. Incluso la camarada Luxemburg piensa que la huelga de masas que vislumbra en la actual campaña electoral, fuera lo que fuese lo que ella entiende como tal, no sólo tendría que involucrar a Prusia sino a toda Alemania.

Una huelga así de ningún modo sería imposible, pero, como ya se dijo, tropezaría con grandes dificultades. Sólo podría resultar exitosa ante una conjunción de circunstancias muy favorables y seguramente no tendría mucho más efecto que, por ejemplo, una elección para el Reichstag.

Pero según la opinión de la camarada Luxemburg, con huelgas demostrativas tampoco bastaría. Ella habla de una acción de masas en crecimiento y agudización constantes, que quizás sería *iniciada* por una "huelga demostrativa corta, única".

El camarada Pannekoek se expresa más claramente que la camarada Luxemburg. Dice éste en su segundo artículo:

"La huelga de masas como medio de presión política contra el gobierno, en la lucha por el poder, no puede ser un *acto único*, sino un *proceso más prolongado*. Supone una lucha larga, tenaz. No puede ser una huelga única de duración prolongada —esto no lo aguantan ni los mismos trabajadores—, sino que tiene que ser un movimiento huelguístico colosal que crezca y descienda, en el que los combatientes hacen pausas, hoy aquí, mañana allá, teniendo que tomar aire antes de lanzarse nuevamente a la lucha, tratando de juntar todas sus fuerzas para una huelga simultánea, pero separándose de vez en cuando para llevar luchas individuales."

Esta concepción en su totalidad está extraída de la historia de las huelgas rusas. En realidad, el mismo Pannekoek dice antes:

"Nada es más importante que reconocer más o menos claramente las formas que adoptará en Alemania un movimiento de huelgas de masas en el curso de su desarrollo ulterior. Pero no es mucho lo que podemos extraer de los ejemplos de Europa occidental, pues allí nunca estuvo en juego todo el dominio de la clase gobernante. Mejor nos podría servir de ejemplo el movimiento de huelgas ruso. Es cierto que este ejemplo tampoco puede utilizarse así como así, no porque en Rusia reinaba la revolución y aquí no, como opina Kautsky, pues la revolución rusa consistía justamente en el movimiento de huelgas de masa y la revolución alemana en el fondo ya ha comenzado con la lucha por el derecho electoral de Prusia. La diferencia, por el contrario, está en el imponente poder de

organización del proletariado alemán, nunca visto anteriormente en luchas de este tipo, que le dará una fuerza extraordinaria."

Es decir que, efectivamente, Pannekoek no toma como referencia a Europa occidental sino a Rusia. Obviamente el mismo agrega de inmediato que entre las condiciones rusas y las alemanas existe una diferencia, pero sólo la ve en "el imponente poder de organización del proletariado alemán" y piensa que esa diferencia sólo podría llevar a aumentar el ímpetu de la lucha.

Mi opinión es distinta.

Ese imponente poder de organización del proletariado alemán es una consecuencia de la extraordinaria concentración del capital, y el no menos extraordinario desarrollo del comercio, que lleva en forma progresiva a la más estrecha ligazón económica y espiritual de todos los territorios del imperio, centralizando y unificando cada vez más no sólo a las organizaciones del proletariado, sino también a las de los empresarios y las del poder del Estado.

Con ello también se centralizan y concentran cada vez más las luchas entre esas organizaciones. No cabe duda que con ello, como señala Pannekoek, ganan cada vez más en ímpetu, pero así también cada vez se hacen más infrecuentes. En esas condiciones es necesario pensar largamente antes de decidirse a luchar, pero una vez que la lucha ha sido desencadenada, ésta gana inmediatamente una extensión máxima, debiendo ser llevada a cabo con todos los medios hasta el triunfo o hasta el agotamiento total y en toda la línea de las fuerzas.

Una lucha de esta índole no se puede repetir muy rápidamente, tanto menos cuanto mayor ha sido su extensión, cuanto mayor ha sido la participación del proletariado. La imagen de un período de huelga de masas que inicialmente no tiene ningún resultado práctico pero que se repite una y otra vez, tras cortas pausas para tomar aliento hasta liquidar al enemigo, encuentra cierto asidero en el atraso *económico* ruso, pero contradice totalmente las condiciones de lucha en un país industrial altamente desarrollado con una muy avanzada concentración del capital y centralización de las organizaciones de lucha tanto del proletariado como de los empresarios y su gobierno.

Por otra parte, fue del atraso *político* de Rusia de donde surgió el que cada huelga, inclusive las puramente económicas, se convirtiesen en un acto de política revolucionaria, de modo que un período de huelgas de todo tipo —predominando entre ellas las locales

y económicas– pudo ser considerado un período "de la huelga de masas" o aún como "una huelga de masas".

En este sentido la camarada Luxemburg decía en su escrito *Huelga de masas, partido y sindicatos*:

"Es totalmente erróneo imaginar la huelga de masas como un hecho, como una acción aislada. La huelga de masas es más bien la designación, el concepto totalizador de un período de años, quizás de *decenios* de lucha de clases. De las innumerables y distintas huelgas de masas que se han desarrollado en Rusia desde hace cuatro años [desde 1902], el esquema de la huelga de masas como un acto aislado, corto, puramente político, generado de acuerdo con un plan y un objetivo, sólo concuerda con una forma de desarrollo, y precisamente, una forma subordinada: las huelgas puramente demostrativas [...]. Todas las demás huelgas de masas, grandes y parciales, no eran huelgas demostrativas sino huelgas de lucha, y como tales, en la mayor parte de los casos, se generaban en forma espontánea, *a partir de desencadenantes específicamente locales, casuales, sin plan ni objetivo* y creciendo con fuerza elemental hasta ser grandes movimientos. De manera que no emprendían una «retirada ordenada», sino que se convertían a veces en luchas económicas, a veces en luchas callejeras, o a veces se desarticulaban por sí mismas." [5]

Está claro que las huelgas después de "medio siglo de organización socialdemócrata y libertad política" toman un cariz distinto que estas huelgas rusas.

La huelga en Alemania no representa nuestro futuro. En nuestro medio la huelga es una actividad totalmente legal, puede ser discutida y organizada libremente, no plantea de por sí ningún enfrentamiento con el gobierno, y la huelga de masas totalmente desorganizada, "sin plan ni objetivos", tiende a desaparecer. Las huelgas, en general, son cuidadosamente evaluadas antes de su desencadenamiento, y por ello no sucede que finalmente "se desarticulen por sí mismas" y tampoco se transforman en "luchas callejeras". Cuando en ciertas épocas las huelgas se acumulan a nadie en nuestro medio se le ocurrirá designar un período de huelgas de este tipo con la calificación global de "huelgas de masas" e igualmente nadie creerá que un período de ese tipo de huelgas económicas y locales sea ya una acción revolucionaria que lleve al derrocamiento del gobierno. Cuando hoy los mineros de la región del Ruhr hacen huelgas y medio año después los obreros de la construcción en

Berlín, y medio año más tarde los trabajadores textiles en Crimmitschau, en busca de la obtención de salarios más altos, nadie ha de esperar que ésa será la huelga de masas que obligará al gobierno prusiano a prosternarse.*

Si en nuestro medio una acción ha de actuar como una huelga de masas política, entonces no debe ser local, sin objetivo ni meta, entonces desde el comienzo debe desencadenarse de acuerdo con un plan y un objetivo como una huelga política, y debe mantener este carácter hasta el final. Debe involucrar a la totalidad del estado, no debe ser una huelga de masas "parcial, local", y cuando sin resultado político se transforma "en una lucha económica, en una lucha callejera o se desarticula por sí misma", lleva a una sensible derrota.

Sólo en las condiciones de absoluta falta de libertad de Rusia, un período de un año de huelgas que se seguían una tras otra, en general de naturaleza local y económica, podía tomar un carácter revolucionario tal que podía calificárselo de "la huelga de masas" sin violentar demasiado el concepto.

Pero si la camarada Luxemburg opina que un período de huelga semejante podría ser estirado sin límites durante decenas de años, entonces la experiencia ha demostrado desde entonces que ello no es posible aun bajo las condiciones rusas.

También el proletariado ruso tenía que llegar finalmente al agotamiento por las huelgas constantemente recurrentes, y llegó el momento en el que se encontró frente al dilema de triunfar en forma decisiva o ser derrotado por un largo período. El que la huelga organice, esclarezca, fortalezca al proletariado sin que tenga importancia que la misma se desmorone, sea derrotada o triunfe, aun en las condiciones rusas, sólo fue válido durante un cierto tiempo. A medida que el período de huelgas rusas adquiría el carácter de una verdadera huelga de masas política, tanto más cerca estaba el momento en que la cuestión sería: vencer o hundirse.

Yo no digo esto para asociarme con aquellos comisarios de segu-

* Parece ser que he vuelto a hacer una profecía equivocada. Cuando escribí esto no había leído todavía la crónica en *Vorwärts* sobre el discurso hecho por la camarada Luxemburg en Charlottenburgo el 7 de junio. Ella declaró allí, si la crónica es correcta:

"Ahora nosotros también tenemos un caso de huelga de masas: el *lock-out* en el sector minero." Si un *lock-out* también está incluido, entonces todo lo que pasa en el movimiento obrero se convierte en "un caso de huelga de masas". A la postre resulta que desde hace medio siglo ya estamos en la "huelga de masas", la que, se nos dice, debería ser nuestro próximo paso.

ridad que ahora dan al proletariado ruso sabios consejos sobre lo condenable de su política de violencia. Su acción de huelga de masas fue un hecho elemental que nadie produjo. La tarea de los socialistas en esta acción como en toda acción de masas del proletariado, era ponerse a su cabeza, sea cual fuese el resultado probable. Y de ninguna manera estaba claro desde el comienzo que el zarismo habría de triunfar una vez más.

Finalmente, si esta acción de masas no ha conseguido lo que todos deseábamos, ella no ha sido inútil. Ha dejado detrás suyo una Rusia distinta de la que encontró.

Pero quizás con esto también ha eliminado, aun para Rusia, aquellas condiciones que posibilitaron que un período de huelgas de un año se pudiera calificar de "huelga de masas". Tan pronto como en Rusia vuelva a surgir con fuerza un movimiento de los trabajadores, y esperamos que así sea, éste puede encontrar condiciones tales que la "huelga sin plan ni objetivo", la huelga que es un hecho positivo tanto si finaliza "en una lucha callejera" o si "se desarticula por sí misma", aparezca como un retroceso hacia métodos envejecidos. Entonces también en Rusia probablemente sea necesaria la diferenciación "pedante" de las huelgas de acuerdo con planes y objetivos, trasformándose la huelga de masas política, al igual que en Europa occidental, en un acto único, cuyas condiciones están estrictamente separadas de las de la huelga económica.

Pero sea como fuese, lo cierto es que el esquema de la huelga de masas rusa no se adecua a las condiciones alemanas ni antes ni durante la revolución.

Aquí, en esta concepción, está la causa más profunda de las diferencias que existen entre mis amigos y yo sobre la huelga de masas. Ellos esperan un *período de huelgas de masas*, yo, en condiciones como las que existen en Alemania, sólo logro imaginarme la huelga de masas política como un hecho único, en el que todo el proletariado del imperio actúa con todo su poder, como una lucha de vida o muerte, como una lucha que derrota a nuestros adversarios, o que destruye o por lo menos paraliza por varios años todas nuestras organizaciones y todo nuestro poder.

Naturalmente no me imagino este hecho único como un acto aislado, "como un escopetazo". También yo espero una era de enconadas acciones y luchas de masas; pero considero a la huelga de masas como el arma final que llevada al combate da el golpe definitorio. En las condiciones alemanas es imposible conducir toda la lucha desde el comienzo con esta arma, poniéndola en acción una

y otra vez, siendo su ímpetu tal que paralizaría demasiado rápidamente nuestros propios brazos.

Los combates de la avanzada no se realizan con artillería pesada.

VI. CONDICIONES DE LA HUELGA DE MASAS POLÍTICA

La concepción que desarrollo aquí ciertamente no es producto de la necesidad de actuar como freno, que en mí descubre y censura la camarada Luxemburg. Yo ya desarrollé esta concepción hace más de *seis años* en la *Neue Zeit* en una serie de artículos: *Alterhand revolutionäres* [Miscelánea revolucionaria], cuyo tercer artículo se ocupaba especialmente de la huelga de masas (XXII, vol. I, pp. 685 y ss.).[6]

El punto de partida de los artículos estaba constituido también entonces por una polémica con un camarada polaco, que me censuraba por mi "delicadeza", por mi actitud "frenadora" en la cuestión del levantamiento armado. Sólo que mi adversario de entonces pertenecía al PPS.[7] No me parece superfluo repetir las ideas fundamentales de aquel artículo y hacer resaltar aquellos puntos relacionados con nuestra discusión actual agregándoles algunos comentarios.

Ya en aquel entonces fui lo suficientemente estrecho y pedante como para diferenciar entre los distintos tipos de huelga y analizar las distintas condiciones para el triunfo. Consideraba que las condiciones de la huelga económica son totalmente distintas a las condiciones de la huelga política.

"Todos los factores económicos que favorecen el éxito de los trabajadores en una huelga de masas son tanto menos influyentes cuanto más se generaliza el movimiento huelguístico."

Es totalmente equivocado pensar que la huelga de masas logra sus objetivos en la medida en que somete al capitalista a privaciones. Es cierto que éstos viven del trabajo del proletariado. Pero no solamente ellos. Los proletarios mismos también viven de él. Y cuando se trata de privaciones, éstas influyen antes sobre quienes tienen pocos recursos que sobre los pudientes.

No es el sometimiendo al hambre de los pudientes lo que ha de conducir al triunfo a la huelga de masas, sino únicamente la desorganización del poder del gobierno por la acción de la organización

proletaria. Se trata de la forma final y más elevada de la lucha entre la organización voluntaria del proletariado basada en la disciplina del entusiasmo desinteresado y la organización coercitiva del estado que se basa en la disciplina del terrorismo; se trata de la prueba de fuerzas definitiva.

La eficacia de la huelga de masas consiste en obligar al estado al más extraordinario despliegue de fuerzas, al mismo tiempo que paraliza sus instrumentos de poder. Esto lo logra por su misma masividad. Su efecto es tanto mayor cuanto mayor es la incorporación a la huelga del proletariado asalariado; no sólo en las grandes ciudades y en las zonas industriales sino también en los pueblos fabriles más apartados. Sería especialmente efectiva si también se le incorporasen los trabajadores rurales de las grandes propiedades.

El punto de partida evidentemente siempre lo deberán constituir las grandes ciudades, pero una de las condiciones del éxito es que surja de una agitación tan extensa del pueblo y que ésta se acreciente de modo tal, que unos pocos días de evolución de la huelga alcancen para que también pueda saltar hacia las zonas más apartadas.

Los grandes propietarios, y los señores del estado y del gobierno temerán más por sus propiedades y sus vidas cuanto más general sea la huelga y tanto más precipitadamente pedirán la protección militar. Repetidamente cada casa señorial, cada granero, cada fábrica, cada línea de telégrafos, cada vía férrea deberá ser vigilada militarmente. Para ello no alcanza el ejército. Los soldados no tienen reposo, son enviados de un lugar a otro, a todos los sitios donde se producen aglomeraciones peligrosas; pronto están agotados, sin ningún combate importante ni triunfo que pudiese darles ímpetu, pues a donde llegan, la multitud se dispersa para reunirse en todos los lugares a los que todavía no llegaron o de donde acaban de irse.

Antes de actuar sobre los soldados la huelga influirá sobre muchos trabajadores municipales y estatales que están en estrecho contacto con la masa proletaria, provienen de ella, viven con ella, son amigos, parientes. Cuanto más tambaleante aparece el poder del gobierno, su terrorismo pierde la capacidad de atemorizar. Las usinas de gas y electricidad dejan de funcionar, los tranvías de circular. Finalmente el correo y los ferrocarriles también son invadidos por la fiebre de la huelga; primero hacen huelga los trabajadores de los talleres, luego también los empleados más jóvenes del servicio, mientras que entre el resto cunde la resistencia pasiva.

El poder estatal busca fortalecerse llamando a los reservistas, pero

esta es un arma de doble filo, pues con ello incorporan a la masa del ejército a elementos menos seguros, que ya han sido contagiados por la fiebre de huelga y que ahora la introducen en los cuarteles.

Se encuentran allí con soldados que están agotados por el prolongado servicio de guardias, corridos de aquí para allá por las órdenes más contradictorias que producen resentimiento y una disminución del respeto por la superioridad. La disciplina se relaja más fácilmente cuanto menos posibilidades brinde la situación para el accionar conjunto de grandes cuerpos de ejército. Para la vigilancia de los innumerables puntos amenazados es necesario dispersar a las tropas en destacamentos cada vez más chicos que durante días y días no llegan a ver ningún oficial superior, estando, por el contrario, constantemente rodeados por ciudadanos pacíficos que pueden influir sobre ellos de las formas más diversas.

Si en estas condiciones el gobierno y sus más altos representantes pierden la cabeza, entonces la situación está perdida. ¡Y con cuánta facilidad sucede esto actualmente! El gobierno por un lado es asediado por sus simpatizantes atemorizados para que ceda, haciéndole concesiones al pueblo para aplacarlo y evitando llegar a situaciones extremas; por el otro también es increpado para que liquide a la canalla y ahogue a la huelga en sangre. Tironeado de aquí y de allá, a merced del humor y los estados de ánimos de los de arriba que modifican con las cambiantes noticias, puede echar hoy aceite al fuego a través de la masacre de indefensos curiosos, y derrumbarse mañana ante la información de que ese o aquel regimiento comienza a presentar dificultades, que aquí y allá los soldados confraternizan con los huelguistas, que hacen huelga los ferroviarios, que trabajadores rurales resentidos tomarón ese o aquel otro castillo que no se pudo proteger militarmente.

El viejo régimen se hace insostenible y uno nuevo toma su lugar.

Así aproximadamente me imaginé yo, *ya antes de la revolución rusa*, las formas que debería tomar una huelga de masas si ésta habría de ayudar al proletariado a triunfar en las condiciones de un estado militar centralizado moderno.

Por lo tanto, una huelga de este tipo no es una cosa sencilla y requiere toda una serie de condiciones previas. La camarada Luxemburg dice en su folleto sobre la lucha por el derecho de sufragio en Prusia:

"El mundo no podría existir ni veinticuatro horas si los trabaja-

dores llegaran a cruzarse de brazos." *(Aplausos atronadores que duran largo tiempo.)*

En realidad es un conocimiento que entusiasma saber que se es el pilar fundamental del mundo, pero ello no debe confundirnos en cuanto a que hace falta algo más que "cruzarse de brazos" para que una huelga de masas triunfe.

Pero las condiciones para una huelga así se dan cada vez más, en parte por el desarrollo económico, en parte por nuestra actividad y con ello mejoran progresivamente las perspectivas de triunfo de una huelga de masas.

El desarrollo económico multiplica la cantidad de proletarios y los concentra. Nuestra actividad en las organizaciones partidarias, en los sindicatos, en la prensa, en los cuerpos legislativos y municipales organiza a los trabajadores, les da un sentimiento de fuerza y disciplina, pero también esclarecimiento político y comprensión de la organización de nuestros adversarios.

Durante una huelga de masas no sólo será cuestión de cruzarse de brazos, sino de garantizar la cohesión organizativa del proletariado en la totalidad del imperio. Tenemos que estar preparados para que ya en el comienzo de una huelga de ese tipo todos nuestros representantes sean detenidos, todas nuestras publicaciones reprimidas. Entonces tendrán que dirigir la lucha los llamados "suboficiales". Éstos tendrán que ocuparse de que los distintos grupos se mantengan en contacto y procedan unificadamente. Que la masa no se deje provocar a combates callejeros, pero que tampoco se deje asustar por actos de violencia que se produzcan. Deberán saber exactamente cuáles son nuestras exigencias, no han de dar la señal de retirada antes que éstas hayan sido cumplidas, pero también tienen que actuar para evitar que la lucha se disuelva en luchas aisladas por problemas locales.

Todo esto requiere previamente que en la masa exista una gran autodisciplina, una aguda comprensión política y una profunda unidad de pensamiento y de acción, lo que sólo se puede lograr a través de una prolongada actividad política y gremial.

Por otra parte, el éxito de una huelga de masas exige como condición previa que ya esté bastante avanzada la desorganización de las masas en las que se apoya el gobierno. No es necesario que esto se exteriorice, como en Francia, en abiertos motines. El terrorismo militar es capaz de reprimir semejantes manifestaciones de descontento. Pero cuanto más profunda sea la corrosión, mayor será la

transformación de la subordinación militar en mera hipocresía que rápida y sorpresivamente puede ser descartada una vez que la posición de poder de quien manda aparezca amenazada.

Al joven que ha crecido en la familia campesina patriarcal o en la falta de derechos y el desamparo del trabajador rural, la obediencia militar puede introducírsele en la mente y el cuerpo como algo natural. Los jóvenes de la gran ciudad, es decir, los trabajadores de la industria, cuando llegan al servicio militar están acostumbrados a un grado de libertad totalmente distinto para llevar su vida; la obediencia ciega sólo es soportada con mala voluntad, aun cuando justamente ellos son demasiado listos como para oponérsele abiertamente mientras esta actitud no sirva de nada. Pero una huelga de masas brinda suficientes causas para la rebeldía.

Pero cuanto más avanza el desarrollo industrial tanto menor es el número de los reclutas provenientes de la actividad agrícola, en alguna medida más seguros en la lucha contra el enemigo interno. En mi artículo de febrero de 1904, ya mencionado, me remitía a una estadística del año 1902, que entre otras cosas presentaba las siguientes cifras:

Cuerpo de ejército	*Aptos*	*Aptos ocupados en las tareas rurales*	
		Absoluto	*Porcentual*
1. de Baviera (Alta Baviera, Baja Baviera, Suavia)	11.041	4.560	41,5
7. de Prusia (Westfalia, provincia renana)	34.959	5.810	16,6
2. de Sajonia (Leipzig, Chemnitz, Zwickau)	11.884	1.847	15,5

Se ve cuán considerable ya es en ciertos cuerpos del ejército la preponderancia de la población no rural.

Otras causas llevan a que aumente el descontento de los *trabajadores estatales*. Justamente su descontento tiene que llevarlos a percibir la situación opresiva en la que se encuentran. Quizás se sentirían resarcidos si mejorase su situación económica. Pero ello tropieza cada vez con más resistencias, en la medida en que aumenta la penuria financiera y las empresas del estado son impulsadas a la "moderación de los gastos", y, muchas de ellas, como los ferrocarriles, el correo, las minas, a la cubertura del déficit general a través de un aumento de los beneficios. Justamente la estricta disciplina

militar que ahoga toda crítica que venga de los estratos inferiores hace cada vez más importante controlar el imponente complejo de las empresas de estado que se corrompe a pasos agigantados. Así disminuye su rentabilidad y presiona nuevamente a las esferas superiores, que se ven obligadas nuevamente a recuperar lo que se pierde por culpa del sistema mediante un aumento de la presión hacia abajo y de la explotación.

De esta manera crece también el descontento entre los trabajadores estatales, y basta una parálisis momentánea del terrorismo que viene de lo alto para que ese descontento se desencadene abiertamente.

Simultáneamente el aturdimiento, la inestabilidad y la falta de prudencia se adueñan de los centros de dirección. De ello la historia de los últimos años da pruebas suficientes. Este crecimiento tampoco es casual. Las contradicciones dentro de los estados y entre los estados se agudizan cada vez más, aumentan los armamentos, la penuria financiera es cada vez mayor. Por otra parte, con el aumento de la explotación capitalista no sólo crece el despilfarro de los grandes esquilmadores del estado, que se quieren equiparar en placer y rumbosidad con los grandes capitalistas. Las exigencias al estado de los cortesanos y junkers crece junto con los armamentos y lo lleva a una situación financiera cada vez más desesperada. Un hombre de estado inteligente y de carácter tendría que comenzar por mandar al diablo todo el parasitismo estatal y exigir grandes sacrificios a las clases poseedoras, para volver a colocar al estado sobre una base sana. Pero la tarea que los dueños del poder imponen hoy a un estadista es justamente la de abrirle nuevas fuentes de dinero al parasitismo y superar todas las resistencias que se ofrezcan a ello. Ningún estadista inteligente y de carácter se prestará a esto, y con el avance del proceso sólo se podrán conseguir para cubrir los cargos a arribistas inescrupulosos, a los que el futuro del estado les es indiferente si por el momento pueden despertar una apariencia de éxito; o a tontos, que no tienen ninguna idea sobre las dificultades de la situación, o a lacayos sin ideas que obedientemente cumplen cada encargo que se les hace. El respeto de la población y del mismo aparato de empleados por el gobierno es cada vez menor, y, por tanto, es cada vez mayor la perspectiva de que una huelga de masas encuentre elementos de aquel tipo en el gobierno, totalmente incapaces de enfrentar la situación, que pierdan inmediatamente la cabeza, que actúen constantemente en forma equivocada tanto cuando traten de poner en marcha medidas represivas como cuando

apliquen medidas de apaciguamiento. Todos estos requisitos para una huelga de masas exitosa, a lo largo del desarrollo y del trabajo socialdemócrata y gremial de reformas prácticas, organizativas y de esclarecimiento se vuelven cada vez más en favor del proletariado. Pero si una huelga de masas ha de conducirnos al triunfo en las condiciones existentes en Prusia, entonces es necesario que desde el comienzo aparezca con una fuerza subyugante, con una masividad y un entusiasmo que arrastre todo consigo, que se apodere de toda la población trabajadora, que la llene de la furia más salvaje y el más profundo desprecio por el régimen imperante.

Nada más equivocado que pensar que la huelga de masas recién se haría posible cuando todo el proletariado esté organizado. Esto significaría reconocer su imposibilidad práctica, pues difícilmente se llegará a la organización de todas las capas del proletariado. Pero la huelga de masas sólo se hace posible cuando el conjunto del proletariado se levanta como un solo hombre para poner todo el empeño en la paralización y la desorganización del régimen existente.

Si no está organizada la totalidad del proletariado, entonces un levantamiento así, unánime, en todo el imperio, en el norte y en el sur, en la ciudad y en el campo, sólo es posible bajo la presión de acontecimientos brutales, que bruscamente exasperen en lo más profundo a todo el proletariado, imponiéndole el derrocamiento del régimen imperante como una necesidad vital. Tiene que ser un huracán que, en primer lugar, barra con toda la resistencia dentro del propio campo de fuerzas.

La camarada Luxemburg abrió el debate sobre la madurez o inmadurez de la situación para una huelga de masas. Pero ya el hecho de que esto se discuta mostró que la situación todavía no había adquirido esa madurez. Mientras se pueda discutir y estudiar si corresponde la huelga de masas o no, el proletariado como masa total no está cargado de esa cantidad de rabia y sensación de fuerza que se necesita si se quiere que triunfe la huelga de masas. Si en marzo hubiera existido el estado de ánimo necesario para ello, entonces una voz desalentadora como la mía tendría que haber sido ahogada en una protesta de estrepitosa indignación. Yo no conozco ninguna huelga de masas exitosa que haya sido puesta en marcha por una discusión acerca de su actualidad en una revista. Lo inesperado, lo súbito, lo elemental de la huelga de masas es una de las condiciones para su éxito.

Pero si esto es así, ¿qué objeto tiene discutir la huelga de masas dado que su advenimiento no depende de nosotros?

Es cierto que el *momento* de su *advenimiento* no depende de nosotros, pero una vez desencadenada aquélla, su *triunfo* sí. Este sólo se hace posible si existe una fuerza proletaria potente y organizada que sepa qué es lo que quiere, que socave y dirija hacia él al torrente impetuoso de la furia popular allí donde pueda ejercer un fructífero efecto político. De lo contrario se perdería estérilmente en la arena después de múltiples destrozos.

Cuanto más familiarizados estén los proletarios organizados con la idea de la huelga de masas, cuanto más hayan pensado por qué medios ésta ejerce su efecto más potente, hacia dónde deben orientar su fuerza, tanto más rápidamente estarán a la altura de las extraordinarias exigencias que plantea a su inteligencia, su prudencia, su cohesión, su tenacidad, su disciplina, su audacia, una situación tan excepcional como esa.

La discusión teórica es en este caso tanto más necesaria dado que la huelga de masas política como medio extremo, definitivo, de la lucha de clases no es fácil de repetir. En este caso, aprender de la práctica sería pagar un aprendizaje demasiado caro. Entonces se trata de adquirir los conocimientos necesarios, en el mayor grado posible, del trabajo teórico.

También desde otro punto de vista es necesario discutir la idea de la huelga de masas. La política de las masas, pero también la de nuestros adversarios cambia totalmente cuando tanto éstos como aquéllos saben que el proletariado no está indefenso frente a cualquier acto de violencia, que también hoy como ayer hay un límite para el poder de los tiranos. La idea de la huelga de masas da al proletariado un nivel más alto de conciencia de lucha y puede llegar a amortiguar la insolencia de sus adversarios, aunque evidentemente en alguna circunstancia incrementará su miedo y nerviosismo. Si hay concesiones que se pueden conquistar por la vía pacífica, esto será tanto más fácil donde el proletariado tenga viva la idea de la huelga de masas.

La discusión de la idea de la huelga de masas, por las más diversas razones, es muy útil, imprescindible incluso si la lucha de clases proletaria ha de llegar a su máximo poder y claridad en el estadio actual. Pero lo que me parece totalmente equivocado es querer determinar el *momento* de una huelga de masas a través de una discusión teórica en la prensa. Ese gran entusiasmo y el rencor que son los únicos que pueden ayudar a que la huelga de masas sea una

irrupción triunfante, no pueden ser conservados como un embutido en una alacena. Se habrían disipado antes que pudiese ponerse en marcha una discusión.

Este es el punto de vista que desarrollé hace seis años. Si hoy todavía lo defiendo es porque desde entonces no he conocido hechos o argumentos que demuestren lo contrario y si, en cambio, muchos en su favor. De ningún modo lo he defendido ahora porque tuviera la ocurrencia de frenar nada. La camarada Luxemburg parece imaginar un placer perverso cuando en alguna oportunidad un marxista frena algo. Ella se inclina por el látigo.

Pero dejando de lado el hecho que, incluso el más enérgico radical no encontrará necesario fustigar a la camarada Luxemburg, debo confesar que estoy acostumbrado a defender mis convicciones sin preocuparme en cada situación si ello actúa como látigo o como freno.

Ya mencioné más arriba que la defensa de mi punto de vista en la cuestión de la huelga de masas en la época de la revolución rusa me enfrentó con Eisner y Stampfer. Si ahora entro en conflicto con una camarada con la que he luchado hombro a hombro en más de un combate, esto me resulta altamente indeseable. Pero no por ello puedo modificar mis ideas. *Amicus Plato, magis amica veritas* [Amigo de Platón, pero más amigo de la verdad].[8] La cuestión sobrepasa a las personas.

VII. ESTRATEGIA DE DESGASTE Y LUCHA ELECTORAL

Y ahora unas pocas palabras más sobre la estrategia de desgaste.

El lector no debe temer que a las catorce páginas de la camarada Luxemburg yo conteste con otras catorce páginas mías. Se burla de mí porque —evidentemente de pasada— hago una observación sobre la estrategia romana de desgaste, pero ella trae a su vez más de una página de citas de Mommsen, que no demuestra nada a los fines de nuestra discusión, pero que evidentemente para la camarada Luxemburg tienen el encanto de darle la oportunidad de una serie de comentarios maliciosos y despreciativos acerca de la dirección del partido, la comisión general y yo mismo. Si por encima de esta cuestión la camarada Luxemburg tuviera un verdadero interés objetivo en la cuestión de la estrategia de indecisión romana, entonces la remitiría al primer tomo de la *Geschichte der Kriegskunst* [Historia

del arte de la guerra], de Dehlbrück, en la que en base a las investigaciones más recientes, que se contraponen con las del viejo Mommsen, se justifica esa estrategia.

Más importante sería ponerse en claro con la camarada Luxemburg sobre nuestra táctica actual. Pero tampoco esto promete ser muy fructífero dado que ella encarrila desde el comienzo al asunto por una vía equivocada cuando observa que simplemente bajo la designación de "estrategia de desgaste" yo no entiendo otra cosa que el "nada-más-que-parlamentarismo" contrapuesto a toda acción de masas. De dónde saca esta opinión no lo sé, nunca he dicho nada semejante.

Como estrategia de desgaste yo designo a la totalidad de la práctica del proletariado socialdemócrata hasta el presente desde fines de los años sesenta. Creí que ésta sería lo suficientemente conocida como para que no hubiese que aclararla previamente. Esta práctica tiene como objetivo llevar de un modo tal la guerra contra el estado y la sociedad imperantes, que el proletariado se fortalezca constantemente y sus adversarios se debiliten continuamente, sin dejarse arrastrar a un enfrentamiento decisivo mientras seamos los más débiles. A nosotros nos sirve todo lo que desorganiza a nuestros adversarios y socava su prestigio y la seguridad de su fortaleza, así como todo lo que organiza al proletariado, aumenta su sagacidad y su sensación de fuerza y la confianza de la masa popular en sus organizaciones. Para ello no basta el parlamentarismo, también son necesarias las luchas exitosas de movimientos salariales y demostraciones callejeras. Justamente la reciente campaña de demostraciones fue una muestra de una exitosa estrategia de desgaste. Si siempre debiéramos actuar frente a las masas como un látigo, entonces, después de la prohibición de la reunión en el parque de Treptow el 6 de marzo [9] tendríamos que haber invitado a las masas a enfrentar a la prohibición, aparecer armadas e imponer por la violencia la realización de la reunión. Eso hubiera sido la estrategia del asalto directo. Estrategia de desgaste fue evitar al enemigo allí donde nos esperaba, engañarlo con una maniobra que mostró con la máxima claridad la superioridad de nuestra organización sobre la suya. Con ello aumentaron considerablemente tanto la conciencia de sí mismas de las masas como la confusión de nuestros adversarios.

Es así que estoy muy lejos de predicar el "nada-más-que-parlamentarismo". Pero esto no es razón para subestimar la significación del parlamentarismo. En las condiciones políticas que están dadas,

no hay ningún medio, salvo una huelga de masas triunfante, que tenga un efecto moral tan grande como un gran triunfo electoral.

Una de las tareas principales de nuestra estrategia consiste en aumentar el sentimiento de la fuerza del proletariado y la confianza de la masa en nosotros. Esto se logra a través de éxitos visibles. Nada es tan exitoso como el éxito, dice un refrán inglés. Cuanto más fuerte aparezca el partido para las masas, tanto mayor será el entusiasmo con que confluirán hacia él, tanto mayores sus exigencias, su audacia, hasta que finalmente no sigan al partido sino que lo empujen adelante.

Pero hay pocos éxitos que le documenten tan patentemente a la masa nuestra creciente fuerza como los triunfos electorales, la conquista de mandatos nuevos. Las masas no llevan estadísticas, no siempre pueden seguir suficientemente el desarrollo económico y político. La prensa partidaria muchas veces le es inaccesible y la prensa adversaria mentirosa. Pero por más que mienta y falsifique, los mandatos ganados no los puede ocultar.

Como toda búsqueda de éxito, también la búsqueda de mandatos puede llevar a errores, inducir la aplicación de medios que sacrifican el éxito futuro al éxito inmediato. Es natural que hay que oponerse constantemente a esta tendencia, pero esto no es un obstáculo para que todo mandato conquistado a través de la agitación de principios sea un gran éxito que vivifica y entusiasma a la masa popular, que hace avanzar nuestra causa. Nosotros tenemos que entrar en las luchas electorales para propagandizar nuestros principios y rebatir los de nuestros adversarios, pero también para conquistar circuitos electorales y con ello documentar nuestra creciente influencia en el pueblo y seguir aumentándola.

Ahora bien, la presente situación nos posibilita, si cumplimos con nuestro deber, conquistar un triunfo electoral de una fuerza tal que se convierta en una catástrofe para el régimen imperante.

¡Esta idea despierta naturalmente gran sarcasmo por parte de la camarada Luxemburg! Ella piensa: "Si triunfamos, la medida de ese triunfo ya lo vamos a experimentar. Saborear los triunfos futuros por adelantado, no está en el modo de ser de los partidos *revolucionarios serios*": esto sólo le pasa a la gente tan poco seria, tan totalmente despojada de toda sensibilidad revolucionaria como nosotros.

Y luego pregunta la camarada Luxemburg: ¿Qué es lo fundamental que cambiaría si realmente conquistásemos 125 mandatos? Seguiríamos siendo una minoría y nada cambiaría si nuestros adversarios

no se dejan arrastrar a un golpe de estado. Por lo tanto, "podrá dejarnos bastante fríos la cuestión de si conquistaremos más o menos mandatos en las próximas elecciones".

Este es un sermón moralista muy severo. Pero también el predicador más severo puede pecar alguna vez. En el artículo de la *Arbeiterzeitung* de Dortmund, que generó nuestra discusión, nuestra seria y revolucionaria camarada declaró que las masas podrían alcanzar un grado de esclarecimiento y entusiasmo tal que "hiciera de las *próximas elecciones* un *ensordecedor Waterloo* para el *sistema imperante*".

Este es exactamente el mismo "saborear los triunfos futuros" por el que recibí mi sermón.

Esto no quiere decir que en este punto estemos totalmente de acuerdo. La camarada Luxemburg espera el grado necesario de esclarecimiento y entusiasmo de las "más amplias masas" —que convierta a las elecciones para el Reichstag en un "ensordecedor Waterloo" para nuestros adversarios—, de una huelga de masas que habría de desarrollarse con anterioridad a las elecciones. Y esto me resulta difícil de entender. O triunfa la huelga de masas, y entonces es ésta la que se convierte en un "ensordecedor Waterloo" para nuestros adversarios que ninguna elección para el Reichstag podría ya sobrepasar, o la huelga de masas no triunfa y entonces se convierte en un "ensordecedor Waterloo" para *nosotros*, y se requiere mucha "seriedad revolucionaria" para "saborear" por anticipado los "triunfos futuros" generados por una derrota semejante.

Con esto hemos vuelto otra vez al punto de partida de la discusión. Resumámosla en pocas palabras al menos una vez, pues podría haberse perdido en la cantidad de detalles que fueron surgiendo. La camarada Luxemburg declaró a comienzos de marzo que las demostraciones callejeras habían sido superadas, que había que poner en práctica medios más poderosos. Que habría llegado el momento de aplicar la resolución de Jena.

A ello le contesté que la intensidad de la agitación, que sin duda alguna reinaba en las masas, todavía no había alcanzado aquel nivel que en el caso específico de las condiciones alemanas permitiría esperar un huelga de masas triunfante. Pero si ésta no era de esperar en las condiciones dadas, entonces había un solo medio para llevar la acción más allá del estadio alcanzado: las próximas elecciones para el Reichstag. Estas se realizarían con las mejores perspectivas para nosotros. Hacia ellas deberíamos dirigir desde ya nuestra atención y todo el esfuerzo. Las nuevas elecciones generarían

una situación completamente nueva, que hoy no podría determinarse. De todas maneras, de un gran triunfo electoral surgiría en la masa una sensación de fuerza tanto mayor, un nerviosismo de los adversarios tan incrementado, que a partir de ahí podría generarse una acción de masas que terminase en una huelga de masas, para la que habría perspectivas de triunfo mucho más amplias que en la actualidad.

Dado que yo contemplo la huelga de masas como una acción que se genera a partir de la presión espontánea de la masa, es evidente que no puede haber decidido que este no es el momento de la huelga de masas, como podría suponerse en base a algunas afirmaciones de la camarada Luxemburg, para anunciarla para el período posterior a las elecciones. Yo la considero como un hecho elemental, cuya aparición no se puede producir a voluntad, que puede ser esperado pero no provocado.

La camarada Luxemburg ha descartado con sarcasmo mis apreciaciones sobre las elecciones para el Reichstag. Pero a pesar de todo lo que ha dicho en su contra, inútilmente busco otra consigna actual y concreta que ella oponga a la mía. En marzo exigía de nosotros una "consigna" para el "próximo paso" que debíamos emprender y que tendría que ser la huelga de masas. Hoy ya sólo habla de la necesidad del *debate* sobre la huelga de masas, debate que "se convierte en un medio extraordinario para sacudir a capas indiferentes del proletariado, atraer hacia nosotros a simpatizantes proletarios de los partidos burgueses, en particular del centro, preparar a las masas para todas las eventualidades de la situación, y por fin preparar también de la manera más eficaz las elecciones para el Reichstag".

Es decir, que ya no habla de la necesidad de la *acción* a través de la huelga de masas como próximo paso anterior a las elecciones para el Reichstag, sino de la necesidad de la *agitación* para la *preparación* de las *elecciones para el Reichstag*, en la que debe tratarse también la huelga de masas.

Si esta es la consigna que ella lanza ahora, entonces me pregunto: ¿cómo justifica el desprecio por mi punto de vista?

¿O quiere defender todavía el punto de vista que exponía en su artículo para la *Neue Zeit* a principios de marzo, cuando afirmaba que ya había llegado el momento de la aplicación de la resolución de Jena? ¿O quiere sostener que entonces, a principios de marzo, había sido el momento adecuado para ello y que sólo la redacción

de la *Neue Zeit* habría asfixiado en su embrión a la revolución, al negarse a "cumplir con su deber" publicando el artículo de la camarada Luxemburg?

A todo esto no hemos encontrado respuesta en su artículo ni a la cuestión de cómo se imagina la camarada Luxemburg una huelga de masas en las condiciones alemanas. Como resultado de su nueva estrategia no queda en pie más que un puñado de signos de interrogación.

(Traducción del alemán de Carlos Bertoldo.)

Rosa Luxemburg

La teoría y la praxis *

I

El inesperado pronunciamiento en Baden despierta en una serie de camaradas del partido y en nosotros mismos el deseo de posponer en la Neue Zeit *todo aquello que aparezca como una disputa en el propio campo del marxismo. Además, creemos que bajo la impresión de los acontecimientos ocurridos en Baden el interés de nuestros lectores por una discusión como la presente sólo puede ser de poca monta. Por estas razones es que consideramos aconsejable postergar la reproducción del artículo de la camarada Luxemburg y le propusimos explicar los motivos con la siguiente declaración redaccional, a la que se agregaría una sucesiva rectificación de Kautsky.*

¡A nuestros lectores! *Hemos recibido una detallada respuesta de la camarada Luxemburg sobre el tema de la huelga de masas, cuya primera parte debía aparecer en el presente número y que ya estaba compuesta. De acuerdo con la camarada Luxemburg posponemos esta respuesta dado que en el momento actual, en vista de la inaudita provocación de una parte del bloque socialista de la dieta de Baden,*[1] *su frívola ruptura de la disciplina partidaria y su bizantinismo, es tarea de todos los elementos revolucionarios y verdaderamente republicanos de nuestro partido mantenernos unidos y hacer a un lado las diferencias frente a un oportunismo al que le es más importante la buena opinión de los nacional-liberales que la expresión de la voluntad y del respeto del proletariado socialdemócrata de Alemania.*

LA REDACCIÓN

* "Die Theorie und die Praxis", en *Die Neue Zeit*, año XXVIII, vol. 2, 1909-1910.

Es mi deber rectificar hoy mismo una equivocación que el pospuesto artículo de la camarada Luxemburg ponía en claro. El pasaje sobre la agitación republicana que suscitó mis reparos no ha quedado sin publicación como yo suponía, sino que apareció con una nueva introducción y un nuevo final en la Volkswacht *de Breslau. Con ello, mis conclusiones derivadas de su supuesta no publicación pierden validez.*

Esto no modifica en nada nuestras diferencias concretas. Pero hemos de posponer su explicitación para un momento más oportuno, por las razones arriba expuestas.

KARL KAUTSKY

La camarada Luxemburg se negó a aceptar una postergación de su artículo. Su problema le parece tan extraordinariamente importante que no permite la más mínima postergación. Si su adversario no fuera precisamente un redactor de la misma Neue Zeit, *no nos hubiéramos dejado detener en la postergación de un artículo que en el momento actual sólo puede dañar a la causa del proletariado. Pues el mismo, en el caso en que se llegara a prestarle atención, sólo podría producir una dispersión de la atención de los camaradas en un momento en que ésta debe concentrarse en los "insurrectos" de Baden. Además, el artículo en cuestión se fija el propósito de desacreditar a la dirección del partido, al* Vorwärts *y, en fin, a todos aquellos detrás de los cuales tenemos hoy que cerrar filas frente a los infractores a la disciplina.*

Pero en un asunto que nos atañe personalmente no queremos tomar una decisión ni siquiera en el sentido de una prórroga. Los camaradas comprenderán, sin embargo, que Kautsky haya considerado un error contestar ahora a la camarada Luxemburg. En la actualidad la preocupación central está en resolver otros problemas. La camarada Luxemburg no ha de librarse de un cuidadoso ajuste de cuentas, de la refutación de afirmaciones incorrectas y de la clarificación de su método de citar. Pero para ello el momento adecuado será recién cuando el ataque de Baden haya sido rechazado. Por ahora hay cosas más importantes que hacer.

LA REDACCIÓN

Lo primero que reclama la atención de los círculos del partido en nuestra presente polémica es si en la prensa partidaria, es decir en *Vorwärts* y en *Neue Zeit*, se pusieron o no obstáculos en el camino de la discusión sobre la huelga de masas. El camarada Kautsky niega esto afirmando que "nunca tuve la pretensión de «prohibir» la discusión sobre la huelga de masas". El camarada Kautsky me interpreta mal. Naturalmente que no se trata de una prohibición del camarada Kautsky —un simple redactor no puede "prohibir" nada— sino de una prohibición de las "instancias superiores", a las que el camarada Kautsky obedeció en su esfera de poder, en la *Neue Zeit*, a pesar de su aceptación inicial de mi artículo. En lo que respecta a la otra cuestión, la propagandización de la república, también aquí el camarada Kautsky niega que me haya obstaculizado el camino. "Esto nunca se le ocurriría". Se habría tratado solamente de un pasaje sobre la república en mi artículo sobre la huelga de masas, cuya "forma de expresión" le pareció "inadecuada" a la redacción de la *Neue Zeit*. Yo misma luego habría publicado mi artículo en la *Dortmunder Arbeiterzeitung*. "Pero resulta inútil buscar en este artículo aquel pasaje sobre la república." El camarada Kautsky "tampoco ha podido comprobar" que yo haya publicado este pasaje en algún otro lado. "El ocultamiento temeroso de principios que nos enrostra la camarada Luxemburg" —concluye— "se reduce por lo tanto al que hayamos cuestionado un pasaje de su artículo, pasaje cuya publicación ha dejado de lado por su propia voluntad, desde ese entonces. ¡Una estrategia de este tipo no es ningún acto heróico, Octavia!". En esta descripción, para mí tan lamentable, de los hechos, el camarada Kautsky se ha convertido en víctima de extrañas equivocaciones. En realidad no se trata para nada de "un pasaje" y la eventual peligrosidad de su "forma de expresión", se trata de su contenido, de la reivindicación de la república y la agitación por la misma, y dado lo precario de la situación en la que me coloca a través de su versión de los hechos, el camarada Kautsky tendrá que permitirme que lo cite a él mismo como testigo principal y como mi salvador en mis apuros. Pues el camarada Kautsky, después de haber recibido mi artículo sobre la huelga de masas, me escribió: "Tu artículo es muy bonito e importante, yo no estoy de acuerdo con todo lo que dice y me reservo el derecho de polemizar con él. Hoy no tengo el tiempo de hacerlo por carta. Pero te adelanto que acepto el artículo con gusto si eliminas desde la página 29 hasta el final. Éstas no puedo publicarlas bajo ningún concepto. Ya su punto de partida es incorrecto. En nuestro programa no se dice

ninguna palabra sobre la república. No por descuido, no por fineza de redacción, sino por razones bien fundadas. Tampoco el programa de Gotha hablaba de la república, y Marx, a pesar de todo lo que condenó a este programa, reconoció en su carta (*Neue Zeit*, IX, 1, p. 573) [2] que no correspondía reclamar abiertamente la república. A la misma cuestión se refirió Engels en el caso del programa de Erfurt (*Neue Zeit*, XX, 1, p. 11) [3]. No tengo tiempo de explicarte las razones que Marx y Engels, Bebel y Liebknecht encontraron como valederas. En definitiva, lo que tú quieres es una agitación totalmente nueva, que hasta el momento siempre ha sido rechazada. Pero esta nueva agitación es de tal tipo que no conviene discutirla públicamente. Con este artículo, por tu propia iniciativa, como una persona aislada, proclamarías una agitación y una acción totalmente novedosa, que el partido ha reprobado constantemente. No podemos ni debemos proceder de esta manera. Una personalidad aislada, por más elevada que sea su posición, no debe por decisión propia crear un hecho consumado que para el partido puede traer consecuencias imprevisibles."

En el mismo sentido continuaba todavía dos hojas más.

La "agitación totalmente novedosa" que podría tener "consecuencias imprevisibles" para el partido, decía lo siguiente: "El derecho del sufragio universal, igualitario, directo para todos los adultos sin diferencias de sexo es el próximo objetivo, que en el movimiento actual nos asegura la adhesión entusiasta de las capas más amplias en el momento adecuado. Pero este objetivo no es el único que tenemos que predicar ahora. Al proclamar la consigna de un sistema electoral verdaderamente democrático como respuesta a la infame y chapucera reforma electoral del gobierno y los partidos burgueses —tomada la situación política como un todo— todavía nos encontramos a la defensiva. De acuerdo con aquel viejo y buen principio de toda verdadera táctica de lucha, que la mejor defensa es un buen golpe, tenemos que contestar a las provocaciones cada vez más desvergonzadas de la reacción en el poder, invirtiendo el sentido de nuestra agitación, y pasando a un ataque agudo en toda la línea. Esto puede producirse del modo más visible y en la forma más lapidaria, si en nuestra agitación sostenemos con claridad la exigencia política que constituye el primer punto de nuestro programa político: *la reivindicación de la república.* En nuestra agitación hasta el momento la consigna republicana sólo ha jugado un papel reducido. Las razones para que así haya sucedido surgen del deseo de nuestro partido de preservar a la clase trabajadora

alemana de aquellas ilusiones republicanas burguesas, o más correctamente, pequeñoburguesas que, por ejemplo, fueron tan fatales para la historia del socialismo francés y que han persistido hasta hoy. En Alemania, sin embargo, desde su comienzo la lucha proletaria fue orientada en forma consecuente y decidida no en contra de esta o aquella forma o deformación del estado de clases, en forma aislada, sino contra el estado de clases en sí; la lucha proletaria no se fragmentó en antimilitarismo, antimonarquismo y otros «ismos» pequeñoburgueses, sino que se planteó siempre como anticapitalista, como enemiga mortal del orden establecido en todas sus deformidades y configuraciones, tanto bajo la cubierta monárquica o la republicana. Así, a través de cuarenta años de un profundo trabajo de esclarecimiento, se pudo lograr convertir en férreo patrimonio de los proletarios esclarecidos de Alemania, la convicción de que la mejor república burguesa no es menos bastión de la explotación capitalista que la actual monarquía. Ellos saben bien que una modificación esencial de la situación del proletariado sólo puede ser el resultado de la abolición del sistema de salarios y de la dominación de clases en cualquiera de sus formas, que nunca puede provenir de la imagen externa de un «gobierno del pueblo» en la república burguesa.

"Justamente dado que en Alemania se ha hecho un trabajo preventivo tan de fondo ante los peligros de las ilusiones republicanas pequeñoburguesas a través de cuarenta años de trabajo de la socialdemocracia, hoy con toda tranquilidad podemos asignarle un espacio mayor en nuestra agitación al primer principio de nuestro programa, espacio que es parte del que por derecho le corresponde. Al destacar el carácter republicano de la socialdemocracia, ganamos ante todo una oportunidad más de ilustrar en forma accesible, popular, nuestro enfrentamiento de principios como *partido de clase del proletariado*, con el campo unificado de *todos los partidos burgueses.* Pues el amenazador ocaso del liberalismo burgués en Alemania se manifiesta, entre otras cosas, en forma particularmente drástica en el bizantinismo frente a la monarquía, en el que la burguesía liberal le gana todavía por varios cuerpos al conservador sector de los junkers.

"Pero esto no es todo. Toda la situación tanto de la política interna como de la política externa de Alemania en los últimos años señala a la monarquía como el centro o por lo menos, como la cabeza exteriormente visible de la reacción dominante. La monarquía semiabsolutista con su régimen personalista constituye sin duda

alguna desde hace un cuarto de siglo y cada vez más, el punto de apoyo del militarismo, la fuerza impulsora de la política de la flota, el espíritu rector del aventurerismo en la política mundial, así como el baluarte del sistema de los junkers en Prusia y el bastión de la dominación que el retraso político de Prusia ejerce sobre todo el Imperio, en fin, el enemigo personal declarado por decirlo así, de la clase trabajadora y la socialdemocracia. Por lo tanto en Alemania la *consigna de la república* es infinitamente más que la expresión de un sueño hermoso sobre el «estado popular» democrático, o de un doctrinarismo político que se mantiene en las nubes, es un grito de guerra práctico contra el militarismo, el «marinerismo», la política colonial, la política de potencia [4], el dominio de los junkers, la «prusianización» de Alemania; es solamente la consecuencia y la drástica síntesis de nuestra lucha cotidiana contra todas estas apariciones parciales de la reacción dominante. Y de su realidad nos ilustran especialmente los acontecimientos del período más reciente: se trata de las amenazas absolutistas de golpe de estado de los junkers en el Reichstag y los desvergonzados ataques del canciller del imperio contra el derecho de sufragio para el Reichstag en la Dieta prusiana así como la sustitución de la «promesa real» en la cuestión del derecho electoral de Prusia por el proyecto de reforma de Bethmann."

Yo puedo plantear aquí esta "agitación totalmente nueva" con la conciencia tanto más tranquila visto que la misma entre tanto ya ha sido publicada sin que el partido haya sufrido el más mínimo daño ni en cuerpo ni en alma. Porque después de que el camarada Kautsky finalmente me devolviera todo el artículo sobre la huelga de masas, habiendo yo aceptado con un encogimiento de hombros pero con resignación la eliminación del capítulo sobre la república, las páginas que él había rechazado desde la "29 hasta el final" sin cambiarles ni una palabra y provista de una introducción y un final, fueron publicadas por mí como un artículo independiente bajo el título "Zeit der Aussaat" [Tiempo de sembrar] en la *Breslauer Volkswacht* del 25 de marzo, siendo luego reproducidos por una serie de órganos partidarios, según recuerdo, en Dortmund, Bremen, Halle, Elberfeld, Könisberg y la Turingia. Todo esto no fue un acto heroico mío. Simplemente tuve la mala suerte de que el camarada Kautsky en esa época leyera la prensa partidaria de un modo tan superficial como la forma superficial con que pensó la posición del partido ante la consigna de la república. Pues si hubiera reflexionado más profundamente sobre el problema le habría sido imposible traer a colación a Marx y a Engels en contra mío en la disputa sobre la cuestión de la república. El trabajo de Engels al que nos remite Kautsky es la crítica del proyecto del programa de Erfurt de 1891 elaborado por la dirección del partido. Dice Engels allí, en el capítulo II. *Reivindicaciones políticas*: "Las reivindicaciones políticas del proyecto tienen una grave deficiencia. Lo que en realidad debería decirse, *allí no aparece*. Es cierto que si estas diez reivindicaciones fueran concedidas dispondríamos de una serie de nuevos medios para imponer la cuestión fundamental de la política pero de ninguna manera tendríamos lo que es fundamental."

La imperiosa necesidad de clarificar lo "fundamental" de las reivindicaciones políticas de la socialdemocracia, Engels lo explica por el "oportunismo que está difundiéndose en una gran parte de la prensa socialdemócrata". Luego prosigue: "Ahora bien, ¿cuáles son estos puntos urticantes pero tan esenciales? *Primero:* Si hay algo seguro es que nuestro partido y la clase obrera sólo pueden llegar al poder bajo la forma política de la república democrática. Esta es incluso la forma específica para la dictadura del proletariado como lo ha mostrado ya la gran revolución francesa. Resulta impensable que nuestros mejores hombres como Miquel, lleguen a ser ministros bajo un emperador. Pero parece ser que legalmente no es posible poner directamente en el programa la reivindicación de la república, aunque bajo Luis Felipe esto fuera tan permitido como lo es ahora en Italia. Que en Alemania no se pueda formular un programa partidario abiertamente republicano demuestra cuán enorme es la ilusión de que allí se puede instalar a la república por la cómoda vía pacífica, para no hablar ya de la sociedad comunista. Pienso que en todo caso se puede pasar por alto la república. Pero lo que en mi opinión debiera entrar y puede entrar [en el programa] es la exigencia de la concentración de todo el poder político en las manos de la representación popular. Y esto bastaría por el momento si no se puede ir más lejos. *Segundo:* La reconstrucción de Alemania —es decir, la república unitaria—. De esta cuestión no es mucho lo que se podrá poner en el programa. Por mi parte yo también las menciono especialmente para caracterizar las condiciones en Alemania, donde estas cosas no se pueden decir, y con ello el autoengaño que pretende llevar estas condiciones a la sociedad comunista por la vía legal. Y más aún, para recordar a la dirección del partido que hay otras cuestiones políticas de importancia, además de la legis-

lación directa por el pueblo y la administración gratuita de la justicia sin las que a la postre también podemos avanzar. Dado la inseguridad general estas cuestiones pueden hacerse fundamentales de hoy para mañana, y ¿qué sucederá entonces, si no las hemos discutido, si no nos hemos puesto de acuerdo sobre ellas?"

Se ve que Engels considera "una *grave deficiencia*" del programa partidario el que no contenga la reivindicación de la república, sólo se decide con visible incomodidad y algunas dudas a apurar el trago amargo y "en todo caso pasar por alto" la reivindicación de la república en base a las categóricas apreciaciones sobre las condiciones de Alemania de que ello "no es posible" por razones policiales. Pero lo que sin vueltas declara necesario es el *debate de la consigna de la república en la prensa partidaria:*

"Si existe alguna posibilidad más", dice nuevamente, "de formular reivindicaciones programáticas sobre los puntos que acabo de discutir, eso yo aquí no lo puedo evaluar tan bien como ustedes allí. Pero sería de *desear que estas cuestiones se discutieran en el seno del partido antes que sea demasiado tarde.*" *

En todo caso, el camarada Kautsky interpreta a este "testamento político" de Friedrich Engels de un modo curioso al eliminar de la *Neue Zeit* el debate acerca de la necesidad de la agitación por la república considerándola "una agitación totalmente nueva" que supuestamente "el partido ha reprobado constantemente".

Pero en lo que concierne a Marx, éste, en su crítica al programa de Gotha, llegó tan lejos como para declarar que si no se tenía la posibilidad de colocar abiertamente a la república como la reivindicación programática más alta, entonces tampoco deberían enumerarse en el programa todas las otras reivindicaciones democráticas. Sobre el programa de Gotha escribe:

"Sus reivindicaciones políticas no se salen de la vieja y consabida letanía democrática: sufragio universal, legislación directa, derecho popular, milicias del pueblo, etc. [...] Pero se ha olvidado una cosa. Ya que el Partido Obrero Alemán declara expresamente que actúa dentro del «actual estado nacional», es decir dentro de *su propio* estado, del Imperio prusiano-alemán —de otro modo sus reivindicaciones serían, en su mayor parte, absurdas, pues sólo se exige lo que no se tiene—, no debía haber olvidado lo principal, a saber: que todas estas hermosas bagatelas tienen por base el reconocimiento

* *Die Neue Zeit*, XX, 1, pp. 11 y 12. [Friedrich Engels, *Zur Kritik der sozialdemocratische Programmentwurfs, 1891*, en Karl Marx/Friedrich Engels, *Werke*, t. 22, p. 237.]

de la llamada soberanía del pueblo, y que, por lo tanto, sólo caben en una *república democrática.* Y si no se tenía el valor —lo cual es muy cuerdo, pues la situación exige prudencia (*adviértase que Marx escribió esto hace treinta y cinco años en el período Tessendorf, cuando ya se vislumbraba la ley contra los socialistas*)— de exigir la república democrática, como lo hacían los programas obreros franceses bajo Luis Felipe y bajo Luis Napoleón, no debía haberse recurrido al... ardid (*los puntos sustituyen un adjetivo campechano de Marx*) de exigir cosas que sólo tienen sentido en una república democrática a un estado que no es más que un despotismo militar de armazón burocrática y blindaje policíaco, guarnecido de formas parlamentarias, revuelto con ingredientes feudales o influenciados ya por la burguesía [...]. Hasta la democracia vulgar, que ve en la república democrática el reino milenario y no tiene la menor idea de que es precisamente bajo esta última forma de estado de la sociedad burguesa donde se va a ventilar en definitiva por la fuerza de las armas la lucha de clases, hasta ella misma está hoy a mil codos de altura sobre esta especie de democratismo que se mueve dentro de los límites de lo autorizado por la policía y vedado por la lógica." *

Así que Marx también hablaba un lenguaje totalmente distinto *in puncto* a la república. Tanto Marx como Engels —en base a testimonios provenientes de Alemania— opinaron un poco antes e inmediatamente después de la ley contra los socialistas, que quizás no correspondía plantear con toda formalidad la exigencia de la república en el *programa.* Pero que hoy, un cuarto de siglo más tarde, esta reivindicación pueda aparecer como algo totalmente nuevo e inaudito en el trabajo de *agitación* —y sólo de esto se trata—, ninguno de los dos lo habría por cierto imaginado.

Seguramente el compañero Kautsky pretenderá haber ya propagandizado a la república en la *Neue Zeit* de un "modo totalmente distinto" de como yo lo hago ahora en mi manera ingenua. Él lo sabrá por cierto mejor que yo, mi memoria me falla en este aspecto. ¿Pero se necesitan pruebas más convincentes que los acontecimientos del último período para demostrar que *en la práctica* no se ha hecho al respecto en cada momento lo necesario? El aumento del presupuesto de la casa real de Prusia [5] brindó una vez más la oportunidad más brillante que se podría imaginar, y al mismo tiempo

* *Die Neue Zeit*, IX, 1, p. 573. [Para el texto de Marx hemos utilizado la versión incluida en Marx-Engels, *Obras escogidas en tres tomos*, Ediciones Progreso, Moscú, 1973.]

creó al partido el irrecusable deber de expresar nítida y claramente la consigna de la república y ocuparse de su propagandización. La desvergonzada provocación que implicaba este proyecto del gobierno, inmediatamente después del abyecto final de la propuesta en materia de derecho electoral, tendría que haber sido enfrentada sin vacilaciones con la demostración de la función policial de la monarquía y del régimen personal [6] en la Alemania prusiana, con el señalamiento de su vinculación con el militarismo, la política naval, la detención de la política social, con la rememoración de los célebres "discursos" y "declaraciones" sobre la "mesnada de hombres",[7] sobre el "plato de compota",[8] con la explicitación de la monarquía como la expresión visible de toda la reacción del imperio alemán. La conmovedora unanimidad de todos los partidos burgueses al tratar de manera bizantina el proyecto, mostró drásticamente una vez más que en la Alemania de hoy la consigna republicana se ha convertido en la palabra clave para el reconocimiento de la división de clases, en la consigna de la lucha de clases. Nada de esto ha sido reflejado ni en la *Neue Zeit* [9] ni en el *Vorwärts*. El aumento del presupuesto de la casa real fue tratado no desde el punto de vista político sino principalmente como un problema de dinero, como una cuestión de los ingresos de la familia Hohenzollern, analizándola con más o menos humor, pero ni siquiera con una sílaba se ha defendido la consigna republicana en nuestros dos órganos directivos.

El camarada Kautsky es un conocedor de Marx más versado que yo; él sabrá mejor con qué adjetivo punteado calificaría Marx *este* ardid y *este* tipo de republicanismo "dentro de los límites de lo autorizado por la policía y vedado por la lógica".

Con todo, el camarada Kautsky se equivoca si dice que yo "me quejo" del "maltrato" por parte de la redacción de la *Neue Zeit*. Pienso que el camarada Kautsky sólo se ha maltratado a sí mismo.

II

Y ahora dediquémonos a la huelga de masas. Para explicar su inesperada toma de posición contra la consigna de la huelga de masas en la reciente campaña electoral prusiana, el camarada Kautsky había desarrollado toda una teoría sobre las dos estrategias, la estrategia del asalto directo y la de desgaste. Ahora el camarada Kautsky va aún más lejos y construye *ad hoc* una teoría totalmente nueva

sobre las condiciones de la huelga de masas política en Rusia y en Alemania. Primero tenemos que escuchar observaciones generales sobre lo engañosos que son los ejemplos históricos, cómo por falta de cuidado se pueden encontrar en la historia ejemplos adecuados para todas las estrategias, métodos, orientaciones; observaciones que en su generalidad y amplitud son de naturaleza más bien inofensiva, pero que tienen una tendencia y un costado menos inocuo formulado con el criterio de que sería "especialmente peligroso remitirse a ejemplos revolucionarios". Estas advertencias, que en su espíritu se asemejan a las observaciones paternalistas del camarada Frohme, se orientan precisamente en contra de la revolución rusa. A ello sigue una teoría destinada a enumerar y explicarnos la total contraposición entre Rusia y Alemania, que las condiciones para la huelga de masas estarían dadas en Rusia pero no en Alemania.

En Rusia tendríamos el gobierno más débil del mundo, en Prusia el más fuerte; en Rusia una guerra desafortunada contra un pequeño país asiático, en Alemania "el brillo de cerca de un siglo de triunfos constantes sobre las grandes potencias más fuertes del mundo"; en Rusia un retraso económico y un campesinado que hasta el año 1905 creía en el Zar como en un dios, en Alemania el máximo desarrollo económico, bajo el cual el poder concentrado de las uniones empresariales mantiene sometida a la masa trabajadora por medio del terrorismo extremo; en Rusia la falta absoluta de las libertades políticas, en Alemania la libertad política que brinda a los trabajadores muchos medios para su protesta y su lucha "sin riesgo", de modo que "se ocupan completamente en ligas, asambleas, elecciones de todo tipo". Y el resultado de estos contrastes es que en Rusia el hacer huelga era la única forma posible de lucha proletaria; por ello hacer la huelga ya era de por sí un triunfo, aun cuando careciera de un plan y de resultados precisos. Por otra parte, toda huelga era de por sí un hecho político, pues las huelgas estaban prohibidas, mientras que en Europa occidental —aquí el esquema de Alemania se amplía a toda Europa occidental— las huelgas "amorfas, primitivas" de este tipo son una cosa superada desde hace tiempo, aquí solamente se haría huelga cuando se pudiera esperar un resultado positivo. La moraleja de todo esto es que el largo período revolucionario de la huelga de masas en el que la acción económica y la política, las huelgas demostrativas y las huelgas combativas se seguían unas a otras e interactuaban entre sí, constituye un producto específico del atraso ruso. En Europa occidental y en especial en Alemania, inclusive una huelga de masas demostrativa del tipo de las

rusas sería extremadamente difícil, casi imposible, "no a pesar, sino por el medio siglo de movimiento socialista", la huelga de masas política como medio de lucha aquí sólo podría emplearse como lucha final única "a vida o muerte", donde para el proletariado la única alternativa sería triunfar o ser aniquilado.

Sólo quiero señalar de pasada que la descripción que el camarada Kautsky hace de las condiciones rusas es casi totalmente errónea en los puntos más importantes. El campesinado ruso, por ejemplo, no comenzó bruscamente recién en 1905 a rebelarse, sino que sus levantamientos se continúan como un hilo rojo desde la así llamada liberación de los campesinos en el año 1861 [10] (con una sola pausa entre 1885 y 1895) a través de toda la historia de Rusia, y tanto con levantamientos contra los dueños de las tierras como en resistencias activas contra los organismos gubernamentales; justamente ello desencadenó la conocida circular del ministro del Interior del año 1898, que colocó a la totalidad del campesinado ruso bajo el estado de sitio. Lo nuevo y especial del año 1905 fue solamente que la rebelión crónica de la masa campesina por primera vez llegó a tener un significado político y revolucionario, como fenómeno complementario de una revolucionaria acción de clase con objetivos claros del proletariado urbano. Pero quizás más equivocada aún es la concepción del camarada Kautsky sobre el punto principal de la cuestión: sobre la acción de huelga y de huelga de masas del proletariado ruso. El cuadro de las huelgas caóticas, "amorfas, primitivas" de los trabajadores rusos, que hacían huelga simplemente por desesperación, sólo para poder hacer huelga, sin metas ni planes, sin reivindicaciones ni "éxitos definidos", es una exuberante fantasía. Las huelgas rusas del período revolucionario, que impusieron un aumento bastante considerable de los salarios, pero ante todo una reducción casi general de la jornada a diez horas y en muchos casos a nueve, que en San Petersburgo durante varias semanas de dura lucha pudieron mantener la jornada de ocho horas, que consiguió el derecho de asociación no sólo para los trabajadores sino también para los empleados estatales de los ferrocarriles y los correos, defendiéndolo contra todos los ataques —mientras la contrarrevolución no volviera a ganar otra vez la supremacía—, que consiguieron romper el derecho señorial del empresario y en muchas empresas mayores crear consejos para la reglamentación de todas las condiciones de trabajo, que se dieron como tarea la abolición del trabajo a destajo, del trabajo a domicilio, del trabajo nocturno, de las multas impuestas por las fábricas, el cumplimiento estricto del descanso dominical,

estas huelgas, de las que en poco tiempo brotaron organizaciones sindicales llenas de esperanzas en casi todas las ramas productivas, de vida activa, dirección firme, cajas, estatutos y una respetable prensa gremial, estas huelgas, de las que nació una creación tan audaz como el famoso consejo de delegados obreros de Petersburgo para la dirección unificada de todo el movimiento en el gran Imperio, estas huelgas de masas rusas eran tan poco "amorfas y primitivas" que quizás en audacia, fuerza, solidaridad de clase, fortaleza, conquistas materiales, metas progresistas y éxitos organizativos puedan ser comparadas tranquilamente con cualquier movimiento sindical "europeo-occidental". Evidentemente, la mayor parte de las conquistas económicas fueron perdidas paulatinamente junto con las políticas después de la derrota de la revolución. Pero esto no cambia nada el carácter de las huelgas mientras duró la revolución.

No "prefabricados" y por ello "sin plan", "espontáneamente" estos conflictos económicos, parciales y locales se desarrollaban a cada momento como huelgas de masas para volver a brotar de éstas gracias a la situación revolucionaria y al elevado grado de solidaridad de clase entre las masas proletarias. Tampoco era ni "fabricado" ni elemental el desarrollo de una acción política-revolucionaria general de esas características, como lo será siempre y en todo lugar en los movimientos de masas y las épocas tormentosas. Pero si se quiere medir el carácter progresista de las huelgas y de su "dirección racional de huelga" a través de sus éxitos inmediatos, como lo hace el camarada Kautsky, entonces el gran período de huelgas en Rusia durante el par de años de la revolución impuso relativamente más éxitos económicos, sociales y políticos que el movimiento sindical alemán en los cuatro decenios de su existencia. Evidentemente que todo esto no hay que agradecérselo ni a un heroísmo especial ni a una habilidad particular del proletariado ruso, sino simplemente a las virtudes del avance arrollador en un período revolucionario comparado con el lento paso del desarrollo en el marco del parlamentarismo burgués.

Como ha escrito sin embargo el camarada Kautsky en su *Sozialer Revolution* [La revolución social], 2ª edición, p. 63: [11] "Frente a este «romanticismo de la revolución» sólo existe *una* única objeción, que naturalmente es esgrimida con tanta mayor frecuencia, aquella según la cual las condiciones en Rusia no nos demostrarían nada a nosotros en Europa occidental, dado que nos encontramos en condiciones fundamentalmente distintas. Está claro que no me es desconocida la diferencia en las condiciones, si bien no hay que exagerarlas.

El más reciente folleto de nuestra camarada Luxemburg demuestra claramente que la clase trabajadora rusa no está tan sumergida y no ha obtenido tan pocas cosas como generalmente se supone. Así como los trabajadores ingleses han de desacostumbrarse a mirar desde arriba al proletariado alemán como una especie retrasada, así nosotros en Alemania tenemos que perder la misma costumbre frente al proletariado ruso." Y más adelante: "Los trabajadores ingleses, como factor político, están hoy en un nivel inferior al de los trabajadores del estado europeo más retrasado económicamente y menos libre políticamente: Rusia. Es su viva conciencia revolucionaria la que da a esta última su gran fuerza práctica; fue su renuncia a la revolución, el circunscribirse a los intereses del momento, la así llamada Realpolitik, la que convirtió a aquéllos en un cero a la izquierda en el plano de la verdadera política."

Pero dejemos por ahora las condiciones rusas de lado, y dediquémonos a la descripción que hace el camarada Kautsky de las condiciones prusiano-alemanas. Extrañamente también aquí percibimos cosas asombrosas. Hasta ahora, por ejemplo, ha sido el privilegio de los junkers del este del Elba el sentir la enaltecedora conciencia de que Prusia posee "el gobierno más fuerte de la época actual". Cómo podría la socialdemocracia llegar a reconocer con seriedad como "el más fuerte" a un gobierno que "no es otra cosa que despotismo militar bajo vigilancia policial, adornado con formas parlamentarias, combinado con un complemento feudal que ya está influenciado por la burguesía y conformado burocráticamente", esto me resulta algo difícil de comprender. ¡El pueril y lamentable cuadro del "gabinete" Betmann-Hollweg, un gobierno reaccionario hasta la médula, sin ningún plan, sin ningún tipo de línea, con lacayos y burócratas en lugar de hombres de estado, con una política interior de extravagante curso zigzagueante, una pelota en las manos de una vulgar claque de junkers y del desvergonzado juego de intrigas de la chusma de cortesanos; en la política exterior, juguete irresponsable de un régimen personalista, hasta hace pocos años despreciable lustrabotas del "gobierno más débil del mundo", el zarismo ruso, que se apoya en un ejército en gran parte constituido por socialdemócratas, con la instrucción militar más estúpida, el maltrato de los soldados más infame del mundo — esto es "el gobierno más fuerte de la época actual"! Por lo pronto un extraño aporte a la concepción materialista de la historia, que hasta ahora no deducía la "fuerza" de un gobierno de su atraso, su enemistad con la cultura, de su "obediencia ciega" y su espíritu policial. De pasada el camarada Kautsky le ha hecho otro servicio más a este "gobierno más fuerte" y lo ha adornado incluso con el "brillo de ya casi un siglo de constantes triunfos sobre las grandes potencias más fuertes del mundo". En las asociaciones de combatientes hasta ahora sólo se ha hecho consumo de la "gloriosa campaña" de 1870. Para construir su "siglo" de esplendor prusiano, el camarada Kautsky ha debido incluir evidentemente a la batalla de Jena, así como la campaña de los hunos [12] en China con nuestro Waldersee a la cabeza y el triunfo de Trotha sobre las mujeres y los niños hotentotes en el Kalahari.

¡Así decía en el hermoso artículo del camarada Kautsky: "Die Situation des Reiches" [La situación del Imperio] en diciembre de 1906, después de una larga y detallada descripción!:

"Compárese la brillante situación externa del Imperio en su comienzo con la situación actual y habrá que reconocer que nunca una brillante herencia de poder y prestigio fue despilfarrada más rápidamente, nunca desde su existencia la posición del Imperio Alemán ha sido más débil y nunca un gobierno alemán ha jugado más irresponsable y caprichosamente con fuego que en la reciente época." °

Es cierto que en ese entonces de lo que se trataba era de pintar el cuadro del brillante triunfo electoral que nos esperaba en las elecciones de 1907 y las tremendas catástrofes que según el camarada Kautsky se producirían a partir del mismo con la misma necesariedad con que ahora las plantea como consecuencia de la próxima elección para el Reichstag.

Por el otro lado, en base a su descripción de las condiciones económicas y políticas de Alemania y Europa occidental, el camarada Kautsky construye una política de huelga que si se la contrapone con la realidad resulta ser una fantasía asombrosa. "El trabajador en Alemania —nos asegura el camarada Kautsky— en realidad en toda Europa occidental, sólo recurre a la huelga como medio de lucha cuando tiene la perspectiva de obtener con ello *resultados específicos*. Si éstos no se producen, entonces la huelga ha fracasado en su objetivo." El camarada Kautsky con este descubrimiento ha pronunciado un juicio muy duro sobre la práctica de los sindicatos alemanes y de "Europa occidental". Pues, ¿qué es lo que nos muestra la estadística de las huelgas en Alemania? De las 19.766 huelgas y lock-outs que tuvimos desde 1890 hasta 1908, un total de un cuar-

° *Die Neue Zeit*, XXV, 1, p. 427.

to (25,2 %) fueron totalmente carentes de éxito, otro cuarto (22,5 %) sólo tuvo un éxito parcial, y algo menos que la mitad (49,5%) ha tenido un éxito total.* Esta estadística contradice en forma igualmente descarnada a la teoría del camarada Kautsky, según la cual, dado el poderoso desarrollo de las organizaciones de los trabajadores y las organizaciones empresariales, "también se centralizan y concentran cada vez más las luchas entre esas organizaciones", con lo que se vuelven "cada vez más *infrecuentes*" (p. 239). En el decenio de 1890 a 1899 tuvimos en Alemania 3.772 huelgas y lock-outs, pero en los nueve años de 1900 hasta 1908, en el período de mayor crecimiento de las uniones empresariales así como de los sindicatos, éstas fueron 15.994. Es tan poco cierto el que las huelgas "se hacen cada vez más infrecuentes" que, por el contrario, en el último decenio se cuadruplicaron, siendo la participación total de los trabajadores en el decenio anterior de 425.142, mientras que en los últimos nueve años fue de 1.709.415, es decir nuevamente cuatro veces más, lo que en promedio por huelga da una cifra similar.[13]

Según el esquema del camarada Kautsky de un cuarto hasta la mitad de las luchas sindicales en Alemania habrían "fracasado en su objetivo". Ahora bien, cualquier activista sindical sabe muy bien que el "resultado específico" bajo la forma de una conquista material no es ni puede ser de ningún modo el único punto de vista decisivo en una lucha económica, que las organizaciones gremiales "en Europa occidental" a cada paso se encuentran en la forzosa situación de emprender la lucha aun con escasas perspectivas de "resultados específicos", como lo demuestra precisamente la estadística de las huelgas puramente defensivas, de las que en los últimos diecinueve años en Alemania un total del 32,5 % no tuvo ningún éxito. Estas huelgas "carentes de éxito" no sólo no han "fracasado en su objetivo" sino que son una condición vital, directa, para defender el nivel de vida de los trabajadores, para mantener vivo el ímpetu de lucha de las masas de trabajadores, para dificultar nuevos ataques del empresariado, todos estos son hechos que pertenecen a las bases más elementales de la práctica gremial alemana. Por otra parte, es conocido en general que, además del "resultado específico" en conquistas materiales y aun sin este resultado, el efecto quizás más importante de las huelgas en "Europa occidental" consiste en servir de puntos de partida para la *organización* sindical, y que precisamente en lugares retrasados y en ramas de la producción difíciles de organizar es en general de estas huelgas "sin resultados" e "irreflexivas" de donde una y otra vez surgen los fundamentos de la organización sindical. La historia de las luchas y sufrimientos de los obreros textiles del Vogtland, cuyo capítulo más famoso es la gran huelga de Crimmtschau,[14] es uno de los ejemplos de esto. Con la "estrategia" que el camarada Kautsky se ha fabricado ahora, no sólo no se pueden realizar acciones de masa políticas de envergadura, sino tampoco los movimientos gremiales comunes.

Pero el esquema para las huelgas de "Europa occidental" arriba mencionado tiene otra gran laguna, y justamente en el punto en el que la lucha económica se vincula con la cuestión de la huelga de masas, es decir, en lo que se refiere a nuestro tema central. Pues dicho esquema no toma en cuenta que precisamente en "Europa occidental", a medida que pasa el tiempo, se producen cada vez más huelgas de grandes proporciones sin tantos "planes", como tormentas elementales, en aquellos terrenos en que una gran masa de proletarios explotados está enfrentada a la concentrada superioridad de poder del capital o del estado capitalista, huelgas que no se hacen "cada vez más infrecuentes" sino cada vez más frecuentes, que en general se desarrollan sin "resultados específicos", que a pesar de ello, o quizás justamente debido a ello son de la mayor importancia como explosiones de una profunda contradicción interna, que repercute directamente en el campo político. Pertenecen a ellas las gigantescas huelgas periódicas de los *mineros* en Alemania, en Inglaterra, en Francia, en Norteamérica, las huelgas de masas espontáneas de los *trabajadores rurales*, como las que han tenido lugar en Italia, en Galicia, las huelgas masivas de los *ferroviarios* que se desencadenan, ora en este, ora en aquel estado. Como se decía en el acertadísimo artículo del camarada Kautsky sobre "Die Lehren des Bergarbeiterstreiks im Ruhrrevier" [Las enseñanzas de la huelga de los mineros de la región del Ruhr] del año 1905: [15]

"Sólo por esta vía se pueden lograr avances de consideración para los mineros. La huelga contra los propietarios de las minas se ha vuelto carente de perspectivas; la huelga desde el comienzo tiene que plantearse como huelga *política*, sus reivindicaciones, su táctica, tienen que estar orientadas en el sentido de poner en movimiento la legislación. Esta nueva táctica sindical —continúa el camarada Kautsky— el de la *huelga política*, de la combinación de la acción gremial y la política, es la única que todavía tiene posibilidades para los mineros, en realidad es la que está destinada a revi-

* *Korrespondezblatt der Generalkomission der Gewerkschaften* [Correo de la comisión general de los sindicatos], 1909, nº 7, Suplemento estadístico.

talizar nuevamente tanto la acción gremial como la parlamentaria y dar a una como a la otra una fuerza de acrecentada agresividad."

Podría parecer aquí que por "acción política" sólo se entiende la acción parlamentaria y no a las huelgas de masas políticas. El camarada Kautsky destruye toda duda al declarar sin rodeos:

"Las grandes y decisivas acciones del proletariado en lucha deberán ser llevadas a cabo cada vez más por las distintas formas de la huelga política. Y aquí la práctica avanza más rápidamente que la teoría. Pues mientras nosotros discutimos sobre la huelga política y buscamos su formulación y su fundamentación teórica, en forma espontánea, por la acción autónoma de las masas, imponentes huelgas de masas políticas se generan unas tras otras —o toda huelga de masas se convierte en una acción política— cada gran prueba de fuerza política culmina con una huelga de masas, sea de los mineros, de los proletarios, de los trabajadores rurales y los ferroviarios de Italia, etc." (*Die Neue Zeit*, XXIII, 1, p. 780).

Así escribía el camarada Kautsky el 11 de marzo de 1905.

Aquí tenemos "la acción autónoma de las masas" y la dirección sindical, luchas económicas y luchas políticas, huelgas de masas y revolución, Rusia y Europa occidental en el más hermoso entrevero, todos los rubros del esquema fundidos en la interrelación viva de un gran período de violentas tormentas sociales.

Parece ser que "la teoría" no sólo "avanza" más lentamente que la praxis, sino que de vez en cuando, lamentablemente, pega una vuelta carnero hacia atrás.

III

Hemos analizado los fundamentos reales de la última teoría del camarada Kautsky sobre Rusia y Europa occidental. Lo más importante de esta reciente creación, sin embargo, es su tendencia general, que apunta hacia la construcción de una tajante diferenciación entre la Rusia revolucionaria y la "Europa occidental" parlamentaria, y hacia la presentación del extraordinario papel desempeñado por la huelga de masas política en la revolución rusa como el producto del *retraso* económico y político de Rusia.

Pero aquí al camarada Kautsky le ha sucedido algo desagradable,

ha demostrado muchas más cosas de lo necesario. Una mayor mesura en este caso hubiera dado decididamente mucho más resultado.

Ante todo, el camarada Kautsky no ha percibido que su teoría actual liquida su teoría pasada de la estrategia del desgaste. En el centro de la estrategia del desgaste estaba la referencia a las próximas elecciones para el Reichstag. Mi imperdonable error estribaba justamente en considerar apropiada la huelga de masas en la actual lucha por el derecho electoral de Prusia, mientras que el camarada Kautsky declaraba que recién nuestro imponente futuro triunfo en las elecciones para el Reichstag del año próximo crearía la "situación totalmente nueva" que haría necesaria y apropiada la huelga de masas. Pero el camarada Kautsky ha demostrado con la máxima claridad que se pueda pedir, que las condiciones para un período de huelga de masas política en realidad faltan en toda Alemania, sí, incluso en toda Europa occidental. "Por el medio siglo de movimiento socialista, organización socialdemócrata y libertad política" se habrían hecho casi imposibles en Europa occidental aun simples huelgas demostrativas de masas de dimensiones e ímpetu semejante al de las rusas. Pero si esto es así, entonces las perspectivas de la huelga de masas después de las elecciones para el Reichstag aparecen como bastante problemáticas. Está claro que todas las condiciones que en realidad hacen imposible la huelga de masas en Alemania —el gobierno más fuerte de la época actual y su brillante prestigio, la obediencia ciega de los obreros estatales, el inconmovible y tenaz poder de las asociaciones empresarias, el aislamiento político del proletariado— no desaparecerán súbitamente de aquí al año próximo. Si las razones que hablan en contra de la huelga de masas política no se encuentran ya en la situación momentánea, como aún lo pretendía la estrategia de desgaste, sino son justamente el resultado de "medio siglo de esclarecimiento socialista y la libertad política", en el alto grado de desarrollo de la vida económica y política de "Europa occidental", entonces la postergación de las expectativas de una huelga de masas de ahora para el año próximo después de las elecciones para el Reichstag, demuestra ser una pudorosa hoja de parra de la "estrategia de desgaste", cuyo único contenido real consiste así en la recomendación de las elecciones para el Reichstag. En mi primera respuesta traté de demostrar que la "estrategia de desgaste" en realidad terminaba en el "nada más que parlamentarismo". El camarada Kautsky mismo confirma ahora esto a través de sus profundizaciones teóricas.

Hay más aún. El camarada Kautsky pospuso la gran acción de

masas hasta después de las elecciones para el Reichstag, pero sin embargo tuvo que reconocer simultáneamente que la huelga de masas política podría hacerse necesaria en "cualquier momento" en la actual situación, pues "desde la existencia del Imperio Alemán jamás las contradicciones sociales, políticas, internacionales, estuvieron tan tensas como ahora". Pero si en general las condiciones sociales, el grado de madurez histórica en "Europa occidental", y particularmente en Alemania, hace imposible una acción de huelga de masas, ¿cómo podría ponerse en práctica una acción de ese tipo en "cualquier momento"? Una provocación brutal de la policía, un derramamiento de sangre en una demostración pueden bruscamente aumentar mucho la agitación de las masas y agudizar la situación, pero evidentemente no pueden ser aquella razón profunda que de pronto dé vuelta toda la estructura económica y política de Alemania.

Pero el camarada Kautsky ha demostrado otra cosa superflua. Si las condiciones generales, económicas y políticas de Alemania son tales que hubieran permitido una acción de huelga de masas del tipo de las de la revolución rusa —ese resultado del *retraso* específico ruso—, entonces lo que es cuestionado no es sólo el empleo de la huelga de masas en la lucha electoral de Prusia sino la resolución de Jena en sí. Hasta ahora la resolución del congreso partidario de Jena fue considerada tanto en el país como en el exterior como una manifestación de tanta significación porque oficialmente tomaba la huelga de masas como medio de lucha política del arsenal de la revolución rusa y la incorporaba a la táctica de la socialdemocracia alemana. Es cierto que esta resolución fue redactada formalmente y por algunos explicitada exclusivamente de un modo tal que la socialdemocracia declaraba querer emplear la huelga de masas pero sólo en el caso de un deterioro del derecho electoral para el Reichstag. Lo cierto es que el camarada Kautsky no perteneció antes a esos formalistas, pues ya en el año 1904 escribió explícitamente: "Aprendamos del ejemplo belga, entonces llegaremos a la convicción que para nosotros en Alemania sería un grave error supeditar la proclamación de la huelga política a una determinada condición, *por ejemplo, a un empeoramiento del actual derecho electoral para el Reichstag*".* La importancia fundamental, el verdadero contenido original de la resolución de Jena no estaba en este "compromiso" formalista, sino en la aceptación de fondo por parte de la socialdemocracia alemana de las enseñanzas y el ejemplo de la revolución rusa. Era el espíritu de la revolución rusa el que dominaba las sesiones de nuestro partido de Jena. Si el camarada Kautsky justamente ahora deduce el papel de la huelga de masas en la revolución rusa del *retraso* de Rusia y con ello construye una contraposición entre la Rusia revolucionaria y la "Europa occidental" parlamentaria, si enfáticamente advierte contra los ejemplos y métodos de la revolución, si sugiere incluso que la derrota del proletariado en la revolución rusa tiene que colocarse en el saldo deudor de la grandiosa acción de masas, debido a la cual el proletariado "tenía que llegar finalmente al agotamiento", si el camarada Kautsky declara sin rodeos: "Pero sea como fuere, lo cierto es que el esquema de la huelga de masas rusa no se adecua a las condiciones alemanas ni antes ni durante la revolución", entonces desde *este* punto de vista parece evidentemente un error incomprensible el hecho que la socialdemocracia alemana oficialmente tomase prestado de la revolución rusa, como nuevo medio de lucha, a la huelga de masas. La actual teoría del camarada Kautsky es en el fondo una implacable revisión de la resolución de Jena desde sus mismos fundamentos.

Para justificar su individual y equívoca toma de posición en la última campaña por el derecho electoral en Prusia, el camarada Kautsky abandona así paso a paso las enseñanzas de la revolución rusa para el proletariado alemán y de Europa occidental, la ampliación y el enriquecimiento de mayor importancia que la táctica proletaria haya logrado en el último decenio.

* "Allerhand Revolutionares" [Miscelánea revolucionaria], *Die Neue Zeit*, XXII, 1, p. 736. El subrayado es mío.

IV

El tan inmotivado como agudo ataque de la redacción de la Neue Zeit *en el último número, así como su afirmación de que mi artículo "en los momentos actuales sólo puede dañar a la causa del proletariado" me obligan a la siguiente respuesta:*

1. Rechazo con toda firmeza la afirmación que en la presente discusión se trata de "mi problema", el que me parece "tan extraordinariamente importante". La cuestión de la lucha por el derecho del sufragio en Prusia y de la táctica a emplear en la misma, no es "mi problema", sino el de todo el movimiento socialdemócrata de Alemania.

2. La cuestión del derecho del sufragio está en el orden del día

del congreso partidario de Magdeburgo, y no ha sido retirado después de los sucesos de Baden. Por lo tanto, para la prensa partidaria y para el órgano de discusión teórica del partido en primera instancia, lo que existe es simplemente el deber *de preparar los debates del congreso del partido a través del esclarecimiento de esta cuestión desde todos los ángulos.*

3. La acusación de que yo desencadeno "disputas en el propio campo del marxismo" carece de fundamentos. El marxismo no es una trenza que necesita disfrazar ante el mundo diferencias de opinión serias y objetivas. Es un gran movimiento del espíritu que no podemos identificar con un par de personas, una concepción del mundo que se ha hecho grande en la lucha abierta, libre, y que sólo con ésta puede preservarse del anquilosamiento.

4. La declaración de la redacción que mi artículo "se fija el propósito de desacreditar *a la dirección del partido, al* Vorwärts, *en fin a todos aquellos elementos, etc.", implica la afirmación que quien* critica *a los órganos directivos partidarios y a la política que los mismos siguen, sólo podría manifestar con ello un propósito de "descrédito". Este es textualmente el mismo argumento con el que los dirigentes sindicales trataron de defenderse hasta ahora de toda crítica en cuanto a la política de los sindicatos, especialmente de la crítica de los redactores de* Neue Zeit. *La redacción de un órgano de discusión teórica del partido tendría que ser la última en recurrir a la empequeñecedora acción de arrojar sospechas sobre los críticos dentro del partido, aun cuando circunstancialmente ella misma se encuentre entre los criticados.*

5. La interrupción de la polémica sobre la lucha por el derecho del sufragio en Prusia, que me fue propuesta por la redacción con motivo de la votación del presupuesto de Baden, significaba que nosotros posponemos las cuestiones de la lucha contra nuestro adversario burgués por tiempo indeterminado para concentrarnos exclusivamente en la lucha en nuestras propias filas. Puesto que los avances desde el flanco oportunista no se interrumpen desde hace una docena de años, si se quisieran guardar en un cajón todos los debates serios sobre la táctica, todos los problemas sobre el desarrollo ulterior de las formas de lucha socialdemócratas, cada vez que a nuestros revisionistas se les dé la gana de jugarnos una mala pasada, ello significaría simplemente declarar al partido en estado de sitio por el oportunismo. Una reacción tan inusitada contradice las propias palabras de la redacción en otro punto. La cuestión de Baden tiene que ser resuelta con energía y consecuencia. "Pero –leemos en el

artículo de fondo del camarada Mehring en el mismo número de Neue Zeit– [16] *el partido no dejará que se empañe su sereno espíritu de lucha por este episodio. Hasta ahora la prensa partidaria se ha expresado con la superior tranquilidad con la que Engels solía considerar a los provincialismos del «cantón badés»." Quisiera desearle a la redacción de* Neue Zeit *algo de este "sereno espíritu de lucha" y de esa misma "superior tranquilidad".*

ROSA LUXEMBURG

Con esa "superior tranquilidad" que la camarada Luxemburg nos pide imprimimos junto a las treinta páginas de su artículo también esta declaración, y serenamente dejamos a cargo de nuestros lectores el formular un juicio acerca de si una polémica de las características de la planteada es adecuada al momento actual, y si la viva oposición de la camarada Luxemburg a toda sugerencia de postergar su respuesta por unas pocas semanas no significa una sobrevaloración de sus propias manifestaciones.

LA REDACCIÓN

A la luz de las consecuencias que se desprenden de lo anterior se hace evidente con toda claridad hasta qué punto son deficientes en sus propios fundamentos las últimas teorías del camarada Kautsky. Deducir las acciones de huelga de masas del proletariado ruso, que no tienen parangón en la historia de las luchas de clases modernas, del retraso social de Rusia, significa en otras palabras explicar la extraordinaria importancia y el papel dirigente del proletariado urbano de las grandes empresas industriales en la revolución rusa por el "retraso" de Rusia, es decir, poner las cosas patas para arriba. No fue el retraso económico sino precisamente el elevado desarrollo del capitalismo, de la industria moderna y del comercio en Rusia lo que posibilitó y condicionó aquella grandiosa acción de huelga de masas. Sólo debido a que el proletariado industrial urbano ruso ya se había hecho tan numeroso, tan concentrado, tan imbuido de su conciencia de clase, sólo porque la auténtica contradicción capi-

talista se había desarrollado tanto, es que la lucha por la libertad política pudo ser dirigida con toda decisión exclusivamente por este proletariado, pero no como una pura lucha constitucional de acuerdo con la receta liberal, sino como una auténtica lucha de clases moderna en toda su amplitud y profundidad, en la que se peleaba tanto por los intereses económicos como por los intereses políticos de los trabajadores, tanto contra el capital como contra el zarismo, por la jornada de ocho horas como por una constitución democrática. Y sólo debido a que la industria capitalista y los modernos medios de intercambio a ella ligados se habían convertido ya en las condiciones de existencia de la vida económica del estado es que las huelgas de masas del proletariado en Rusia pudieron tener un efecto tan conmocionante y decisivo al punto que la revolución festejó con ellas sus triunfos, y desapareció y fue vencida junto a las mismas.

Por el momento no encuentro una formulación más ajustada de aquellos momentos acerca de los que aquí tratamos que la que ya una vez di en mi escrito del año 1906 sobre la huelga de masas: [17]

"Hemos visto —escribí allí— que la huelga de masas en Rusia no es un producto artificial de una táctica impuesta por la socialdemocracia, sino un fenómeno histórico natural nacido sobre el suelo de la revolución actual. Ahora bien, ¿cuáles son los factores que en Rusia han producido esta nueva forma de aparición de la revolución?

"La revolución rusa tiene como tarea inmediata la eliminación del absolutismo y el establecimiento de un estado de derecho moderno, con régimen parlamentario burgués. Formalmente es la misma tarea que tenía en Alemania la revolución de marzo de 1848, y en Francia la gran revolución de fines del siglo XVIII. Pero esas revoluciones, que presentan analogías formales con la revolución actual, tuvieron lugar en condiciones y en un clima histórico fundamentalmente distintos de los de la Rusia actual. La diferencia decisiva es la siguiente: entre aquellas revoluciones burguesas en el Occidente y la revolución burguesa actual en Oriente se ha cumplido el ciclo completo del desarrollo capitalista. Y precisamente este desarrollo no sólo involucró a los países de Europa occidental sino también a la Rusia absolutista. La gran industria, con todas sus secuelas, es en Rusia el modo de producción dominante, es decir, el que determina el desarrollo social, la moderna división de clases, los groseros contrastes sociales, la moderna vida urbana de gran ciudad y el proletariado moderno. Pero de ello ha resultado la extraña, contradictoria situación histórica en la que la revolución burguesa, en sus objetivos formales es realizada en principio por un proletariado moderno, con una conciencia de clase desarrollada y en un medio internacional que está bajo el signo de la decadencia burguesa. No es la burguesía ahora el elemento revolucionario dirigente, como en las pasadas revoluciones del Occidente, cuando el proletariado estaba, entonces, perdido en el seno de la pequeña burguesía y servía a aquélla de masa de maniobra. Hoy, en cambio, el proletariado consciente de su clase es el elemento activo y dirigente mientras que las capas de la gran burguesía se muestran ya sea abiertamente contrarrevolucionarias, ya sea moderadamente liberales y sólo la pequeña burguesía rural y la *intelligentzia* pequeñoburguesa urbana tiene una actitud decididamente opositora, incluso revolucionaria. Pero el proletariado ruso, llamado a desempeñar de este modo un papel dirigente en la revolución burguesa, emprende la lucha liberado de las ilusiones de la democracia burguesa, teniendo en su lugar una aguda conciencia de los propios intereses de clase, en un momento en que la contradicción entre capital y trabajo es particularmente tajante. Esta situación contradictoria se manifiesta en el hecho de que en esta revolución, formalmente burguesa, el conflicto entre la sociedad burguesa y el absolutismo está dominado por el conflicto entre el proletariado y la sociedad burguesa, que la lucha del proletariado se dirige simultáneamente con igual fuerza contra el absolutismo y contra la explotación capitalista, que el programa de las luchas revolucionarias está dirigido con igual énfasis hacia la libertad política y hacia la conquista tanto de la jornada de ocho horas como de una existencia material digna para el proletariado. *Este doble carácter de la revolución rusa se manifiesta en esa vinculación e interacción estrecha de la lucha económica con la lucha política, que los acontecimientos de Rusia nos hicieron conocer y que se expresan precisamente en la huelga de masas.*"

"[...] La huelga de masas aparece de ese modo no como un producto específicamente ruso generado por el absolutismo, sino como *una forma universal de la lucha de clases proletaria, determinada por el estadio actual del desarrollo capitalista y de las relaciones de clase.* Las tres revoluciones burguesas: la francesa de 1789, la alemana de marzo de 1848 y la actual revolución rusa, constituyen desde este punto de vista, una cadena de evolución continua: reflejan la grandeza y la decadencia del siglo capitalista." "[...] La revolución actual realiza los resultados generales del desarrollo capitalista internacional, en este caso particular de la Rusia absolutista;

aparece más como heredera de las viejas revoluciones burguesas que como precursora de una nueva serie de revoluciones proletarias en occidente. El país más atrasado muestra *a los proletariados de Alemania y los países capitalistas más avanzados,* precisamente porque tiene un retardo imperdonable en el cumplimiento de su revolución, *los caminos y los métodos de la lucha de clases futuras.*"

El camarada Kautsky también contemplaba antes a la revolución rusa desde esta misma perspectiva histórica. En diciembre de 1906 escribía en total coincidencia con mi concepción: "Nosotros podremos hacer justicia a la revolución rusa y sus tareas recién cuando no la contemplemos ni como una revolución burguesa en el sentido convencional ni como una socialista, sino como un proceso totalmente original que se desarrolla en la línea divisoria entre la sociedad burguesa y la socialista, favoreciendo la disolución de una y la constitución de la otra y haciendo avanzar un trecho inmenso en su proceso de desarrollo a toda la humanidad de la civilización capitalista." °

Pero si se conciben así las condiciones sociales e históricas reales que están en los fundamentos de la huelga de masas, la forma de lucha específica y nueva de la revolución rusa —y no es posible una concepción distinta sin sostener fantasías arbitrarias sobre el desarrollo *efectivo* de esta acción como ahora lo hace el camarada Kautsky con sus "huelgas amorfas, primitivas"—, resulta claro que las huelgas de masas como forma de la lucha revolucionaria del proletariado deben ser más tenidas en cuenta en Europa occidental que en Rusia, en la medida en que el capitalismo, en Alemania por ejemplo, está mucho más desarrollado.

Justamente todas las condiciones que el camarada Kautsky enumera contra la huelga política de masas son todas circunstancias que deberán hacer la huelga de masas en Alemania mucho más inevitable, de mayor envergadura y más imponente.

El obstinado poder de las ligas de empresarios, a la que se refiere el camarada Kautsky y que "busca su igual", así como la obediencia ciega en la que quiere ser mantenida la amplia categoría de los trabajadores estatales en Alemania, son justamente las condiciones que hacen cada vez más difícil en Alemania una acción sindical serena, provechosa para el grueso del proletariado, que

° "Triebkräfte und Aussichten der russischen Revolution" [Fuerzas motrices y perspectivas de la revolución rusa], *Die Neue Zeit,* XXV, 1 [n. 9 y 10], p. 333.

provocan pruebas de fuerza cada vez más importantes, explosiones en el campo de la economía cuyo carácter elemental así como el volumen de las masas involucradas hace que tomen cada vez más significación política a medida que pasa el tiempo.

Precisamente el aislamiento del proletariado en Alemania, al que hace referencia el camarada Kautsky, el que toda la burguesía incluida la pequeña burguesía, se alinee sólidamente detrás del gobierno, tiene como consecuencia que cada gran lucha política contra el gobierno se convierta simultáneamente en una lucha contra la burguesía, contra la explotación. Las mismas circunstancias nos garantizan que toda enérgica acción de masas revolucionarias en Alemania no adoptará las formas parlamentarias del liberalismo ni las antiguas formas de lucha de la pequeña burguesía revolucionaria —las breves batallas de barricadas— sino la forma clásica proletaria, la de la huelga de masas. Y justamente porque en Alemania tenemos detrás de nosotros "medio siglo de esclarecimiento socialista y libertad política", la acción del proletariado, apenas la situación esté lo suficientemente madura para que las masas ganen la escena, en cada lucha política sacarán a relucir las cuentas pendientes con la explotación privada y estatal, agregándole a la lucha política una lucha de masas económica. "Pues —escribió el camarada Kautsky en el año 1907—, nosotros no tenemos la más mínima razón para suponer que el grado de explotación del proletariado alemán es menor que el del ruso. Por el contrario, hemos visto que con el progreso del capitalismo la explotación del proletariado crece. Si el trabajador alemán en muchos casos está todavía colocadq en mejor situación que el ruso, también es cierto que la productividad de su trabajo es una productividad mucho mayor y sus necesidades en correspondencia con el nivel de vida general de la nación son mucho más altas, de modo que el trabajador alemán quizás percibe el yugo capitalista mucho más dolorosamente que el ruso." °

El camarada Kautsky, que ahora nos pinta con tal riqueza de matices, cómo el trabajador alemán está "totalmente ocupado" con "las ligas, las reuniones, elecciones de todo tipo", ha olvidado a las grandes masas esclavizadas de los trabajadores estatales pruso-alemanes, de los ferroviarios, los empleados de correo así como los trabajadores rurales, que lamentablemente sólo en muy escasa medida, están ocupadas con "ligas, reuniones y elecciones «de todo tipo»" ya que, legalmente o en los hechos, carecen del derecho de asocia-

° *Die soziale Revolution* [La revolución social], 2ª edición, p. 60.

ción. Ha olvidado que estas amplias categorías sociales viven en medio de la monárquica y prusiana libertad en condiciones políticas y económicas auténticamente "rusas". Y precisamente son estas categorías —sin hablar para nada de los mineros— las que en una conmoción política, abadonan su ciega obediencia y presentan sus cuentas particulares en forma de gigantescas huelgas de masas.

Pero miremos hacia "Europa occidental". El camarada Kautsky que discute todo esto, además de oponerse a mis argumentos, tendría que enfrentarse a la realidad. Pues, ¿qué vemos si dirigimos la mirada a las huelgas de masas más importantes de los últimos diez años?

Las grandes huelgas de masas belgas que conquistaron el derecho de sufragio universal todavía aparecen en los años noventa aisladas como si hubieran sido un audaz experimento. Pero desde entonces ¡qué abundancia y multiplicidad!

En el año 1900 la huelga de masas de los mineros de Pennsylvania que de acuerdo con el testimonio de los camaradas norteamericanos hiciera más por la difusión de las ideas socialistas que diez años de agitación; en 1900 también huelga de masas de los mineros en Austria; en 1902 huelga de masas de los mineros en Francia; en 1902 huelga general en todas las ramas de la producción en Barcelona en apoyo de los obreros metalúrgicos en lucha; en 1902 huelga demostrativa de masas en Suecia por el derecho de sufragio universal e igualitario; en 1902 huelga de masas en Bélgica por el derecho de sufragio universal e igualitario; en 1902 huelga de masas de los trabajadores rurales en toda Galitzia oriental (más de 200.000) en defensa del derecho de asociación; en 1903 en enero y en abril dos huelgas de masas de los ferroviarios en Holanda; en 1904 huelga de masas de los ferroviarios en Hungría; en 1904 huelgas de masas demostrativas en Italia en protesta contra las matanzas de Cerdeña; en enero de 1905 huelga de masas de los mineros en la región del Ruhr; en octubre de 1905 huelgas de masa demostrativas en Praga y sus alrededores (100.000 trabajadores) por el derecho de sufragio universal e igualitario para la Dieta de Bohemia; en octubre de 1905 huelga de masas demostrativa en Lemberg por el derecho de sufragio universal e igualitario para la Dieta de Galitzia; en noviembre de 1905 huelga de masas demostrativa en toda Austria por el derecho de sufragio universal e igualitario para el consejo del imperio; en 1905 huelga de masas de los trabajadores rurales en Italia; en 1905 huelga de masas de los ferroviarios en Italia; en 1906 huelga de masas demostrativa en Trieste por el derecho de sufragio universal

e igualitario para la dieta *que triunfó con la imposición de la reforma*; en 1906 huelga de masas de los trabajadores siderúrgicos en Wittkowitz (Moravia) en apoyo de 400 delegados despedidos en relación con la fiesta de mayo, exitosamente finalizada; en 1909 huelga de masas en Suecia en defensa del derecho de asociación; en 1909 huelga de los empleados postales en Francia; en octubre de 1909 huelga de masas demostrativa de todos los trabajadores de Trento y Roveretto en protesta contra la persecución política contra la socialdemocracia; en 1910 huelga de masas en Filadelfia en apoyo de los empleados de las empresas de tranvías en lucha por el derecho de asociación, y en este momento preparativos para la huelga de masas de los ferroviarios en Francia.

Esta es la "imposibilidad" de las huelgas de masas, especialmente de las huelgas de masas demostrativas en Europa occidental, que el camarada Kautsky ha demostrado, negro sobre blanco. El camarada Kautsky ha demostrado teóricamente la imposibilidad de la combinación de las huelgas políticas con las económicas, la imposibilidad de huelgas de masas de importancia, la imposibilidad de las huelgas de masas como *período* de reiteradas luchas aisladas, y ha olvidado que desde hace diez años estamos en un período de huelgas de masas de lucha y demostrativas, económicas y políticas, período que con llamativa coincidencia se extiende a casi todos los países de "Europa occidental" así como a los Estados Unidos, a países del capitalismo más atrasado como España así como a los más adelantados como Norteamérica, a países con un débil movimiento sindical como Francia así como a los de firmes sindicatos socialdemocráticos como Austria, a la agraria Galitzia y a la Bohemia altamente industrializada, a estados semifeudales como la monarquía de los Habsburgo, a repúblicas como Francia y a estados absolutistas como Rusia. Pues además de las enumeradas, tenemos todavía la grandiosa acción de huelga de masas en Rusia de 1902 hasta 1906, que ha mostrado palmariamente que la amplitud de las huelgas de masas se acrecienta con la situación revolucionaria y la acción política del proletariado.

"Pues mientras discutimos sobre la huelga política y buscamos su formulación y fundamento teóricos, espontáneamente por autoinflamación de las masas se enciende una huelga política de masas tras otra, ya sea que cada huelga de masas se convierta en una acción política, o que cada gran prueba de fuerzas política culmine en una

huelga de masas, sea entre los mineros, los proletariados de Rusia, los obreros rurales y ferroviarios de Italia, etc." *

De acuerdo con esto parece que el camarada Kautsky a través de su más reciente teoría acerca de la imposibilidad de un período de huelgas de masas políticas en Alemania no habría demostrado tanto una contraposición entre Rusia y Europa occidental como una contraposición entre Alemania y el resto del mundo, incluidos Europa occidental y Rusia. Prusia en realidad tendría que ser una excepción entre todos los países capitalistas si fuera cierto que allí, de acuerdo con lo que dice el camarada Kautsky son imposibles hasta las más breves huelgas de masas demostrativas. Sería "totalmente impensable" que entre nosotros, en una huelga demostrativa contra el gobierno "se paren los trenes urbanos, los tranvías, las plantas de gas", que nosotros en Alemania vivamos una huelga demostrativa que "cambie completamente el aspecto de la calle y con ello cause una profundísima impresión en la totalidad del mundo burgués, así como en las capas más indiferentes del proletariado". Pero entonces en Alemania tendría que ser impensable lo que se demostró posible en Galitzia, en Bohemia, en Italia, en Hungría, en Trieste, en Trento, en España, en Suecia. En todos estos países y ciudades se produjeron brillantes huelgas demostrativas que modificaron totalmente el "aspecto de las calles". En Bohemia el 20 de noviembre de 1905 reinaba un absoluto paro general del trabajo, que incluso se extendió a la *actividad rural*, lo que en Rusia todavía no ha sucedido. En Italia en setiembre de 1905, pararon los trabajadores rurales, los tranvías, las plantas de electricidad y de gas, incluso la totalidad de la prensa cotidiana tuvo que suspender su aparición. "Ha sido posiblemente la huelga general más completa —escribía la *Neue Zeit*— que conozca la historia: durante tres días la ciudad de Génova ha sido dejada sin luz, sin pan ni carne, la totalidad de la vida comercial fue suprimida." ** En Suecia, en Estocolmo, su capital, tanto en 1902 como en 1909, durante la primera semana todos los transportes —tranvías, coches de plaza, servicios de acarreo, trabajos comunales— estaban parados. En Barcelona se detuvo en 1902 toda la vida económica durante varios días.

Así en la Prusia alemana con su "gobierno más fuerte del mundo"

* K. Kautsky: "Die Lehren des Bergarbeiterstreiks" [Las enseñanzas de la huelga minera], *Die Neue Zeit*, XXIII, p. 781.

** Oda Olberg, "Der italienische Generalstreik" [La huelga general italiana], *Die Neue Zeit*, XXIII, 1, p. 19.

y sus especiales "condiciones alemanas" que tienen que explicarnos todas las imposibilidades de aquella forma de lucha proletaria que resulta posible en el resto del mundo, tendríamos una contrapartida inesperada de aquellas especiales condiciones "bávaras" y "sudalemanas", de las que en su época el camarada Kautsky se burlara tan vigorosamente junto con nosotros. Pero estas "imposibilidades alemanas" resultan paradójicas dado que precisamente en Alemania tenemos el partido más fuerte, los sindicatos más fuertes, la mejor organización, la mayor disciplina, el proletariado más esclarecido y la mayor influencia del marxismo. De esta manera llegaríamos al extraño resultado de que cuanto más fuerte es la socialdemocracia, tanto más impotente es la clase trabajadora. Pero yo creo que afirmar que hoy en Alemania son imposibles las huelgas de masas y las huelgas demostrativas que han sido posibles en los otros países, es extenderle un certificado de incapacitado al proletariado alemán, que él aún no ha demostrado merecer desde ningún punto de vista.

V

¿Qué es lo que queda en realidad de la teoría de la huelga de masas del camarada Kautsky, después que ha demostrado todas las "incompatibilidades"? Queda la única, la "última" huelga de masas puramente política, que se descarga una sola vez, diferenciada de las huelgas económicas, como un trueno en un cielo despejado.

"Aquí, en esta concepción —dice el camarada Kautsky—, está la causa más profunda de las diferencias que existen entre mis amigos y yo sobre la huelga de masas. Ellos esperan un *período de huelga de masas*, yo, en las condiciones alemanas, sólo logro *imaginarme* la huelga de masas política *como un hecho único*, en el que todo el proletariado del imperio actúa con todo su poder, como una lucha a vida o muerte, como una lucha que derrota a nuestros adversarios o que destruye o por lo menos paraliza por varios años todas nuestras organizaciones y todo nuestro poder."

Sobre esta imagen de "la última huelga de masas", como se le presenta al camarada Kautsky debe decirse ante todo que es una creación totalmente nueva, que surge no de la realidad sino de la más pura "imaginación". Pues no sólo no se corresponde con ningún antecedente ruso: tampoco *ninguna* de las huelgas de masas entre

las muchas que han tenido lugar en "Europa occidental" o en los Estados Unidos se asemeja aproximadamente a la especie inventada por el camarada Kautsky para Alemania. Ninguna de las huelgas de masas hasta ahora conocida fue una "última" lucha a "vida o muerte", ninguna llevó a una victoria total de los trabajadores, y ninguna tampoco "destruyó por varios años a todas nuestras organizaciones" y "todo el poder" del proletariado. El éxito en la mayoría de los casos fue parcial y mediato. Las grandiosas huelgas de los mineros finalizaban por lo común, con una derrota inmediata, pero subsiguientemente terminaban logrando por su presión reformas sociales de importancia: en Austria la jornada de nueve horas, en Francia la jornada de 8 horas. La huelga de masas belga del año 1893 tuvo como resultado de gran importancia la conquista del derecho de sufragio general calificado. La huelga de masas sueca del año anterior terminó formalmente con un compromiso, pero en el fondo frenó un ataque general de la coalición empresarial contra los sindicatos suecos. Las huelgas demostrativas austríacas han impulsado enormemente la reforma electoral. Las huelgas de masas de los trabajadores del campo, a pesar de la ausencia formal de resultados amplios, han fortalecido la *organización* entre los trabajadores rurales de Italia y Galitzia. *Todas* las huelgas de masas, tanto económicas como políticas, tanto demostrativas como huelgas de lucha, han cumplido con lo que la camarada Oda Olberg escribiera con tanta justeza en la *Neue Zeit*, en su balance sobre la huelga de los ferroviarios italianos: "Las conquistas de la huelga política son difíciles de evaluar: su valor cambia de acuerdo con el grado de conciencia de clase proletaria. Una huelga política llevada a cabo con vigor y solidaridad nunca se pierde, pues *es* aquello que ella *busca*, un despliegue de fuerza del proletariado en el que los que luchan endurecen sus voluntades y su sentimiento de responsabilidad y las clases dominantes toman conciencia de la fuerza de su oponente." *

Ahora bien, si todavía, hasta el presente cada huelga de masas sin excepción, tanto en "Europa occidental" como en Rusia, en estricta contraposición con el más reciente esquema del camarada Kautsky, no trajo ni el triunfo total ni el desmantelamiento de las organizaciones del proletariado, sino a la inversa, un *fortalecimiento* de las organizaciones, de la conciencia de clase y del sentimiento de poder de los trabajadores, debemos formularnos la siguiente pregunta: ¿Cómo puede llegar a producirse en Alemania aquella inmensa y "última", aquella huelga de masas apocalíptica, en la que se rompen los robles más fuertes, se resquebraja la tierra y se abren las tumbas, si la masa del proletariado no ha sido preparada, ejercitada y estimulada previamente para ello por un largo *período* de huelgas de masas, de luchas de masas económicas y políticas? Pues a esta "última" huelga de masas, según el camarada Kautsky, debe lanzarse "todo el proletariado del imperio" y "con todo su poder". Pero ¿cómo los trabajadores estatales pruso-alemanes, los ferroviarios, los empleados de correo, etc., que hoy se encuentran paralizados en una "obediencia ciega", los trabajadores rurales, que todavía no tienen el derecho de asociación y no tienen ninguna organización, las amplias capas de trabajadores que todavía se incluyen en organizaciones adversarias, cristianas, en organizaciones de tipo Hirsch-Duncker, en organizaciones amarillas, toda la gran masa del proletariado alemán que hasta ahora no ha sido accesible ni a nuestras organizaciones sindicales ni a la agitación socialdemócrata, cómo bruscamente de un salto ha de volverse madura para la "última" huelga de masas, "a vida o muerte", si antes no ha sido desprendida progresivamente de su letargo, su obediencia, su fragmentación, por un período previo de luchas masivas tempestuosas, huelgas demostrativas, huelgas de masas parciales, grandes luchas económicas, unida a los seguidores de la socialdemocracia?

Esto también el camarada Kautsky debe comprenderlo. "Naturalmente, dice, "no me imagino este hecho único como un acto aislado «como un escopetazo». También yo espero una era de enconadas luchas y acciones de masas pero la huelga de masas ha de ser el arma *final*." Pero ¿cuáles son las "luchas y acciones de masas en las que piensa el camarada Kautsky, que anteceden a esta "última" huelga de masas y que a su vez no pueden tratarse de huelgas de masa? ¿Serán demostraciones callejeras? Pero no se pueden hacer simples demostraciones callejeras durante años y años. Las huelgas demostrativas generales, muy importantes, según el camarada Kautsky están justamente excluidas de Alemania; pues "sería totalmente impensable" que entre nosotros, en una huelga demostrativa contra el gobierno, "se paren los trenes urbanos, los tranvías, las plantas de gas". Las huelgas de masas económicas tampoco pueden realizar ese trabajo preparatorio para la huelga de masas política; según el camarada Kautsky deben ser estrictamente separadas de la huelga de masas política, ya que antes que promoverlas en realidad le resultarían perjudiciales. ¿En qué consistirían entonces en

* *Die Neue Zeit*, XXIV, 2, p. 385.[18]

verdad esas "enconadas" luchas y acciones de masas del período preparatorio? ¿Quizás de "enconadas" elecciones para el Reichstag o de asambleas con resoluciones de protesta? Pero las grandes capas del proletariado no organizado u organizado que están en la oposición, de las que dependería la situación en esa "última" huelga de masas, no se acerca a nuestras asambleas. De manera que no se comprende cómo se puede prever que despertaremos, ejercitaremos y ganaremos la adhesión de "todo el proletariado del imperio" para la lucha final "a vida o muerte". Quiéralo o no el camarada Kautsky, su huelga de masas final aparece simplemente como un escopetazo, al excluir un *período* de huelgas de masas de carácter económico y político.

Pero finalmente hay que preguntarse: ¿qué es en realidad esa "última" huelga de masas, que se produce *una sola vez* y en la que todo el proletariado del imperio lucha con todo su poder a vida o muerte? ¿Tenemos que entenderla como una "última" huelga de masas *periódica*, que en toda campaña política de importancia sea por el derecho electoral en Prusia, o por el derecho electoral para el Reichstag, o contra una guerra criminal, es la que al final determina su definición? Pero no se puede luchar periódica y repetidamente "a vida o muerte". Una huelga de masas descripta como una batalla en la que "todo el proletariado" y además "con todo su poder" lucha "a vida o muerte" sólo puede ser aquella en la que se trate de la totalidad del poder del estado. Sólo en ese caso puede tratarse de una "última" lucha a "vida o muerte" en la que el proletariado pelea por su dictadura, para acabar con el estado de clases burgués. De esta manera la huelga de masas política para Alemania se posterga cada vez más: primero se la esperó siguiendo la lógica de la estrategia de desgaste para después de las elecciones para el Reichstag del año próximo, ahora se esfuma ante nuestros ojos como la "última", la única huelga de masas, burlándose de nosotros desde la azulada distancia de la revolución social.

Recordemos las condiciones que el camarada Kautsky asociaba a la realización de la huelga de masas política en su primer artículo *¿Y ahora qué?*: mantener los preparativos en el mayor secreto frente al enemigo, la atribución de la responsabilidad de las decisiones del "consejo de guerra" máximo del partido, sorprender en lo posible al enemigo, e inopinadamente nos encontraremos frente a una construcción conceptual que tiene una fuerte semejanza con el "gran día final", la huelga general de receta anarquista. La idea de la huelga de masas se transforma de proceso histórico de las luchas de clases

proletarias modernas en un período final de varios decenios, en un desbarajuste en el que "todo el proletariado del imperio", repentinamente, de un empujón, acaba con el orden social burgués.

¿Qué es lo que escribía el camarada Kautsky en 1907 en su *Sozialen Revolution*, 2da. edición, p. 54?: "Esto no tiene sentido. Una huelga general bajo el criterio de que *todos* los trabajadores del país dejen el trabajo ante una señal dada, presupone un acuerdo unánime y una organización de los trabajadores que probablemente nunca se pueda lograr en la sociedad actual, y que una vez alcanzada sería tan irresistible que ni llegaría a necesitar de una huelga general. Pero una huelga así no solamente haría imposible la sociedad actual sino toda existencia, la de los proletarios antes todavía que la de los capitalistas, por lo tanto inevitablemente tendría que desmoronarse justo en el momento en que comenzase a desplegar su eficacia revolucionaria. La huelga como medio de lucha política, probablemente nunca, y con seguridad no en un tiempo previsible, tome la forma de una huelga de *todos* los trabajadores. Nos encaminamos hacia una época en la que frente a la superioridad de la fuerza de las organizaciones empresariales, la huelga aislada, apolítica, tendrá tan pocas perspectivas como la acción aislada parlamentaria de los partidos obreros frente a la presión del poder de estado dependiente de los capitalistas. Cada vez se hará más necesario que ambas se complementen y que de su acción conjunta cobren nuevas fuerzas. *Como el empleo de toda arma nueva, así también primero ha de aprenderse el uso de la huelga política.*"

De este modo el camarada Kautsky, cuanto más se extendía en amplias generalizaciones teóricas para la justificación de su toma de posición en la lucha por el derecho del sufragio en Prusia, tanto más perdía de vista las perspectivas generales del desarrollo de la lucha de clases en Europa occidental y en Alemania, sobre el que él personalmente en los últimos años no se cansara de insistir. Probablemente también él ha percibido la fastidiosa sensación de la incongruencia de sus puntos de vista actuales con los anteriores y por ello se anticipó en reproducir detalladamente en la última parte, la tercera de su réplica contra mí, su serie de artículos del año 1904, *Miscelánea revolucionaria*. Claro, con ello no ha sido borrada la flagrante contradicción, solamente ha generado ese carácter caótico, cambiante, de aquella parte final del artículo, que disminuye tan considerablemente el placer de la lectura.

Pero no sólo esa serie de artículos constituye una estridente disonancia con las elucubraciones actuales del camarada Kautsky. En

La revolución social leemos acerca de todo un largo período de luchas revolucionarias en el que hemos de entrar y en el que la huelga de masas política "seguramente desempeñará un papel de importancia". El folleto *El camino al poder* está dedicado íntegramente a la descripción de la misma perspectiva. Más aún, en este escrito se sostiene que ya hemos entrado en el período revolucionario. Allí el camarada Kautsky pasa revista al "testamento político" de Friedrich Engels y declara que la época de la "estrategia de desgaste", que consiste en la utilización legal de los fundamentos dados del estado, ya ha terminado:

"Al principio de los años noventa —decía— he reconocido que un sereno desarrollo de las organizaciones proletarias y de la lucha de clases proletaria sobre las bases dadas del estado llevaría al proletariado lo más adelante posible en la situación de aquella época. Así que no se me podrá acusar ahora, que es por la necesidad de embriagarme con revolución y posiciones radicales, si la observación de la situación actual me lleva a concluir *que desde el comienzo de los años noventa las condiciones están fundamentalmente modificadas, que tenemos razón en suponer que hemos entrado en un período de luchas por las instituciones* y el poder estatal, luchas que a través de múltiples cambios *pueden extenderse por decenios,* cuyas formas y duración por ahora todavía son imprevisibles, pero que con mucha probabilidad en un período que se puede vislumbrar, podrán producir considerables desplazamientos de poder en favor del proletariado, cuando no ya su hegemonía total en Europa occidental." Y más adelante: "Pero en esta incertidumbre general las próximas tareas del proletariado ya están claramente dadas. Nosotros ya las hemos desarrollado. *Aquél ya no podrá avanzar más si no se modifican las pautas del estado en base a las que lleva su lucha.* Buscar del modo más enérgico la democracia en el imperio, pero también en los estados individuales, es decir Prusia y Sajonia, esa es su próxima tarea en Alemania, y su próxima tarea internacional será la lucha contra la política internacional y el militarismo. *Así como están claramente a la luz del día las tareas también lo están los medios que tenemos a nuestra disposición para llevarlas a cabo. A los ya empleados se le ha agregado la huelga de masas,* que teóricamente aceptábamos a comienzos de los años noventa, y cuya posibilidad de aplicación bajo circunstancias favorables ha sido puesta repetidamente a prueba desde entonces." *

* *Der Weg zur Macht*, pp. 53 y 101. El subrayado es mío.

En *La revolución social,* en *El camino del poder,* en *Neue Zeit* el camarada Kautsky ha predicado a los sindicatos alemanes la "huelga política" como la "nueva táctica" cada vez más indicada en vista que las huelgas puramente gremiales estaban cada vez más condenadas al fracaso por el poder creciente de las ligas empresariales. Fue precisamente esta concepción la que el año pasado le produjo una enconada disputa con el *Korrespondezblatt* de la comisión general de los sindicatos.

Ahora el camarada Kautsky quiere separar estrictamente las huelgas económicas de la acción política, sostiene que todas las huelgas en Europa occidental tienen que obtener "resultados específicos" de lo contrario habrían "fracasado en su objetivo" y entre los medios que "organizan al proletariado, elevan su comprensión y su sensación de fuerza y aumentan la confianza de la masa del pueblo en sus organizaciones" solamente se cuentan "movimientos salariales conducidos *exitosamente.*" Hoy no necesitamos nada con mayor urgencia que "éxitos visibles" para impresionar a las masas. Pero hay "pocos éxitos que le documenten tan patentemente a la masa nuestra fuerza creciente como los triunfos electorales, y la conquista de nuevos mandatos". ¡Así que elecciones para el Reichstag y mandatos! He aquí al Mesías y sus profetas.

¡El camarada Kautsky nos informa que el trabajador alemán sólo está disponible para demostraciones "sin riesgo", que "una simple huelga demostrativa no es la forma más impactante" de la protesta política, "una elección triunfante para el Reichstag causa mucho más impresión"! Y finalmente, "una verdadera demostración de masas" por una causa "que no produce una resistencia inmediata tratándose simplemente de expresar la protesta contra una injusticia que existe desde hace más de medio siglo", una huelga demostrativa así en Alemania prácticamente no sería posible "sin un factor desencadenante de envergadura". El camarada Kautsky no se ha dado cuenta que con esta argumentación, al pasar, ha dado la más hermosa fundamentación teórica para la *abolición del primero de mayo.*

Con plenos derechos el camarada Kautsky reivindica haber dado "ya antes de la revolución rusa" en su artículo *Miscelánea revolucionaria,* una descripción detallada de los efectos de una huelga de masas política. Pero, a mi parecer, no se trata solamente de diseñar en la abstracción de la teoría, por así decirlo, en el reino de Utopía,[19] luchas revolucionarias y su desarrollo exterior, esbozar su esquema general, sino que lo importante es dar en la práctica en cada oportunidad aquellas consignas que desencadenan el máximo

de energía revolucionaria del proletariado, que puedan llevar adelante la situación lo más lejos y lo más rápidamente posible. Es cierto que el camarada Kautsky en sus numerosos artículos, en sus folletos, nos ha dado con nítida claridad el cuadro de las luchas revolucionarias del futuro. En la descripción de la huelga de masas, por ejemplo en 1904, ya mostró cómo "cada casa señorial, cada granjero, cada fábrica, cada línea de telégrafos, cada tramo de vía férrea deben ser vigilados militarmente", cómo los soldados son enviados contra la multitud a todos lados y cómo en ninguno se llega al enfrentamiento, "pues allí donde llegan la multitud se dispersa para reunirse en todos los lugares a los que todavía no llegaron o de donde acaban de irse", cómo primero "las usinas de gas y de electricidad dejan de funcionar, los tranvías de circular, finalmente el correo y los ferrocarriles también son invadidos por la fiebre de huelga, primero hacen huelga los trabajadores de los talleres, luego también los empleados más jóvenes del servicio", todo descripto tan sintéticamente con un plasticismo, una vitalidad y un realismo que son tanto más admirables dado que se trata de acontecimientos desarrollados en la más pura imaginación. Pero cuando la cuestión tuvo que descender desde la fantasía, en la que la teoría describía serenamente sus círculos como un águila, a la tierra rasa de la campaña por el derecho del sufragio en Prusia, entonces sorpresivamente el desorientado y perplejo gobierno prusiano se convirtió en un *Rocher de bronce* [roca de bronce] [sic]; las condiciones para la revolución social ("adelante a toda marcha") totalmente maduras, como lo describe *El camino del poder*, se transformaron en un país inmóvil "en el que no se puede ni pensar", en donde los obreros de los talleres del estado y los empleados, sean jóvenes o viejos, no pueden participar de una demostración, y la "era revolucionaria que amanece" se convirtió en la minuciosa preparación para las elecciones parlamentarias, pues "hay pocos éxitos que le documenten tan patentemente a las masas nuestra fuerza" como los mandatos para el Reichstag.

Titanismo en la teoría y "desgaste" en la práctica, perspectivas ultrarrevolucionarias en las nubes y mandatos para el Reichstag como única perspectiva en la realidad. El camarada Kautsky ha justificado su campaña contra mí con la imperiosa necesidad de impedir que la idea de la huelga de masas resultara comprometida. Temo que tanto para la idea de la huelga de masas como para el camarada Kautsky hubiera sido mejor que esta acción de salvamento no se hubiera realizado.

VI

Volvamos a Prusia.

A principios de marzo, ante la campaña iniciada por el derecho de sufragio que ya estaba iniciada y el creciente movimiento de demostraciones, dije que si el partido quería seguir dirigiendo el movimiento, tenía que poner a la orden del día la consigna de la huelga de masas, que una huelga de masas demostrativa "sería el primer paso en la situación presente". Quería decir con ello que el partido se encontraba ante un dilema: o llevaba el movimiento por el derecho del sufragio a formas más agudas, o si no el movimiento, como ya había sucedido en 1908, se adormecería otra vez después de poco tiempo. Esto fue lo que llevó al camarada Kautsky a salir a la palestra en contra mío.

¿Y qué es lo que vemos? El camarada Kautsky señala que, para mi pesar, no hemos tenido rastro alguno de huelga de masas, que sus tesis resultan triunfantes, pues mi sugerencia fue "liquidada" por las condiciones reales. Ahora bien, en su entusiasmo polémico el camarada Kautsky parece haber pasado totalmente por alto que hay otra cosa más que ha sido "liquidada" con ello: las demostraciones y con ellas el mismo movimiento por el derecho de sufragio. El camarada Kautsky demostró, en contraposición conmigo, que un incremento de las demostraciones no sería necesario, que no existía dilema alguno para el partido, que lo principal sería "ante todo continuar con el empleo de las *demostraciones callejeras*, no debilitar esta acción, por el contrario darle una forma cada vez más poderosa." * Pero las demostraciones callejeras han cesado totalmente desde abril. Y no porque faltara el estado de ánimo y los deseos de luchar en las masas, éstas no se han aquietado por agotamiento. No, las demostraciones callejeras simplemente han sido *revocadas* por las instancias dirigentes del partido, en contra de los esfuerzos e intentos de los camaradas del partido en provincias, como lo ha mostrado el 1º de mayo, como también lo ejemplificaron en mayo las demostraciones en Braunschweig, en Breslau, revocadas con premeditación. Exactamente como lo escribí ya en mi primera réplica en *Die Neue Zeit* a fines de marzo –sin esperar el curso ulterior de los acontecimientos y de la situación– se había fijado la demostra-

* *Was nun?*, *Die Neue Zeit*, del 15 de abril de 1910, p. 71. [Nota de R. L.]. [Véase en el presente volumen, pp. 128-155, el trabajo de Kautsky.]

ción el 10 de abril bajo la presión del estado de ánimo del interior, con la convicción de que era la última. Y punto final, eso es lo que se hizo. Ninguna demostración, ni siquiera las reuniones se ocupan de la cuestión del derecho del sufragio, la tempestuosa crónica de esta lucha ha desaparecido de la prensa partidaria. Y como síntoma más seguro que la cuestión por ahora está terminada y que ha perdido actualidad, podemos anotar que nuestro órgano central ha comenzado a ocuparse de la táctica de la lucha por el derecho del sufragio. "El movimiento popular del más grandioso estilo" ha sido enviado a su casa.

¿Qué dice el camarada Kautsky sobre esto? Él, que lanzó contra mí "la chanza, la sátira, la ironía y también significados más profundos",[20] ¿se ha animado a decir siquiera una palabra de la censura contra las "máximas autoridades" que en contraposición con su advertencia de "no paralizarse en manifestaciones callejeras" simplemente liquidaron el movimiento de manifestaciones? Por el contrario, el camarada Kautsky se llena de admiración, sólo encuentra palabras de entusiasmo para la "reciente campaña de demostraciones" que fue "un ejemplo de una exitosa estrategia de desgaste". Cierto. Esta es la imagen que la estrategia de desgaste presenta en la práctica, después de dos pasos audaces reposa "gastada" sobre los laureles dejando que la estrepitosa obertura del "movimiento popular del más grandioso estilo" se escurra en el modesto ronroneo de los preparativos para las elecciones del Reichstag.

El movimiento por el derecho del sufragio ha sido detenido otra vez, por uno, tal vez dos años, y precisamente en un momento elegido con tanta habilidad que con ello se le ha prestado probablemente el mejor servicio posible al gobierno.

El retiro del proyecto sobre derecho del sufragio por Bethmann Hollweg fue el momento decisivo. El gobierno se encontraba totalmente arrinconado. El trabajo de zurcido parlamentario de la reforma electoral, los tejes y manejes parlamentarios estaban en bancarrota. A los adversarios se les habían acabado los argumentos. Si se quería tomar realmente en serio el "huracán de la reforma electoral" con la consigna: "Que no haya paz en Prusia", con las grandes palabras del congreso partidario de Prusia,[21] entonces el derrumbe del proyecto gubernamental era el momento indicado para comenzar con manifestaciones callejeras en todo el país. Ante el fiasco de la acción parlamentaria debía comenzarse inmediatamente un grandioso avance general al grito de "¡Que se plantee un nuevo proyecto!", que luego hubiera llevado a una huelga de masas demos-

trativa e impulsado enormemente la lucha. El camarada Kautsky, que bonachonamente me sugiere reconocer como posible aplicación de mi "estrategia" iniciativas tales como la concurrencia "armada" al parque de Treptow, tiene aquí un ejemplo claro de lo que "mi estrategia" en realidad quiere. No se trata de quijotadas infantiles, como las que el camarada Kautsky me atribuye, sino del aprovechamiento político de las derrotas del adversario así como de los propios triunfos, lo que evidentemente no constituye el invento de una "estrategia nueva" sino más bien el abecé de toda táctica de lucha revolucionaria, en realidad de toda táctica de lucha responsable, es decir lo que constituye el deber del partido. Con ello no quiero plantear como el deber incondicional del partido el tratar de desencadenar todos los lunes y jueves un "período revolucionario". Pero lo que sí considero es: que *si* el partido comienza una acción, *si* ha llegado a hacer sonar el llamado a la acción y citado a sus grandes masas populares en el campo de lucha, *si* ha hablado de un "movimiento popular del más grandioso estilo", del asalto "con todos los medios", entonces no puede después de dos intentos, imprevistamente, rascarse detrás de la oreja, bostezar y declarar: "No pasa nada, en realidad esta oportunidad no fue tomada en serio, volvamos a casa . . ." Una actitud de llamado al ataque experimental y por comando de este tipo no es digno, en mi opinión, de la importancia del partido y de la seriedad de la situación y tiene todas las condiciones para desacreditarlo ante los ojos de las masas. Por otra parte, el movimiento por los derechos electorales y de demostraciones que se había comenzado constituía una excelente oportunidad para despertar y esclarecer a las masas indiferentes, para ganar a los círculos obreros de posición opuesta a nosotros, como bajo ningún concepto lo puede hacer la agitación regular. Con la anulación premeditada del movimiento, el partido ha dejado sin utilizar esta excelente oportunidad después de lo que fue un hermoso comienzo.

Pero ante todo hay que considerar todavía algunos puntos de vista políticos. Resulta sumamente miope separar mecánicamente la cuestión de la reforma electoral prusiana de la del derecho del sufragio para el Reichstag, y declarar: no sacaremos al campo nuestra artillería pesada con motivo de la lucha por el derecho electoral prusiano, la reservaremos para el caso que después de las elecciones al Reichstag se pretenda liquidar el derecho del sufragio. Verdaderamente hay que querer cerrar los ojos ante los encadenamientos reales para no comprender que en la situación presente la lucha

por la reforma electoral de Prusia en el fondo no es otra cosa que la lucha por el derecho electoral para el Reichstag. Está claro que una vigorosa y exitosa campaña por la reforma electoral en Prusia es el camino más seguro para frenar de antemano un golpe contra el derecho del sufragio para el Reichstag. La continuación decidida y consecuente de la lucha por el derecho del voto sería así simultáneamente una acción de defensa contra las veleidades golpistas de la reacción, una acción que tendría todas las ventajas que tiene la ofensiva sobre una defensiva obligada.

El camarada Kautsky argumenta ahora –y ésta es su última carta de triunfo– que tal como lo vemos, la huelga de masas, de todos modos, no se ha desencadenado, esto sería la mejor evidencia de lo poco que ésta surgía de la situación y de lo equivocado que era mi punto de vista. "Ya el hecho –dice él– de que esto se discuta mostró que la situación todavía no había adquirido esa madurez. Mientras se pueda disputar y estudiar si la huelga de masas corresponde o no, el proletariado como conjunto no está cargado de la rabia y sensación de fuerza que es necesaria si se quiere que la huelga de masas se imponga. Si en marzo hubiera existido el estado de ánimo necesario para ello, entonces una voz desalentadora como la mía tendría que haber sido ahogada en una protesta de estrepitosa indignación." El camarada Kautsky muestra aquí un interesante movimiento pendular: unas veces la huelga de masas es un golpe cuidadosamente tramado en la cerrada tienda de campaña del comando de guerra que secretamente se prepara en medio de cuchicheos, otras un "hecho elemental cuya aparición no se puede producir a voluntad, que puede ser esperado, pero no fijado de antemano". Yo pienso que la tarea del partido socialdemócrata y de su dirección no consiste ni en el fraguado secreto de "grandes planes" ni en la "espera" de hechos elementales. Las huelgas de masas –como lo escribí claramente en mi primer artículo en la *Arbeiterzeitung* de Dortmund– no se pueden "hacer" por orden de las instancias superiores, tienen que surgir de la masa y de su progresivo accionar. Pero llevar esa acción *políticamente* adelante, en el sentido de una táctica enérgica, de una ofensiva vigorosa de modo tal que la masa se vuelva constantemente consciente de sus tareas, esto no sólo lo puede hacer el partido, sino que también es su deber. La socialdemocracia no puede crear artificialmente un movimiento revolucionario de masas, pero en determinadas circunstancias puede también paralizar la más bella acción de masas por una táctica débil y oscilante. La demostración la brinda la fracasada o, más bien,

interrumpida huelga de masas por el derecho de sufragio en Bélgica en el año 1902. Cuán eficazmente puede el partido en determinadas circunstancias frenar una huelga de masas, este "acontecimiento elemental", aunque las masas estén dispuestas en alto grado a la lucha, el mismo camarada Kautsky nos lo ha dado a conocer en su análisis del caso austríaco: "A pesar que las condiciones en Austria eran mucho más favorables para la huelga de masas que entre nosotros, y a pesar que las masas en Austria por momentos llegaban a un estado de agitación del que en Alemania siempre estuvimos muy lejos, la agitación fue de tal magnitud que sólo pudo impedirse el desencadenamiento de la huelga de masas mediante el empleo extremo de todas las fuerzas; en fin, a pesar que reiteradas veces se había amenazado con la huelga de masas y de la manera más positiva, los camaradas responsables de la táctica hasta el presente han frenado y han evitado la huelga de masas." * Que este papel de inhibidor por parte de la dirección partidaria pueda aparecer con el máximo de eficacia en Alemania, es totalmente comprensible en vista del centralismo organizativo extremadamente desarrollado y de la disciplina de nuestro partido.

"En un partido –escribí en mi artículo *¿Y después qué?*– como el alemán en el que el principio de la organización y el ejemplo de la disciplina partidaria se tienen en tan alto concepto, donde por lo tanto la iniciativa de las masas populares no organizadas, su capacidad de acción espontánea, por así decirlo, improvisada –que es un factor tan importante hasta el presente, con frecuencia decisivo en todas las luchas políticas de envergadura– están casi excluidas, es al partido a quien le corresponde la tarea irrecusable de demostrar el valor de una organización y una disciplina tan altamente desarrollada, su utilidad no sólo para las elecciones parlamentarias sino también para otras formas de lucha."

El destino que ha sufrido el movimiento por el derecho del sufragio en Prusia hasta el presente casi parece demostrar que nuestro aparato organizativo y nuestra disciplina partidaria se acreditan más frenando que conduciendo las grandes acciones de masas. Si ya desde el comienzo las demostraciones callejeras se realizan delicadamente y a regañadientes, si se evita minuciosamente toda ocasión que pueda permitir una oportunidad de potenciar las manifestaciones como lo fuera el 18 de marzo y el 1º de mayo, si se dejan

* *Die Neue Zeit*, XXIV, 2, p. 856.[22]

sin aprovechar nuestros propios triunfos como la conquista del derecho a la calle el 10 de abril [23] al igual que las derrotas de los adversarios como el retiro del proyecto gubernamental, si finalmente las demostraciones son colgadas del perchero y las masas enviadas a sus casas, en síntesis, si se hace todo eso para frenar la acción de masas, para paralizarla, para empañar el ánimo de lucha, entonces evidentemente tampoco puede surgir desde la masa ese movimiento tempestuoso que necesita buscar aire en una huelga de masas.

Naturalmente el efecto inhibidor de una conducción de ese tipo definirá con mayor facilidad la situación cuando la acción de masas recién recorre sus estadios iniciales, como es el caso aquí en Alemania, donde está realizando todavía sus primeros pasos. Cuando el período revolucionario ya está en pleno desarrollo, cuando las oleadas de la lucha ya son altas, entonces ningún freno de los dirigentes partidarios podrá producir mayores resultados, entonces la masa empuja hacia un lado a los dirigentes que se opongan al huracán del movimiento. Así podrá llegar a suceder también alguna vez en Alemania. Pero considero que en cuanto al interés de la socialdemocracia no es ni necesario ni deseable apuntar hacia eso. Si en Alemania queremos esperar con la huelga de masas hasta que la masa pase con "desenfrenada exasperación" por encima de sus dirigentes frenadores, esto evidentemente sólo podrá suceder a expensas de la influencia y el prestigio de la socialdemocracia. Pues entonces podría quedar fácilmente al descubierto que el complicado aparato organizativo y la rigurosa disciplina partidaria de la cual con razón estamos orgullosos, sólo son lamentablemente un excelente auxiliar para la rutina parlamentaria y sindical cotidiana; pero que dado la constitución de nuestros círculos dirigentes, son un obstáculo para la acción de masas de gran envergadura, como lo requiere la era de luchas tumultuosas que se avecina. Y hay otro punto particularmente débil de las condiciones de nuestra organización que podría volverse funesto en ese caso. Si en la reciente campaña por el derecho de sufragio sólo los dirigentes sindicales hubieran aparecido públicamente oponiéndose a la consigna de la huelga de masas, ello únicamente habría llevado a la clarificación de la situación, a la agudización de la crítica en las masas. Que no tuvieran necesidad de ello, que por el contrario pudieran poner en la balanza toda la autoridad de la socialdemocracia a través de los medios del partido y con ayuda del aparato partidario para frenar la acción de masas, esto ha detenido el movimiento por el derecho del sufragio; y el camarada Kautsky sólo ha ejecutado el acompañamiento de la música teórica.

Evidentemente nuestra causa va adelante a pesar de todo esto. Los adversarios trabajan por ella tan incansablemente que no resulta ningún mérito especial que nuestra simiente madure en cualquier condición. Pero finalmente esta no es la tarea del partido de clase del proletariado: vivir únicamente de los pecados y errores de sus adversarios y a pesar de los propios. De lo que se trata, por el contrario, es de acelerar el curso de los acontecimientos por la propia actividad, desencadenar no el mínimo sino el máximo de acción y de lucha de clases en cada momento.

Y cuando en el futuro la acción de masas vuelva a crecer, entonces el partido se encontrará frente al mismo problema que hace dos años y en la primavera última. Después de estos dos intentos los más amplios círculos de nuestros camaradas tienen que tener en claro desde el comienzo que una verdadera acción de masas solamente se la puede estimular y mantener durante un tiempo largo cuando no se la trata como un ejercicio riguroso que sigue la batuta de la dirección partidaria, sino como una gran lucha de clases, en la que son utilizados todos los conflictos económicos, en la que todos los momentos en que la masa se agita tienen que ser conducidos hacia el torrente del movimiento y donde no se esquiva la creciente agudización de la situación y los combates decisivos sino que se los enfrenta con una táctica decidida y consecuente.

Quizás la presente discusión contribuya en algo a que esto ocurra así.

(Traducción del alemán de Carlos Bertoldo.)

Notas del Editor

PARVUS
GOLPE DE ESTADO Y HUELGA POLÍTICA DE MASAS

1 Parvus se refiere al fracaso del intento de los sectores conservadores y reaccionarios del Imperio Alemán de disolver el Reichstag como fase previa a una reforma total del derecho electoral en perjuicio de los socialistas. El Reichstag rechazó en diciembre de 1894, por una abrumadora mayoría, el "proyecto de ley sobre la subversión", una reedición enmascarada de las leyes antisocialistas dictadas en la época de Bismarck, y la cámara de diputados prusiana negó su aprobación a una ley de asociación pensada para sustituir la "ley de subversión" y que concedía amplios poderes a la policía frente a las asociaciones políticas.

2 El sufragio de tres clases es un sistema que estuvo vigente en Prusia —entre 1849 y 1918— para la elección de la dieta local. Los electores primarios estaban divididos en tres clases de acuerdo con el monto de los impuestos pagados al estado. Cada clase elegía un número igual de electores secundarios (un tercio de éstos), que a su vez designaban a los diputados. De ese modo se aseguraba una representación electoral a los grupos de la aristocracia terrateniente prusiana absolutamente desproporcionada a su peso real (representando apenas el 4 % de los electores primarios tenían un tercio de representantes en la dieta), quitándole fuerzas a los socialdemócratas.

3 La ley de excepción contra los socialistas, presentada por Bismarck al Reichstag, fue aprobada por 221 votos contra 149 el 19 de octubre de 1878. En virtud de los articulados de la ley, era prohibido en todo el territorio del Imperio la existencia del Partido Socialdemócrata alemán. Además del *Vorwärts* [Adelante], que era el órgano oficial del partido, fue prohibida toda la prensa obrera. La policía disolvió además todas las sociedades culturales y políticas de los socialistas, a muchos de los cuales desterró o encarceló. En enero de 1890, a pesar de la oposición de Bismarck, el Reichstag derogó las leyes de excepción contra los socialistas, que a lo largo de todos esos años se habían mostrado ineficaces para impedir el constante aumento de la influencia política de la socialdemocracia. Tres meses después, fue el propio Bismarck quien debió dimitir al fracasar su propósito de modificación del derecho electoral en favor de la ultraderecha.

4 *Der Sozialdemokrat. Internationales Organ der Sozialdemokratie deutscher Zunge* [El socialdemócrata. Órgano internacional de la socialdemocracia de lengua alemana] comenzó a fines de 1879 en Zurich. Era el periódico oficioso de la socialdemocracia alemana editado en el exterior, pero cuyas extensas vinculaciones con todas las organizaciones del partido en el interior de Alemania le permitió eludir los peligros de la literatura de emigración.

5 La cita está tomada de la Introducción de Engels a la edición de 1895 del libro de Marx, *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*. Véase K. Marx/F. Engels, *Obras escogidas* en tres tomos, Moscú, Editorial Progreso, 1973, t. I, p. 206.

6 Véase cita 1.

7 Expresión que se extendió en la literatura burguesa alemana después de la victoria de los prusianos en Sadowa (en la guerra austroprusiana de 1866) y que encierra la idea de que en dicha batalla triunfó el sistema prusiano de instrucción pública.

8 El III Congreso Obrero Socialista Internacional se realizó en Zurich del 6 al 13 de setiembre de 1893. La Comisión X estaba encargada de discutir y elaborar las propuestas en torno al noveno punto del orden del día, que versaba sobre la huelga general. El despacho de la Comisión, redactado por Kautsky, no pudo ser examinado por el Congreso debido a razones de tiempo. Sin embargo, dicha resolución, al igual que la referida al tema de la organización internacional de la democracia socialista, fue incluida en el protocolo oficial del Congreso y reproducida en la recopilación de resoluciones publicadas en 1902 por el Buró Socialista Internacional.

9 Helmuth Karl Bernhard, Conde de Moltke (1800-1891), Mariscal prusiano. Jefe del Estado Mayor Central en 1857-88, colaboró con Bismarck en la tarea de reorganizar el ejército, aumentando sus efectivos con la implantación del servicio militar obligatorio y modernizando el armamento. El nuevo ejército demostró su eficacia en Dinamarca (1864), en la guerra contra Austria (1866) y en la guerra franco-prusiana (1870), cuya estrategia general planeó el mismo Moltke. Fue la máxima celebridad militar del nuevo Reich y el representante típico del estado militar prusiano. El leit motiv de su accionar político y el de la casta militar de la que era portavoz fue: "Lo que hemos conquistado con las armas en medio siglo será defendido por nosotros con las armas por medio siglo más, para que ninguno nos lo quite".

ROSA LUXEMBURG
Y POR TERCERA VEZ EL EXPERIMENTO BELGA

1 Cleopoldo: Deformación del nombre de Leopoldo II alusiva a sus relaciones con Cléo de Mérode.

2 F. Domela Nieuwenhuis (1846-1919). Pastor holandés que desde sus posiciones iniciales favorables al anarquismo fue luego adoptando la doctrina marxista. Fundador del Partido Socialdemócrata holandés, después del Congreso de Londres de 1896 retornó a sus viejas concepciones anarquistas.

3 El Congreso Socialista Internacional se reunió en París del 23 al 27 de setiembre de 1900. En el orden del día figuraba como punto 12 la discusión sobre el tema de la huelga general. Los informantes eran Legien, de Alemania, y Aristides Briand, de Francia, por la minoría. Véase en el Apéndice Documental de la segunda parte de este Cuaderno la Resolución sobre la huelga general aprobada en dicho Congreso.

4 Rosa Luxemburg se refiere aquí a la amenaza de una guerra franco-alemana. La resolución invitaba a los trabajadores a la huelga general en caso de guerra en su país.

5 Proceso seguido contra algunos obreros de la construcción, acusados, según

parece abusivamente, de haber intentado asesinar a un empresario constructor, y condenados a penas de hasta 10 años de reclusión.

ROSA LUXEMBURG
¿Y DESPUÉS QUÉ?

[1] Desde mediados de enero de 1910 se sucedieron en toda Alemania constantes movimientos de masas en los que cientos de miles de participantes reclamaron el derecho al voto general, igualitario, directo y secreto para todas las personas de 20 años en Prusia.

[2] El proyecto de ley para la reforma del derecho del voto prusiano propuesto por el gobierno el 5 de febrero de 1910, cediendo a la presión de la movilización popular, fue rechazado por las comisiones de la Cámara de Diputados y de la Cámara de Senadores, debido a que sólo contemplaba pequeñas modificaciones de las disposiciones electorales basadas en las tres clases. Las fuertes luchas por el derecho del sufragio llegaron a su máxima expresión en el período que va de febrero a abril de 1910, y obligaron al gobierno a retirar el proyecto de reforma de la ley, el 27 de mayo de 1910.

[3] A fines de 1907 y principios de 1908 tuvieron lugar en Berlín y en otras ciudades de Alemania grandes manifestaciones que reclamaban la implantación de un derecho electoral democrático. Como consecuencia de estos movimientos, y a pesar del reaccionario sistema electoral de las tres clases, en junio de 1909 pudieron incorporarse al Parlamento prusiano 7 socialdemócratas, entre ellos Karl Liebknecht.

[4] El 13 de febrero de 1910 se sucedieron en Berlín y en muchas ciudades de Alemania manifestaciones populares que exigían una nueva ley electoral y que fueron disueltas, previa notificación del jefe de la policía de Berlín, Trugott von Jagow, de la prohibición de caminar por las calles.

[5] El Centro, en cuyo programa oficial se pedía la aplicación en Prusia del sistema electoral vigente en el resto del Imperio, en la Comisión parlamentaria que estudiaba este problema se alineó junto a los conservadores en contra de la introducción del derecho del sufragio directo.

[6] Véase la primera parte del presente Cuaderno, dedicado a los sucesos de Bélgica.

[7] En setiembre de 1905 se realizó en Austria-Hungría la primera huelga política de masas reclamando el derecho del sufragio universal. La presión de los movimientos de protesta obligaron al gobierno austríaco, en enero de 1907, a presentar en el Parlamento una ley sobre la introducción del sufragio universal.

[8] Bajo la presión de la huelga política general realizada en toda Rusia en octubre de 1905, el zar debió aprobar en su manifiesto del 30 de octubre de 1905 la convocatoria de una asamblea constituyente, el establecimiento de las libertades civiles y del derecho del voto para los trabajadores, para la intelectualidad y para los pertenecientes a profesiones liberales.

[9] Rudolf Breitscheid fue hasta 1912 presidente de la Asociación Democrática, organización política liberal constituida en 1908. Se decía defensor de la aplicación de medios de lucha democráticos para la obtención del sufragio universal, medios tales como las manifestaciones callejeras.

El profesor Franz von Liszt fue en 1910 uno de los cofundadores del Partido Progresista del Pueblo.

[10] En la asamblea de la socialdemocracia prusiana, realizada en Berlín del 3 al 5 de enero de 1910, no se debatió el problema electoral, a pesar de que hubo tres mociones reclamando la aplicación de la huelga de masas como medio de lucha.

[11] Sobre el Congreso de Jena y el debate que ahí se produjo acerca de la huelga de masas como medio de lucha, véase el Apéndice Documental en la segunda parte del presente Cuaderno.

[12] El 29 de enero de 1910, en el debate parlamentario sobre el presupuesto militar, el conservador Elard von Oldenburg-Januschau hizo una directa petición al Emperador reclamando la anulación de la vigencia de la constitución. En contra de esta abierta provocación, se produjeron en varias ciudades de Alemania manifestaciones de protesta.

[13] El 15 de setiembre de 1904 se realizó en Milán un acto de protesta que el 17 del mismo mes se generalizó bajo la forma de una huelga general en casi toda Italia. El motivo de la huelga fue el asesinato por la policía de algunos peones rurales huelguistas en Cerdeña y Sicilia. Los dirigentes sindicales resolvieron dar por finalizada la huelga el 20 de setiembre.

[14] Sobre las huelgas en Suecia véase el primer Cuaderno de esta serie, *Huelga general y socialismo*.

[15] En Filadelfia se inició en febrero de 1910 una huelga de tranviarios. Sobre sus características se vuelve varias veces en la discusión Luxemburg-Kautsky.

[16] Las elecciones parlamentarias del Imperio se realizaron el 12 de febrero de 1912. La socialdemocracia pudo elevar el número de sus mandatos a 110 (en 1907 obtuvo 43), constituyéndose así en la fracción más fuerte del Reichstag.

[17] Las elecciones al Reichstag (conocidas como elecciones de los Hotentotes) se realizaron del 25 de enero al 5 de febrero de 1907. La socialdemocracia que había obtenido 3 millones de votos en 1903, alcanzó los 3,3 millones en 1907. Pero mediante las manipulaciones reaccionarias que permitía la ley electoral que en algunos estados se basaba en el sistema de las "tres clases", los 81 mandatos obtenidos en 1903 se redujeron a sólo 43 obtenidos en 1907.

KARL KAUTSKY
¿Y AHORA QUÉ?

[1] Kautsky se refiere aquí a Antón Pannekoek, que desde la *Bremer Bürgerzeitung* polemiza contra los artículos de Mehring en defensa de las posiciones de Kautsky publicados por la *Die Neue Zeit*.

[2] *Niederwerfungs und die Ermattungsstrategie*. Hemos traducido ambos términos por *estrategia del asalto directo* y *estrategia de desgaste*. De acuerdo con la distinción que hace Kautsky, la primera hace referencia a la acción directa y violenta tendiente a anaquilar al adversario de un solo golpe; estrategia que era válida para la revolución francesa y hasta la constitución del partido socialdemócrata, aunque podría acotarse que resultó válida también para la revolución rusa de 1917. En el artículo *Una nueva estrategia*, que publicamos también en el presente Cuaderno, Kautsky define en cambio a la *estrategia del desgaste*

como la que descansa en el reforzamiento continuo del proletariado y por lo tanto en el continuo debilitamiento de sus adversarios, quienes pugnarán permanentemente por arrastrarlo prematuramente a un enfrentamiento decisivo. Las armas fundamentales a que debe apelar esta estrategia deberían ser el parlamentarismo, la lucha salarial y las manifestaciones callejeras. Pero Kautsky enfatizaba que era preciso no sobreestimar el significado del parlamentarismo. Ninguna victoria electoral es equivalente a una huelga de masas victoriosa.

[3] Kautsky se refiere aquí a la participación del socialista francés Millerand en el gobierno reaccionario de Waldeck-Rousseau, en 1899, gobierno del que formaba parte también el general Galliffet, verdugo de la Comuna de París.

[4] Hochberg. Socialdemócrata alemán proveniente de la gran burguesía. En 1876 publica la revista *Zukunft* [El porvenir], donde atenúa las tendencias revolucionarias de la socialdemocracia y se pronuncia contra una aplicación consecuente del principio de la lucha de clases; en el período de las leyes antisocialistas, publica los *Jahrbuch für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik* [Anales de la ciencia y de la política sociales], donde criticaba desde una perspectiva de "derecha" la política del partido que, según él, debía tender a tener una política aceptable para las clases poseedoras. Schramm y Viereck eran dos socialdemócratas pertenecientes al grupo de Höchberg.

"Mostianos" se llamaban los partidarios de Johan Most (1846-1906). Socialdemócrata alemán convertido luego al anarquismo, de profesión grabador. En 1869 fue condenado a cinco años de prisión por alta traición, pero fue rápidamente amnistiado y expulsado de Alemania. Editó en Londres el periódico *Freiheit* [Libertad], en el que criticó violentamente la política de la socialdemocracia alemana, lo que le valió ser expulsado del partido en el Congreso de Baden. Hacia 1880, ya residente en Nueva York, se adhiere al anarquismo.

[5] Kurt Eisner fue uno de los periodistas más conocidos del Partido Socialdemócrata alemán. Su pensamiento tuvo siempre un tono moralizante y pequeñoburgués, de raíz kantiana. En los años 1905-06 formaba parte de la dirección del *Vorwärts*, órgano central del partido. En 1919 fue jefe del gobierno soviético de Baviera y murió asesinado en Munich el 21 de febrero de 1919.

[6] Kautsky se refiere aquí a Bismarck. Obligado a dimitir de su función de Canciller del Reich, el 18 de marzo de 1890, no se resignó a abandonar la lucha política y desde su retiro en Friedrichsrude se dedicó a hostilizar la política de Guillermo II y de sus sucesivos cancilleres. En su derredor se fueron reuniendo los elementos más reaccionarios y conservadores que reclamaban una política ultranacionalista y agresiva por parte del Imperio.

ROSA LUXEMBURG
¿DESGASTE O LUCHA?

[1] En los días que van del 3 al 18 de abril de 1910, Rosa Luxemburg había desplegado una intensa actividad propagandística participando en conferencias y actos públicos en las ciudades alemanas de Bremen, Kiel, Dortmund, Essen, Düsseldorf, Solingen, Barmen, Francfort y Hanau, agitando el tema de la huelga política de masas como instrumento fundamental de acción para lograr la reforma de la ley electoral.

[2] El Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Austria se realizó en Salzburgo del 26 al 29 de setiembre de 1904.

[3] Sobre los debates entre Nieuwenhuis y Cornelissen, véase el Cuaderno primero de esta serie dedicado a *La huelga general y el socialismo.*

[4] Véase *Huelga de masas, partido y sindicatos*, en Cuadernos de Pasado y Presente, nº 13, Córdoba, 1975, 4ª ed., p. 44, donde el texto aparece con leves diferencias debido a la traducción indirecta.

[5] La frase pertenece a Heinrich Heine, *Erinnerung aus Krähwinkels Schreckenstagen* [...] en *Werke und Briefe in zehn Bänden*, Berlín, 1961, t. 2, p. 241.

[6] Véase Friedrich Engels, *Introducción a la lucha de clases en Francia*, conocida en los medios socialdemócratas alemanes como el "testamento político" de Engels.

[7] Véase la *Introducción* de Engels, edic. cit., p. 208.

[8] *Ibid.*, p. 110.

[9] *Ibid.*, p. 115.

[10] *Ibid.*, p. 115.

[11] *Ibid.*, p. 120.

[12] Véase nota 1 del artículo de Parvus incluido en el presente volumen.

[13] El 20 de junio de 1899 el gobierno había presentado al parlamento un proyecto de ley "para protección de las relaciones laborales y gremiales", que dio en llamarse proyecto de ley carcelaria, dirigida contra el creciente movimiento huelguístico y que apuntaba a la eliminación del derecho de asociación y de huelga de los trabajadores. A raíz de poderosas acciones de masa este proyecto de ley pudo ser rechazado el 20 de noviembre de 1899 en el parlamento, en contra de los votos de los conservadores.

[14] La conferencia anarquista se realizó el 15 de mayo de 1910 en la ciudad de Halle.

[15] Eduard Bernstein, "Die Potenz politischer Massenstriks" [El poder de la huelga política de masas], en *Sozialistische Monatshefte*, Berlín, 1910, vol. 1, pp. 428-488.

[16] *Ibid.*, p. 486.

[17] Karl Marx, "El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte", en *Obras escogidas*, cit., t. I, p. 260.

[18] El congreso de la socialdemocracia prusiana se realizó en la ciudad de Berlín del 3 al 5 de enero de 1910.

[19] Heinrich Ströbel sobre la cuestión electoral, en *Protokoll über die Verhandlungen des Parteitages der Sozialdemocratischen Partei Preussens, abgehalten in Berlin vom 3. bis 5. Januar 1910*, Berlín, 1910, p. 224.

[20] *Verhandlungen des Parteitages der deutschen Sozialdemokratie Osterreichs, abgehalten zu Linz vom 29. Mai bis einschliesslich 1. Juni 1898*, Viena, 1898, p. 62.

[21] El congreso conjunto del Partido Obrero Socialdemócrata de Austria se realizó en la ciudad de Brünn del 24 al 29 de setiembre de 1899.

[22] Los congresos del Partido Obrero Socialdemócrata de Austria citados se realizaron, respectivamente, en las fechas que indicamos a continuación: Viena, del 2 al 6 de noviembre de 1901; Aussig, del 15 al 18 de agosto de 1902; Viena, del 9 al 13 de noviembre de 1903.

[23] Cf. *Protokoll über die Verhandlungen des Parteitages der deutschen sozialdemokratischen Arbeiterpartei in Oesterreich. Abgehalten zu Salzsburg vom 26. bis 29. September 1904*, Viena, 1904, p. 101.

[24] *Ibid.*, p. 105.

[25] Véase nota 7 del artículo de Rosa Luxemburg *¿Y ahora qué?*, incorporado al presente volumen.

[26] Véase nota 8 del artículo de Rosa Luxemburg *¿Y ahora qué?*

[27] El congreso conjunto del Partido Obrero Socialdemócrata de Austria se realizó en la ciudad de Viena del 30 de octubre al 2 de noviembre de 1905.

[28] Karl Marx, *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, cit., p. 259.

[29] *Aqueronte*. Nombre dado a varios ríos de la región mediterránea en la mitología griega. Todos ellos se suponían en comunicación con el Hades o Infierno; sus aguas poseían extrañas peculiaridades, como ser negras o amargas.

[30] Véase *Verhandlungen des Parteitages der Deutschen Socialdemokratie Oesterreichs, abgehalten zu Graz vom. 2. September bis einschliesslich 6. September 1900*, Viena, 1900, p. 83.

KARL KAUTSKY
UNA NUEVA ESTRATEGIA

[1] Véase el citado folleto de Rosa Luxemburg en la tercera edición ampliada de *Huelga de masas, partido y sindicatos*, Cuadernos de Pasado y Presente, nº 13, Córdoba, 1975.

[2] *Solche Strategie ist kein Heldenstück, Oktavia!* Paráfrasis de: *Das war kein Heldenstück, Oktaviol*, en Friedrich Schiller. *Wallensteins Tod* [La muerte de Wallenstein], acto 3º, escena 9º. Wallensteins se lamenta de la traición de Octavio Piccolomini.

[3] Zepler.

[4] Corresponde a la escena VI, *Cocina de la bruja*, del *Fausto*. Mefistófeles cierra la escena mirando a Fausto y diciéndose para sí: "Con este brebaje en el cuerpo has de ver a Helena en cada hembra."

[5] Véase en la edición de los Cuadernos de Pasado y Presente, p. 72.

[6] En el primer volumen de esta serie de Cuadernos dedicado al tema de la huelga de masas (Cuaderno, nº 61, *Huelga general y socialismo*) se incluye el artículo mencionado aquí por Kautsky.

[7] Las siglas corresponden al Partido Socialista polaco. Fundado en 1892, se caracterizó por los esfuerzos realizados en pro de la unificación en un solo partido de todos los polacos que vivían bajo la dominación rusa, alemana y austríaca, y por hacer de la reconstitución del Estado polaco independiente y unitario uno de los objetivos fundamentales de su acción. Su ala derecha degeneró en una corriente puramente nacionalista, mientras que el ala izquierda permaneció en un terreno socialista. Luego de la guerra, dicha ala izquierda confluyó con los restos del Partido Socialdemócrata del Reino de Polonia y de Lituania (SDKPiL), organización a la que pertenecían Rosa Luxemburg y Leo Jogiches, para formar el Partido Comunista de Polonia.

[8] La frase tiene su modelo en el *Fedón* de Platón (91 C): "Si me seguís, preocupaos menos de Sócrates, y mucho más de la verdad." Y Aristóteles dice en la *Etica Nicomaquea* (I 4, 1096 a 16): "Entre dos amigos, Platón y la verdad, es forzoso preferir a la verdad."

[9] El 6 de marzo de 1910 era la fecha fijada por el Partido Socialdemócrata para un "desfile electoral" [*Wahlrechtsspazierang*] en el Treptower Park, en la periferia oriental de Berlín. El jefe de la policía, Traugott von Jagow, la prohibió y controló la zona con un fuerte contingente policial. Los manifestantes fueron en cambio convocados hacia el centro de la ciudad. La celeridad mostrada por los manifestantes turbó a la derecha. El órgano católico *Märkischer Volksbote* (citado por el *Vorwärts* del 8 de marzo) afirmó que entre la demostración obrera del 6 de marzo y "los actos de la revolución" había un solo paso. En ese acto por primera vez aparecen en las manifestaciones las banderas rojas.

ROSA LUXEMBURG
LA TEORÍA Y LA PRÁCTICA

[1] El 14 de julio de 1910 una parte de la fracción parlamentaria socialista de Baden votó en favor de un presupuesto que el Partido Socialdemócrata objetaba por el peso acordado a los gastos militares y la estrechez de las asignaciones para educación. El congreso del Partido Socialdemócrata de Marburgo (18-24 de setiembre de 1910) resolvió someter al Comité de Disciplina del partido el comportamiento de los líderes revisionistas badenses.

[2] *Zur Kritik des sozialdemokratischen Parteiprogramms. Aus dem Nachlass von Karl Marx* [Crítica del programa del partido socialdemócrata. Escrito póstumo de Karl Marx], en *Die Neue Zeit*, año IX, vol. I, 1890-91, nº 18. La publicación incluía también la presentación de Engels escrita en Londres el 6 de enero de 1891 y la carta de Marx a Bracke del 5 de mayo de 1875, que incorporaba las *Randglossen zum Programm der deutschen Arbeiterpartei* [Glosas al Programa del Partido Obrero alemán]. De la *Crítica del Programa de Gotha* hay innumerables ediciones en español.

[3] Friedrich Engels, *Zur Kritik des sozialdemokratischen Programmentwurfes 1891* [Crítica del proyecto de programa socialdemócrata de 1891], con una presentación de la redacción de *Die Neue Zeit* fue publicada en el nº 1, año XX, vol. 1, 1901-02 de la citada publicación teórica de la socialdemocracia alemana. El Congreso de Halle de 1890 había encargado a la dirección del partido presentar en el próximo congreso partidario el proyecto de un nuevo programa. Redactado el proyecto, se procedió a enviarle una copia a Engels y a otros compañeros. La "pericia" de Engels sobre el proyecto fue hallada entre las cartas de Wilhelm Liebknecht, muerto un poco más de un año antes de su publicación en octubre de 1901, y puesta por la familia a disposición de la *Neue Zeit*, es decir, de Kautsky, quien la publicó con el explícito propósito de combatir el revisionismo, acompañándola de un fragmento de carta de Engels a Kautsky desde Ryde, del 29 de junio de 1891, en la que comentando su propia "pericia" decía entre otras cosas lo siguiente: "Tuve la oportunidad de caerle encima al oportunismo conciliador del *Vorwärts* y a la alegre, piadosa, divertida y libre 'maduración' del viejo y sucio lío 'en la sociedad socialista'." El proyecto de la dirección fue rechazado por Engels, Bebel y la Comisión del Programa de Erfurt, en favor del proyecto elaborado por Kautsky en su parte teórica, y por Bernstein en la práctica, con algunos agregados hechos por la dirección del partido.

[4] *Weltpolitik*: Expresión corriente en los ambientes socialdemócratas para designar la política expansionista del imperialismo europeo.

[5] El presupuesto de gastos de Guillermo II había sido elevado en Prusia en 2 millones de marcos aduciendo la carestía de la vida, mediante una ley votada el 17 de junio de 1910. Ascendía así a la suma de 17,7 millones de marcos. Debe recordarse que no existía un presupuesto de gastos imperiales.

[6] La expresión *Das persönliche Regiment*, referida al emperador, se puso

de moda en Alemania con motivo de las continuas intervenciones de Guillermo II en la política interior y exterior del Imperio. Al respecto véase un artículo publicado en el *Vorwärts* del 30 de junio de 1897, titulado precisamente "Das Persönliche Regiment"; también el editorial del 17 de octubre de 1900 en la *Die Neue Zeit*, año XIX, vol. 1, 1900-01, nº 3, no firmado pero redactado por Franz Mehring (según indica el índice anual de la revista), que lleva el mismo título. Finalmente, en 1907 en Berlín, Wilhelm Schröder había publicado *Das persönlich Regiment. Reden und sanstige öffentliche Ausserungen Wilhelms II* [El régimen personal. Discursos y otras declaraciones públicas de Guillermo II]. La expresión rememora la análoga inglesa referida a Carlos I. En una carta a Kautsky del 3 de enero de 1895, Engels escribía: "Precisamente estoy leyendo *Personal Government of Charles I*, de Gardiner; las cosas concuerdan hasta el ridículo con la Alemania actual" (citado por Kautsky en *Der Weg zur Macht* [El camino del poder], p. 50.

[7] En "Die Rede des Kaisers", del 4 de setiembre de 1895 (*Die Neue Zeit*, año XIII, vol. 2, 1894/95, nº 50, p. 737), el editorial (de Mehring) refiere que: "El Kaiser llama a los obreros que no han mostrado reverencia frente al aniversario de Sedan, una mesnada de hombres (Rotte von Menschen) indignos de llevar el nombre de alemanes." Guillermo II introducía el así llamado *Septemberkurs* [curso de setiembre] en la vida política alemana.

[8] *Kompottschüssel*: Hace referencia a una afirmación de Guillermo II según la cual el plato de compotas de los obreros está lleno.

[9] Alusión a los dos artículos de fondo de Mehring en la *Neue Zeit* del 10 y del 17 de junio (números 37 y 38) en la que respondía al ataque de Luxemburg, objetando que la monarquía era el instrumento más cómodo del dominio de clase y no su centro de gravedad.

[10] En 1861 Alejandro II, zar de Rusia, promulga una reforma tendiente a abolir la servidumbre y a promover una reforma agraria que fortalecía la propiedad terrateniente del suelo y a acelerar el proceso de modernización capitalista del país.

[11] Karl Kautsky, *Die Soziale Revolution. I. Sozialreform und soziale Revolution* [La revolución social. Parte primera: Reforma social y revolución social], Berlín, 1907, 2ª edic. (1ª edic. 1902). De próxima publicación en los Cuadernos de Pasado y Presente.

[12] En julio de 1900, cuando las insurrecciones de los Boxer en China, Guillermo II pronunció un discurso de despedida a las tropas alemanas que se embarcaban para China, en la que dijo: "¡Que no sea concedida ninguna merced, que no se hagan prisioneros! Como hace mil años atrás, los hunos bajo el rey Atila se forjaron un nombre que aún hoy pertenece a la tradición y a la fábula, así el nombre alemán en China debe a través de vosotros manifestarse durante miles de años, de modo tal que nunca jamás un chino ose siquiera mirar torcido a un alemán" (Bernhard von Bülow, *Denkwrüdigkteiten*, Berlín, 1930, vol. I). Cf. también el comentario de Mehring, "Königliches" del 1º de agosto de 1900, en *Die Neue Zeit*, año XXVIII, vol. 2, 1899-1900, nº 45.

[13] En *Zwischen Baden und Luxemburg*, Kautsky responde que esto se debía en apariencia al mejoramiento de las estadísticas sindicales y al hecho de que sólo se incluyera a las huelgas de los miembros de las uniones centrales.

[14] Del 7 de agosto de 1903 al 17 de enero de 1904. Comprometió a casi 8500 obreros textiles, en gran parte mujeres y menores. Frente a una huelga de 600 trabajadores por la jornada de trabajo de diez horas y un aumento del 10 % en los salarios, la patronal respondió con un cierre y un ultimátum que

fue rechazado. El 4 de diciembre se llegó también al estado de sitio. La huelga concluyó con una rendición incondicional de la parte sindical.

[15] Publicado en *Die Neue Zeit*, año XXIII, vol. 1, 1904-05, nº 24. La huelga minera del Ruhr comprometió a cerca de 200.000 trabajadores y explotó contra la voluntad de los dirigentes sindicales. Duró cerca de un mes en enero-febrero de 1905 y concluyó sin resultados favorables para la clase obrera.

[16] Véase *Die Neue Zeit*, nº 43, "Kanton Badisch".

[17] Véase *Huelga de masas, partido y sindicatos*, en Cuadernos de Pasado y Presente, nº 13, Córdoba, 1975, 4ª ed., pp. 94-97.

[18] Véase Oda Olberg, "Nachträgliches zum Eisennahnerstreik" [Puntualizaciones a la huelga ferroviaria], en *Die Neue Zeit*, año XXII, vol. 1, nº 38. El artículo está datado con fecha 1 de junio de 1905.

[19] *Im Nirgendwo*. Alusión a la novela del socialista galés William Morris (1834-1896) *New from Nowhere*, Londres, 1891; aparecido precisamente con el título de *Kunde von Nirgendwo* en el *Feuilleton* de la *Neue Zeit* de los números 1 a 20 del vol. XI, nº 1, 1892-93, entre setiembre de 1892 y febrero de 1893. Se publicó con un prefacio de Wilhelm Liebknecht, que revisó también la traducción (la primera parte hecha por la señora Steinitz y el resto por su mujer).

[20] *Scherz, Satire, Ironie und tiefere Bedeutung* es el título de una comedia de Christian Dietrich Grabbe.

[21] Sobre la actitud extremista del congreso prusiano, véase *Protokoll über die Verhandlungen des Parteitages der sozialdemokratischen Partei Preussens abgehalten zu Berlin vom 3. bis 5. Januar 1910*, Berlín, Verlag Buchhandlung Vorwärts, 1910.

[22] Karl Kautsky, "Mein Verrat an der ressischen Revolution" [Mi traición a la revolución rusa], en *Die Neue Zeit*, año XXIV, vol. 2, 1905-06, nº 52.

[23] Se refiere a la resolución del jefe de la policía berlinesa, von Jagow, prohibiendo los actos públicos convocados para el 13 de febrero de 1910, que decía: "Aviso. - El derecho a la calle queda abolido. La calle sirve exclusivamente para el tráfico. En caso de resistencia a la fuerza pública se recurrirá al uso de las armas. Los curiosos quedan advertidos. Berlín, 13 de febrero de 1910. El Jefe de Policía." Finalmente, el 10 de abril la policía autorizó las manifestaciones.

Índice

Advertencia 5

Parvus (Aleksandr Helfand)
Golpe de estado y huelga política de masas 7

La experiencia belga de la huelga general

Paul Frölich
El debate sobre la experiencia belga 62

Franz Mehring
Bélgica 75

Una aciaga jornada de mayo 80

Rosa Luxemburg
La causa de la derrota 85

Emile Vandervelde
Una vez más el experimento belga 92

Rosa Luxemburg
Y por tercera vez el experimento belga 97

Debate sobre la huelga de masas en la socialdemocracia alemana

Rosa Luxemburg
¿Y después qué? 117

Karl Kautsky
¿Y ahora qué? 128

Rosa Luxemburg
¿Desgaste o lucha? 156

Karl Kautsky
Una nueva estrategia 189

Rosa Luxemburg
La teoría y la praxis 229

Notas del Editor 274

impreso en offset cemont, s. a.
ajusco 96 - méxico 13, d. f.
dos mil ejemplares
12 de junio de 1978

DEBATE SOBRE LA HUELGA DE MASAS

PARVUS
golpe de estado y huelga política de masas

la experiencia belga de la huelga general

PAUL FRÖLICH
el debate sobre la experiencia belga

FRANZ MEHRING
bélgica

FRANZ MEHRING
una aciaga jornada de mayo

ROSA LUXEMBURG
la causa de la derrota

EMILE VANDERVELDE
una vez más el experimento belga

ROSA LUXEMBURG
y por tercera vez el experimento belga

debate sobre la huelga de masas
en la socialdemocracia alemana

ROSA LUXEMBURG
¿y después qué?

KARL KAUTSKY
¿y ahora qué?

ROSA LUXEMBURG
¿desgaste o lucha?

KARL KAUTSKY
una nueva estrategia

ROSA LUXEMBURG
la teoría y la praxis

PyP